

IMAGINACIÓN ABOLICIONISTA

José M. Borrero Navia

Primera edición: 2002

**©Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente - PNUMA -
Oficina Regional para América Latina y el Caribe**

Boulevard de los Virreyes 155

Col. Lomas de Virreyes

11000, México D. F.

www.pnuma.org

©Centro de Asistencia Legal Ambiental, CELA

Calle 13 Oeste No. 2 -64 Edificio Santa Cecilia 4º Piso

Teléfonos: (57 2) 893 4805 / 558 5092

Cali – Colombia

Edición:

Imágenes de la Naturaleza

imagenes@ert.com.co

Telefax: (57 2) 558 5807

Cali, Colombia

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Quien solo actúa como impresor

ISBN 958-97187-0-1

EN EL UMBRAL DEL FUTURO

Prólogo al libro "Imaginación Abolicionista", de José María Borrero

William Ospina

Hace dos siglos, Friedrich Hölderlin escribió en la novela Hiperión una clamorosa consigna para prevenir o conjurar la aniquilación del mundo: *Que cambie todo en todas partes!* Formulado como un imperativo desde la estética romántica, este llamado pudo parecer entonces un énfasis literario, una torsión estilística, pero era un grito desesperado de alarma y una advertencia imperiosa, lanzada por el más lúcido de los hombres en el momento de viraje de la llamada civilización occidental. Dos siglos han pasado, cumpliendo con todas las previsiones, aún con las más enigmáticas, de los poemas de Hölderlin, y hoy estamos en presencia de un mundo enfrentado a sus mayores peligros históricos, con una ideología imperante cada vez más poderosa y funesta, y con una humanidad que no sólo prolifera concentrándose en grandes colonias urbanas, sino que parece poseída por un frenesí de inconsciencia suicida.

Ciudades desmesuradas agobiadas por la velocidad, por la contaminación, por la neurosis, por la incomunicación, por el ruido, por la desdicha de muchedumbres que deben trabajar sin pasión, existir sin asombro y habitar sin amor; un modelo económico gobernado por el vértigo de la acumulación de capital y por los tiovivos inexorables del mercado, y que se va convirtiendo de un modo incontenible en una pavorosa fábrica de miseria; un orden cultural que persiste en considerar a la naturaleza como una bodega de recursos y que negligente de un modo obscuro el papel que ésta cumplió siempre como fuente de emociones y de sueños, como surtidor de fábulas, como bálsamo ante la adversidad y como poderoso consuelo mitológico ante las pesadumbres de la condición humana; una política mundial que utiliza todos los sofismas para disfrazar su mezquindad y que recurre a todas las trampas de la manipulación para conservar su poder; y unas fuerzas de oposición y de resistencia política que sucumben cada vez más a las tentaciones de la violencia y que se resignan a ser tan bárbaras, tan injustas y tan inhumanas como los poderes a los que denuncian y combaten: ese es el paisaje de nuestra época.

Lo que proponía Hölderlin en su prosa lírica del último minuto del siglo XVIII es lo que propone este libro: *que cambie todo en todas partes*. Tal vez la diferencia radica en que lo que allá era un clamor romántico generoso y abstracto aquí es una minuciosa argumentación sobre los pequeños y significativos cambios en nuestra vida que podrían desencadenar sin embargo grandes giros históricos. Hace poco José María Borrero, el autor de este apasionado manifiesto, me expresó su inquietud acerca de si estas propuestas suyas no siguen de algún modo cautivas del finalismo y del viejo culto por el ideal. Le repliqué que creo sinceramente que el sentido de los ideales consiste menos en lograr su realización absoluta en la tierra, que en estimular y aliviar con un resplandor de imaginación y de horizontes abiertos los actos de nuestra vida. Toda utopía y todo sueño de mayor felicidad individual y social ahondan de repercusiones fantásticas y de consecuencias posibles el entramado de una realidad que a veces se nos antoja fatal e inexorable.

Los poderes, los prejuicios y los valores que gobiernan hoy el mundo tienen la característica de irradiar y de contagiar el sabor de lo ineluctable. "Esto es lo que existe", parecen decirnos con tono autoritario los diarios y las cadenas de televisión, los macromercados y los ritmos urbanos, las grandes corporaciones y los desmesurados ejércitos, las mecas financieras y las mafias omnipresentes, y ante ello el espíritu libre sólo oye resonar cada vez más lejano el dictamen fáustico: *Todo lo que existe merece perecer!* La versión de Hölderlin era menos arrasadora: *Que cambie todo en todas partes!* Ello equivalía a decir que la humanidad necesitaba emprender el camino de su regeneración, y que para ello debía repensar su relación con el trabajo, con la educación, con la política, con el poder, con la naturaleza, con el lenguaje, con la actualidad, con la historia, con el conocimiento, con la pasión. Un alma gemela de Hölderlin, Arthur Rimbaud, aunque hecho mucho más de impulsos que de razones, escribió décadas después: *El amor hay que inventarlo*, y así declaró insuficiente y perfectible a una divinidad o a unos rituales que llevaban muchos siglos rigiendo sin objeciones la conducta humana.

Borrero nos recuerda aquí que la ciudad no es una mole de edificaciones y una red de vías para automotores sino el escenario por ahora ineludible de nuestra vida, y que tenemos el deber de convertirla no en una simple atmósfera sino en una morada. Después de recordar a

Louis Kahn: "*En una ciudad lo supremo es la calle*", y de denunciar "el grito de guerra de Le Corbusier: *Tenemos que acabar con la calle*", Borrero declara: "¿Para qué sacrificar los encuentros fortuitos, el diálogo vivo y la comunicación cara a cara de la calle en aras de los flujos circulatorios? ¿Para qué tanta prisa? ¿Quién sino el casino global del capitalismo financiero persigue operaciones cada vez más veloces? ¿Quiénes distintos de los oligopolios de la industria petroquímica que envilecieron los suelos de insumos sintéticos, envenenaron las aguas con agrotóxicos y ahora avasallan toda frontera moral para manipular códigos genéticos buscando acelerar los ciclos biológicos y ecológicos de la agricultura? ¿Quién sino la coyunda industrial de combustibles fósiles y automotores que asfixia al planeta quiere ganar tiempo y circular cada vez más rápido?"

Borrero sabe, y nos lo dice a la vez con sus argumentos y con el ritmo de su prosa, que ya para siempre la vida, la economía, la política, la industria, la paz, y la convivencia con las demás criaturas naturales y humanas serán fundamentalmente desafíos poéticos, es decir, que no pueden ser resueltos con argumentos cuantitativos, ni mecánicos ni técnicos, sino que plantean altísimas exigencias a la emoción, a la sensibilidad, a la memoria, a la imaginación y a nuestro sentido de la justicia. Poético es todo aquello que no es posible medir, que sólo se percibe y se degusta en los alambiques de la memoria y de la imaginación. Decir "calles" no basta: Borrero prefiere recordar al cubano Guillén: *ese gran río de huesos, ese gran río de sueños, ese gran río de sangre*. Decir "bicicleta" no es suficiente, él añade: "era un milagro estar allí, suspendido en el aire, rozando leve y suavemente el suelo, impulsando con mis piernas dos ruedas llenas de viento, más rápidas que los latidos de mi corazón tan alegre al pasar de una esquina a otra en un santiamén, diluyendo la distancia como terrón de azúcar en el agua".

Los primeros capítulos de este libro son una elocuente defensa de la ciudad como espacio posible de la vida, contra todas las promesas sombrías de la modernidad, pero al mismo tiempo una descripción de los males que la ciudad, es decir, la comunidad, deberá superar para cumplir sus mejores promesas. Borrero no nos habla como un teórico experto en urbanismo, aunque lo es, ni como un profundo conocedor de esa otra urbe que forman los libros sobre la ciudad, desde los grabados de la Roma fantástica de Piranesi y los tratados

de León Batista Alberti hasta los proyectos de los arquitectos de Brasilia, las fórmulas de Le Corbusier y los informes de las misiones internacionales sobre las ciudades modernas, aunque todo ese acervo ha alentado su reflexión: se atreve a hablarnos desde su experiencia personal, desde su infancia en los barrios de Cali, su fuga por las ciudades de las islas, sus viajes por ciudades del mundo entero y sus reflexiones al retornar al espacio ya fantástico de su infancia, donde pudo comprobar las arideces y las pérdidas del modelo urbano que se abre camino en el mundo. Entrelazando la información oportuna y copiosa con las evocaciones personales, y permitiéndose dar el salto hacia elaboraciones poéticas cuyo propósito es enfatizar la importancia del lenguaje y de la imaginación en la construcción de un habitar humano en la ciudad, Borrero comparte con nosotros su múltiple condición de investigador y de explorador de la imaginación, de ciudadano pragmático y de formulador de utopías en el estricto sentido de lo que no tiene todavía un lugar.

Pero el libro no se agota en la reflexión sobre nuestro vivir urbano: reflexiona también sobre los otros desafíos de la época. Hablando de la droga y la prohibición, declara que "no es gratuito que la guerra contra las drogas adopte los procedimientos inquisitoriales de una auténtica 'cacería de brujas', porque quizás hoy como ayer se trata de perseguir conocimientos e interpretaciones reñidos con los paradigmas dominantes. Ayer, para excluir conocimientos herbolarios de las mujeres; hoy, para clausurar caminos inexplorados de la percepción". También asume la búsqueda de alternativas al finalismo cristiano que nos desterró del presente, que nos puso a vivir a la vez en la nostalgia y en la esperanza, y que minimizó la importancia de este mágico vórtice de actualidad en el cual todo es posible, todo ocurre y todo nos deja sin fin. Avanza meditaciones que sin duda ahondará después sobre los desafíos que nos propone la experiencia fallida del socialismo en el siglo XX y los extravíos del marxismo en un laberinto de dogmas y de autoritarismos, sin negar que ha sido una de las perspectivas más renovadoras y más consistentes para analizar los poderes que rigen nuestra época. A mi ver, el libro sólo queda en deuda con nosotros en un punto: aventurar hipótesis sobre el modo como la filosofía de Nietzsche, su radical crítica del sistema de valores del cristianismo, podría permitirnos articular una alternativa a los paradigmas de la santa trinidad que configuran la ciencia, la técnica y la industria en el círculo vicioso de la sociedad de consumo, y de qué manera la fábula filosófica de las tres

transformaciones del espíritu, como camello, como león y como niño, puede ayudarnos a esquivar el destino agobiante de perpetuadores del modelo occidental, y el destino rugiente de vanos contradictores de ese mismo modelo, para aproximarnos a una nueva simplicidad y a una nueva inocencia. La alusión a esa deuda por parte del lector es menos una objeción que un reclamo, ya que en un capítulo lleno de propuestas sugerentes y de atisbos magníficos, "Conspiración, graffiti y filosofía", hay afirmaciones que anhelamos ver desarrolladas, como esta: "Una nueva Edad Media ha comenzado ya en el mundo globalizado que controlan los castillos feudales de corporaciones multinacionales y las nuevas catedrales de la incomunicación y la desinformación. A la orilla de estos castillos la naturaleza se consume como naranja mustia. En la otra orilla miles de millones de seres humanos trasiegan contra los rigores de toda dominación afirmando una y otra vez que la dignidad humana debe ser la medida del proyecto civilizatorio". Pero la verdad es que el libro es tan copioso y tan múltiple que hace honor a la declaración que el autor ha hecho en el capítulo "Imaginación Abolicionista" sobre lo que ha sido su labor vital e intelectual: "Celebrando esperanzas en un profundo cambio cultural he trabajado por la construcción del discurso ambiental como un proyecto de reinención estética, política y cultural de la civilización contemporánea y contra las ortodoxias de todas las tendencias; librando batallas por obtener el reconocimiento de la deuda ecológica con las culturas sojuzgadas y la biosfera; haciendo contribuciones tanto teóricas como judiciales en la defensa de los derechos ambientales y por la justicia ambiental, comprometido en proyectos para propiciar la sostenibilidad urbana, la reconversión ecológica del transporte y la democratización de la movilidad".

Del curso de las reflexiones de Borrero van emergiendo las grandes virtudes que recomienda y exalta como fundamentos de un nuevo orden de valores, pero también como claves de una reconquista de la libertad en una época particularmente opresiva y tiránica. "Hoy como ayer -nos dice, contrariando las letanías de la época- cuanto menos producción y consumo hagan falta para mantener una vida sana y digna, tanto mejor. En un planeta maltratado por los excesos del derroche y la opulencia, sólo un estilo de vida frugal puede encauzarnos hacia una cultura de baja entropía que haga justicia a millones de seres humanos excluidos y también a la naturaleza". De modo que naturalidad, frugalidad,

derecho a la originalidad y al delirio, libertad para aproximarnos a otras posibilidades de lo sagrado y de lo divino, exaltación del vivir urbano a la condición de proyecto artístico, reformulación del sentido de la justicia, resistencia a la lógica de la venganza, renuncia a las seducciones y las tentaciones del poder, autosuficiencia, evasión a los círculos de la competencia y la dominación, y una defensa inflexible del equilibrio natural, de la integridad del patrimonio genético de las especies y de los ritmos milenarios de la naturaleza como claves de la supervivencia son, entre otros, los principios estéticos del vivir que José María Borrero propone para superar la inercia fatídica de una edad que acumula sin fin poderes destructivos y despliega fuerzas que parecen cada vez más autónomas e irrefrenables.

No es casual que Colombia esté produciendo reflexiones con este grado de actualidad y de universalidad. Los temas sobre los que gira este libro de José M. Borrero son los grandes temas de la sociedad contemporánea pero son también, y en primer grado, problemas locales. Ello sólo revela que Colombia ha dejado de ser un país subalterno y marginal. Estamos en el corazón de los grandes conflictos de la época, y ello significa que también aquí se están formulando ahora urgentes preguntas sobre el destino del mundo y sobre el porvenir de la especie. Por eso aquí están naciendo libros como "La invención del Tercer Mundo", de Arturo Escobar, una de las más lúcidas críticas de la teoría del desarrollo a la que se han entregado de un modo suicida los países de la franja ecuatorial; libros como "Los hijos de la Gran Diosa", sobre el destino de riesgo y de violencia de los jóvenes urbanos; y libros como éste de José M. Borrero, apasionante como discurso literario, sorprendente como síntesis de los problemas que afrontan las generaciones humanas en estos comienzos del siglo XXI, y alentador por la energía de su prosa, reflejo de un alma entusiasta, por la elocuencia de su lenguaje, y por las meditadas audacias de su estilo, que sabe pasar de los rigores de la información y de las sutilezas de la argumentación a las condensadas paradojas del lenguaje, con la fluidez de quien está acostumbrado a nadar con gracia sobre densos abismos.

CIUDAD, POESÍA Y JUSTICIA

"Si alguien les contara que ha visto nubes de gases tóxicos flotando en los edificios de la ciudad, negras humaredas que ocultan el sol, grandes agujeros en las calles principales llenos de hombres con cascos, aviones flotando en círculos sin poder aterrizar y miles de personas abarrotando las calles, empujándose y atropellándose en un esfuerzo desesperado para salir de la ciudad...les resultaría difícil decidir si esta refiriéndose a una ciudad en guerra o a una ciudad en una hora pico"

Alan Boyd, Exsecretario de Transporte, USA

Un Poema a la Ciudad

Después de un periplo de varios años por ciudades de Estados Unidos, Europa y las islas de San Andrés y Old Providence regresé a mi ciudad natal donde percibí profundos cambios que sembraron mi espíritu de interrogantes. ¿Qué había cambiado en ella hasta convertirla en otra radicalmente distinta a aquella de mi memoria y de mi imaginario? ¿Era la ciudad del presente esencialmente diferente a esa de mis recuerdos?

En el camino de mis interrogantes descubrí que la ciudad moderna es proclive a crear tales enajenaciones, semejantes a la padecida por quienes no pueden solazarse con los misterios del universo porque ignoran como contemplar el cielo y han olvidado el nombre de las constelaciones. La contemplación del cielo es un ritual laico que estimula en nuestra mente las preguntas del por qué y el para qué, así como las cuestiones últimas del sentido y de los valores, de la felicidad humana. En la ciudad no se contemplan las estrellas porque el cielo urbano esta cubierto por contaminación y resplandor de luces. Además sus habitantes están ocupados mirando la televisión o conduciendo automotores a toda prisa, instalados como se encuentran en el entramado de una visión descontextualizada y extraña al pensamiento de las preguntas fundamentales

No queriendo tolerar por más tiempo mi extrañamiento, me comprometí en una reflexión sobre la complejidad humana, cultural y natural que configura la ciudad. El camino de mi pensamiento no podía ser otro que el rompecabezas de calles, barrios, plazas, puentes y ríos, memoria colectiva e historia de mi ciudad, donde no sólo encontraría claves para comprender dinámicas urbanas sino, de carambola, fragmentos de mi identidad. Un ejercicio de relectura para curar la ceguera de quien mira y no ve, de quien vive, sueña, ama y sufre en una ciudad sin conocerle, sin preguntarse por su alma, quizás confundida entre legajos o desvanecida en la indiferencia de sus gentes.

Cuando empecé mi reflexión¹ tenía un panorama sobre los problemas propios de una ciudad atrapada en un tejido de relaciones sociales, económicas y espaciales injustas². Sin desconocer las tensiones provocadas en el curso de la expansión

¹ Durante dos años dirigí un *Taller Permanente sobre Ciudad y Ambiente* en el cual participaron ambientalistas de todas las disciplinas, ciudadanos y líderes locales. Una de sus ejecutorias fue la formulación de las agendas ambientales de diez de las veinte comunas de Santiago de Cali. Véase *Hacia la Producción de un Pensamiento sobre la Ciudad*, Centro de Asistencia Legal ambiental, CELA, Cali, junio 1996, reprint.

² Las características esenciales de los asentamientos humanos en América Latina son el acelerado ritmo de urbanización, una marcada tendencia hacia la concentración de la población y de las actividades en unas pocas ciudades, y la persistencia de estructuras sociales, económicas y espaciales —sobre todo en los grandes núcleos urbanos y en las zonas rurales de la población— que fomentan y reproducen desigualdades sociales y económicas principalmente en cuanto a niveles de ingreso, a la satisfacción de las

urbana por deforestación, pérdida del suelo y contaminación, así como por erosión de valores, tradiciones y patrimonio arquitectónico, consideraba que no es lo urbano como forma privilegiada de existencia humana lo que está en crisis, sino una relación perversa con el ambiente que ha erosionado la base biofísica de las culturas³. Durante una década la ciudad ha seguido anclada como tema de reflexión en mi pensamiento, en torno a interrogantes cuya solución sigue inconclusa o simplemente abierta a nuevas interpretaciones.

Nací y crecí en una ciudad, casi siempre he vivido en ciudades o trashumado entre una y otra. Mi memoria está habitada por arquitecturas urbanas y buena parte de mi identidad lleva la impronta del ser-urbano y su cultura. Este es, sin embargo, un reconocimiento tardío. En mis veinte solía condenar a la ciudad culpándole por todas las miserias y adversidades que impedían a los seres humanos ser mejores, más felices y alcanzar la plenitud. Si bien mi noción de la plenitud no era muy precisa, quizás se trataba de un collage personal de pensamiento utópico, evangelio modernista y deconstrucción del inconsciente, insistía en abandonar la ciudad y dejar atrás sus monumentos a la impiedad, sus arrabales como abscesos ciegos, su imperdonable fealdad.. En mis predicamentos tenía la visión de una ciudad vacía, sin la vocinglería de sus gentes, sin muchachos en las calles, despojada de sus ventorrillos y peatones, abandonada a la suerte de algunos porteros, jueces y policías, del alcalde y la junta de ornato para custodiar calles, avenidas, iglesias, puentes y edificios vacíos

En mis reparos contra la ciudad no estaba solo. Me acompañaban las resonancias del pensamiento de una pléyade de escritores que le habían condenado, de una u otra manera, por subvertir valores humanos básicos. Escritores como Jefferson, Emerson, Thoreau, Hawthorne, Melville, Poe, Henry Adams, Henry James, Louis Sullivan, Frank Lloyd Wright y John Dewey, entre otros, contribuyeron a forjar una tradición intelectual en Norteamérica⁴ que veía a las ciudades como escenarios de corrupción y polución en contraste con la imagen de los pequeños pueblos donde la vida parecía libre de toda mácula

Jefferson tenía serias dudas sobre la capacidad de la ciudad americana para educar a sus habitantes de manera tal que se pudiera preservar y extender el proceso democrático. Y Emerson se preocupaba por la artificialidad y el convencionalismo de la ciudad, teniendo en mente, como sus contemporáneos,

necesidades básicas y al acceso a la tierra y a los servicios. La expresión más dramática de dichas desigualdades se concreta en el surgimiento y expansión de los asentamientos precarios urbanos. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Naciones Unidas, **La Crisis Urbana en América y El Caribe: Reflexiones sobre Alternativas de Solución**, Santiago de Chile, 1989, p. 17.

³ Por ejemplo, la tecnología de la “cloaca máxima” de los romanos para canalizar y reunir aguas servidas y contaminar con ellas el río más próximo.

⁴ Morton and Lucia White, *The American Intellectual Versus the American City*, en: **RETHINKING THE LATIN AMERICAN CITY**. The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, p. 215.

Kierkegaard y John Stuart Mill, la decadencia de la individualidad que había sido proporcional al crecimiento de la urbanización en América. Por su parte, John Dewey se lamentaba de la decadencia de los barrios preocupado por mejorar la comunicación humana dentro de la ciudad; y por comunicación él no solamente entendía el intercambio de información. Dewey apreciaba la capacidad de compartir sentimientos y experiencias, la capacidad de discutir, de aprender y de persuadir inteligentemente a otros y, en fin, de vivir con los demás en el más profundo sentido⁵.

Le Corbusier, mentor del grupo vanguardista del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), acuñó metáforas de enfermedad sobre el caos urbano al describir los efectos del crecimiento de las mayores ciudades europeas en el curso del siglo XIX. Algunas de esas metáforas se referían al monstruoso crecimiento de inquilinatos de trabajadores como focos de tuberculosis y cólera; a la expansión de los tugurios en la periferia urbana propagándose como una contagiosa enfermedad en el campo. Le Corbusier decía que al desparramarse la metrópoli había perdido la estructura física coherente de un organismo sano que alguna vez tuvo. A cambio mostraba todos los síntomas de un enfermo en su fase terminal: su circulación se había atascado, su respiración contaminado, y sus tejidos se podrían entre sus propios desperdicios.

*La Carta de Atenas*⁶ también atribuye este crecimiento caótico al dominio de los intereses privados sobre los asuntos colectivos, que no solo controlan los medios de producción (y por lo tanto el desarrollo de la industria), sino, los recursos de la ciudad, principalmente el suelo urbano. De acuerdo con el CIAM⁷ la segunda causa determinante de la crisis urbana es la hegemonía de los intereses privados en el desarrollo de la ciudad, su control de los usos del suelo y, por ende, su influencia determinante en la estructura de la ciudad.

Las críticas a la ciudad también prosperaron en latitudes distintas al escenario intelectual de Europa y Norteamérica. Miguel Samper, por ejemplo, describió a Bogotá como una ciudad parásita en sus obras *la Miseria de Bogotá* (1867) y

⁵ Id., p. 228-229.

⁶ De acuerdo al artículo 94 de *La Carta de Atenas* (1941) la falta de planeación era la causa del caos urbano:

“Toda clase de experiencias desagradables abruman a quienes fueron incapaces de prever los efectos de las transformaciones tecnológicas y sus repercusiones sobre la vida pública y privada. La falta de planeamiento urbano es la causa de la anarquía que reina en la organización de las ciudades y en el equipamiento de las industrias. Como la gente ha fracasado en entender las reglas del desarrollo urbano, el campo ha sido desocupado y las ciudades pobladas más allá de todo límite, los polos industriales se han ubicado al azar y las viviendas de los trabajadores se han convertido en cuchitriles. Nada se hizo para proteger a los hombres. El resultado es catastrófico y es casi idéntico en todos los países. Este es el amargo fruto de cien años de un desarrollo a ciegas de la máquina.” Charles Edouard J. Le Corbusier, *La Charte d’Athenes* (1941), Edition de Minuit, Paris, 1957.

⁷ *La Charte d’Athenes*, art.72, Id.

Retrospecto (1896)⁸. Según este autor la ciudad capital de Colombia era asiento de grupos dominantes y holgazanes, asilo de burócratas, leguleyos y aventureros. Bogotá había adquirido supremacía política y monopolizado el comercio así como la distribución de bienes para despilfarrar su riqueza subsidiando un ejército de mendigos, ladrones, borrachos, leprosos y lunáticos otrora clérigos, funcionarios o militares desplazados.

Inclusive Lewis Mumford, quien descubrió en la ciudad antigua la más impresionante y duradera de las utopías, se preguntaba por las condiciones de la naturaleza humana o los defectos en la constitución urbana que le convirtieron, cuando apenas acababa de tomar forma, en una utopía negativa, en una distopía,. “Si la utopía se convirtió en un puro fantasma mental, en un símbolo de deseos inalcanzables, de sueños vanos ¿por qué su oscura sombra, el infierno, ha irrumpido tan a menudo en la historia, en una serie interminable de exterminaciones y destrucciones centradas en la ciudad, un infierno que, en nuestro tiempo, amenaza todavía con convertirse en un holocausto universal?⁹”.

También a juicio de autores contemporáneos las ciudades se han convertido en megalópolis desvencijadas donde pulula la violencia, la criminalidad, la degradación moral y la miseria. Ignacio Ramonet, por ejemplo, afirma que la *“ciudad se ha convertido en símbolo de la mala calidad de vida y de molestias. La encrucijada de los grandes males sociológicos de nuestro tiempo: pobreza, marginación, inseguridad, contaminación, fealdad, desarraigo, soledad.”* Dice que el sentimiento de inseguridad se generaliza y *el miedo planea sobre la ciudad*”, especialmente en el Sur donde millones de seres humanos viven en condiciones espantosas, en chabolas, sin desagües, con frecuencia sin agua, sin higiene. Capitales inmensas como Lagos, Kinshasa, Dar es Salam no tienen verdaderas redes de transporte, ni incluso sistema de recolección de basuras. No mejor libradas salen las ciudades en un texto contemporáneo de Edgar Morin: “Las concentraciones apresuradas, los surcos demasiados profundos y longitudinales, la deforestación y la desarborización no controladas, el asfaltado de los caminos, el urbanismo que no procura sino la rentabilidad de la superficie del suelo, la pseudo-funcionalidad planificadora que no tiene en cuenta las necesidades no cuantificables y no identificables por cuestionarios, han multiplicado los suburbios dormitorio y *las ciudades nuevas se convierten rápidamente en islotes de tedio, de suciedad, de degradaciones, de incuria, de despersonalización, de delincuencia*¹⁰”.

⁸ Citado por Richard M. Morse, *Ciudades como Gente*, en: **RETHINKING THE LATIN AMERICAN CITY**. The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, p. 12.

⁹ Lewis, Mumford, *La Utopía, la Ciudad y la Máquina*, en **UTOPIÁS Y PENSAMIENTO UTÓPICO**, Frank E. Manuel, comp., Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1982, p. 45

¹⁰ Edgar Morin, *El desafío de la globalidad en Archipiélago* No. 16, 1993.

Pero la idea de abandonar la ciudad estaba más próxima al pensamiento de Thoreau, quien en *Walden*, una verdadera biblia del antiurbanismo¹¹, hizo una apología de la vida en armonía con la naturaleza ajena a toda la artificialidad urbana. La visión del retorno a la naturaleza inspiró un movimiento cultural que, especialmente en la década de los sesenta del siglo XX, se materializó en múltiples proyectos de organización alternativa de la familia y la sociedad. Con un encendido espíritu libertario este movimiento rechazó el consumismo y despilfarro propios del estilo de vida predominante en Occidente y se opuso a todas las manifestaciones del poder económico, político o militar así como a los sistemas jerárquicos y burocráticos de administración y control social. Negar el establecimiento, abolir sus dispositivos represivos, volver a la naturaleza para edificar una nueva sociedad, eran metas bastante atractivas para cualquier joven sensible y preocupado por encontrarle sentido a su vida.

Fui seducido por este ideario no jerárquico, convivencial, abolicionista y de alianza con la naturaleza en el cual he continuado militando desde entonces. Después de casi cuatro décadas la pasión de los primeros años ha cedido ante la tolerancia, especialmente con quienes, tanto ayer como hoy, siguen convencidos de vivir en el mejor de los mundos posibles. He morigerado la pasión contestataria con sucesivos *aggiornamenti*¹² que lejos de socavar mi vocación de justicia, por el contrario me han aproximado a una racionalidad abierta y flexible a los impredecibles signos de los tiempos. Y aunque he seguido siendo leal al pensamiento crítico sobre la ciudad, nunca quemé las naves para no volver como pretendí hacerlo alguna vez, persistiendo, en lugar de ello, en mi condición citadina seducido por los sortilegios del efecto urbano.

Vapuleada con duras críticas, llamada parásita unas veces y cancerosa en otras, la ciudad parecía haber perdido su encanto como lugar privilegiado de utopías. Aunque estaba familiarizado con la tradición filosófica que, desde Platón hasta Bellamy, había visualizado las utopías como ciudad¹³, y creía, por añadidura, en las promesas del pensamiento utópico, yo no albergaba esperanza alguna en las posibilidades de la urbe para hacer “mejores” a los seres humanos en una sociedad libre y justa. Salí de mi ciudad natal a la zaga de “mejores aires” cautivado por la metáfora de una isla primitiva e inocente, perdida en mitad del océano y ajena a las miserias de la vida urbana.

¹¹ El desagrado de Thoreau por la ciudad era extremo. Perry Miller recuerda que Thoreau rehusó categóricamente visitar el Saturday Club en Boston, - en el cual era posible la conversación intelectual, quizás el único valor que Emerson había descubierto en la ciudad -, diciendo que “el único sitio que yo visito en Boston es el salón de los caballeros en el Fichburg Depot, donde algunas veces aguardaba por carruajes durante dos horas para salir de la ciudad”. Morton and Lucia White, *supra* nota 4, p. 217.

¹² Puesta al día, actualización, en italiano

¹³ Lewis Mumford, obra citada, *supra* nota 9, p. 31.

La isla de San Andrés en el Caribe Occidental estaba lejos de ser el territorio prístino e inocente de la metáfora insular. Agobiada por muchos conflictos e impactos ambientales y sociales asociados a su caótica urbanización, despertó en mi mente una utopía científica más que una social o literaria al estilo de aquellas establecidas por Tomas Moro, Sade y Huxley en las islas Utopía, Tamoe y Pala. Indagando por vías para mitigar sus problemas y estimular la valoración ambiental entre sus habitantes trabajé durante casi cuatro años en un experimento de comprensión holística del sistema insular¹⁴, con todas mis apuestas en el conocimiento como artífice del cambio de valores requerido para forjar la nueva alianza naturaleza-cultura.

La experiencia insular me dejó dos claras enseñanzas. La primera, que *en el mundo de nuestros días no hay lugar para la isla inocente y exenta del detritus ideológico, la violencia, el desperdicio, la contaminación y la enfermedad*. Con esta certidumbre sobre el espejismo de la metáfora insular anticipé los efectos de la homogenización cultural que, disipando fronteras y anulando diferencias, asimila no solo las islas sino todas las geografías del planeta al estilo de vida prevaleciente en la metrópoli de Occidente.

La segunda, que *no existe otro lugar distinto a otra ciudad donde alcanzar aquello que la ciudad parece negarnos*. Según Cavafis ese lugar no es otra sino la misma ciudad, como reza en su poema *La Ciudad*¹⁵ :

*Te dices me marcharé
A otra tierra, a otro mar
A una ciudad más bella de lo que ésta pudo ser o anhelar*

.....

*No hay tierra nueva ni mar nuevo.
La ciudad te seguirá
Los mismos suburbios mentales
Van desde la juventud a la vejez
Y en la misma casa terminarás lleno de canas*

*No hay barco que te arranque de ti mismo.
No comprendes que al arruinar tu vida en este sitio
La has acabado en cualquier parte de este mundo.*

¹⁴ Sobre esta experiencia he publicado los libros **Investigación Ecológica y Gestión Ambiental en las Islas San Andrés y Providencia**, FIPMA, Cali, 1983 (primera reimpresión 1984) y **Conservación y Sostenibilidad en las Islas San Andrés, Old Providence y Santa Catalina**, FIPMA, Cali, 1994, así como numerosos estudios y artículos.

¹⁵ La versión trascrita es de mi memoria. Mis ejemplares del Cuarteto de Alejandría, la novela de L. Durrell donde leí el poema por primera vez, dejaron de acompañarme hace muchos años y la versión española que tengo a mano de la poesía completa de Cavafis no me satisface.

Cada vez que recuerdo este poema experimento un profundo sentimiento de alegría y comunión con su belleza. Estoy convencido de que sus metáforas, como toda poesía, no persiguen ningún predicamento moral. Más allá del bien y del mal tocan las fibras de nuestra sensibilidad, nos hacen vibrar al ritmo de su música. Sin embargo, en el poema milita una idea central sobre nuestra voluntad como la condición, quizás la única, para lograr el cambio de lo indeseable en nuestra ciudad. ¿Qué hacer entonces con nuestra esquiva y a veces tardía voluntad?

La Ciudad Orgánica

Hace más de veinte años leí un texto de Sibyl Moholy-Nagy en el cual se afirmaba que las calamidades, fealdades y miseria de la urbe contemporánea no son males exclusivos de nuestro tiempo. Este autor considera que los problemas del tráfico, por ejemplo, comenzaron en el siglo XVI, y los accidentes callejeros eran mucho más graves al tropezarse unos animales incontrolables con unos peatones que transitaban sin cuidado alguno. Los *slums*, dice, “la superdensidad de población, los especuladores y los gobiernos venales de la ciudad romana del siglo II, descritos por Juvenal, son una pequeña muestra de todo cuanto ofrece el siglo XX, y la ciudad medieval, el sueño favorito de los eclesiásticos, era húmeda, fea y antihigiénica con excepción de las plazas de las catedrales.”

La higiene, en su alcance contemporáneo, no fue una preocupación sobresaliente en las ciudades medievales donde cada mañana se lanzaban a la calle desde las ventanas los excrementos de la noche anterior, a las voces de *van aguas menores, van aguas mayores*. Probando una vez más que la excepción confirma la regla, conozco un estudio erudito¹⁶ sobre estatutos ambientales de ciudades medievales del Norte de Italia que resalta la preocupación de las élites urbanas por materializar en leyes ambientales las visiones seculares y sagradas de la ciudad ideal. Sus autores afirman que las primeras manifestaciones conocidas de Derecho Ambiental se encuentran en los códigos municipales de las ciudades medievales italianas donde sus élites plasmaron aspiraciones de calidad de vida urbana. Sin embargo, más allá de la polémica erudita sobre el texto de Moholy-Nagy quisiera rescatar su crítica implícita a la ensoñación del pasado que “descubre” en *ilo tempore* paraísos perdidos o estados ideales de bondad y justicia, o bien da por cierta una “antigua unidad *orgánica* de la ciudad eliminada por la presión desintegradora de la industrialización”¹⁷.

¹⁶ Ronald Edward Zupko and Robert Anthony Laures, **Straws in the Wind: Medieval Environmental Law. The Case of Northern Italy**, Westview Press, Boulder, USA, 1996. El estudio comprende la revisión de estatutos ambientales de Bassano, Bergamo, Bologna, Brescia, Cremona, Ferrara, Florence, Lucca, Milan, Orvieto, Padua, Piacenza, Piran, Pisa, Pistoia, Ravenna, Rome, Siena, Spoleto, Vence, y Verona.

¹⁷ En criterio de los llamados *culturalistas*, según Françoise Choay, **El Urbanismo Utopías y Realidades**, Lumen, Barcelona, 1970, p. 27.

Reconocer que la industrialización impuso presiones y severas transformaciones, hecho por demás innegable, no equivale a afirmar la existencia de una “antigua unidad orgánica” de la ciudad. Una proposición universal sobre esa pretérita virtud urbana más se asemeja a la nostalgia por la “bella totalidad” perdida que ha hecho cojear tantas críticas contra la ciudad. Si por ventura una ciudad exhibió alguna vez esa “unidad orgánica”, seguramente no fue la mía¹⁸. Cuando el Adelantado Don Sebastián de Belalcázar la fundó en 1537 es probable que su plan de fundación estuviera ceñido a los criterios reguladores que más tarde fueron codificados en las *Ordenanzas de Pobladores* establecidas para España en 1573 y adoptados por las *Leyes de Indias* en 1680. Suponiendo que el Adelantado prestara atención a las recomendaciones sobre las condiciones físicas y ambientales que debían tenerse en cuenta en la fundación de poblados¹⁹, podría inferirse que la localización física de la nueva ciudad garantizaba una cierta “unidad orgánica” con su entorno. En efecto, el sitio donde fue fundada Santiago de Cali debió ofrecer apreciables ventajas ambientales respecto al clima, la cercanía al río para garantizar la provisión de agua y la recreación, así como vientos vespertinos para morigerar el calor en el verano²⁰.

De las saludables previsiones de sus fundadores no podría deducirse la *organicidad* de la ciudad, al menos por dos razones. La primera, porque hasta finales del siglo XVIII y comienzos del XIX Santiago de Cali no era propiamente una ciudad sino un poblado con 1153 casas en su gran mayoría de bahareque y paja – solo 153 estaban construidas en adobe y teja - sin adecuada dotación sanitaria. La segunda, porque la *organicidad* no se refiere exclusivamente al equilibrio entre las demandas de la ciudad y su entorno o soporte biofísico. Comprende también las interdependencias entre el espacio urbano y su simbología, usos y relaciones sociales de poder. Es bien sabido que el modelo de poblamiento que prevaleció en Hispanoamérica fue el de ciudad *centrípeta*, esto es, un núcleo urbano embebido en la estructura político-administrativa del Estado. Los poblados eran fundados como instrumentos de *repoblación concejil*, es decir, centros de control político-administrativo y tributario de la colonización y

¹⁸ Mi ciudad natal es Santiago de Cali, capital del Valle del Cauca, Colombia.

¹⁹ Edgar Vásquez cita un acápite de las *Ordenanzas de Pobladores* en su obra **Historia del Desarrollo Urbano de Cali**, Univalle, Cali, 1982, p. 41, 42, relativo a las condiciones físicas que debían considerarse. El texto citado es un testimonio del saber ambiental o geomancia de la Corona Española. Personalmente encuentro los siguientes apartes no solo elocuentes sino poéticos: “*Ordenamos que habiéndose resuelto poblar alguna provincia o comarca de las que están a nuestra obediencia, o después descubrieren, tengan los pobladores consideración y advertencia a que el terreno sea saludable, reconociendo si se conservan en él hombres de mucha edad y mozos de buena complexión, disposición y color; si los animales y ganados son sanos y de competencia tamaño, y los frutos y mantenimientos, buenos y abundantes y de tierra a propósito para sembrar y coger: si se crían cosas ponzoñosas y nocivas; el cielo es de buena y feliz constelación, claro y benigno: el aire puro y suave sin impedimentos y alteraciones: el temple, sin exceso de calor o frío (y habiendo de declinar a una y otra calidad escojan el frío)...*”

²⁰ Infortunadamente los beneficios de ese sitio que hoy ocupa el centro de la ciudad no pueden percibirse actualmente en toda su intensidad debido, entre otros factores, a la contaminación, la congestión vehicular, las altas edificaciones y al predominio de la artificialidad del sistema urbano.

sedes de encomenderos, hacendados y mineros²¹. Desde su ceremonia de fundación los poblados coloniales expresaron las jerarquías del poder político, eclesiástico y militar en la distribución de sus espacios. La descripción que hace Vicenta Cortés Alonso²² sobre Tunja, Nueva Granada, ilustra la distribución espacial típica en las ciudades coloniales en América Latina. En la década de 1620 Tunja tenía 3.300 adultos hombres españoles y, en el centro de la ciudad, al menos 70 familias de encomenderos habitando casas de dos pisos con patios interiores. Mas allá estaban las humildes casas de comerciantes y artesanos, y más allá, después de los límites la ciudad, los bohíos donde habitaban los no europeos e indígenas. De las 476 estructuras reconocidas de la ciudad, 20 eran iglesias y sólo 7 edificios públicos e “industrias.”

En Santiago de Cali también se impuso esta estructura concéntrica y jerárquica. Los espacios centrales circundantes a la Plaza Mayor fueron asignados para usos político administrativos, religiosos y residenciales de la alta jerarquía militar y social de los colonizadores. En predios alejados del centro se ubicaron los sectores sociales subalternos²³. El simbolismo de la Plaza Mayor – llamada de la Constitución en 1813 y actualmente de Caycedo y Cuero – como espacio del poder y fuerza centrípeta de la ciudad persistió en la vida e imaginario de sus habitantes hasta la segunda mitad del siglo XX cuando, por causa de la incontrolada expansión urbana, principalmente, empezó un proceso de descentralización simbólica. Nuevas fuerzas económicas se *desplazaron* hacia la periferia tras el prestigio del modelo suburbano de Norteamérica. Ese *desplazamiento* anunciaba la ubicuidad de los poderes que, sin localizarse puntualmente en espacios simbólicos, continúan ejerciendo su hegemonía en detrimento de la ciudad y sus habitantes.

No puede llamarse orgánica una ciudad que excluye, cuyos espacios son filos que cortan, líneas que dividen o vigilan, geometrías que encierran o segregan. Ciudades como cotorras de basalto que solo hablan del sojuzgamiento, la exclusión, la insolidaridad o el desprecio. La ciudad que conozco desde niño, aunque huérfana de construcciones monumentales o singular patrimonio arquitectónico, revela centímetro a centímetro una metáfora del poder. La estratificación espacial prevalece sobre otro valor histórico o cultural que puedan tener los sitios o sectores urbanos. Arriba y abajo, afuera y adentro, adelante y atrás fueron conceptos fundamentales de geografía urbana - también de sociología, religión y ciencia política - que ninguna escuela nos enseñó pero que

²¹ Jorge Hardoy dice que “la ciudad colonial en Latinoamérica no fue pensada como una obra de arte sino como un centro con funciones administrativas, comerciales y de producción para dispersarse sobre el territorio y vincularse con los mercados europeos.” *Teoría y Práctica de la Planeación Urbana en Europa, 1850-1930: Su Transferencia a América Latina*, en: **RETHINKING THE LATIN AMERICAN CITY**. The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, p. 20.

²² Citada por Richard M. Morse, supra nota 3, p. 12.

²³ Edgar Vásquez, obra citada, supra nota 9, p. 48

siempre supimos, porque arriba está el cielo abajo el infierno, adelante los mayores en dignidad y gobierno, especialmente el excelentísimo señor obispo, el señor gobernador, el señor comandante, seguidos de algunos notables, porque atrás marcha la pobrecía y los que hacen bulto. Cuando las procesiones y desfiles patrios cayeron en el olvido²⁴, los mayores en dignidad y gobierno siguieron arriba en sus corporaciones, clubes y barrios exclusivos, bien adelante donde nadie pudiera observar sus trapisondas y adentro, oficiando la puesta en escena de banalidades y chapucerías que la masadumbre contempla lela desde afuera, donde siempre ha estado, bien abajo, más pobre que nunca porque ya no tiene esperanzas y atrás, donde nadie escuche sus clamores de justicia.

La ciudad orgánica sospecha de las líneas rectas porque, como dice Hundertwasser, *la línea recta conduce a la caída de la civilización*; prefiere la irregularidad y la asimetría porque ambas revelan el lenguaje disonante de la naturaleza tan esquivo a la mirada ordenadora; cultiva el espíritu de sus gentes para que tomen *“la extraña resolución de ser razonables”*, decidan *“olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades”*²⁵ y celebrar cada día la vocinglería de los muchachos y la visita de la vecina que pide un gajito de mejorana y otro de cedrón para calmar los nervios; y, en fin, instiga a los ciudadanos a sembrar de nuevo una inmensa zapallera en la Plaza Mayor²⁶ que esta vez trepará en *“una torre de razón y de firme fe”* erigida en su honor.

La ciudad *orgánica* evita el crecimiento desbordado. Cuando las ciudades crecen sin control - debido especialmente a densos flujos migratorios - por regla general se agudizan la fragmentación urbana, la incomunicación entre sus habitantes y la falta de participación en las decisiones de interés colectivo. Al aumentar el número de habitantes excluidos de las oportunidades para ejercer sus derechos y tener derecho a *tener derechos*, es fácil suponer que aumentarán las tensiones así como los episodios de violencia. El escenario urbano se parecerá más a un campo de batalla que a un foro de solidaridad y su medio ambiente padecerá efectos cada vez más nocivos.

El gigantismo de los centros urbanos corre paralelo al aumento de la contaminación, al despilfarro de recursos y a la congestión del tráfico. Como lo

²⁴ Con la excepción de un pintoresco desfile que un puñado de viejos y beatas hacen en honor de la Virgen de la Inmaculada los primeros viernes de cada mes. El desfile termina en la Iglesia de la Inmaculada, uno de los pocos vestigios de arquitectura colonial que conserva la ciudad, donde se erige nuestra réplica criolla de la Torre Mudéjar de Sevilla

²⁵ Las frases en cursiva son del poema *Los Conjurados* de Jorge Luis Borges, Obras Completas, Tomo III, Emecé Editores, Buenos Aires, Argentina, 1989, p. 501.

²⁶ A mediados de 1890 el Cabildo de Santiago de Cali autorizó al doctor Justiniano Lloreda para cercar la plaza de la Constitución y sembrar una inmensa zapallera. Véase Edgar Vásquez, obra citada, supra nota 9, p. 57.

demuestran las estadísticas²⁷, cuando la ciudad crece casi todos sus recursos son absorbidos por los ajustes que demandan efectos secundarios del propio crecimiento y de la disposición final de basuras. De otra parte, muchas ciudades latinoamericanas han padecido una abrupta transformación de su paisaje urbano y del estilo de vida de sus habitantes para facilitar la circulación de un número cada vez mayor de automotores. Enredadas en un círculo vicioso, las administraciones municipales gastan enormes sumas del erario público en obras viales – nuevas vías, ampliación de las existentes, puentes elevados – para responder a la presión de los automotores que, lejos de corregir la congestión, solo dilatan la adopción de auténticos correctivos²⁸ mientras propician mayor congestión en el mediano y largo plazo al facilitar el acceso a un mayor volumen de vehículos.

La tendencia de nuestra mente a las idealizaciones es bien marcada cuando del tamaño de la ciudad se trata. Con frecuencia creemos que en una ciudad pequeña sus habitantes serán más solidarios en razón de vínculos y comunicaciones más estrechos. Este énfasis en las presuntas virtudes del comportamiento humano asociadas a la escala urbana parece olvidar ciertos mecanismos psicológicos que acentúan roces y sentimientos hostiles precisamente allí donde todos se conocen y saludan cada día. *Pueblo pequeño, infierno grande. No por pequeño es hermoso*, dirán quienes huyen del pueblo o ciudad pequeños para escapar de un control social odioso y encontrar la libertad en el anonimato de la gran ciudad. También se ignoran las nuevas dinámicas que aglutinan el tejido social en las ciudades de nuestro tiempo donde los referentes espaciales –la esquina, el barrio, el vecindario– han dejado de ser un factor relevante en la formación de identidades colectivas²⁹. El sentido no se localiza en un barrio, una plaza o una esquina, en cambio fluye y circula cada vez más rápido. No está en un sitio sino en la mente de tribus urbanas, congregadas por afinidades distintas a las meramente vecinales. La esquina del barrio, un lugarcito en el parque o la terraza de una cafetería adquieren sentido al ser elegidos como territorio por quienes les confieren nuevas significaciones y simbolismos. Aquí aparece una brumosa imagen del desarraigo urbano sofocando todo sentimiento de identidad con un lugar, un cierto nomadismo del espíritu arrancando raíces y cortando todos los lazos que nos atan al hábitat,

²⁷ Manfred A Max-Neef, , *La Ciudad: Su Tamaño y Ritmo*, en: **Rethinking the Latin American City**. The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, p. 86.

²⁸ En el capítulo *Justicia Ambiental en la Calle* de mi libro **Justicia Ambiental**, en preparación hago una descripción de los conflictos de la movilidad urbana e identifico alternativas.

²⁹ Según Jesús Martín Barbero ha emergido un “nuevo tipo de tejido social cuyos aglutinantes no son ni un territorio fijo ni un consenso racional y duradero. Lo que convoca y religa a las tribus urbanas es más de orden del género y la edad, de los repertorios estéticos y los gustos sexuales, de los estilos de vida y las vivencias religiosas. Basadas en implicaciones emocionales, en compromisos precarios y en localizaciones sucesivas, las tribus se entrelazan en redes que van del feminismo a la ecología, pasando por bandas juveniles, sectas orientales, agrupaciones deportivas, clubes de lectores, fans de cantantes o asociaciones de televidentes.”. *Mediaciones Urbanas y Nuevos Escenarios de Comunicación*, en Cátedra Permanente Imágenes Urbanas 5, 1994.

un insoportable desencanto que nos priva de las enseñanzas y misterios del vecindario, un exilio interior como un desierto que avanza entre el habitante y su ciudad, cada vez más ajena a su corazón, cada vez más ausente de sus sueños. ¿Qué clase de vida humana podría prescindir del amor al nicho, a la morada, a esta ciudad que pertenece a nuestra memoria de la inocencia, el juego, el duelo, la fiesta y la alegría? Entonces, ¿que sacrílega trapacería nos trajo el desamor?

La comunicación entre los ciudadanos ha tomado caminos alternos al mero encuentro en persona que hoy resultan más rápidos, eficientes y muy baratos. Las redes electrónicas han abierto espacios de comunicación sin precedentes entre ciudadanos que no solo habitan nuestro pequeño pueblo o ciudad sino la aldea global. Ahora personas ubicadas en diferentes latitudes del planeta están a nuestro alcance desde nuestro procesador por vía de la comunicación electrónica.³⁰ El ciudadano puede participar activamente en la vida pública de su ciudad y tener comunicación permanente con sus parientes, amigos y conciudadanos desde su casa, sin salir a la calle. Para acceder a información no necesita concurrir a la plaza, al mercado o al café donde sus contertulios hacen cábalas políticas. En esos escenarios urbanos ya no se forma la opinión pública sino que cada cual arma la suya a su amaño o al gairete de las parrafadas que le llegan a través de los medios. La ciudad experimenta nuevas formas de comunicación no territoriales y su devenir como *polis* no está subordinado al prestigio de sus espacios simbólicos o a la concurrencia de los ciudadanos a los mismos.

Sin embargo, la revolución informática, eficiente y muy veloz, no sustituye la calidez del encuentro *intuitu personae*, ni consigue estimular la gama de sentimientos que el diálogo en persona suscita mientras los interlocutores hablan, gesticulan o callan. A fin de mantener activa la vocación de encuentro y diálogo entre sus habitantes, la *ciudad orgánica* recrea continuamente sus espacios públicos como territorios del arte, la política, el juego y la vida; al tiempo que estimula la comunicación en vivo en sus calles y plazas, recuperándoles para la conversación, los paseos, las caminatas, el juego de los niños y la algarabía de los muchachos, deberá propiciar comunicación virtual en autopistas cibernéticas con terminales en todos los hogares.

Porque la comunicación humana es básicamente interlocución, una propiedad del lenguaje enclavada en la raíz de nuestro derecho ciudadano a la palabra. La ciudad, como nos recuerda Lyotard³¹, interioriza la figura del otro en la interlocución, la cual solo se faculta en el respeto del Otro. La mera divulgación de información que desconoce la reciprocidad en el derecho a la palabra e ignora la igualdad del interlocutor, no es interlocución, porque ésta tiene como punto de

³⁰ Por supuesto, como me lo hizo saber Blanca Helena O'Byrne, después de leer mi manuscrito, la afirmación se refiere a la minoría que en el mundo tiene acceso a los computadores y a la comunicación electrónica.

³¹ Jean Francois Lyotard, *Los Derechos del Otro*, traducción de Ana María Muñoz, reprint, Bogotá, marzo de 1994.

partida el reconocimiento de un derecho igual a la palabra a interlocutores diferentes. En este sentido la interlocución es un paradigma de justicia, porque “promete la libertad respectiva de los interlocutores y su igualdad frente a la palabra”, según Lyotard.

La comunicación que se surte por contactos personales en virtud de la vecindad entre los habitantes o en razón de su injerencia continua en los asuntos colectivos – casi obligada en una ciudad pequeña -, puede ser una variable dependiente de la escala urbana. A medida que la ciudad crece posiblemente disminuya la frecuencia de este tipo de contactos y se debilite la comunicación que suscitan. Las exigencias de la vida cotidiana en las grandes ciudades han reducido las ocasiones en que los ciudadanos visitan a sus vecinos o prefieren encuentros al azar sin agenda previa. Tanto la frecuencia como el número de contactos dependientes de la identidad vecinal o pertenencia a un lugar han disminuido porque ahora las personas prefieren encuentros con quienes comparten intereses culturales, políticos, religiosos, sexuales o laborales, sean o no sus vecinos. En Washington, por ejemplo, donde es poco probable la estabilidad de los vecindarios debido a la continua movilidad de sus habitantes, fui testigo de un verdadero ritual que ciclistas urbanos, especialmente mensajeros, celebran diariamente al final de su jornada laboral en el Dupont Circle, una rotonda con dotación de parque situada en una zona central donde se disfruta a plenitud el espíritu de la ciudad. ¿Acaso les congrega el encanto del Dupont Circle o solo su identidad como tribu urbana con valores, intereses e imaginario compartidos? ¿O acaso ambos?

En esta civilización iconoclasta donde solo sobrevive el mito personal que cada uno fabrica en su intimidad, predominan los rituales neonarcistas de la idolatría al cuerpo, la belleza y el cultivo individual, de manera que ninguno parece disponer de tiempo para hacer algo distinto al culto de sí mismo. Afortunadamente los modelos siempre se fracturan, las reglas disciplinarias aflojan, los espejos se despedazan y los seres humanos, inclusive los más eficientes y solitarios, de vez en cuando queremos expiar las culpas de nuestra soberbia. Entonces el Otro está allí, a nuestro alcance. Y poco importa que sea en la pequeña o gran ciudad.

Sea grande o pequeña, en la ciudad queremos encontrar solidaridad, tolerancia, comunicación, compañía y oportunidades para realizar sueños y proyectos. Hacer viable la ciudad solidaria, pluralista, irrigada por arterias de comunicación, aliada de su entorno biofísico, justa y radicalmente democrática, es el designio de una nueva civilización cuyos acentos se pondrán menos en el tamaño y más en el tejido social, en las dinámicas culturales y en los valores e imaginarios colectivos que confieren sentido al espacio urbano.

Al crecer *orgánicamente* la ciudad logra sortear las situaciones extremas de la dimensión urbana. Una ciudad crece *orgánicamente* cuando se expande y

densifica en respuesta tanto al aumento vegetativo de su población como a dinámicas culturales de reconversión de sus espacios. Santiago de Cali experimentó un crecimiento *orgánico* desde su fundación hasta el final de la primera mitad del siglo XX cuando densos flujos migratorios provenientes de toda la geografía nacional, especialmente de origen campesino, interrumpieron su ritmo disparando un crecimiento incontrolado. En solo tres décadas (de 1950 a 1980) alcanzó una expansión y un crecimiento demográfico sin precedentes durante siglos. En el otro extremo también exhibió periodos de congelación histórica y cero crecimiento. Por ejemplo, en el transcurso de ciento veinte años, entre 1800 y 1920, la población de Santiago de Cali creció de seis mil a cuarenta mil habitantes aproximadamente. En este mismo período no ocurrió nada significativo en su contexto urbanístico y arquitectónico, "...como si se hubiera suspendido la vida de la ciudad durante un siglo. Se abre el siglo veinte sobre una ciudad en planta única, algunas moradas en dos pisos alrededor de la Plaza Mayor y en la Calle del Comercio; y todavía numerosas viviendas techadas con paja o tejas de guadua en los arrabales de Santa Rosa y San Nicolás"³².

Santiago de Cali, como tantas otras ciudades de América Latina, padece el síndrome del gigantismo. El crecimiento desbordado le acarreó enormes deficiencias para cubrir tanto demandas de vivienda, infraestructura sanitaria, agua potable, energía y disposición final de basuras, como aspiraciones básicas de sus habitantes para garantizar sus derechos a la salud, al conocimiento, a la creatividad liberadora, al habitat. Es verdad que la ciudad pagó un precio muy alto por atenderlas. La presión de cientos de miles de inmigrantes por un pedazo de tierra donde guarecerse devino en escenarios de malestar social, político y ambiental. Buena parte de los recién llegados instalaron sus hogares³³ en el sur oriente de la ciudad, en un área de humedales y antiguas madre viejas del río Cauca, sin ninguna vocación ecológica para asentamientos humanos. Los dueños de esos predios hicieron un gran negocio vendiendo sus "pantanos" a los pobres, los políticos uno mejor porque encontraron una ocasión espléndida para reencauchar el clientelismo cambiando votos por promesas de energía eléctrica, acueducto, alcantarillado, bultos de cemento y escombros para el relleno de cada lote. Otros ganadores no menos felices fueron los consultores, expertos y firmas de ingeniería que por décadas trataron de conciliar la infraestructura sanitaria con la incompatibilidad ecológica del área. El distrito de Aguablanca, como se llama ese sector donde viven unas setecientas mil personas, *otra ciudad* dentro de la ciudad, también ha visto desfilar cientos de *Barones de la Pobreza*³⁴ a quienes los pobres les llegaron como anillo al dedo para justificar su derroche de millonarios

³² Jacques Aprile-Gnisset, *¿ Quién Planifica la Ciudad? A Propósito del Nuevo Plan de Desarrollo de Cali*, en revista **Comunidad y Democracia**, CEIS y otros editores, Santiago de Cali, noviembre 15, 1990, p. 5-61, 20, 21.

³³ Las inmigrantes y los pobres de la ciudad también se asentaron en las partes altas y laderas circunvecinas.

³⁴ En referencia al libro de Graham Hancock, **Lords of Poverty**, The Atlantic Monthly Press, New York, 1989, un testimonio excepcional sobre el fraude de la llamada "ayuda al desarrollo".

presupuestos en tinglados burocráticos y parafernalias que no redimen a nadie de la pobreza.

La gran perdedora ha sido, por supuesto, la ciudad, que tras ser despojada de invaluableles humedales circunvecinos fue sometida a padecer un mayor envilecimiento de sus relaciones ciudadanas en virtud de manejos clientelistas y a pignorar el erario público para dotar de infraestructura sanitaria y de servicios a nuevas barriadas en áreas ecológicamente incompatibles. A las afugias financieras y al daño ecológico deberá sumarse el malestar social que nace de la injusticia con cientos de miles de personas privadas de su derecho a condiciones de vida básicas para estimular la creatividad, excluidas del acceso a la información y las expresiones culturales. El crecimiento desbordado no hizo de Santiago de Cali una ciudad injusta. Un país también injusto arrojó a sus calles miles de personas a la zaga de un refugio donde salvar sus vidas. Y los viejos demonios de la corrupción, la ignorancia y la falta de compasión hicieron de las suyas con la indefensión y la miseria de esas gentes. En la raíz de la consecuente disfunción urbana estuvo la falta de justicia. Si una parte de las *tierras ejidales o tierras del Común* - usurpadas ilícitamente desde tiempo atrás por la oligarquía local³⁵ – se hubiese ofrecido a los recién llegados en condiciones equitativas, la ciudad habría podido sortear las demandas de los nuevos asentamientos. Decisiones justas habrían librado a la ciudad del malestar social, los daños ambientales y, en fin, de la disfunción urbana.

Transformada en una ciudad con dos millones y medio de habitantes, salpicada de asentamientos paupérrimos y desgarrada por disfunciones e intolerables desigualdades, Santiago de Cali no debería continuar condenada al síndrome del gigantismo. Su crecimiento desbordado no es excusa para su falta de justicia. En su nuevo tejido asimétrico y dispar podrían forjarse lazos de solidaridad entre sus habitantes que inspiren dinámicas culturales de resignificación del espacio urbano. Su escala, asimetría, sus discontinuidades y cortes abruptos no le predisponen a favor o en contra de un proyecto cívico fundado en la equidad, la tolerancia y la alianza con su entorno natural.

El Diseño Utópico

La ciudad ideal, ordenada, sin espacios dispares o asimétricos, copia fidedigna del plan urbanístico perfecto, tampoco estaría exenta de disfunciones ni podría garantizar relaciones sociales equitativas o esplendor cívico. El mejor ejemplo en América Latina de este modelo utópico ha sido Brasilia, la capital soñada por el visionario Joao Bosco que diseñó Lucio Costa para cumplir el proyecto desarrollista del Presidente Juscelino Kubitschek. El plan de Brasilia tuvo en su origen una interpretación de las formas urbanas como instrumentos de cambio

³⁵ Jacques Aprile-Gnisset, supra nota 31, p. 5-10.

social, con énfasis en la capacidad para crear un orden social a imagen y semejanza del diseño urbano, donde sus habitantes adoptarían idénticos valores a aquellos que le habían inspirado. Un reporte sobre las condiciones de vida en Brasilia publicado por la Corporación Estatal que planeó, construyó y administró la ciudad, reeditaba el ideal utópico al creer que su diseño y planeación serían instrumentos para transformar la sociedad brasileña. Al describir la perfecta coexistencia social de sus habitantes, el texto parecía copiar una página de Owen, Fourier o cualquiera otro de los utopistas:

“Los bloques de apartamentos de la supercuadra (la unidad residencial básica de la ciudad) son todos iguales: la misma fachada, la misma altura, los mismos servicios, todos contruidos con el mismo material sobre columnas, todos provistos de garajes –para prevenir la odiosa diferenciación de las clases sociales; esto es, buscando que todas las familias compartan la misma vida juntas, tanto la del alto funcionario publico como la del medio y bajo rango.

Los apartamentos, con más o menos habitaciones, se distribuyen a las familias según su número de dependientes. En virtud de esta distribución que evita la discriminación social, los residentes de una supercuadra están obligados a vivir como si hicieran parte de una gran familia en perfecta coexistencia social, con obvios beneficios para los niños que viven, crecen, juegan y estudian en el mismo ambiente de sincera camaradería, amistad y completa armonía... Y de esta manera serán criados, en la Planicie, los niños que construirán el Brasil de mañana, como quiera que Brasilia es la gloriosa cuna de una nueva civilización (Brasilia, 1963, 65-81:15)³⁶”.

Brasilia fue concebida como crisol de una nueva sociedad, antítesis de la estratificación social reinante en todas las ciudades del Brasil. Quienes le planearon, guiados por su creencia en la relación instrumental existente entre arquitectura y sociedad, pensaron que la uniformidad o “standarización” de sus formas arquitectónicas sería un antídoto contra la discriminación social: la vida en Brasilia forzaría a sus habitantes a adoptar las nuevas expresiones de experiencia social, asociación colectiva y hábitos personales que su arquitectura encarnaba. De esa manera las desigualdades estructurales presentes en todos los escenarios urbanos del Brasil debidas a diferencias de clase, raza, empleo, riqueza y familia, serían abolidas en Brasilia.

En su estudio antropológico sobre Brasilia, James Holston³⁷ señala una paradoja básica del proyecto. Si bien la ciudad había sido concebida para crear una sociedad nueva, a la postre fue construida y habitada por gentes provenientes de la misma sociedad que poblaba el resto del Brasil. Los primeros contingentes

³⁶ Citado por James Holston, **The Modernist City. An Anthropological Critique of Brasilia**, The University of Chicago Press, 1989, p. 20, 21.

³⁷ Id., p. 23.

de inmigrantes estaban insatisfechos con las fachadas idénticas por monótonas y rechazaban la uniformidad porque en lugar de propiciar un sentimiento de igualdad entre los habitantes, solo expresaba anonimato. En particular objetaban la promiscuidad de gentes de diferentes clases sociales habitando la misma *supercuadra*, que en su criterio solo provocaría conflictos irreconciliables entre vecinos con estilos de vida y valores diferentes. Si bien la especialización de espacios designados para el trabajo, la residencia, la recreación y el tráfico ofrecía transparencia en la organización de la ciudad, sus habitantes no disfrutaban el espacio urbano porque su experiencia del mismo era tan sosa como el viaje en un tren rápido entre su trabajo y su casa. A menudo empleaban el término *brasilitis* para referirse a sus sentimientos sobre la vida diaria sin las distracciones, conversaciones y pequeños rituales propios de la vida cotidiana en los espacios públicos de otras ciudades brasileras. Sin el bullicio de la vida callejera describían a Brasilia como una ciudad fría.

Holston³⁸ reconoce que buena parte del proyecto colapsó, particularmente la estructura colectiva planeada originalmente. Los brasilienses reafirmaron los procesos sociales y estratificaciones que el diseño arquitectónico había intentado negar, rechazando los patrones de vida urbana planeados. Como les estaba prohibido cambiar las fachadas de los bloques de apartamentos, muchos burócratas de alto rango se trasladaron a casas construidas - a menudo con considerable ostentación - en una variedad de estilos históricos y con fachadas muy elaboradas que negaban la estética modernista pero en cambio expresaban con elocuencia el status, riqueza y personalidad de sus residentes. Encontrando intolerable una vida en común con gentes de clases inferiores, la elite abandonó la idea de construir clubes sociales igualitarios en las *supercuadras* como había sido planeado. En lugar de ello se asoció en clubes privados organizados de acuerdo a los criterios de exclusividad antitéticos a los propósitos utópicos de la organización residencial de Brasilia.

He traído a colación la experiencia de Brasilia, - ejemplo modernista de la tradición utópica que iniciaron los arquitectos italianos Leone Battista Alberti y Filareti (seudónimo de Antonio Averlino) al diseñar Sforzinda, un modelo de ciudad concebido en honor de Francesco Sforza -, con el propósito de sugerir límites a la relación instrumental entre arquitectura y sociedad, entre formas espaciales y procesos sociales. Así como los creadores de utopías sociales confiaban en que los seres humanos seríamos más felices, más tolerantes, más solidarios, en una palabra, “mejores” al cambiar la sociedad con nuevas instituciones de acuerdo a determinados valores éticos, estéticos o políticos, también los creadores de utopías físicas han creído que los humanos seremos más saludables, más ordenados, más satisfechos, más sensibles a la belleza, es decir, “mejores” en otro sentido, si nuestros espacios se organizan de acuerdo a ciertos patrones ambientales, biofísicos o arquitectónicos. Desde la geomancia y el feng shui hasta

³⁸ Id., p. 24, 25.

los lineamientos de la *Carta de Atenas* persiste el mismo anhelo utópico de hacer mejores a los seres humanos, especialmente en su conducta social y ética, merced a un ambiente apropiado, urbano en nuestro caso..

Señalemos algunos límites. La facultad anticipatoria es un rasgo distintivo de nuestra mente que difiere del anhelo utópico. Al ejercerla trazamos el mapa de nuestras acciones futuras y planeamos los pasos a seguir para alcanzar metas que pueden ser tan sencillas como el menú para la cena de mañana con nuestros amigos, o tan sofisticadas como el proyecto urbano para conseguir un funcionamiento óptimo del hábitat. Fijar metas, diseñar proyectos y planear intervenciones futuras en la vida de la ciudad no equivale a prefigurar una utopía conclusiva, ceñida a un modelo inflexible de acciones rigurosamente predeterminadas. Sin embargo, tanto al diseñar utopías como al hacer planes, simples o complejos, estamos ejerciendo nuestra facultad para trazar acciones premeditadas, en ambos casos hacemos gala de nuestro atributo dinámico para anticipar nuestras acciones futuras.

Nuestra habilidad anticipatoria es precaria, especialmente cuando pretendemos cambiar la ciudad mediante ejercicios de planeación que a la postre solo reducen la complejidad urbana a un agregado susceptible de contar, manejar y controlar. Prisionera de sus fantasías narcisistas, deambulando por los pasillos de su confinamiento, nuestra mente es un aparato de coerción que prefiere representaciones mutiladas del mundo, un arrogante dispositivo que insiste en ver y hacer el mundo a su imagen y semejanza. Devota de sus propias jerarquías, imagina a la ciudad como arcilla para moldear a su amaño sin las molestias de valores e intereses incompatibles con su idea de orden. Esta mente coercitiva se tapa los oídos para no escuchar las estridencias del azar, impredecible e incontrolable, porque venera espacios uniformes. De paso se priva de todas la exuberancias del espíritu que nos procuran el juego, las disonancias, las rupturas y la espontaneidad.

La utopía urbana quiere trascender la realidad y esa pretensión es encomiable, al menos moralmente, cuando la ciudad está agobiada por el peso de graves conflictos sociales, maltrecha por una disfunción ecológica, casi estructural, exhibiendo heridas de muerte asestadas por la corrupción, la incuria y la desidia de sus élites. Bien decía Oscar Wilde que un mundo donde faltase el mapa de la utopía, sería intolerable. Los seres humanos hemos intentado una y otra vez alcanzar un mundo donde se hagan realidad los valores de justicia, bondad, belleza, en fin, la plenitud. Se trata de una vieja ilusión. En el siglo XII, por ejemplo, el monje calabrés Joaquín de Fiore anunciaba una “nueva era” en la que la libertad del amor desplazaría a las restricciones del miedo, y una espiritualidad libre y universal florecería en lugar de la coerción de la iglesia y de todas las instituciones del poder, que a la postre caerían sin remedio. Esa nueva era

marcaría un cambio trascendental en la historia de la humanidad, una revolución solo comparable al descubrimiento del fuego o de la agricultura³⁹.

La utopía quiere salvarnos de nuestras miserias, pero ¿a qué precio? Para librarnos del malestar de la ciudad, los autores de utopías diseñaron modelos urbanos distinguidos por un carácter coactivo y represivo, magistralmente descrito en las sátiras de Aldous Huxley (*Brave New World*) y George Orwell (1984) contra la rigidez, la presunción totalitaria y la seguridad sin alegría de la utopía. Un habitante de la *Utopía* de Tomás Moro, por ejemplo, estaba bajo constante observación de sus vecinos y de los funcionarios, no solamente durante sus horas de trabajo sino durante su tiempo libre, que también estaba ceñido a modalidades predeterminadas a fin de evitar desviaciones.. La esclavitud era el castigo por dos viajes no autorizados y la pena de muerte por cualquier discusión política privada. A cambio de una cierta seguridad en la provisión de bienes materiales se exigía el sacrificio de la individualidad y la complacencia absoluta con el régimen de vida impuesto. En algunos casos las coerciones previstas tenían por objeto el control de detalles, inclusive decorativos. En su modelo urbano Fourier reglamentó hasta los decorados de las edificaciones, “esos «adornos obligados» que, bajo la égida de los «comités de boato», adornarían los diferentes recintos, a diferencia de la «licencia anárquica actual». En otros casos el orden espacial de la ciudad pretendía garantizarse mediante la coacción política disfrazándole de paternalismo, como en Owen o Godin, o de socialismo de Estado, como en Cabet⁴⁰.

La ciudad es el escenario de dinámicas culturales, sociales, económicas entrelazadas en un tejido denso, multiforme. La ciudad es la *polis*, donde su habitante se reconoce como ciudadano ejerciendo su derecho al dialogo, a la disidencia, a la participación en las decisiones públicas. Al hacerle objeto de nuestra reflexión debemos pensarla como la compleja trama de esas dinámicas y sus formas espaciales. Si por ventura le imaginamos como una cosa, un objeto manipulable, nuestra idea de la ciudad será solo una utopía, el lugar que no existe, en sentido etimológico. Guiados por una confianza extrema en nuestra capacidad para cambiar de manera significativa esa ciudad pensada como un objeto, estaremos expuestos a recaer en los mismos excesos totalitarios que criticamos en los utopistas.

Ha pasado más de medio siglo sin una nueva utopía para inflamar de entusiasmo la imaginación humana. Quizás mi generación fue la última seducida en el siglo XX por los ecos del pensamiento utópico decimonónico, flameando aun en las banderas de la justicia social, contra la desigualdad. Frisando en nuestros veinte, al final de los sesenta, fuimos testigos de la gesta libertaria en la *revolución de*

³⁹ Jordi Pigem, **Nueva Conciencia**, . Integral, Barcelona, 1994, p. 12, 13.

⁴⁰ La Icaria de Cabet tiene un régimen particularmente autoritario. Es obra de Icar, dictador cuyo modelo lo encontró Cabet en Napoleón, como lo han demostrado acertadamente, primero Kropotkin y, más tarde, L. Mumford,. Françoise Choay, obra citada, supra nota 17, p. 25.

mayo en Paris. Ese fue el canto del cisne del desencanto contra los poderes. ¿Acaso hemos llegado al fin de la utopía?

El poeta Octavio Paz dice que el intento totalitario por alcanzar el futuro se ha desplomado por completo. Hemos perdido nuestra fe en el "progreso" y descubierto el presente, el cual sabemos que podemos tocar, a diferencia del futuro... La sucesión temporal ya no domina nuestra imaginación, la cual ha retrocedido del futuro al presente. En lugar de ello, vivimos en una conjunción de tiempos y espacios, sincronización y confluencia, que convergen en el "tiempo puro" del instante. Este tiempo sin medida no es optimista. No propone el paraíso ahora. Reconoce a la muerte, a la cual negaba el culto moderno del futuro, pero también abraza la intensidad de la vida. En el momento, se reconcilian el lado oscuro y el lado luminoso de la naturaleza humana"⁴¹.

Uno de los acontecimientos más afortunados de la segunda mitad del siglo XX fue la caída en desgracia de la idea de salvación y el descalabro de todas las promesas del progreso sin límite, "esa orgía de imbecilidad", como le llamó Huxley. Finalmente hemos renunciado al espejismo de la salvación, aquí en la tierra como en el cielo. Sabemos o intuimos que nada ni nadie nos salvará de nuestra impredecible condición, de las vicisitudes y avatares de nuestra existencia. Estamos aprendiendo a vivir sin la ilusión de los destinos prefijados, sin utopías, inmersos en la perturbadora experiencia de las discontinuidades, las rupturas, el pluralismo y la multiplicidad de mentalidades y sistemas de valores. Felizmente hemos extraviado la brújula que siempre marcaba el norte de un fin culminante, del sentido verdadero de la historia individual y colectiva. Estamos perdidos, como nos anuncia Edgar Morin en un texto revelador:

*"Esta es la mala nueva: estamos perdidos, irremediablemente perdidos. Si hay un evangelio, es decir una buena nueva, debe partir de la mala: estamos perdidos pero tenemos techo, casa, patria: el pequeño planeta donde la vida levantó su jardín, donde los humanos levantaron su hogar, donde la humanidad debe reconocer ya su casa común"*⁴².

Tenemos la palabra que nos hace humanos. La palabra tiende su red de insospechadas afinidades en el diálogo que premedita pasadizos secretos del ojo que mira al ojo que ve la desesperación en la pupila llena de dolor. Palabra dicha, palabra escuchada: los burros de oro tienen grandes orejas para escuchar algo más que el tintineo de las monedas, los cerdos no hincan sus pezuñas en las flores del pantano y todo el bestiario armado hasta los dientes

⁴¹ Octavio Paz. *El Occidente se vuelve hacia el Oriente al final de la Historia*, en **FIN DE SIGLO**. McGraw-Hill Interamericana, México, 1996, p. 173.

⁴² Edgar Morín y Anne Brigitte Kern, **Tierra Patria**, Editorial Kairos, Barcelona, 1993, p. 209.

está acosado por pesadillas en las que abre su gran jeta de tocino para hablar con sus víctimas. La palabra mantiene viva la memoria de las atrocidades perpetradas en los simulacros de la verdad y del bien, de las que siguen cometiéndose sin simulacros, de todas las palabras diciendo pensamientos y poemas, de los millones de plegarias que ningún dios escucha. El diálogo prepara trampas para los más soberbios y pone en sus labios la cola de una metáfora con besos furtivos en los zaguanes y muchachas desnudas recitando ditirambos para los aguateros. La palabra sella nuestra alianza de manos y pensamientos, ata y desata cometas en el cielo, enciende y apaga estrellas en los confines del vasto universo.

Tenemos ciudad, nuestra representación simbólica del universo, donde tiene lugar la magnificencia estética que transforma el hábitat en obra de arte y, donde nuestra frágil conciencia moral - la única conocida en miles de soles, constelaciones y galaxias - teje la urdimbre de valores y preceptos que dan forma a la política, artificio de la *polis* para organizar la coexistencia humana conduciendo diferencias, hostilidades y conflictos al territorio del diálogo y la controversia agonística. La ciudad metáfora de esplendor, divinidad y mitos sembrados en sus recintos de calicanto y piedra, es poesía viviente del tango bailado magistralmente por una parejita en la calle Florida de Buenos Aires, o del mimo-estatua con su mano extendida a los miles de peatones que van y vienen como ríos humanos por Las Ramblas de Barcelona. La ciudad es un hervidero. Todo lo humano parece no tener límites entre sus bordes. La ciudad metáfora de exclusión, abandono y miedo es una huella de nuestra soberbia, ciudad injusta, maltrecha, embromada con su propio detritus que pervierte aguas, cielo y tierra.

En esta ciudad de sueño y poesía, torceduras y enmiendas, un nudo aprieta nuestro corazón. Expulsados del paraíso, exorcizados contra toda idea de salvación, y por añadidura, contra los encantos de la razón y los misterios de la fe, no podemos renunciar a los prodigios de nuestra imaginación para refundar la alianza entre naturaleza y cultura⁴³. Está a nuestro alcance hacerlo, sin aspavientos ni barullo ideológico, en la ciudad que en suerte habitamos, desde

⁴³ El siguiente texto de Ebenezer Howard, autodidacta inglés, creador de la Ciudad Jardín, ilustra con belleza y cierta ingenuidad el concepto de alianza entre naturaleza y cultura: "*La ciudad es símbolo de sociedad; de ayuda mutua y de cooperación amistosa, de paternidad, maternidad, fraternidad, de una amplia relación de hombre a hombre, de simpatías expansivas, de ciencia, de arte, de cultura, de religión. Y, ¿el campo? El campo es el símbolo del amor y de las liberalidades de Dios para con el hombre. Todo lo que somos y todo lo que tenemos proviene del campo. Nuestros cuerpos están hechos de él y a él vuelven. Gracias a él nos alimentamos, vestimos, albergamos, y abrigamos. Su belleza inspira al arte, a la música y a la poesía. Sus fuerzas animan los engranajes de la industria. Pero la plenitud de su goce y de su sabiduría no ha sido revelada al hombre, y no podrá revelársele mientras persista esa separación impía, antinatural entre la sociedad y la naturaleza. La ciudad y el campo deben esposarse, y de esta feliz unión surgirá una nueva esperanza, una nueva vida, una nueva civilización. El fin de esta obra consiste en mostrar que el primer paso a dar en esta dirección puede ser la construcción de un imán Ciudad-Campo.*" Tomado de su obra **Garden-Cities of Tomorrow**, publicada inicialmente en 1898 bajo el título **Tomorrow: a Peaceful Path to Social Reform**. Ebenezer Howard, en **El Urbanismo. Utopías y Realidades**, Lumen, Barcelona, 1970, p. 341.

nuestra casa, en el parquecito y las calles de nuestro barrio. Solo tenemos que cambiar algunos hábitos en la rutina diaria. Caminar más, montar en bicicleta, conducir menos de lo indispensable – el mejor sitio para el carro es el garaje - ver menos televisión y conversar más. Comprar menos basura para no producir tanta. Discutir con los vecinos los acontecimientos, necesidades y problemas de nuestro barrio y con habitantes de otros barrios los suyos y los de la ciudad. Es cierto que los excesos de la modernidad cortaron muchos hilos de la intrincada madeja que ata la ciudad a la biosfera. Sin embargo, la ciudad sigue siendo, como lo fue siempre, encrucijada de naturaleza y cultura. Aun es tiempo para tender nuevamente los hilos y reconstruir las vías del retorno ecológico. De paso también podríamos aliviar su tejido social, tan maltrecho y purulento. Porque, a fin de cuentas, como dice un pensamiento que leí o escuché hace varios años, cuyo autor no recuerdo, “nuestra deuda con la naturaleza deberemos pagarla con la vieja moneda de la justicia social”.

CALLES, RÍOS Y BICICLETAS

*Mire la calle.
¿Cómo puede usted ser
indiferente a ese gran río
de huesos, a ese gran río
de sueños, a ese gran río
de sangre, a ese gran río ?
¿A ese gran río?*

*Venga usted y acompañeme.
¿ Quiere que abramos la puerta de la calle?
¡ Qué gusto ser un hombre simple,
no-senador,
no-diputado,
no-alcalde,
no-líder,
no-profesor,
no-presidente,
no-ministro !
No.*

*Un hombre simple
para poder andando por la calle,
callejeando y andar mirando a todo el mundo,
hablando a todo el mundo,
el mundo universal que no nos pide nada.*

Del poema *La Calle*, Nicolás Guillén

Memoria a Pie

Descubrí el mundo en las calles de mi barrio jugando a los “tipos” y bandidos con niños de mi edad y muchachos mayores. En algunas tardes jugábamos a indios y vaqueros, una versión casi idéntica del juego de los “tipos buenos” matando “malos” con los papeles trocados por blancos matando y torturando indios. Los más chicos siempre hacíamos de indios o bandidos y aunque sabíamos de antemano que correríamos la misma suerte, derrotados y humillados por los tipos y vaqueros, no renunciábamos a nuestro papel. Ser vaquero-blanco o indio-bandido no dependía solamente de nuestra edad, sino de la decisión del líder que distribuía a los participantes entre los dos bandos, una decisión política, por cierto, que anticipaba los juegos sociales del poder y la política. No recuerdo cuán estables eran estos papeles, ni tampoco si un bandido tenía la posibilidad de cambiarse al bando de los “tipos buenos”, o si un indio podía pasar por blanco. Quizás nuestras reglas lúdicas eran más flexibles que los rígidos estereotipos del mundo maniqueo donde pretendieron instalarnos desde la infancia, un mundo anclado en los extremos sin acceso a los claroscuros ni al espectro que va del blanco al negro. En cuanto a sus reglas de admisión, creo que por tratarse de un juego varonil estaban excluidas las mujeres, con quienes en cambio jugábamos al escondite y también a la rayuela

*una pista en la rayuela
el salto descubrirá
y si el guijarro se cae
vuelta gira a comenzar*

*y si el guijarro no cae
y cada salto captura
la blanca meta trazada
en el áspero tablero
el gozo lanza la huella
hasta la línea inicial*

*dedos que tocan madera
duros y amargos conjuros
al compañero de juego
un traspiés en la cabriola
y el turno vuelve a girar¹*

¹ Textos del poema *La Trompeta de Haydn*, del libro **Poemas** de José M. Borrero Navia, con ilustraciones de Gastón Betelli, reprint numerado, Cali, 1980.

La verdadera vida estaba en la calle, donde se suscitaban las pasiones más fogosas, los mayores entusiasmos y las disputas más encendidas en torno a nuestros juegos, ora precisando el sitio exacto en que había caído nuestra canica o “bola” cuando jugábamos al cuadro o a la “meca”, ora venciendo los temores para pisar sin dilaciones la raya que definía en una contienda quien era el más valiente de los contrincantes. En más de una ocasión salir a la calle significaba infringir prohibiciones o desatender órdenes y descubrir que más allá de su lógica estaba el encanto de las conductas prohibidas, como jugar bajo la lluvia en los arroyuelos formados al filo de las aceras con las pequeñas canoas que nos dejaban al abrirse las flores del tulipán africano. Ese contacto lúdico con el agua bien valía la reprimenda que recibíamos al volver a casa emparamados.

La calle era nuestra. Nos pertenecía de palmo a palmo como territorio de juego, conocimiento y movilidad. El colegio, el cine, el parque, el teatro y, en fin, todo nuestro entorno urbano habitual estaba al pie. Unas cuantas cuadras allí, otras acá y la ciudad se dibujaba a nuestro paso con el verde esmeralda de los cadmios, el terracota desteñido de las mansardas y la galería de casas, calles e iglesias que, en conjunto, formaban el escenario de nuestras alegres travesías cotidianas. Caminando recreábamos el mapa mental de nuestra identidad con retazos de esquinas, calles truncas, tejados, un jardincito enrejado y el rostro de una muchacha en el ventanal. Crecía en nosotros un sentimiento de pertenencia, profundo, inalienable, con nuestro entorno urbano. Porque caminar en la ciudad ha sido siempre un poema al prodigio de desplazarse en una máquina maravillosa que piensa, tiene memoria y habla

Desde los siete años caminé de mi casa al colegio. Hice diariamente ese trayecto de unas diez cuadras, ida y regreso, hasta que terminé la primaria. Lo hacía en verano o en invierno con torrenciales aguaceros, porque “lloviera, tronara o relampagueara debería ir al colegio”. Mi tío tenía razón cuando enfáticamente afirmaba que un sobretodo con caperuza era suficiente para protegerme de la lluvia. Y también unos buenos zapatos, la mayor preocupación de toda madre con estrecho presupuesto familiar, porque los zapatos se “acababan en un abrir y cerrar de ojos” soportando no solo chaparrones y caminatas, sino las patadas a los tarros y guijarros que descubríamos en nuestro camino, amén de aquellas a los balones, y, por añadidura, los saltos y carreras que apostábamos mañana y tarde. En la década del cincuenta Cali era una ciudad de unos 240.000 habitantes² con incipientes brotes de inseguridad en las calles, al menos en ciertos sectores. Desde ese entonces la calle no era santo de devoción entre los sectores altos de la sociedad caleña, en cuyo imaginario antidemocrático y mojigato se representaba como lugar de clases bajas asociado a todo tipo de peligros, especialmente para los niños³ y las mujeres.

² Plan Integral de Desarrollo de Cali y su Área de Influencia, PIDECA, Cali, 1980.

En cuanto a mí respecta nunca tuve experiencias adversas, ni siquiera desagradables, caminando por las calles de mi ciudad. Lo peor que pudo ocurrirme por aquellos años fue algún encuentro con un vagabundo o un “loco” de los tantos que la ciudad aún reconocía como sus personajes típicos.

Durante el bachillerato seguí siendo peatón a medias porque mi otra mitad era ciclista. En lugar de caminar iba al colegio San Luis en bicicleta, hasta la sección del bachillerato ubicada en la parte alta de Juanambú⁴, un trayecto muy empinado que demandaba toda mi capacidad física apostando en su ascenso con otros estudiantes una prueba doble de resistencia y velocidad. Antes de terminar el bachillerato suspendí temporalmente mi vínculo con la bicicleta volviendo a mi status pleno de peatón, esta vez en Bogotá, una ciudad donde a mediados de los sesenta era no solo viable sino placentero caminar en su centro histórico, a lo largo de la carrera séptima desde la Plaza de Bolívar hasta el Hotel Tequendama y en algunos de sus barrios, como el Chapinero. Para desplazarse a sitios más distantes el peatón disponía del trolley bus, un excelente sistema de transporte colectivo que sellaba la alianza entre peatones y transporte público como fundamento de una movilidad sostenible. El trolley bus estuvo en servicio hasta finales de la década de los setenta cuando fue reemplazado por buses motorizados, merced a la misma presión de los oligopolios de hidrocarburos y automotores que dio al traste con nuestras redes de ferrocarriles y trenes. Abandonados en patios cubiertos de vegetación espontánea y en estaciones desvencijadas, los trolleys, vagones y líneas férreas son monumentos a la desidia e ineptitud de sucesivos gobiernos nacionales y municipales que facilitaron a la coyunda de hidrocarburos y automotores ejercer un monopolio casi absoluto en el transporte público urbano e intermunicipal.

De regreso en Cali persistí en mi condición de peatón por más de una década caminando de un sitio a otro de la ciudad en el día y en la noche. Nunca fui objeto de emboscadas o asaltos, ni tampoco presencié conductas violentas o criminales cometidas contra otros transeúntes. Quince años más tarde, al volver de mi prologado periplo por las islas, Estados Unidos y Europa, este panorama urbano había dado un giro de ciento ochenta grados: los peatones habían perdido su *status* de actores privilegiados en la movilidad y las calles se habían convertido en escenarios de desencuentro e incomunicación, espacios abandonados donde brotaban a flor de piel todas las pústulas de la exclusión

³ Recuerdo una verdadera joya bibliográfica que descubrí años atrás, **Pétalos de Urbanidad**, del nariñense Jorge Arévalo, escrita como ejercicio de lecciones impartidas sobre las reglas de urbanidad mediante el sistema de preguntas formuladas por el maestro y respuestas que seguramente debían memorizar los alumnos –dialécticamente diría su autor–. Entre las innumerables necedades que el lector puede hallar en ella, traigo a colación una sobre la calle. El profesor pregunta: *A los niños les está permitido salir a la calle?* Y los niños responden: *No señor, porque puede ocurrir que los llamen a declarar como testigos de algún crimen.*

⁴ Barrio construido en el pie de monte de la cordillera occidental contiguo a la ciudad en su zona noroeste.

social, la desigualdad y la violencia. En el presente millones de peatones padecen afrentas cotidianas que en miles de eventos - los llamados “accidentes de tránsito” - no solo vulneran su dignidad humana sino su integridad física causándoles graves lesiones personales e inclusive la muerte. Esta violencia contra los actores más vulnerables del viario, tolerada por la apatía e indolencia de los ciudadanos, revela a quemarropa una ciudad injusta..

Recuperar la Calle, ¿Nostalgia o Utopía?

¿Qué ocurrió con la calle en nuestras ciudades? ¿Qué dinámicas urbanas le privaron de su exhuberancia y multifuncionalidad, condenándole a la mera vialidad, negando su condición privilegiada para cumplir funciones sociales básicas de información, simbolismo y esparcimiento? La calle que descubrí en mi infancia, disfruté en mi juventud y recorrí en muchas otras ciudades del mundo, Washington, San Francisco, Barcelona, Ámsterdam, Oslo, Frankfurt, Ferrara, para citar solo algunas, cumple un papel esencial en la vida urbana estimulando el encuentro y la comunicación entre sus habitantes. Como bien dice Louis Khan, *“en una ciudad lo supremo es la calle... La calle es el primer lugar de reunión de la comunidad, de ella se derivan la plaza, el centro de convenciones y todos los lugares de congregación comunitaria. Su techo es el cielo y sus costados están conformados por las fachadas, que son una donación que los habitantes le hacen a la ciudad”*⁵. Al preservar las funciones de la calle se garantiza la conservación de la memoria urbana que inspira y nutre los espacios de la convivencia, el arte⁶ y las abigarradas expresiones de la vida citadina.

Marshall Berman⁷ nos revela que la calle fue el símbolo fundamental de la vida moderna a lo largo de la época de Haussmann y Baudelarie y bien entrado el siglo XX. “Desde la “calle Mayor” de la ciudad pequeña hasta la “Gran Vía Blanca” y la “Calle de los Sueños” metropolitanas, la calle ha sido vivida como el medio en que pueden chocar, fusionarse y encontrar su destino y significado último, todas las fuerzas modernas, materiales y espirituales.” Este romance moderno de la calle fue liquidado, según Berman, por los mismos artífices del “movimiento moderno” en arquitectura y urbanismo, quienes después de la

⁵ Louis Khan, tomado de sus conferencias para el curso de postgrado en arquitectura, 1960-61.

⁶ Creo que fue Jane Jacob quien afirmó que bajo el desorden aparente de la vieja ciudad hay un orden maravilloso capaz de mantener la seguridad de las calles y la libertad de la ciudad. Es un orden complejo. Su esencia es el intrincado uso de las calles, que entraña una constante sucesión de ojos. Este orden se compone de cambio y movimiento, y aunque es vida y no arte, imaginativamente podríamos llamarlo la forma artística de la ciudad, y compararlo con la danza.

⁷ Marshall Berman, **TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE**, Siglo XXI, Santafé de Bogotá, 1991. p. 333.

primera guerra mundial vociferaron el grito de guerra de Le Corbusier *tenemos que acabar con la calle*. “Durante veinte años, en todas partes las calles fueron, en el mejor de los casos, abandonadas pasivamente y con frecuencia (como en el caso del Bronx) destruidas pasivamente. El dinero y las energías fueron encauzados hacia las nuevas autopistas y la vasta red de parques industriales, centros comerciales y ciudades dormitorio a que las autopistas daban origen. *Irónicamente, entonces, en el transcurso de una generación, la calle, que siempre había servido para expresar una modernidad dinámica y progresiva, vino a simbolizar algo sucio, desordenado, indolente, estancado, agotado, obsoleto: todo lo que, supuestamente, el dinamismo y el progreso de la modernidad dejarían atrás*⁸”.

En el ideario de la arquitectura modernista la calle debía abolirse como “un vestigio de barbarie”, “un anacronismo indignante”, y especialmente por “simbolizar el desorden circulatorio” y representar un estorbo al nuevo orden vial requerido por el automotor. Berman describe como el tejido de Norteamérica, especialmente el urbano, experimentó una severa transformación después de la segunda guerra mundial, cuyas fuerza motrices fueron el Programa Federal de Autopistas (Federal Highway Program), dotado con muchos miles de millones de dólares, y las amplias iniciativas suburbanas en el campo de la vivienda del Federal Housing Administration. “*Este nuevo orden integró a toda la nación en un flujo unificado cuya alma fue el automóvil. Este orden concebía las ciudades principalmente como obstáculos al tráfico y como escombreras de viviendas no unificadas y de barrios decadentes, para escapar de los cuales se daría a los norteamericanos todas las facilidades. Miles de barrios urbanos fueron dejados a un lado por este nuevo orden; lo que sucedió con mi Bronx fue únicamente el ejemplo más importante y más espectacular de algo que estaba ocurriendo en todas partes. Tres décadas de construcción masivamente capitalizada de autopistas y suburbanizaciones servirían para llevar a millones de personas y puestos de trabajos, y miles de millones de dólares de capital invertido, fuera de las ciudades de Norteamérica, hundiendo a esas ciudades en la crisis y el caos crónicos que hoy en día atenazan a sus habitantes.*⁹”

Un proceso semejante experimentaron nuestros barrios y sus vecindarios a partir de los cincuenta, desmembrados y cercenados en aras de nuevo orden circulatorio. El exterminio de la memoria urbana no ha cesado¹⁰ Vecindarios residenciales ricamente arbolados con generosas áreas peatonales, como el tradicional barrio San Fernando de Cali, están siendo despojados de su identidad y sacrificados para dar vía a los automotores que circulan diariamente

⁸ Id.

⁹ Id., p. 323.

¹⁰ Llamado eufemísticamente por los planócratas “cambio en los usos del suelo.”

en dirección norte y sur. El otrora barrio para habitar, vivir y propiciar el encuentro de vecinos, rico en espacios para la recreación y el juego, hoy es solamente *un sitio de paso*.

He presenciado un desgarramiento idéntico en San José de Costa Rica, una ciudad de ricos matices urbanos y espíritu cosmopolita, ahogada por la contaminación de los automotores y la congestión en las calles, bastante estrechas, de su "centro histórico". El urbanicidio infringido por los automotores ha alcanzado incluso a muchas poblaciones ahora integradas al área metropolitana de San José. En una de ellas, San Pedro, los residentes de algunos barrios han optado por una maniobra que podría parecer antisocial en su afán por defender la tranquilidad y espíritu de sus calles: abrir huecos en las calzadas y levantar el asfalto para disuadir a los conductores de transitar por esas calles..

El predominio del flujo automotor llegó a las calles acompañado de un séquito indeseable. A mediados de la década del setenta estaba claro que, en medio de las disparidades económicas y la exclusión social, ningún vecindario urbano, ni siquiera el más vivo y saludable, podría estar a salvo del delito, la violencia fortuita, la rabia, y el temor generalizados. El liderazgo del automotor en las transformaciones del paisaje urbano, amén de su influencia en la inequidad en los derechos de los ciudadanos a la movilidad y la accesibilidad, más que responder a pretendidas demandas de una circulación cada vez más rápida y fluida, expresa la lógica de fuerzas sociales para controlar el espacio público de la movilidad y orientar las dinámicas urbanas hacia la rentabilidad del suelo, en cuya aritmética no hay lugar para consideraciones sobre memoria urbana o historia arquitectónica de las ciudades. La lógica del lucro ignora cualquier valor distinto al crematístico en los espacios de la ciudad, a los cuales arranca de la memoria urbana y los despoja de identidad¹¹. Sin memoria e identidad, la ciudad es el "no lugar"¹².

¹¹ Jesus Martín-Barbero describe el proceso como des-espacialización, el cual significa que "...el espacio urbano no cuenta sino en cuanto valor asociado al precio del suelo y a su inscripción en los movimientos del flujo vehicular: "es la transformación de los lugares en espacios de flujos y canales, lo que equivale a una producción y un consumo sin localización alguna" . Planteándolo como una mutación cultural de largo alcance, G. Vattimo asocia el "debilitamiento de lo real" a la experiencia cotidiana de desarraigo del hombre urbano en la *fabulación* que produce la permanente mediación y entrecruce de informaciones y de imágenes. Pero el desarraigo urbano remite, por debajo de ese bosque de imágenes, a otra cara de la des-espacialización: a la borradura de la memoria que produce una urbanización racionalizadamente salvaje. ... Y sin referentes a los que asir su reconocimiento, los ciudadanos sienten una inseguridad mucho más honda que la que viene de la agresión directa de los delincuentes, una inseguridad que es *angustia cultural y pauperización psíquica*, la fuente más secreta y cierta de la agresividad de todos." Id.

¹² "Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar." Augé, Marc. **LOS NO LUGARES. ESPACIOS DEL ANONIMATO**. Gedisa, Barcelona, España, 1993, p. 125.

Las élites de nuestras ciudades acogieron con regocijo el predominio de la movilidad motorizada. Una ciudad de múltiples calzadas para los automotores, con sus calles en vía de extinción, les venía como anillo al dedo para perseverar en su postura antidemocrática. Esta vez sin remilgos éticos porque en aras del “desarrollo” la calle democrática donde todos se encuentran y confunden desaparecía para dar paso a las *vías del progreso*. Evitando el contacto con la calle de paso se mantenían a distancia de actores callejeros - los desocupados, los locos, los mendigos, los pobres y otros actores subalternos -. Montados en sus flamantes carros “guardaban distancia” de la pobreza y traducían su encono antidemocrático en retórica urbanística para dar al traste con la calle y acallar su espíritu democrático¹³.

Le Corbusier decía que *cuanto más cortaba más dinero ganaba* Haussman, quien sin vacilación había borrado en su *Plan de París* el conjunto de barrios viejos y pintorescos. Sigfried Giedion por su parte afirmaba en su obra **Espacio, Tiempo y Arquitectura** que “*ya no queda lugar para la calle en la ciudad ; no se puede permitir que persista*”, celebrando el «urbanismo de cuchillo» de Robert Moses con las calles y barrios tradicionales de Nueva York para dar paso a las autopistas que, según el mismo Giedion, miraban “*hacia adelante en el tiempo, cuando, una vez realizada la necesaria cirugía, la ciudad hinchada artificialmente se vea reducida a su tamaño natural*”.

Curiosamente Hitler también confiaba en el poder de las autopistas no solo para anunciar el futuro de Alemania sino el sentido del proyecto político y social del nazismo:

“Ahora será resuelta la contradicción que existe entre el desarrollo tecnológico del motor y la muy limitada realidad de las calles, a causa de la insuficiente atención prestada en previas décadas. Las vías del Führer serán desarrolladas en grandes arterias del tráfico, las cuales no sólo contribuirán a conducir al

¹³ La riqueza y dinamismo de la cultura urbana mediterránea, pasada y presente, en buena parte se explica por el espíritu democrático del espacio público que ninguna clase o grupo consiguió monopolizar en las ciudades mediterráneas. James Amelang cita las impresiones de Mark Twain sobre Nápoles para confirmar este privilegiado escenario: “El contraste entre opulencia y pobreza y entre magnificencia y miseria, es más frecuente y llamativo en Nápoles que incluso en París. Hace falta ir a al Bois de Boulogne para ver los vestidos de moda, los equipajes espléndidos y las carrocerías asombrosas, y al Faubourg St. Antoine para ver el vicio, la miseria, el hambre, los harapos y la suciedad.....pero en las vías públicas de Nápoles todo eso está mezclado...mendigos, príncipes y arzobispos chocan por las calles unos con otros... Todas las noches, todo Nápoles sale a pasear por la Riviere di Chiaja, y durante dos horas uno puede quedarse allí contemplando la procesión más variopinta y mezclada que se pueda contemplar... Durante dos horas, el rango y la riqueza, y la oscuridad y la pobreza, trapalean de lado en una extraña procesión, y a continuación se van a casa serenos, felices y cubiertos de gloria.” James Amelang, *Ciudad: Punto de Encuentro de Dos Mitos de Espacio*, en **Los Ideales del Mediterráneo**, Icaria Editorial, Barcelona, 1997, p. 123,124.

*pueblo alemán hacia una unidad política y económica más fuerte, sino también a ponerle punto final a los últimos remanentes de pensamiento individualista*¹⁴.

Automotores y lucro inmundo no orquestaron solos el cercenamiento urbanístico de la calle. De su mano venían otros actores estimulando tendencias en el mismo sentido. Uno de ellos, la comunicación en las ciudades, permite a Jesús Martín-Barbero¹⁵ *“justificar que se acaben las plazas, se enderecen los recovecos y se amplíen y conecten las avenidas. Lo que ahí se pierda es todo ganancia desde el punto de vista del flujo”*. Su interpretación le revela que *“la verdadera preocupación de los urbanistas ya no será que los ciudadanos se encuentren sino todo lo contrario: ¡que circulen!”*. El *flujo* de vehículos, personas e informaciones obrará como nuevo eje de la planeación urbana, *“ligado a una sola matriz a la vez teórica y operativa: la circulación constante, que es a un mismo tiempo tráfico ininterrumpido e interconexión transparente. El caos urbano tendrá entonces su máxima expresión no en el desconcierto y los miedos de sus habitantes perdidos en la enormidad de las distancias o en la inseguridad creciente sino en el “atasco vehicular”*.

No siendo ajena a los clamores modernistas de Le Corbusier, Giedeon o Moses contra la calle, esta interpretación también justifica el urbanismo de cuchillo, esta vez desde la perspectiva del flujo, que a la postre no representa un argumento distinto al esgrimido por los modernistas para establecer en nombre del progreso el nuevo orden de circulación vial requerido por el automotor. Todo apunta a un discurso que legitime la metrópoli moderna norteamericanizada y niponizada sin un peatón ni un muchacho en sus avenidas abarrotadas de neumáticos y gases de efecto invernadero que solo conducen a los paraísos circulatorios *drive in*, donde la palabra enmudece, vaciada de espacios para estimular un diálogo cálido sobre opciones sostenibles del hábitat humano.

La calle que despierta nuestro entusiasmo, rebosante de vida, donde los ciudadanos dialogan, intercambian información y ejercen ciudadanía, no es una tarjeta postal del pasado. En cuatro décadas nuestras ciudades cambiaron como no lo habían hecho en siglos y sus calles fueron sacudidas por las fuerzas que forjaron el paisaje urbano en la segunda mitad del siglo XX. La calle en los albores del tercer milenio no podría ser la misma de cuarenta años atrás. Cambios tecnológicos y culturales han colonizado nichos de información y comunicación otrora exclusivos de la calle, la cual ha dejado de ser el escenario privilegiado de información, esparcimiento y simbolismo para el habitante urbano que fuera en las ciudades medievales, renacentistas y en la vida urbana a todo

¹⁴ Hitler, “Autopistas Nacionales, el Signo de Nuestros Tiempos”, Die Strabe (periódico oficial del nazismo), 1934.

¹⁵ Jesús Martín-Barbero, *Comunicación y Ciudad: Sensibilidades, Paradigmas, Escenarios*, en **Pensar la Ciudad**, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1996, p. 45-68.

lo largo del siglo XIX hasta la primera mitad del XX. En consecuencia, reafirmar el papel de la calle en la vida urbana, inclusive en la contemporánea, no equivale a rechazar ventajas relativas de los medios (radio, teléfono, transmisión de imágenes o Internet) para comunicarnos y acceder a información¹⁶. En idéntico sentido, reconocer los beneficios de las innovaciones tecnológicas no debería conducir a negar la calle condenándole a la desaparición, o al abandono, en el mejor de los casos.

¿Para qué sacrificar los encuentros fortuitos, el diálogo vivo y la comunicación cara a cara de la calle en aras de los flujos circulatorios? ¿Para qué tanta prisa? ¿Quién sino el casino global del capitalismo financiero persigue operaciones cada vez más veloces? ¿Quiénes distintos a los oligopolios de la industria petroquímica envilecieron los suelos con insumos sintéticos, envenenaron las aguas con agrotóxicos y ahora avasallan toda frontera moral para manipular códigos genéticos buscando acelerar los ciclos biológicos y ecológicos de la agricultura? ¿Quién sino la coyunda industrial de combustibles fósiles y automotores que asfixia al planeta quiere ganar tiempo y circular cada vez más rápido?

También tienen mucha prisa los residentes de los suburbios y barriadas periféricas de la metrópoli que diariamente viajan grandes distancias para llegar al trabajo y volver a casa al final de la jornada. Desde los suburbios se movilizan una tras otras flotillas de carros, la mayoría de las veces solo con un pasajero a bordo, que a las horas pico atascan el tráfico y condenan a sus ansiosos conductores a vivir la nueva era de los rendimientos decrecientes del automóvil como medio de transporte urbano andando a una velocidad promedio de ocho kilómetros por hora. Desde las barriadas llegan flotas de buses y microbuses, desvencijadas chimeneas rodantes sofocando calles y avenidas con gases tóxicos, atiborradas de pasajeros, algunos colgando de las puertas, otros amontonados por entrar o salir forcejeando para sortear las destrezas de los carteristas y las estridencias de los artistas del hambre. Ambos, residentes de suburbios y de barriadas periféricas, son víctimas del modelo modernista de expansión que excluyó del diseño urbanístico toda consideración sobre cercanía o creación de proximidad. Con el carro a la puerta o al alcance de un crédito bancario para qué preocuparse por las distancias. Por el contrario, a mayor distancia mejor negocio para todos. De nuevo la coyunda de hidrocarburos y automotores se llevaría la mejor tajada: los fabricantes y distribuidores de automotores venderían más carros a los residentes de los nuevos suburbios y más buses a las empresas transportadoras de las barriadas; los oligopolios de los hidrocarburos más gasolina, mucho más alquitrán y más asfalto para pavimentar las nuevas vías. Otra vez consultores, políticos y propietarios de tierras “urbanizables” tendrían una buena tajada urdiendo planes de

¹⁶ Hacerlo equivaldría a adoptar una actitud fundamentalista frente a los avances tecnológicos, al estilo de las comunidades Amish en Norteamérica.

ordenamiento territorial favorables a sus ambiciosos proyectos de expansión urbana, o bien prevaricando el otorgamiento de contratos lesivos al erario público e incrementando con patrañas la clientela de electores en las barriadas.

Así, de negocio en negocio, los ciudadanos son condenados a la dependencia perpetua de los automotores, a perder no solo su tiempo sino sus vidas en la larga espera de los “trancones” viales; en las dos, tres y hasta cuatro horas que suman los viajes diarios de la casa al trabajo, y viceversa; en el tiempo trabajado para pagar las cuotas del crédito y el seguro, así como las multas y reparaciones. Todo ello sin contar los costos sombra no asumidos por los ganadores en este negocio de la expansión urbana. Me refiero a los costos de hospitalización de las víctimas en “accidentes de tránsito¹⁷”, de las incapacidades por lesiones o invalidez, de las enfermedades provocadas directa o indirectamente por las emisiones contaminantes de los automotores, así como de los estados de “alarma orgánica” asociados a la congestión, el ruido y la polución. Amén de la deuda contraída con la biosfera por la contaminación planetaria.

Este negocio priva a la ciudad de una escala racional de distancias entre la residencia y los lugares de trabajo, abastecimiento o servicios. La expansión urbana a horcajadas de la movilidad motorizada desparrama a la ciudad dejándole sin opciones para reducir tanto el número total como la distancia promedia de los desplazamientos, menos aún para ahorrar tiempo y energía o menguar la contaminación. Sin embargo, la ciudad tiene a su alcance la creación de proximidad para frenar el derroche de energía y el desperdicio de tiempo e inspirar una movilidad sostenible que permita un verdadero ahorro en ambos. Una escala racional de distancias y desplazamientos puede aligerarle a la ciudad la carga de polución, accidentalidad, congestión vial y ahorrarle millonarios costos médicos y de hospitalización, incapacidades laborales, trámites judiciales y control policivo, entre otros.

Los devotos de nuevo orden circulatorio han olvidado que la calle no es solo una vía de paso. Es una configuración arquitectónica compleja comprendida por un espacio abierto al cielo y un marco físico que le da forma y contiene, o sea, el suelo y las fachadas de las edificaciones, *regalo de los habitantes a la ciudad*, según Louis Khan. La calle es una clase especial de espacio vacío contenido por los sólidos de su entorno que expresa un orden de valores públicos y privados yuxtapuestos por convenciones arquitectónicas de excepción y repetición. La imbricación del orden público y privado convierte a la calle en un escenario privilegiado que aproxima la *polis* al ciudadano. Contigua a la puerta

¹⁷ Con ocasión del seminario *El carro en la ciudad. Problemas y Soluciones*, organizado por la Alcaldía Mayor de Bogotá en Junio de 1999, en el cual participé como conferencista invitado, escuché a un profesor asistente al certamen revelando que el total de las víctimas de la accidentalidad vial en Colombia durante la última década ha sido mayor al número de personas asesinadas en masacres y episodios de la llamada violencia política. El profesor preguntaba a la audiencia por los verdaderos objetivos de la paz en Colombia.

de nuestra casa la calle nos revela lo público en todo su dramatismo como un asunto cercano de intereses compartidos con los Otros, vecinos, ciudadanos, seres humanos tan anhelantes como nosotros de un gesto solidario para nuestros sueños, penas o desvaríos.

Esta exuberancia casi barroca¹⁸ ha sido arrasada por el evangelio de los flujos circulatorios. Solo queda la vía geoméricamente aséptica, ajena al arte, a la política, a los excesos del vecindario. También nos resta la nostalgia por un mito, *el mito de la calle*. Javier Echeverría¹⁹ advierte que en el nuevo orden de la ciudad informática las calles persisten como meras reliquias y que están condenadas a desaparecer o cuando menos a perder toda relevancia social y económica. Despojada de la resonancia política que le distinguió como el lugar para *tomar el poder* desde el asalto a la Bastilla y la toma del Palacio de Invierno en el “octubre Rojo” hasta la Revolución de Mayo en París, la calle parece pertenecer al pasado. Acosada por todos los poderes del siglo XX, ¿qué destino le espera en el XXI?

Si ser moderno significa renunciar a la exuberancia de la calle, prefiero ser postmoderno. Quiero la calle *“bulliciosa y parlera, con sus responsos de pregones, sus buhoneros entrometidos, sus dulceros anunciados por campanas mayores en el propio tablado de las pulpas, sus carros de frutas, empenachados de palmeras como procesión en domingo de Ramos, sus vendedores de cuanta cosa pudieron hallar los hombres, todo en una atmósfera de sainete...en la vasta imaginería – mitología - de mulatas barrocas de genio y figura, negras ocurrentes y comadres presumidas, pintiparadas, culiparadas, trabadas en regateos de lucimiento con el viandero de las cestas, el carbonero de carros entoldados a la manera goyesca, el heladero que no trae sorbetes de fresa el día en que sobran los mangos, o aquel otro que eleva, como el Santísimo, un mástil erizado de caramelos verdes y rojos para cambiarlos por botellas”²⁰.*

¹⁸ Tengo a la vista una pintura de Guiseppe Zocchi que representa la Piazza degli Uffizi en Florencia, 1754. En realidades una calle florentina vista desde la Via dei Georgofili. En un primer plano aparecen peatones caminando, un perro y dos grupos de personas conversando en el pórtico de Loggiato degli Uffizzi donde alguna vez estuvo la Inquisición. En un segundo plano se distingue el espacio de la Piazza enmarcado por el cielo y que se extiende hasta el Pallazo della Signoria, donde se encuentran otros peatones, perros y niños jugando; mas atrás las estatuas y al fondo se divisa el Domo. Esta calle es Florencia en todo su esplendor con sus gentes, sus edificios, los símbolos de la cristiandad, sus monumentos y, especialmente, el arte.

¹⁹ Javier Echeverría, **TELEPOLIS**, Destinos, Barcelona, 1995, p. 52.

²⁰ Descripción de la calle habanera por Alejo Carpentier, **La Ciudad de las Columnas**, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1982.

Siete Ríos en Bicicleta

En segundo de primaria no tuve mucha dificultad en comprender la explicación sobre los milagros, porque ya tenía una idea al respecto. Aprendiendo a montar en mi primera bicicleta creí que estaba soñando cuando, después de aparatosas caídas, finalmente pude sostenerme en ella. Era un milagro estar allí, suspendido en el aire, rozando leve y suavemente el suelo, impulsando con mis piernas dos ruedas llenas de viento, más rápidas que los latidos de mi corazón tan alegre al pasar de una esquina a la otra en un santiamén, diluyendo la distancia como terrón de azúcar en el agua. La bicicleta es un milagro desnudo.

*Pasaron
junto a mí
las bicicletas,
los únicos
insectos
de aquel
minuto
seco de verano,
sigilosas,
veloces,
transparentes;
me parecieron
solo
movimientos del aire²¹.*

Me une a mi bicicleta una entrañable amistad. Me ata a ella una memoria húmeda de mis paseos hasta las riberas de cada uno de los siete ríos que irrigan el territorio de Cali. Río Aguacatal, río Cali, río Cañaveralejo, río Meléndez, río Lili, río Pance, río Cauca, amén de humedales, arroyuelos y quebradas, que descubrimos juntos, yo, nadando en sus aguas, jugando con piedrecillas redondas o contemplando en silencio como Sidartha el devenir del río; mi bicicleta, callada, paciente, esperando la puesta del sol para emprender el retorno. Me ata a ella la memoria cálida de muchos veranos, uno, con mi primera novia recorriendo calles arboladas, otros, con mis amigos en fuga hacia el norte de la ciudad hasta potreros aledaños donde conseguíamos guanábanas maduras, dulces y jugosas, que al abrirlas resplandecían blanquísimas, como solo puede ser blanca la blancura absoluta. A ambos nos pertenece la memoria del amor en los recodos más puros de nuestra inocencia, en los atajos de

²¹ *Oda a la Bicicleta*, Pablo Neruda, 1952.

nuestra devoción por la ternura que huele a hierba mojada a las orillas del río Pance. Memoria del rito colectivo transitando de la niñez a la adolescencia en las vegas del río Aguacatal y de una lluvia de estrellas en las playas del río Meléndez.

Madriguera del agua, agua en el agua, manantial de brea.

Memoria pasada, presente y futura. Los ríos de mi infancia están muriendo, unos convertidos en cloaca máxima, sumidero de todas las miasmas urbanos, otros canalizados para conducir más pestilencias hasta ríos más lejanos y, los restantes, despojados de vegetación protectora en sus vegas y cuencas, agobiados por sedimentos. En sus riberas ya no crecen los chambimbes ni los chiminangos, solo el asfalto y montones de basura. Sus aguas apestan como tantas otras aguas del planeta, acarreado el detritus de quienes cada día las envilecen con su desidia, su incuria y su culto a la muerte.

La bicicleta es amiga de los ríos. Como el chambimbe o el jabón de tierra, no los contamina. Tampoco contamina la atmósfera que es una estación donde las aguas reposan antes de regresar a los ríos. El ciclista se comporta como los ángeles porque el aire que respira lo expelle purificado de sus alvéolos pulmonares²². La bicicleta es mejor para los ríos, quebradas y manantiales del planeta que todos los colectores y plantas de tratamiento juntos. A la postre estos costosos dispositivos²³ no propician cambio alguno en los hábitos contaminantes y solo alimentan el ciclo perverso de “contaminar para descontaminar.”.. De tenerlos se sigue que persiste el envilecimiento de las aguas y los ríos continúen en el olvido porque todavía muchos, quizás la mayoría, compran y comen frutos, cereales y hortalizas provenientes de cultivos que envenenan suelos y aguas con agrotóxicos, porque nadie repara en las montañas de basura que produce cada día confiando en la visita del carro recolector, porque muy pocos han cambiado su carro por cien bicicletas o al menos le han dejado en el garaje para caminar. En síntesis, prosigue la orgía de imbecilidad contaminadora y prosperan los oficios de la industria que descontamina, más floreciente cuanto más lejano está el cambio cultural en la vida cotidiana.

Como instrumento y símbolo por excelencia del cambio cultural, la bicicleta tiene poder para propiciar un estilo convivencial en las ciudades contemporáneas. Ella es la más noble metáfora mecánica del espíritu humano, absoluta y visiblemente identificada con las fuerzas naturales que la definen y que, al mismo tiempo, son vencidas por ella. Bella y desnuda nos revela sin misterios todas sus partes y mecanismos. Nada en ella es superfluo, porque es

²² Leí en alguna parte esta comparación, brillante por cierto.

²³ En gracia de discusión debo decir que a todas luces es un alivio tenerlos como un remedio transitorio, aunque cuesten una fortuna y su construcción deje exhausto al erario público.

frugal, austera y simple. Posee innumerables ventajas. Para comenzar, es la máquina más eficiente. S.S. Wilson²⁴, encuentra que el ciclista necesita únicamente la quinta parte del gasto de energía del peatón para moverse tres o cuatro veces más aprisa. *La bicicleta mejora a la naturaleza en este sentido porque el rendimiento del ciclista es el mayor de todos los animales o máquinas en movimientos, por encima del salmón y del jet.* Su mantenimiento es barato y su precio está al alcance de casi todos los bolsillos. En su fabricación se emplea solo 1/250 de la energía requerida para construir un automotor que ocupa un espacio en la calzada donde pueden movilizarse cómodamente de ocho a diez ciclistas, quienes no contaminan ni hacen ruido. El uso de la bicicleta como medio de transporte urbano puede estimular saludables cambios en la experiencia urbana del espacio-tiempo y, por ende, una valoración tempo-espacial más ecológica. Con un mayor número de ciclistas en la vía podríamos exorcizar tanta prisa vana y de paso recuperar para nuestras calles el espíritu de solidaridad, encuentro informal y diálogo ciudadano.

Ivan Illich afirma que la bicicleta constituye en sí misma un elocuente argumento *“para mostrar que los dos tercios de la humanidad pueden evitar el paso por la era industrial escogiendo inmediatamente un equilibrio postindustrial en su modo de producción que las naciones superindustrializadas estarán forzadas a adoptar como una alternativa al caos”*²⁵. Illich avizora el futuro de la movilidad en el tercer milenio. Estamos llegando al fin de la era de los combustibles fósiles y entrando en la era de la bicicleta. Definitivamente el tercero será el milenio de la bicicleta. Individuos, colectivos y administraciones públicas en todas las latitudes están trabajando para incrementar el uso cotidiano de la bicicleta en las ciudades.

Optar por la bicicleta como medio individual de movilidad urbana es una decisión que depende de nuestro compromiso con los asuntos de la vida cotidiana. Quien se “unta en el barro” de la vida diaria puede acceder al conocimiento espiritual que la humanidad necesita para curar sus heridas y las del planeta. Siento profundo respeto por los ciclistas que montan diariamente sus bicicletas en el intolerable tráfico urbano para enseñar con su ejemplo silencioso y ligero el camino de una oportunidad de alegría, convivencia y sostenibilidad urbanas. Cuando pienso en las formas austeras de la bicicleta, en la frugalidad que representa su uso, percibo al ciclista urbano como al iluminado poseedor del conocimiento que, de acuerdo a la filosofía Zen, deriva de la participación activa en los asuntos de la vida cotidiana. Según Fritjof Capra²⁶ los maestros chinos siempre reafirmaron que Zen es nuestra experiencia diaria, la “mente de cada día” como proclamó Ma-tsu.. Ellos manifestaron con claridad que *la vida*

²⁴ Citado por Roderick Watson y Martín Gary, **El Libro de la Bicicleta**, H. Blume Ediciones, Madrid, 1980, p. 85.

²⁵ Ivan Illich, **La Convivencialidad**, Six Barral, 1975.

²⁶ Fritjof Capra, **The Tao of Physics**, tercera edición, Flamingo, Londres, 1992, p. 131-136

cotidiana no es solamente el camino del conocimiento sino el conocimiento en sí mismo.

Descubrir la ciudad, encontrar su belleza donde “se supone que no la encontraremos”, es un anhelo cercano al conocimiento espiritual que crece en nuestro interior cuando prestamos plena atención a la cosas, asuntos y gentes de cada día. Percibimos la belleza y misterio de cada acto de nuestra vida cotidiana en un estado de gracia tan simple y transparente como las ruedas y pedales de este milagro mecánico que anticipa la era solar. Cuando voy o vengo en bicicleta, además del inmenso placer que me procura hacerlo, un solo pensamiento captura con fuerza mi mente y mi corazón. A veces siento que no es un pensamiento de estirpe racional sino una iluminación:

en bicicleta estamos más próximos al sol, más cerca de la tierra y también de nosotros mismos. Es como estar perdido sin remedio en la paradoja de nuestra privilegiada condición en el universo.

CIUDAD POSTMODERNA, CIUDAD JUSTA

"Aquí se puede admirar al ser humano como un poderoso genio constructivo que consigue levantar una catedral conceptual infinitamente complicada sobre un fundamento inestable y aguas fluyentes. Por cierto, para encontrar apoyo en un fundamento de esta naturaleza, debe tratarse de una construcción hecha de telarañas; tan suave como para acompañar el movimiento de las olas; tan fina como para no ser derribada por los vientos".

Federico Nietzsche, 1890

UN NECESARIO PREÁMBULO

En el curso de la presentación de este capítulo en un encuentro cultural¹ organizado en Cali por asociaciones médicas, me percaté de la conveniencia de precisar el sentido o alcance que lo postmoderno o la postmodernidad tienen en este texto, sin pretensión alguna de disertación teórica al respecto. Para los fines de este capítulo la postmodernidad no es una nueva era posterior a la modernidad ni contra ella, sino un “estado del alma, o mejor, del espíritu”, como dice Lyotard, que estaba oculto en la modernidad. Un estado del espíritu que nos predispone para la experiencia del pluralismo radical, o lo que es lo mismo, para “*hacer justicia a lo heterogéneo*”, siendo tolerantes, mejor aún, receptivos de todas las interpretaciones que desde distintas perspectivas atraviesan el cuerpo social y lo animan con propósitos hacia múltiples metas.

La postmodernidad es un movimiento filosófico² de deconstrucción de la razón ilustrada que tiene raíces en el pensamiento de Nietzsche, quien puso en tela de juicio el culto por lo nuevo así como las pretensiones de verdad y progreso sin límites propios de las filosofías modernas fundadas en el primado de la razón y la primacía del sujeto. Afirmando que “*mientras más ojos tenemos para una cosa, más completo será nuestro concepto de ella*”, Nietzsche puso de manifiesto la insuperable arbitrariedad de toda filosofía, porque “*no hay hechos, solo hay interpretaciones.*” No existen evidencias intelectuales o existenciales últimas³, porque toda interpretación, aunque sea fenomenológica, es interpretación que ejerce su poder como voluntad de verdad⁴. Cuando decimos “esto significa” no hacemos referencia a la esencia del objeto o fenómeno, sino a la lectura que “descubre al inventar” prefigurando su propio texto, porque, a fin de cuentas, *la verdad es algo que se construye en lugar de algo que se encuentra*. La postmodernidad ha expedido el acta de defunción al sujeto reflexivo, prerreflexivo, vivido, práctico o intersubjetivo, a la historia lineal, a la omnipotencia de la razón, al “espíritu objetivo” universalista. Ahora tenemos por delante el desafío de “*inventar una humanidad capaz de existir en un mundo en el que la creencia en una historia unitaria, dirigida hacia un fin (la salvación, la racionalidad científica, la recomposición de la unidad humana tras la alineación),*

¹ *Cali en Desconcierto, XII Encuentro de Confraternidad*, Cali, abril 2002, organizado por la Asociación Colombiana de Medicina Interna, la Sociedad Colombiana de Cardiología y la Asociación Médica Colombiana.

² Lo que llamais la filosofía francesa de los últimos años, si ha sido postmoderna de alguna manera, es porque ella ha puesto a través de su reflexión la mirada sobre la deconstrucción de la escritura (Derrida), sobre el desorden del discurso (Foucault), sobre la paradoja epistemológica (Serres), sobre la alteridad (Levinas), sobre el efecto del sentido por búsqueda nomádica (Deleuze), es porque ella ha puesto así el acento sobre la inconmensurabilidad”. Lyotard citado por Iñaki Urdanibia, *Lo Narrativo en la Posmodernidad*, en **En Torno a la Postmodernidad**, Editorial Anthropos, Barcelona, 1990-94, p. 64.

³ Ni siquiera existe el *factum der Vernunft* práctica (ley moral) o teórica (física matemática).

⁴ André Glucksmann, *Premeditaciones Nietzscheanas*, en **ECO Revista de la Cultura de Occidente**, Tomo XIX/5-6-7, Sep.-Oct.-Nov. 1969, Librería Buchholz, Bogotá, p. 654

*ha sido sustituida por la perturbadora experiencia de la multiplicación indefinida de los sistemas de valores y de los criterios de legitimación*⁵.

DE LOS ÁNGELES A CALI

Llegamos tarde a la modernidad. Más temprano asistimos a simulacros puestos en escena por élites ignaras y corruptas para represar las arterias fluviales de América Latina, profanar las selvas tropicales – verdadero barroquismo de la naturaleza – en aras de más y mayores monocultivos, o vulnerar santuarios naturales y territorios de minorías culturales con autopistas. Tanta parafernalia para “modernizarnos” nos privó de la revolución democrática⁶, el sesgo más relevante de la modernidad. En lugar de la ciudad democrática, fervorosamente pluralista, hábil en el manejo de sus conflictos porque es justa y sus habitantes practican el diálogo y la controversia agonística, tenemos una ciudad injusta, hincada ante peripecias tecnocráticas que la escinden con necias líneas rectas, simetrías y toneladas de asfalto. En el fragor de la pobreza extrema, la exclusión y la inseguridad creciente, sus ciudadanos deambulan en el desarraigo, exiliados en su propio territorio urbano, como transeúntes de una ciudad despojada de sus espacios simbólicos, la “ciudad-sin-ciudad”. De las promesas de la modernidad para hacernos mejores y más felices con el progreso técnico, la supremacía de la conciencia individual y los prodigios del conocimiento científico, solo recibimos vestigios de su decadencia. Aunque las antenas de televisión sobresalen en el paisaje de las barriadas y las motos son más numerosas que las bicicletas, nuestra ciudad continua siendo tierra abonada para todos los resabios premodernos (clientelismo, corruptelas, enchufismos.) Más afines a los hábitos premodernos que a las actitudes modernas, damos palos de ciego remedando las posturas de la metrópoli postindustrial.

Ciertamente en las ciudades de América Latina coexisten las posturas premodernas con la devoción por la modernidad técnica y un anhelo reciente por el pluralismo cultural y la tolerancia que caracterizan a la actitud postmoderna. Constituimos un vasto territorio urbano de “culturas híbridas.” No solo las flaquezas de nuestra vida política al gairete de la mala fe y la mentira delatan nuestra condición premoderna sino una amplia gama de actitudes que matizan el variopinto acontecer de la vida cotidiana en cualquier calle, plaza o vecindario. Seguimos anclados en prácticas de exclusión y desprecio del Otro y sus derechos, porque solo las figuras del poder inspiran nuestro respeto. Los hitos modernistas implantados en nuestros escenarios urbanos, haciendo de paso

⁵ Gianni Vattimo, **Las Aventuras de la Diferencia**, Editorial Península, Barcelona, 1986, p. 13.

⁶ “...la sociedad democrática moderna está constituida como «una sociedad en la que el poder, el derecho y el conocimiento están expuestos a una indeterminación radical, una sociedad que se ha convertido en teatro de una aventura incontrolable, de modo que lo instituido nunca llega a ser lo establecido, lo conocido permanece indeterminado por lo desconocido y el presente se resiste a toda definición.” Claude Lefort, citado por Chantal Moufle, el **Retorno de lo Político**, Paidós Ibérica, Buenos Aires, 1999, p. 30.

tabula rasa de la arquitectura colonial, no lograron irradiar los valores de la revolución democrática que, como ha mostrado Claude Lefort⁷, es originariamente un nuevo tipo de institución de lo social en donde el poder se convierte en un «espacio vacío» La ausencia de poder encarnado en la persona del príncipe y ligada a la autoridad trascendental impide la existencia de una garantía o fuente de legitimación última.» Esta incertidumbre que la democracia instauro liberando al poder político de su confinamiento en los espacios de la realeza, anticipa la visión postmoderna de la sociedad como una entidad sin fundamentos definidos por anticipado, una estructura imposible de describir desde un punto de vista único o universal. En este sentido, si la revolución democrática contagia todo el entramado de nuestra vida social, cultural y política, no solo habremos alcanzado un sesgo sobresaliente de la modernidad sino que seremos postmodernos. ¿Quizás en la ciudad postmoderna?

En efecto, la ciudad se ha vuelto postmoderna. Como piensa David Lyon⁸ “lo mismo la premoderna, como Venecia, con sus edificios antiguos, sus hitos y construcciones renacentistas, enraizada en la historia y la tradición, que la ciudad moderna, como Nueva York, con su cuadrícula planificada de calles y rascacielos de cristal y cemento diseñados funcionalmente, parecen dar paso a la ciudad postmoderna, quizá Los Ángeles”. Esta megalópolis descentrada que se extiende como una mancha de aceite a lo largo de cien o más kilómetros, sin plan, fragmentada y vuelta a pegar en un verdadero barroquismo de valores, simbologías, etnias y culturas parece ser la primera ciudad verdaderamente postmoderna, el crisol de una nueva civilización multirracial y multicultural, “un collage vasto, irregular, gigantesco....donde todos los valores, todas las estructuras se han fragmentado.”⁹. Los Ángeles es una meca multicultural donde se da cita todo el planeta: ubicada geográficamente en California, sus habitantes vienen de todos los continentes o tienen sus raíces culturales y étnicas en el Sudeste asiático, en Africa, América Latina o El Caribe. Al visitarle uno puede recorrer una inmensa galería urbana de países, lenguas y etnias donde conviven mexicanos, salvadoreños, guatemaltecos con laosianos, vietnamitas, camboyanos, iraníes, japoneses, coreanos, armenios, chinos, hablando cerca de cien idiomas diferentes; o si lo prefiere puede pasear del Pequeño Taipei al Barrio Coreano, de la Pequeña Centroamérica al Pequeño Saigón o al Pequeño Tokio. O bien conocer las extensas áreas mexicano-norteamericanas al oriente, el barrio iraní en Westwood o la comunidad armenia en Hollywood. Este pluralismo cultural de Los Angeles es completamente nuevo, sin antecedentes conocidos en la historia de la humanidad. Por primera

⁷ Id.

⁸ David Lyon, **POSTMODERNIDAD**, Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 107.

⁹ Ryszard Kapuscinski, *La raza cósmica en Estados Unidos*, en **FIN DE SIGLO**. McGraw-Hill Interamericana, México, 1996, p. 160.

vez se presenta la oportunidad, afirma Ryzsard Kapuscinski, de crear una civilización de la mente, policéntrica.

Con su gigantesco aeropuerto y los cientos de bloques de oficinas, hoteles y centros comerciales, también ejemplifica la insostenible *huella ecológica*¹⁰ que engendra la dispersión urbana al extremo de convertirla en una de las urbes más contaminadas del planeta, especialmente por el derroche de combustibles para movilizar diariamente millones de personas. En sus suburbios pobres sobreviven inmigrantes hispanos y asiáticos con empleos precarios ofrecidos por industrias transnacionales postfordistas. Entre tanto, configurando auténticas islas de opulencia, los ingenieros de la guerra de las galaxias, las estrellas de cine y los ejecutivos de empresas de alta tecnología viven en condominios exclusivos y enclaves privados custodiados con sistemas de vigilancia electrónica. Estos abismos sociales pueden precipitar explosiones de resentimiento, desesperación y racismo, como ocurrió durante los disturbios de 1992. Estos o similares episodios que brotan en un ambiente de desigualdades económicas y sociales no suceden solo en Los Angeles, ni son exclusivos de las grandes metrópolis del mundo postindustrial. Lejos de ello, son de común ocurrencia en casi todas las latitudes y, por supuesto, tienen mayor incidencia en los países del Sur geopolítico donde los índices de pobreza extrema no ceden o siguen empeorando¹¹ y las abismales diferencias persisten.

Las desigualdades sociales y económicas acompañan a la humanidad desde tiempos inmemoriales, con la excepción de aquella edad dorada “cuando no existía lo tuyo y lo mío” más afín a la imaginación del Quijote que a los descubrimientos de la etnología. Si acaso existe otra mirada de la desigualdad, ella corresponde a la actitud postmoderna que sin ropajes ideológicos le asimila a una grave disfunción en los instrumentos para garantizar a los ciudadanos el ejercicio pleno de sus derechos fundamentales, es decir, seguridad jurídica. La batalla contra las desigualdades continúa en una agenda que bien podemos llamar postmoderna, porque es ajena al candor propio de luchas sociales libradas en pos de un paraíso colectivista donde seríamos redimidos para siempre de las flaquezas y conflictos de nuestra condición individual. La actitud postmoderna no hace promesas, ni persigue paraísos. No menos iluso sería

¹⁰ Según William Rees la huella ecológica de una determinada población es el área total de tierra y agua requeridas para producir los recursos consumidos y asimilar las basuras generadas por esa población continuamente. En otras palabras, la huella ecológica considera el área de ecosistemas cuya producción biofísica es apropiada para el uso exclusivo de una determinada población humana donde quiera que esos ecosistemas se encuentren en el planeta. William F. Rees, , **ECOLOGICAL FOOTPRINTS AND URBAN TRANSPORTATION**. The Bicycle Path to Urban Sustainability, en *Libro de Ponencias del 10o. Congreso Internacional de Planificación para la Bicicleta, Velocity Conferencia 97*, Ayuntamiento de Barcelona, European Cyclists Federation, Barcelona 1997, p. 23-30.

¹¹ En un reciente informe del Fondo de Desarrollo Agrícola Internacional se afirma que los niveles de pobreza rural en países de Latinoamérica y Centroamérica como Venezuela, México y Brasil, se elevaron entre un 10 y un 20% desde 1997. **Financial Times**, Noviembre 30, 2000

pensar que tal actitud pueda predominar en un escenario plagado de ideologías, donde hoy como ayer prosperan todo tipo de charlatanerías, supercherías e infusorios para avivar los temores e ignorancia de las gentes¹². La actitud postmoderna también debe guardarse del nuevo culto al éxito, una versión made in usa del credo calvinista que bendice a los ricos y condena a los pobres desde la eternidad encomiando la competencia sangrienta como paradigma y estilo de vida, predicado fervorosamente en Occidente para exorcizar las ideologías políticas susceptibles de encender batallas contra la desigualdad. Este neodarwinismo social y económico agudiza aún más las crecientes desigualdades en un planeta donde solo quinientos de los seis mil millones de seres humanos que lo habitan tienen acceso pleno a los beneficios de la oferta ambiental y cultural, mientras los restantes cinco mil quinientos millones se debaten entre la exclusión y la miseria¹³.

El espíritu postmoderno tiende una infinidad de redes de información que hacen estallar en la ciudad una multiplicidad de racionalidades 'locales' - minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas (como los punk, por ejemplo) -, que toman la palabra y dejan de ser acalladas y reprimidas por la idea de que solo existe una forma de humanidad verdadera digna de realizarse, con menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, contingentes¹⁴. Liberando las racionalidades locales la ciudad de la comunicación generalizada desvanece las figuras del poder. Donde todos tienen acceso a la información no prosperan las manipulaciones y el ejercicio de las decisiones deja de ser esotérico para convertirse en una práctica abierta, transparente. En este sentido, revolución democrática y revolución informática van de la mano¹⁵. Es cierto que la revolución informática tiene y tendrá profundas consecuencias en la sociedad, especialmente en los conglomerados urbanos donde es posible prever una gigantesca desconcentración física dando paso a ciudades desagregadas. Sin embargo, estoy muy lejos de abrazar una utopía comunicacional porque, como dice Baudrillard, a mayor información

¹² Carl Sagan denuncia la caída de Estados Unidos, meca tecnológica del siglo XX, en un estado de estupidez plena, debido principalmente a "*la lenta decadencia del contenido de los medios de comunicación, de enorme influencia, las cuñas de sonido de treinta segundos (ahora reducidas a diez o menos), la programación de nivel ínfimo, las crédulas presentaciones de seudociencia y superstición, pero sobre todo en una especie de celebración de la ignorancia.. La moraleja más clara es que el estudio y el conocimiento – no solo de la ciencia, sino de cualquier cosa – son prescindibles, incluso indeseables.*" Carl Sagan, **El Mundo y sus Demonios**, Planeta, Bogotá, 1997, p. 44.

¹³ Un planeta en el que la fortuna de los 358 multimillonarios más opulentos es mayor a la suma total del ingreso anual del 45 por ciento de los habitantes más pobres, o sea, 2.600 millones de personas. *Le Monde*, París, julio 17 de 1996. Citado por Ignacio Ramonet, **Un Mundo sin Rumbo**, Editorial Debate, Madrid, 1997, p. 246.

¹⁴ G. Vattimo y otros, **En Torno a la Postmodernidad**, Editorial Anthropos, Barcelona, 1990-94, p. 17

¹⁵ La diferencia entre países adelantados y países atrasados se establece hoy sobre la base del grado de penetración de la informática, no de la técnica en sentido genérico. Precisamente aquí es probable que esté la diferencia entre los "moderno" y lo "postmoderno." Gianni Vattimo, **El Fin de la Modernidad**, Editorial Gedisa, Barcelona, 1996, p. 18.

será mayor nuestra confusión en un mundo abrumado por imágenes fragmentadas, diluidas en el vacío sin un referente global para conferirles sentido, un mundo a merced de los medios, donde los informativos son meros simulacros sin contrapartida real que se confunden con las telenovelas.

En todo caso es preferible pensar Los Ángeles con beneficio de inventario para estar a salvo del mito de sus prodigios, en lugar de tenerle como paradigma de urbanismo postmoderno. Celebremos su multiculturalismo de gran confederación de tribus urbanas reconociendo, sin embargo, que su creciente *huella ecológica* es insostenible, lo mismo que su incontrolada expansión. Tampoco podemos aplaudir el limbo en que viven millones de sus habitantes atrapados en el “lado oscuro de la postmodernidad.” No es gratuito que *Blade Runner*, el clásico de Ridley Scott estrenado en 1982, tenga como escenario a Los Angeles en el año 2019, una ciudad reconocida, más acá de la ficción, por su clima de violencia como una de las más peligrosas de la tierra, donde operan casi 700 bandas que agrupan unos 70.000 delincuentes. En fin, Los Ángeles es una de las ciudades norteamericanas que, según Baudrillard, prolonga el desierto como desierto móvil, repleto de simulacros, pero vacío de historia¹⁶.

¿Qué afinidades encuentro en las dinámicas urbanas de nuestras ciudades con los perfiles de la ciudad postmoderna? En Cali se están formando verdaderos pueblos urbanos con inmigrantes que no vienen de otros continentes ni países sino de distintas regiones del territorio nacional, buscando como sobrevivir con un empleo precario o en el “rebusque” informal. Muchos han sido desplazados de su tierra por la violencia o la guerra. Otros vienen tras las luces de la gran ciudad, algunos de ellos como “adelantados” de amplios grupos familiares que esperan por noticias favorables para reunirse con sus parientes y amigos ya establecidos. A la larga han consolidado núcleos representativos de las distintas regiones nacionales ocupando vecindarios de connacionales diferenciados por sus costumbres y, en algunos casos, por su pertenencia a distintos grupos étnicos. En la práctica conforman pueblos urbanos multirraciales y multiculturales que, en el fragor de sus diarias vicisitudes y conflictos, de sus afanes y debilidades, están forjando una nueva cultura urbana, extraña por cierto, a aquella predominante en las sociedades informáticas. La omnipresencia de los simulacros mediáticos en su vida cotidiana, especialmente de los radiofónicos, ha reforzado en lugar de menguar su adhesión a los resabios premodernos. Privados de sistemas de información cosmopolita privilegian una visión parroquial de la sociedad y del mundo que, de una u otra manera, les predispone hacia relaciones clientelistas con los representantes de los poderes locales. Sin embargo, más que sentirse seducidos por

¹⁶ Jean Baudrillard, **America**. Referencia de José Luis Pinillos, **El Corazón del Laberinto**, Espasa Calpe, Madrid, 1997, p. 223.

charlatanerías radiales incurren en tratos clientelistas como estrategia de supervivencia, otra entre tantas que deben desplegar cada día para no perecer.

LOS ARQUITECTOS DE NUESTRA EXPERIENCIA POSTMODERNA

Estos pueblos de inmigrantes pobres constituyen la regla y no la excepción. Su presencia cada vez más numerosa en las ciudades contemporáneas confirma todos los pronósticos enunciados dos décadas atrás. En efecto, el número de personas que viven por debajo de la línea de la pobreza en muchas ciudades de América Latina se ha incrementado del 40% al 66% en el 2000, tal como lo había vaticinado Sachs en 1985. También se ha cumplido la predicción de Castells respecto al incremento en la proporción de fuerza laboral que participa de la economía informal y subterránea, del 23% en 1950 al 51% en el 2000. Y no menos cierto es que la proporción de personas que viven en tugurios ha aumentado del 35% en 1975 al 50% en el 2000¹⁷. Miles de estos inmigrantes pobres sobreviven en asentamientos subnormales que, más allá de cualquier cálculo, han transformado en el curso de dos o tres décadas a pequeñas ciudades de provincia en grandes urbes abrumadas por el desempleo, la violencia, la inseguridad, el déficit en infraestructura de servicios, vivienda y cobertura escolar. Actualmente la gran urbe latinoamericana es una nueva nación recolonizada por tribus urbanas diestras en las peripecias de la supervivencia para alimentarse con los desperdicios, habitar en medio de los basureros municipales, improvisar ventorillos en las intersecciones viales u operar como pandillas y bandas ilegales. Estas tribus, más preciso sería decir legiones de excluidos, conforman una clase contemporánea de metecos para quienes nada vale el reconocimiento formal que la ley hace de sus derechos ciudadanos, porque en la práctica nadie les garantiza ninguno. Ivan Illich ha rescatado esos territorios de exclusión al afirmar que “desde la clase abandonada de Nueva York hasta la “ciudad de los muertos” de El Cairo, en donde la gente vive en los cementerios, estos supervivientes son los arquitectos espontáneos de nuestro “futuro” posmoderno¹⁸”.

¿Por qué estas tribus de proscritos tienen la clave de nuestra experiencia postmoderna? ¿En que medida nos están mostrando como “*hacer justicia a lo heterogéneo*” con todas sus mañas para sobrevivir, con sus provocativos esguinces para burlar los embates de la adversidad y, en fin, con sus gramáticas subversivas? ¿Acaso la metáfora de Illich solo expresa sus sentimientos personales de solidaridad con los más humildes? ¿Por ventura hay en ella algo más que resonancias del evangelio cristiano prometiendo a los

¹⁷ Enrique Browne, *War on Waste and Other Urban Ideals for Latin América*, en: **RETHINKING THE LATIN AMERICAN CITY**. The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, p. 110-111

¹⁸ Ivan Illich, *La Sombra que Arroja Nuestro Futuro*, en **FIN DE SIGLO**, McGrawHill Interamericana. México, 1996. p. 79

pobres el reino de los cielos? Quizás esta última pregunta apunte hacia la clave de la relación existente entre los excluidos y el futuro de nuestra experiencia postmoderna. Veamos: los principios de la solidaridad, sea cual fuere el grupo o ámbito social donde se manifiesten, participan de un linaje común donde tiene un lugar privilegiado la misericordia con el prójimo predicada por el evangelio cristiano. Misericordia para los que sufren y bienaventuranza para los humildes son mandamientos morales que cuando fueron enunciados por primera vez hace dos mil años debieron resonar como un clamor de justicia. Porque la solidaridad con los humildes de ayer o con los excluidos de hoy es el mismo sentimiento de entrañable comunión con el destino del prójimo que florece en el espíritu humano al abrigo de un sentido de justicia, no importa cuan precario pueda ser. Ergo, justicia es el puente tendido entre las tribus de sobrevivientes urbanos y nuestra experiencia postmoderna. Hay, por supuesto, más de una diferencia entre los humildes del evangelio y los proscritos de la ciudad contemporánea. Para empezar estos últimos no esperan su redención de una metáfora celestial sino que transforman sus carencias, consideradas como inaceptables, en verdaderas batallas por agua potable, energía eléctrica, salud, vivienda e información, como también por un espacio de la calle donde instalar un ventorillo, a falta de un trabajo fijo, para no caer en la mendicidad o el delito. Vendedores callejeros, ciclistas urbanos, recicladores y otras tribus de excluidos libran estas batallas por una vida digna, dando forma a nuevos movimientos sociales que no solo están estimulando dinámicas inusitadas de reinención urbana, sino redefiniendo los espacios de lo *político* en la ciudad. Sin incurrir en optimismos ilusos que nos devolverían a la puerilidad utópica, podemos avizorar nuevos espacios de lo *político*, esta vez descolonizado de maniobras clientelistas y corruptelas, libre al fin de resabios premodernos enquistados en el alma de nuestra tradición política. Los nuevos movimientos sociales pueden jugar un papel clave en esta descolonización, siempre y cuando ellos mismos no terminen colonizados por los poderes del establecimiento en el curso de las interacciones con estos últimos que impone el oficio de la supervivencia¹⁹.

Estos actores subalternos han pasado al primer plano haciendo tambalear paradigmas de urbanismo que, desde el Renacimiento, pasando por Geddes hasta llegar a Le Corbusier, acolitaron ejercicios tecnocráticos de intervención en el tejido urbano. La presencia de legiones de excluidos, cada vez más numerosas, ha cambiado a la ciudad para siempre. Rebelada contra su condición de cuerpo inerte ante el cuchillo jerárquico de planificadores y tecnócratas, ahora se descubre como cuerpo vivo, ciertamente aquejado por diversos males y, sin embargo, alegre para pensarse desde del imaginario de las tribus proscritas como un territorio radicalmente democrático; ingeniosa para reinventar sus instituciones, allanar las necesidades de su gente y, especialmente, muy recia exigiendo a los ciudadanos el cumplimiento de su responsabilidad cívica porque puede ofrecerles a cambio seguridad jurídica en

¹⁹ Este tema es abordado en el capítulo *Imaginación Abolicionista*.

sus derechos. Esta ciudad inclusiva, exuberante de diversidades, no definida por anticipado en el mapa de ningún burócrata, ni pensable desde ningún paradigma universal, es la ciudad justa donde soplan los vientos del espíritu postmoderno.

Este espíritu inflama la imaginación abolicionista que recrea la ciudad como obra de arte, metáfora de metáforas estéticas, sociales y políticas nacidas en el corazón de sus habitantes como cascadas que ruedan por grandes bulevares con riberas pobladas de cafés y artistas y edificios colgando de inmensas redes de cristal. Cada casa una morada, una pequeña gran obra de arte, donde regocijarnos con los “besos punzantes debajo de las almohadas” y el aroma del café junto a la ventana que nos trae ríos, mares, rumor de aguas y de gentes, cielos estrellados, una mazorca de oro desgranada en los aleros y silbatos de afiladores de cuchillos.

Estoy pensando en las arquitecturas exuberantes²⁰ que no poseemos, en el espíritu creador de otros Gaudi y Hundertwasser esparcido como espigas de luz por nuestras ciudades, llegando hasta los improvisados aposentos donde se hacían cientos de miles de desplazados que huyeron de la miseria, la guerra y la violencia con un atado de ropas viejas como única posesión. Pienso en el espíritu humano erguido como un obelisco de guijarros y hojalata en la morada más humilde, esquivando los embates de la adversidad y los garrotes del “orden público” al ritmo de *Maestra Vida* de Rubén Blades, en el barrio El Chorrillo, en ciudad de Panamá, aprendiendo que el corazón también baila el *Himno a la Alegría* y las esperanzas tan recias como los días que pasan en blanco sin vender chontaduros ni mangos en el semáforo donde paran los carros de los ricos.

La ciudad justa está lejos de ser aquélla que el mal no toca, escenario de un mundo perfecto donde *nos veamos constreñidos a una felicidad hecha de idilios geométricos*, como dice Cioran²¹, *de éxtasis reglamentados, de mil maravillas atosigantes*. El sentido de la justicia que le inspira es ajeno a la idea de un mundo sin conflictos, rebosante de consensos y libre de torceduras, más allá del azar, la contradicción y la muerte. La ciudad justa no tiene su reino en el cielo, sino aquí en la tierra donde en lugar de panaceas urbanas y otros menjurjes universalistas para encarar sus problemas, por complejos que puedan parecer, tiene a mano las iniciativas de todas sus tribus, especialmente de las proscritas, como la mejor arcilla para moldear una agenda básica por la sostenibilidad. La

²⁰ La arquitectura de Barcelona, especialmente La Pedrera y la Casa Batlló de Antonio Gaudi. También la Casa Fuster de Doménech y la Casa Terrades de Joseph Puig.

²¹ Cioran, **Utopía e Historia**, Tusquets Editores, Barcelona, 1995, p. 120

ciudad justa sabe cuanto depende de su sostenibilidad ecológica y que ésta, a su vez, depende de cuán justa ella misma pueda ser tanto con los excluidos que habitan su territorio como con su propio ambiente o infraestructura biofísica. En aras de esta justicia deberá concentrarse en tareas para alcanzar más con menos, en reducir la superficie, la energía y los recursos usados así como en la redistribución de la riqueza social hasta asegurar a cada uno de sus ciudadanos los medios económicos y culturales que le habiliten para una vida digna, con un oficio para crear y recrear sueños, con canales cada vez más numerosos de participación en el diálogo colectivo, con espacios para aproximar el arte a la política, y viceversa. ¿Acaso el proyecto de ciudad que hace *justicia a lo heterogéneo* no es, a fin de cuentas, un proyecto artístico?

Capítulo 4

CONSPIRACIÓN, GRAFFITI Y FILOSOFÍA

Somos como navegantes que tienen que transformar su nave en pleno mar, sin poder jamás dismantelarla en un dique de carena y reconstruirla con los mejores materiales.

Otto Neurath, 1933

DEL MIEDO A LA LIBERTAD

¿Hacia dónde vamos? ¿Qué dinámicas culturales y políticas parecen estar volteando el mundo patas arriba? ¿Que tienen en común unas con otras, éstas que ocurren en nuestro entorno con aquellas que sacuden al planeta? ¿Podemos distinguir tendencias a escala global? Estas y otras preguntas semejantes nos revelan que tenemos una necesidad, tan vital como respirar, de comprender los cambios, bifurcaciones y desplazamientos que actualmente conmueven al mundo. Necesitamos leer los signos de estos tiempos para avanzar en las tareas de cada día que dan sentido a nuestra vida¹, un sentido frágil y perecedero quizás, que escape entre fracturas y dislocaciones, pero un sentido al fin y al cabo.

Estas preguntas nos remiten a las interpretaciones que hacemos del mundo, los seres humanos y las cosas, las cuales están siempre precedidas por teorías o sistemas de interpretación. El universo, por ejemplo, puede parecer a nuestros ojos un designio de Dios, el supremo arquitecto del universo, o bien la onda expansiva del *big bang* original, dependiendo en buena parte de la teoría que favorezca nuestra mente. Las teorías o sistemas de interpretación no permanecen en un espacio inmaterial de las ideas, de donde les tomamos a discreción, sino que constituyen parte esencial de nuestro ser, están vivos en nosotros y nuestra vida cobra sentido en referencia a ellos. La naturaleza de este estrecho vínculo de las ideas con los seres humanos puede llevarnos a establecer un paralelo entre la historia de las ideas en una biografía personal y la evolución de aquellas que terminaron siendo hegemónicas en Occidente. Con este paralelo no pretendo despachar de un plumazo la epistemología sino poner de relieve la dinámica mediante la cual las ideas están encarnadas en nosotros como sustancia de nuestra condición simbólica. En mi caso personal puedo decir que crecí con las ideas, ellas han estado siempre conmigo, las he vivido con entusiasmo, muchas veces con pasión. Me gusta pensar la presencia de las ideas en mi vida haciendo una analogía provocativa con la metáfora de las tres transformaciones del espíritu que Nietzsche hizo decir a Zaratustra, de cómo el camello, símbolo del espíritu agobiado por cargas, se transforma en el león, símbolo del espíritu poderoso, finalmente transformado en niño, *que es inocencia y olvido, un eterno sí, una santa afirmación*. De esta metáfora he aprendido, entre otras muchas enseñanzas, que nuestra lectura de hoy sobre los signos de los tiempos, así como nuestras respuestas a cuestiones sobre el sentido o el destino de un mundo sin rumbo discernible, están enlazadas con

¹ Blanca Helena O'Byrne me replica desde París que la vida es el sentido. Su propia exhuberancia supera toda pretensión o búsqueda de sentido.

nuestras visiones del pasado. Nuestra lectura de hoy tiene raíces en otras lecturas del pasado, aunque estén borradas en la bitácora de nuestra memoria.

Ahora quisiera sentirme en un alegre renacimiento postmoderno para reflexionar sobre las ideas que tuvieron mayor influencia en mi pensamiento, sobre los sentidos que pivotaron mi vida. Sobre éstos, entre paréntesis, tengo la convicción de no haberlos encontrado en ningún relato filosófico o mítico, ni en ninguna cosmogonía, porque en lugar de buscarlos les construí con metáforas, en arenas movedizas, a merced de paradojas e incertidumbres soberanas. Construyendo sentidos como metáforas me sentí libre de toda servidumbre intelectual. Libre del miedo que sembraron en mi corazón las historias de dioses iracundos, de íncubos y súcubos. Libre para reír con “risas cerebrales” del terror a las llamas del infierno donde el Diablo esperaba con un tridente al rojo vivo, de las piadosas genuflexiones ante iconos pintarrajeados y de las incontables culpas por caer una y otra vez en el vicio solitario que cerraba las puertas del cielo malogrando nuestra salvación. Para reír de mi pobre alma de niño atribulada por pecados mortales y veniales, el santo prepucio, las indulgencias plenarias, el purgatorio y un cielo aburrido; prisionera en un cuerpo que debía abominar la fiesta del amor y aborrecer los sueños de su celebración.

Aunque ignoro cuantos de los temores escatológicos sobrevivieron en mi alma, sé a ciencia cierta que la promesa de la salvación y de la gracia descendió del cielo a la tierra para avivar mi fe en las promesas racionalistas y mis esperanzas en ingenuas utopías que nos redimieran para siempre de las desigualdades y la opresión. Para mi mente de adolescente extasiado con las preguntas fundamentales sobre el ser y la nada, los límites del universo o el sentido de la vida, era inaceptable la noción de dogma de fe revelado a unos elegidos por una divinidad suprema. El asunto en cuestión no fueron los dogmas que a la postre se derrumbaron solos o cayeron en el olvido, sino el panóptico espiritual que sus artífices diseminaron a sangre y fuego clausurando los caminos del conocimiento, así como la sórdida pretensión que preconizaron de instaurar una moral fundada en el terror. Astucias del poder que no se funda en la verdad, sino a la inversa. Un poder perverso – todo poder es más o menos perverso – esparcido como un coloide por los intersticios del tejido social, colonizando los nichos de la cultura, constriñendo a su paso el pensamiento.

El espíritu camello agobiado por los dogmas quería encontrar albergue en otros parajes donde aligerar su carga para pensar en libertad una moral basada en la fuerza del espíritu humano como autoconciencia desplegada desde un consenso laico sobre los valores². Al abrigo de las razones nunca más ningún poder sobrenatural dictaría preceptos morales por conducto de burocracias eclesiásticas, porque solo la razón humana obraría como legislador supremo irguiéndose

² *Hacia una Moral sin Dogmas*, de José Ingenieros, hizo planteamientos en esa dirección.

victoriosa sobre sus propias fuerzas y debilidades. En este camino hacia nuevos escenarios espirituales fue decisivo el pensamiento evolucionista de Darwin³, especialmente para argumentar contra las lecciones de historia sagrada, en particular contra el capítulo de la creación de Adán y Eva en el Paraíso, el año 4004 antes de Cristo. Más que lanzarme en ristre contra la versión bíblica o, mejor, contra su interpretación eclesiástica, estaba incursionando en el camino recorrido por la revolución darwinista para erigir un nuevo paradigma sobre la evolución biológica, revelando la historia común de todos los seres vivos y de paso socavando el mito del origen divino del ser humano, tan terrenal como la más simple de las formas vivientes.

Yo seguía trasegando contra endriagos de toda laya y una caterva de larvas dogmáticas ululando miedos, culpas y penitencias, mientras las ciencias del caos ya daban incipientes señales de vida y la postmodernidad sus primeros pasos. Hacía varias décadas que la teoría de la relatividad y la física cuántica habían derrumbado la hegemonía de la física newtoniana y Freud había asestado un golpe de gracia al primado de la razón desnudando la conciencia y revelando sus bajos fondos. El principio de indeterminación de Heisenberg había transformado las partículas elementales en un haz de probabilidades y sustituido el postulado de la observación ajena a la influencia de toda teoría por un proceso de conocimiento donde “la teoría es la que decide lo que se puede observar.” La visión del universo estático newtoniano languidecía ante la imagen de un universo expandible en movimiento⁴.

En menos de una década, mientras pasé de la niñez a la adolescencia hasta alcanzar mi primera juventud, mi mente reeditó las revoluciones inspiradas por el pensamiento humano para precipitar la caída del geocentrismo y de los mitos gemelos sobre la singularidad humana en el universo y la omnipotencia de su razón⁵. Mientras mi propio cuerpo experimentaba profundos cambios yo estaba transitando entre anatemas y condenas a la hoguera, debatiendo con pasión por el primado del pensamiento, dando mis primeros pasos en el mundo cultural de mi generación donde la palabra era el astro rey, quizás porque, como escribió Bachelard, al hablar la palabra piensa. También sueña.

³ Dos tíos que profesaban ideas poco convencionales, librepensadores se les llamaba entonces, me introdujeron en estos nuevos territorios conceptuales. Uno me reveló con fervor la teoría evolucionista y me regaló la obra de Darwin, *El Origen de las Especies por vía de la Selección Natural*, en una edición voluminosa que jamás leí de cabo a rabo; el otro me familiarizó con las ideas centrales de la Ilustración y me obsequió *El Diccionario Filosófico* de Voltaire, una obra de consulta que por fortuna no estaba obligado a leer de un tirón.

⁴ Me anima la confianza en que mis nietas estarán más cerca de sueños creativos, a salvo de miedos escatológicos, jugando con alegría los juegos del azar y la necesidad, en cualquier caso más próximas a un sentido estético de la vida.

⁵ Las teorías de Nicolás Copérnico, Charles Darwin y Sigmund Freud constituyeron revoluciones epistemológicas que, cronológicamente, precipitaron el derrumbe del geocentrismo, de la interpretación de las razas humanas como especies únicas de la creación y, finalmente de la razón como facultad fundamental de los seres humanos.

Entretanto las oligarquías conservadoras y liberales de mi país, consagrado por ellas al Sagrado Corazón, habían decidido suspender la guerra partidista entre sus áulicos y la matanza de campesinos después de forzar a los sobrevivientes a vender sus tierras a precio de huevo. En aras de su mutua conveniencia pactaron un Frente Nacional para alternarse sucesivamente en el poder durante dieciséis años. Han transcurrido cuarenta y allí continúan. En cuanto al mundo Occidental, Mr. Eisenhower estaba tan seguro de las promesas del desarrollo como todos los presidentes de las repúblicas bananeras. Los más distinguidos académicos y economistas coreaban himnos al desarrollo. Inclusive Nikita Khrushchev y el Comité Central del Partido en pleno eran devotos de este evangelio.. El mundo occidental tenía un norte claro hacia el desarrollo, contra el comunismo. Las instituciones Breton Woods estaban radiantes endeudando a las naciones del “Tercer Mundo” para que tomaran la vía del desarrollo abriendo autopistas en las selvas tropicales, represando ríos, ampliando la frontera agropecuaria, aserrando bosques o extendiendo monocultivos. El *rock and roll* causaba furor en todo el continente y el señor arzobispo sermoneaba contra las contorsiones de los bailes lascivos condenando de paso las escandalosas escenas de Brigitte Bardot semidesnuda. El señor arzobispo tenía razón. Yo cambié mi estampita de la Virgen del Carmen por una lámina en blanco y negro de Brigitte Bardot. No hay mal que por bien no venga. Venerando a Brigitte Bardot y aprendiendo a bailar *rock and roll* se esfumaron mis controversias con Dios y la fe.

LA GESTA LIBERTARIA

Estaba lleno de preguntas, como lo estoy ahora. Corrijo, aquellas eran preguntas, hoy son incertidumbres. Entonces visualizaba el porvenir, creía saber lo que quería, albergaba certidumbres. Hoy todas se han desfondado, como dice Edgar Morin. No queriendo lo que tenemos tampoco sabemos lo que queremos, ni disponemos de una visión en el pensamiento o en la imaginación de lo que debiera ser. Entonces esperaba certezas discursivas, ahora no las necesito. No sirven para nada. Es cierto que las certidumbres más duraderas me llegaron por vía de obras literarias, en cuyas páginas aprendí un sentido de la justicia que los textos de derecho, filosofía o política estuvieron muy lejos de enseñarme. Entre metáforas aprendí que más allá de reformas sociales o políticas, necesitamos cambiar los hábitos del corazón hasta empapararlo como una esponja de sensibilidad, pasión creadora y solidaridad. *El Quijote*, por ejemplo, me enseñó el alto costo de los ideales, siempre al filo de la locura, la exclusión o la muerte. Muchas otras páginas también me conmovieron. *Anarkos*, de Guillermo Valencia, con sus simbolismos extremos para mostrar el horror de las diferencias sociales. *Los Motivos del Lobo* de Rubén Darío, con sus imágenes del desamor sembrando enconos en el alma más simple y pura, así como muchas biografías al coraje, pasión, voluntad, inteligencia y belleza de tantos héroes dignos de imitar para darle sentido a nuestra vida y redimir al mundo de sus males.

La literatura había hecho su parte y la gesta libertaria del Ché hizo el resto. Después de escuchar una y otra vez la *Segunda Declaración de la Habana* y el discurso del Ché Guevara en Punta del Este, me sentí militando en la lucha revolucionaria contra las instituciones políticas y dispositivos de dominación de una sociedad envilecida por la injusticia y la opresión de vastas mayorías. El fervor revolucionario bullía en mi mente adolescente regocijada con su reciente adhesión a un ideario para organizar la sociedad y el mundo a la luz de la razón, desplegando sin límites nuestras facultades hacia el perfeccionamiento humano en todos los campos. ¿Qué otra cosa prometía la utopía comunista sino una sociedad donde estarían superadas las contradicciones antagónicas que habían mantenido a los seres humanos atascados en la barbarie, la injusticia y la lucha de clases? ¿Acaso la sociedad comunista sin clases no sería un paraíso ateo de la razón donde todo lo humano desplegaría su poder sin límites, llegando hasta la perfección moral? Esa fue la promesa escrita en *El Manifiesto Comunista* que sintetiza un verso de la Internacional:

*No más salvadores supremos,
ni César, ni burgués, ni Dios,
que nosotros mismos haremos
nuestra propia redención.*

En una página de lucidez implacable dedicada a la memoria del Ché, José Saramago se pregunta por los pensamientos de quienes alguna vez tuvieron el retrato del Che. *"...saber lo que piensan de sí mismos esos millares de hombres y mujeres que en todo el mundo tuvieron algún día el retrato de Che Guevara a la cabecera de la cama, o en frente de la mesa de trabajo, o en la sala en dónde recibían a los amigos, y que ahora sonríen por haber creído o haber fingido creer. Algunos dirían que la vida cambió, que Che Guevara, al perder su guerra, nos hizo perder la nuestra, y por tanto era inútil echarse a llorar, como un niño a quien se le ha derramado la leche. Otros confesarían que se dejaron envolver por una moda del tiempo, la misma que hizo crecer barbas y alargar las melenas, como si la revolución fuera una cuestión de peluqueros. Los más honestos reconocerían que el corazón les duele, que sienten en él el movimiento perpetuo de un remordimiento, como si su verdadera vida hubiese suspendido el curso y ahora les preguntase, obsesivamente, adónde piensan ir sin ideales ni esperanza, sin una idea de futuro que dé algún sentido al presente"*.

No tuve un retrato del Ché colgando de una pared en mi cuarto. Su imagen vibraba con fuerza en mi corazón como una sacudida moral lanzada a quemarropa, como la leyenda del más noble guerrero vociferando un sentido para nuestras vidas, como el símbolo por excelencia de dignidad y pureza. Su obcecada vocación de justicia trazó la cartografía de nuestra razón de ser en América. Contra toda adversidad, contra todo fracaso, su gesto libertario sigue vivo encendiendo esperanzas en estos tiempos de resignación y acomodo que han estropeado los

sueños de justicia y libertad. Porque el Che es *“hombre de todos los comienzos, de la última prueba, del quedarse con una sola muerte, de particularizarse con la muerte, piedra sobre piedra, piedra creciendo el fuego...Nuevo Viracocha, de él se esperaban todas las saetas de la posibilidad y ahora se esperan todos los prodigios en la ensoñación”*, como escribió Lezama Lima.

Su gesto libertario habita mi memoria y también mi olvido. Cuatro décadas más tarde los caminos de la justicia continúan cerrados para millones de latinoamericanos excluidos, condenados a sobrevivir en los márgenes de la miseria. Hoy como ayer el sueño de insurrección general contra todas las formas de dominación sigue a la orden del día, por un camino liberador completamente ajeno a la recaída en la trampa mental que confina al poder en unos escenarios simbólicos, por un camino de resistencia civil, sin guerras fratricidas. Del mito izquierdista de la “toma del poder por el pueblo” no solo nos separan cuatro décadas sino la certidumbre de que el aparato de Estado no es el sitio privilegiado del poder. Allí no está el poder que excluye a “millones de manos sin trabajo”, a “millones de ojos desesperados”, porque ese poder no reside de tiempo completo en los palacios de gobierno y otros recintos de las desmanteladas instituciones del Estado que los burócratas fingen administrar, ni tampoco en los cónclaves donde parlotean los elegidos de la democracia representativa que no representa a nadie. Ha salido en desbandada de esos ruinosos centros simbólicos donde viejos funcionarios diestros en oficios desaparecidos, a cuyo cargo han quedado algunas reliquias judiciales, cuentan las crónicas de glorias partidistas.

Su gesto libertario habita nuestro dolor. Hace tres décadas, cuando la fotografía del Che asesinado heló nuestros huesos, queríamos cambiar el mundo, conduciéndole por los caminos de la justicia para forjar *el hombre nuevo*. Por supuesto que en estas décadas el mundo cambió, no propiamente en el sentido de la justicia. Una nueva Edad Media ha comenzado ya en el mundo globalizado que controlan los castillos feudales de corporaciones multinacionales y las nuevas catedrales de la incomunicación y la desinformación. A la orilla de estos castillos la naturaleza se consume como naranja mustia. En la otra orilla miles de millones de seres humanos trasiegan contra los rigores de toda dominación afirmando una y otra vez que la dignidad humana debe ser la medida del proyecto civilizatorio.

Muchos ideales han caído en desgracia porque no hay lugar para ellos en el mundo globalizado del dinero. Buena parte del planeta está atollado en el culto a la banalidad; prosperan como nunca las actitudes sin compromiso y el cinismo acomodaticio; pululan las balcanizaciones, las guerras, los desastres telúricos; globalmente predominan la concentración de grandes grupos de poder, el recrudescimiento de la exclusión de vastos contingentes humanos y la barbarie ecocida. Todo esto es cierto, pero también es cierto que todavía hay lugar para la esperanza. No todo está perdido. En los extramuros de la cultura dominante florecen múltiples expresiones de solidaridad planetaria. Una inmensa red de vínculos personales, redes y proyectos colectivos se extiende cada día por el

mundo en acciones para defender los bosques y los ríos, los derechos humanos, las minorías étnicas, los niños, las minorías culturales y las tribus urbanas. Esta ola pluralista de compromisos solidarios ocupa un espacio sobresaliente en el escenario de nuestro tiempo.

HAY QUE ESTAR SIEMPRE EBRIO ⁶

Una cosa era regocijarse con la gesta libertaria del Che y otra muy distinta comprometerse en las tareas revolucionarias para subvertir la sociedad burguesa. El asunto era más complejo de lo que podía parecerle a un adolescente entusiasmado con un proyecto heroico. En primera instancia estaba la subordinación a un código de conducta “revolucionaria” impuesto por una jerarquía vertical en poco o nada diferente a la prevaleciente en la “desahuciada” sociedad capitalista. El “centralismo democrático” no era más que un eufemismo para justificar la autocracia de los dirigentes, por regla general revolucionarios solo de dientes para afuera. Era común el espectáculo de fogosos líderes pregonando los ideales de la justicia social en las plazas públicas, en los sindicatos y en las universidades, mientras en sus hogares se comportaban despóticamente, como verdaderos tiranuelos. Otros fingían serlo entre tanto les sonreía la suerte con un cargo público o un buen matrimonio. Como si el autoritarismo fuera poco, después venía el sectarismo fundamentalista. Si bien el marxismo había conquistado un lugar sobresaliente en la historia de las ideas filosóficas y políticas, tanto sus versiones ideológicas como las crónicas de experiencias revolucionarias venían desde la Unión Soviética, de la China Popular y Corea del Norte. La existencia de orientaciones distintas en los regímenes socialistas estimuló la aparición de “líneas” encontradas de la estrategia revolucionaria que dieron nacimiento a verdaderas sectas.

Además era imprescindible mantenerse en la “línea correcta” leyendo las obras de la ortodoxia y los textos de Althusser y Poulanzas, entre otros autores de estilo atascado en frases sinuosas y pesadas, cuyas insufribles páginas debían leerse con devoción de catecúmeno, porque allí estaba la “línea correcta”. Por añadidura había que escuchar con atención la cátedra de sumos sacerdotes que pontificaban solemnemente sobre la interpretación verdadera, señalando de paso los riesgos revisionistas y otras desviaciones menores. Habíamos regresado al

⁶ *Las raíces del mundo occidental coinciden con las de otras innumerables culturas en un concepto a la vez profundo y claro de la ebriedad -alcohólica o no-, que en definitiva apunta a un acto de júbilo y abandono, pues -como señalara Nietzsche- es "el juego de la naturaleza con el hombre". Filón de Alejandría, padre de la corriente jónica vincula la palabra griega para ebriedad (methe) con el verbo methyeni, que significa "soltar", "permitir", y define al ebrio como quien se adentra en "liberación del alma". [...] Como resumiría mucho más tarde Montaigne, "los paganos aconsejaban la ebriedad para relajar el alma". Antonio Escotado*

Medioevo. A cambio de exégesis de los Evangelios, Tomás de Aquino o Duns Scoto, campeaba la hermenéutica del *Libro Rojo* de Mao Tse Tung, *Para Leer El Capital* de Althusser o *Para Leer a Althusser* de Martha Hanneker. Era el marxismo después de Marx, receloso del lenguaje, dogmático, atareado poniéndole cepos a la interpretación para domeñarla en la “línea correcta”.

Ni la fatuidad profesoral ni los sectarismos grupales hicieron mella en el marxismo como un método de interpretación que había contribuido a desmitificar el poder y revelar el núcleo duro de las relaciones sociales. Tampoco destiñeron su promesa de superar el Estado. La agenda del marxismo apuntaba más allá de las libertades democráticas conquistadas con la revolución política, mostrando como la raíz de la servidumbre no es solo política, sino social y psicológica. Es inherente a un sistema de relaciones sociales injustas que propicia islas de privilegio y tiene su asiento en el rizoma de la servidumbre espiritual. Con la metáfora de la realeza, una de sus metáforas sobre la mercancía, Marx develó el anclaje subjetivo de la servidumbre. De los reyes dijo que su condición no tiene fundamento ontológico. Ningún rey es rey por gracia de sus atributos o cualidades excepcionales. *Contrario sensu*, los atributos de la realeza proceden de un juego de espejos que proyecta el reconocimiento de los súbditos en la persona del rey, haciéndole aparecer como la fuente del poder que representa. A la pregunta *<quién es el rey?>* solo cabe responder que *<el rey está en los súbditos>*, porque son precisamente estos últimos quienes dan forma a la figura del rey cada vez que reconocen como tal a quien haga sus veces, llámese Carlos V, Felipe II o Luis XV⁷.

Mientras no aprendamos a distinguir en nuestro corazón los espejismos y temores donde medra la servidumbre, el poder volverá a su travestismo, continuará pavoneándose como un fantoche, fingirá que es nudista, subirá a los púlpitos para sermonear a los pobres, regresará a los bajos fondos como un ángel caído y seguirá haciendo carantoñas hasta el fin de la historia. Los dispositivos de la dominación operan en instituciones, códigos culturales y relaciones sociales encarnadas, no siendo completamente externos a nosotros porque su poder deriva

⁷ El mejor retrato de los Luises es un poema de Jacques Prevert que ilustra a las mil maravillas este tinglado de ídolos con pies de barro cuyo poder no tiene fundamento distinto a la servidumbre humana:

<i>Luis I,</i>	<i>Luis X,</i>
<i>Luis II.</i>	<i>Luis XI, llamado el Testarudo,</i>
<i>Luis III</i>	<i>Luis XII,</i>
<i>Luis IV</i>	<i>Luis XIII</i>
<i>Luis V,</i>	<i>Luis XIV,</i>
<i>Luis VI,</i>	<i>Luis XV,</i>
<i>Luis VII</i>	<i>Luis XVI,</i>
<i>Luis VIII,</i>	<i>Luis XVII,</i>
<i>Luis IX,</i>	<i>Luis XVIII,</i>

¿Qué clase de gente es ésta que no puede contar hasta veinte?

en buena parte de nuestra aquiescencia. Las cadenas están afuera, en el mundo del trabajo, la economía, la política y la cultura, sujetando los seres humanos a formas particulares de existencia, conduciéndoles a aceptar jerarquías que en ocasiones les envilecen al extremo de hacerles desear su propio sojuzgamiento y explotación; y precisamente por ello, porque pervierten nuestra voluntad haciéndonos desear mal, también están adentro, en los pisos falsos de nuestro espíritu donde la servidumbre humana encuentra abrigo.

Por el camino de sospechas y develamientos descubrimos las afinidades entre la crítica de la cultura de Nietzsche⁸ y la crítica del capitalismo de Marx. Desde su propio espacio crítico cada uno contribuyó a refundar la interpretación por vía de una verdadera revolución hermenéutica, en la cual también tenía un puesto sobresaliente la obra de Freud. El diálogo con el pensamiento de Nietzsche y Freud era una verdadera fiesta del espíritu, una inmersión en la ebriedad absoluta del mandamiento poético de Baudelaire < *hay que estar ebrio siempre... De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca. Pero embriáguense* >. Ebrio de poesía porque leyendo los textos de Nietzsche⁹ asistía a un baile de máscaras donde la metafísica o las servidumbres morales perdían las suyas, siendo seducido por metáforas alusivas a un ser humano finalmente conciliado con su destino trágico, soberano sobre todo servilismo, sordo a los halagos de salvación, solitario *entre pájaros de presa*¹⁰.

Ebrio de razones porque los textos de Freud provocaron el desmoronamiento de mi confianza en la soberanía de la razón. Como quien observa el aquelarre de sus turbulencias instintivas desde un andamio desvencijado contemplé a la alta torre de mi conciencia¹¹ desplomarse ante el acoso de azoradoras larvas que

⁸ Nietzsche estaba satanizado por la izquierda neardenthalense que coreaba las sandeces de Lukács, para quien Nietzsche era “el precursor directo del Hitler” y su rechazo del principio de representación, “el germen del Estado corporativo fascista”, mientras que con su teoría del Superhombre, “Nietzsche anticipaba lo más concretamente posible tanto el hitlerofascismo como a la ideología moral del siglo norteamericano.” En un breve pero contundente artículo Bataille lavó a Nietzsche de la mancha nazi, probando que “entre las ideas de un reaccionario fascista u otro cualquiera y las de Nietzsche hay más de una diferencia: hay una incompatibilidad radical.” Los sectarios criollos jamás leyeron este texto de Bataille, porque seguramente sus obras estaban, junto a las de Nietzsche, en el Índice de lecturas prohibidas por el partido.

George Lukács, **El Asalto a la Razón**, Fondo de Cultura Económica, México, p. 273, 275, 286.
Georges Bataille, *Nietzsche y el Nacional-Socialismo*, en **Nietzsche 125 Años**, ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Tomo XIX, Librería Buchholz, Bogotá, 1969, p. 578-83

⁹ Nietzsche era mi preferido. No solo leía sus textos sino las obras de sus biógrafos y comentaristas como Karl Jaspers, Pierre Klossowski, Martín Heidegger, Guilles Deleuze, Georges Bataille y Jorge Brandes, principalmente. También recuerdo los nombres de otros autores como Eugenio Trias, Fernando Savater, Andrés Sánchez Pascual, Paolo Chiarini, Max Horkheimer, Ferruccio Masini, Andre Glucksmann, Maurice Blanchot, Massimo Montinari, Michel Foucault y Santiago Gonzales Noriega.

¹⁰ Federico Nietzsche, *Entre Pajaros de Presa*, **Ditirambos Dionisiacos**, Obras Completas, Tomo IV, Aguilar, Argentina, 1967, p. 511.

salían desde sus aposentos y alminares como nubes de murciélagos a la hora del tramonto. Como quien lee una novela de héroes legendarios tuve noticia de las hazañas del *yo*, luchando a brazo partido por construir su frágil identidad sorteando sentimientos de culpa, acosado por apetitos de toda laya, algunos ingobernables, en franca rebelión contra las demandas del *ideal del yo*, indeciso entre aceptarlas o rechazarlas de plano. Aprendiendo a sospechar de las palabras que no siempre dicen lo que dicen, como “malévolas” máscaras de una interpretación oculta, supe de los deseos agazapados en la curvatura de mis sueños, irrumpiendo en episodios vacíos de la vida cotidiana al asalto del vulnerable control sobre mí mismo. ¿Acaso no pendemos siempre, como la araña de sus hilos, de decisiones que quisiéramos confiar a nuestra voluntad sin percatarnos de que ella tampoco sabe lo que quiere, siempre asediada por malevolencias, burlada por el azar, atrapada por sentimientos encontrados y, al final, sorda y muda?

El paso definitivo para entender los engranajes de la dominación fue el encuentro con el concepto de represión que, según Freud ¹², es un proceso “... *al que se debe lo más valioso de la civilización humana*”. En una primera aproximación era difícil conciliarse con un concepto que mete en un mismo saco las perversiones de la cultura y las más nobles invenciones del ingenio humano, sus más fecundas expresiones artísticas o sus empresas más altruistas. En efecto, la represión traza el mapa de la cultura. En las páginas de *Eros y Civilización*, Herbert Marcuse explica cómo la represión básica de los instintos instauro la cultura haciendo posible el tránsito del animal humano al *animal sapiens*. Las restricciones de los instintos pueden “*haber sido reforzadas primero por la escasez y por la prolongada dependencia del animal humano, pero han llegado a ser el privilegio y la distinción del hombre, y lo han hecho capaz de transformar la ciega urgencia de la satisfacción de la necesidad en gratificación buscada*”. Marcuse distingue esta *represión básica*, indispensable para garantizar la asociación humana civilizada, de los controles *adicionales* que introducen los intereses específicos de la dominación. Estos controles adicionales, que provienen de las instituciones específicas de dominación, les llama *represión excedente*. “... *las modificaciones y desviaciones de la energía instintiva necesarias para la preservación de la familia*”

¹¹ La descripción de nuestro sistema psíquico como una tríada de tres instancias, el *ello*, el *yo*, y el *superyo*, atravesada por los contenidos de la conciencia y el inconsciente es, sin lugar a dudas, uno de los hallazgos más reveladores que ofrece la obra de Freud. La topología freudiana metapsicológica coincide con los tres niveles o estratos del psiquismo distinguidos por Mc Lean, a la cual se refiere Carl Sagan en *Los Dragones del Edén*: primero, el Complejo R, localizado en el tallo del hipotálamo, donde tienen su sede pulsiones filogenéticas que los humanos compartimos con los grandes lagartos, como la territorialidad y el orden jerárquico; segundo, el Sistema límbico, estrato de las emociones, afectos y sentimientos y, finalmente, el Neocortex, el estrato más reciente de la evolución, localizado en la corteza cerebral, donde tienen lugar las operaciones intelectivas. Al igual que Freud, tampoco Mc Lean concibe estos estratos como instancias aisladas unas de otras. La conciencia es asaltada constantemente por contenidos inconscientes, los cuales no solo inciden en la producción de síntomas patológicos sino además en el trabajo creativo que les desplaza al lenguaje artístico. También emergen como fragmentos intemporales trastocando nuestra lógica de la vigilia, subvirtiendo nuestro principio de realidad, enredados entre metonimias y metáforas de nuestros sueños

¹² Sigmund Freud, **Más Allá del Principio del Placer**, Alianza Editorial, p. 117.

*patriarcal monogámica, o para la división jerárquica del trabajo, o para el control público sobre la existencia privada del individuo, son ejemplo de represión excedente*¹³". Este concepto hizo de nuestra vocación antijerárquica más que una resistencia emotiva, transformándola en un componente básico del pensamiento revolucionario contra los tinglados de la dominación.

LA CONSPIRACIÓN ROMÁNTICA

De pronto toda la retórica marxista parecía una bufonada populista, mera mascarada republicana. Sus cultores se tomaban demasiado en serio para ser revolucionarios. Eran burócratas del pensamiento, nada más. Su discurso colgaba de una representación mecanicista del poder, en cuyo entramado no había lugar para categorías psicológicas o filosóficas que develaran las raíces síquicas del sometimiento a las instituciones y valores de la dominación. En una sociedad de instituciones represivas encarnadas en hábitos, valores y mentalidades, la agenda de la revolución debía ir más allá de la gesta heroica para "tomarse el poder". Cuanta lucha estéril, cuantos simulacros, cuanto dolor y sangre se habrían ahorrado desenmascarando a tiempo los señuelos del poder. "Tomarse el poder" era una trampa dispuesta por el mismo poder travestido para seducir voluntades contestatarias con que lubricar sus dispositivos y rejuvenecer sus antiguallas, como un viejo vampiro buscando sangre fresca. Revolución significaba más que camarillas burocráticas, más que estar en la "línea correcta", más que el odio de clases, más que morir por el partido, por cualquier bandera o por todas las banderas juntas. ¿Por qué morir si lo que estaba en juego era precisamente aprender a vivir? Más que "tomarse el poder", se trataba de boicotarlo, de abandonarlo a su suerte junto a sus escleróticas instituciones, de desactivar los dispositivos de dominación ignorando sus halagos a nuestros apetitos narcisistas. Boicot podría significar, entre muchas otras acciones imaginativas, no comprar ni leer los periódicos de los oligopolios de la desinformación, ni sus noticieros televisivos, ni sus enlatados y soap operas, menos aun comprar productos de industrias implicadas en operativos injustos o lesivos de intereses colectivos, no participar en las parafernalias electorales ni prestar atención a las parrafadas demagógicas y, por supuesto, no usar automotores en las ciudades. Desconociendo sus iconos, boicoteando sus baratijas, el poder no tardaría mucho en vaciarse, desde adentro, como un huevo huer. Por una general revolución, un boicot general sigue pendiente.

Aprender a vivir era la opción de ayer. Una opción festiva para moverle el piso a las culturas de la muerte, tanto tiempo enseñoreadas de nuestra existencia, roturando caminos de conocimiento y sensibilidad creadora hacia una *sociedad no*

¹³ Herbert Marcuse, *Eros y Civilización*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1968: 47, 48

represiva. Aprender a vivir es la opción de hoy para romper la coyunda de culturas de muerte y *represión sobrante*, zarandeando instituciones, creencias, rituales, simbologías, en fin, todo el orden cultural entramado en un engranaje perverso. El compromiso con esta agenda de *una sociedad no represiva donde aprender a vivir*, significaba hacer parte de la más radical conspiración contra todos los poderes, signos y utensilios de la cultura dominante. Ciertamente se trataba de una empresa para buenos conspiradores.

Un buen conspirador preparaba su espíritu dando rienda suelta a su actitud antiautoritaria y desplegando su vocación antijerárquica para luego urdir la trama de la conspiración.. Esta preparación comprendía una etapa de reflexión y aprendizaje de principios en los textos de los grandes conspiradores. De Nietzsche, quien seguía a la cabeza de estos últimos, aprendía, en primer lugar, a practicar la *desconfianza metódica*, sospechando de la verdad que era solo “ (...) *un ejército movible de metáforas, metonimias, antropoformismos; en suma, un conjunto de relaciones humanas, que, ennoblecidas y adornadas por la poética, a consecuencia de un largo uso fijado por un pueblo, nos parecen canónicas y obligatorias; las verdades son ilusiones de las cuales se ha olvidado que son metáforas que paulatinamente pierden su utilidad y su fuerza, monedas que ya han perdido el troquelado y ya no pueden ser consideradas más que como metal.*”¹⁴.

En segundo lugar, a ponerse en guardia “*contra esa confabulación de conceptos antiguos y peligrosos que ha fijado un ‘sujeto de conocimiento’, ‘sujeto puro’, ‘sin voluntad, sin dolor, liberado del tiempo’.* Porque no hay hechos, solo hay interpretaciones. *No existe más que una visión perspectiva, un ‘conocimiento’ de perspectiva; y, cuanto más en juego entra nuestro estado afectivo con relación a una cosa, más ojos tenemos, ojos diferentes para esta cosa, y más completamente será nuestra ‘noción’ de esta cosa, nuestra objetividad*”¹⁵.

En tercer lugar, a desconfiar del absolutismo moral, porque esos *diversos nombres del bien y del mal son otras tantas metáforas, no expresan nada, solo sugieren. (...) Lo esencial de toda moral, lo que constituye su valor inestimable es que ella es una amplia sujeción métrica, tiranía de la rima y el ritmo.* Buena parte de la represión que se ejerce en nombre de la moral ha sido una negación sistemática de todo cuanto hay de humano en nosotros; el temor a la fiesta de los sentidos y el horror al devenir, al cambio, a la fuerza desconocida del deseo convertidos en fundamento de la moral. ¿No era todo ello *una voluntad de aniquilamiento, una hostilidad a la vida*

¹⁴ Federico Nietzsche, **El Origen de la Tragedia**, Obras Completas, Tomo V, Aguilar, Argentina, 1967 p. 245.

¹⁵ [...] Aquí se hace siempre referencia a un ojo que no puede ser concebido debidamente, un ojo cuya mirada no debe tener dirección alguna, cuyas funciones activas e interpretativas están ligadas, están ausentes [...]; se pide, pues, que el ojo sea algo insensato y absurdo. Federico Nietzsche, **Genealogía de la Moral**, Obras Completas. Tomo III, Aguilar, Argentina, 1967: 654,

Con estos y otros pertrechos nada del viejo orden podría quedar en pie al paso de nuestra apasionada destrucción creadora que arremetía contra el principio de realidad dominante y las expresiones serviles de la razón, o contra la razón puesta al servicio del servilismo y la barbarie; contra la exclusión, la discriminación y los estigmas distribuidos por lógicas perversas; contra las gesticulosas jerarquías, tan ridículas, con sus colas de lagarto siempre asomándose en los sacolevas. Confieso que era, por sobre todo, una conspiración del pensamiento para diluir costras ideológicas que crecían como tejidos adiposos sobre ojos y oídos; una conspiración romántica, más bien literaria, para abrir los poros de nuestra imaginación con inspiraciones liberadoras como *Las Cartas a Los Poderes*¹⁶ de Antonin Artaud, y de éstas especialmente sus teas encendidas contra el presuntuoso saber dispensado en las aulas universitarias, atrapado en redes de silogismos, ignorante “de los misterios del cuerpo, de las leyes cósmicas del ser”.

De cuando en cuando fue en extremo saludable llevar la poesía a la calle para conspirar contra el orden simbólico pintando graffiti libertarios¹⁷ sobre los costados del palacio de gobierno, la catedral, el teatro municipal y los edificios históricos, algunos francamente ofensivos y procaces, que por intolerables solo permanecieron un día en las paredes, a diferencia de aquellos compuestos en un manido lenguaje “político” que envejecían hasta hacerse ilegibles. La creación de graffiti contestatarios era una disciplina político-literaria que comprometía destrezas artísticas, lúdicas, y, por sobre todo, un reto a la imaginación. Este quehacer revolucionario tenía una deuda con la revolución de Mayo 68 en París, cenit de la disidencia y el desencanto contra el viejo orden burgués encendida por los estudiantes como un torbellino de entusiasmo sin precedentes en la historia de las revoluciones. En esa primavera toda Europa y el mundo occidental fueron sacados de sus goznes por el poder de la imaginación.

Los graffiti de Mayo 68 le dieron la vuelta al mundo, alcanzando un reconocimiento universal propio de obras maestras y los más famosos siguen estampándose en camisetas, prendas de toda clase, calcomanías y otros cachivaches. *Best seller* es el destino de la fama en la sociedad de mercado. El retrato más popular del Ché, ese que todos conocemos en blanco y negro, también se convirtió en *best seller*, un éxito mercantil que no hizo mella en el poder de su imagen para seguir encarnando sueños revolucionarios¹⁸. De igual manera muchos graffiti de Mayo

¹⁶ *Lettre aux Recteurs des Universités Européennes, Adresse au Papa, Adresse au Dalai-Lama, Lettre aux Médecins-Chefs des Asiles de Fous*, publicados en *La Revolution Surréaliste* No. 3

¹⁷ Recuerdo especialmente uno por breve y lapidario, estampado con rojo cardenal en el frontispicio del teatro municipal, que decía *la burguesía es sorda...*

¹⁸ Existen muchos ejemplos contemporáneos que prueban la presencia del Che en escenarios de luchas sociales. En Roma en Noviembre de 1994, durante la manifestación contra medidas de Berlusconi, un millón de manifestantes portaban miles de banderas y pancartas con la imagen de Che Guevara. Idénticas banderas y pancartas estuvieron en México, en la primavera de 1995, en manos de millares de estudiantes que exigían suspender las operaciones militares contra los indígenas de Chiapas. También estuvo en Seattle 2000 y en Porto Alegre 2001.

68 sobreviven a su época, como un verso de Dante, una pintura del Bosco o una desafiante frase de Bakunin, porque son testimonios excepcionales del arte callejero y el pensamiento político del siglo XX. Algunos de ellos son auténticos biografemas que revelan con maestría la singularidad de la época, capturando para siempre el esplendor del instante como un daguerrotipo. *Hacer el amor y no la guerra* es un texto infinitamente más seductor que cientos de parrafadas sociológicas para expresar los sentimientos contra la barbarie militar en el Vietnam. Una variación de este texto afirma que la revolución es alegría suprema y no un acontecimiento luctuoso de cuerpos reprimidos y rostros adustos: *Cuanto más hago el amor, más quiero hacer la revolución. Cuanto más hago la revolución, más quiero hacer el amor*. Otra variación de este graffiti podría haber sido un verso del *Grito hacia Roma* del poeta Garcia Lorca:

“El amor está en las carnes desgarradas por la sed, en la choza diminuta que lucha contra la inundación, en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas”.

Unas veces escritos como paradojas, otras como metáforas, insultos o proclamas, los graffiti profanaron territorios sagrados, mejor aun, los paganizaron, dándole nueva vida a conceptos enmohecidos y rescatando otros que habían sido excluidos o simplemente olvidados. La revolución fue otra vez la revolución en Mayo del 68, porque pensamientos disidentes cobraron vida como si se tratara de un gran sueño tomándose por asalto la realidad. Entonces fue posible escribir en las paredes

Yo decreto un estado permanente de felicidad. Olvida todo cuanto pensaste hasta ahora. Comienza por soñar. Crea comités de sueños. El futuro solo tendrá lo que nosotros le demos ahora.

*Ser realista, pedir lo imposible. Prohibido prohibir.
Al diablo con las fronteras. Abran las puertas de los manicomios, de las prisiones y de otros claustros*

*La imaginación al poder. La imaginación no es un regalo, debe conquistarse.
Desabrocha tu mente tan a menudo como tu bragueta.*

*Yo sospecho que Dios es un intelectual de izquierda.
La humanidad no será feliz hasta que el último capitalista sea colgado con las bolas del último burócrata..*

*No debes negociar con los jefes. Debes abolirlos.
Todo poder corrompe. El poder absoluto corrompe absolutamente.*

Breve, brava, poética, la fiesta revolucionaria de mayo 68 cambió muchas cosas en el mundo sin quitar a los burócratas de sus puestos para tomarse el poder.. A fin de cuentas no se trataba de eso, como dice Guilles Lipovetsky, *ni de señalar a los traidores, de trazar líneas que separasen buenos y malos; se trataba, por vía de la expresión libre, de la comunicación, de la oposición, de 'cambiar de vida', de librar al individuo de las mil alienaciones que le torturan cada día, desde el trabajo hasta el supermercado, desde la tele a la universidad*¹⁹. También se trataba de conspirar contra la agenda autoritaria del Estado, contra su fronda burocrática tan ajena a los sueños de libertad y a los deseos de realización personal, hasta abolir instituciones y maquinarias represivas, todas más o menos panópticas. Todo esto ocurría entre utopías poéticas, barricadas espontaneas y ejercicios de deconstrucción de la lógica y simbología dominantes que anticiparon la implosión de los discursos universalistas..

La lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, así como movimientos de liberación, experiencias contraculturales y provocaciones contestatarias o disidentes, de común ocurrencia alrededor del mundo, hicieron de los sesenta una década turbulenta, vital, esperanzadora y, en ocasiones, muy dolorosa. Los grupos en el poder llevaron su resistencia hasta extremos criminales para no ceder privilegios ni hacer concesión alguna, ni siquiera por razones humanitarias. Quisieron cortar de tajo los movimientos sociales y contraculturales privándoles de sus líderes carismáticos. En esa carrera criminal asesinaron a Martín Luther King Jr., el 3 de abril de 1968, exactamente un mes antes del primer día de la Revolución de Mayo en París. Lo que no pudieron detener sus victimarios fue el fortalecimiento del movimiento por los derechos civiles después de su muerte, tampoco la realización casi plena de sus propósitos, ni la grandeza de su oración ante el monumento a Lincoln en Washington que sigue vibrando en el alma del mundo, en el corazón de todos nosotros, quienes también teníamos un sueño de libertad y justicia por la tolerancia y el respeto de las diferencias. Cinco años atrás había sido asesinado John F. Kennedy por motivos que siguen ocultos entre miles de legajos de investigación criminal. Según Noam Chomsky²⁰, el presidente fue asesinado porque había decidido suspender la intervención norteamericana en Vietnam y retirarse sin asegurar una victoria militar. Chomsky aporta, entre muchas pruebas y conjeturas, un borrador del memorando NSAM 273 escrito por Kennedy el 20 de noviembre de 1963 que Lyndon B. Johnson modificó el 26 de noviembre, cuatro días después del asesinato, revocando así la decisión de Kennedy. Infortunadamente con su muerte no cesaron los magnicidios.. En 1965 asesinaron a Malcom X, en el fragor de sus batallas contra la opresión de los afroamericanos y la expoliación neocolonial en Asia, Africa y América Latina. Algunos meses después, el 15 de febrero de 1966, en Puerto Cemento,

¹⁹ Guiles Lipovetsky, **La Era del Vacío**, Editorial Anagrama, Barcelona, duodécima edición, 2000: 218.

²⁰ Noam Chomsky, **Rethinking Camelot**, South End Press, Boston, 1993.

Santander, Colombia, caía abatido por las balas del ejército el padre Camilo Torres.

Colombia continuaba ungida por la sucesión presidencial del pacto bipartidista llamado Frente Nacional, un eufemismo porque en verdad se trataba de un frente oligárquico. En medio de un creciente malestar social el país soportaba los exabruptos de un presidente conservador que atendía los asuntos de Estado bien desde un prostíbulo, cuando se encontraba en la capital, o bien a campo traviesa cuando estaba cazando patos. Al terminar su cuatrienio le correspondió el turno a Lleras Restrepo, muy recordado por su acentuado narcisismo y por una reforma agraria que mantuvo intacta la estructura de tenencia de la tierra prevaleciente en Colombia, dejando los campesinos ad portas de la tala en las laderas y bosques premontanos andinos para sus chagras de pancoger. De donde salieron presionados por latifundistas so pretexto de proteger las cuencas hidrográficas, previendo que las chagras campesinas podían menguar el agua de las ricas tierras planas. Aquellos que no cedieron a las presiones de terratenientes “ambientalistas” fueron acribillados por paramilitares y quienes sobrevivieron a ambos hoy comparten la misma suerte de dos millones de refugiados internos.

No todo en la década fue dolor y sangre. Más colombianos en las ciudades tenían televisor, los más acomodados a color y los menos en blanco y negro para ver a las candidatas al reinado nacional de la belleza en Cartagena; seguir paso a paso los comentarios sobre el vestuario de cada una y los juicios de los expertos sobre el tamaño del busto, la curvatura del trasero o prematuros signos de celulitis y llorar de emoción escuchando a la nueva reina de la belleza declarar que “durante su reinado trabajaría por los pobres.” En un país consagrado al Sagrado Corazón no podía ocurrir nada malo. Definitivamente nada. Solo una memoria fotográfica publicada diariamente por los periódicos de los ágapes celebrados en los clubes, siempre con los mismos imbéciles, para que la pobrecía estuviera al tanto de lo que se estaba perdiendo. También fotografías del señor gobernador cortando cintas inaugurales, de los toreros y de Charles de Gaulle. Por suerte publicaron algunas de Marilyn Monroe,

Afortunadamente nuestro sentido nacional de los sesenta fue redimido por Camilo Torres²¹, un varón que tenía corazón de lis, como dijo de San Francisco el poeta Rubén Darío. El padre Camilo hizo de la revolución un propósito evangélico por la justicia social en Colombia donde, según sus palabras, no requeríamos más rezos sino verdadero amor al prójimo para ayudar a los más

²¹ Su vida fue un testimonio de lealtad con sus principios. Despreciaba las maquinarias electorales que impedían el ejercicio democrático en Colombia. Era abstencionista radical y no creía en la democracia representativa. Esa convicción fue clave en su salida del escenario político cuando estaba en la cima de su prestigio y las multitudes llenaban las plazas públicas para escucharle. No comprometió al *Frente Unido* en alianzas electorales, prefiriendo marchar a las montañas junto al Ejército de Liberación Nacional.

necesitados. Justificando su llamado a la revolución decía que la minoría privilegiada no quería hacer nada al respecto porque jamás renunciaría voluntariamente a sus privilegios; y que, por lo tanto, era “*necesario arrebatárles el poder para dárselo a la mayoría pobre, porque (...) la revolución es la vía para conseguir un gobierno que alimente al hambriento, que vista al desnudo, enseñe al ignorante, haga obras de caridad de amor al prójimo, no solo ocasionalmente o de paso, no solo para unos pocos sino para la mayoría. En consecuencia, la revolución no es solo permitida sino obligatoria para los cristianos que deben ver en ella la única vía efectiva y completa para alcanzar el amor para todos*”²².

EL DERECHO AL DELIRIO

Con mi mente en una idea de la revolución pensada como reinención estética y cultural del cuerpo social reincidente en la literatura para alegrar mi fantasía y volver a las preguntas fundamentales sobre el sentido del ser, la muerte, los límites de la razón y la locura que suscitaban obras como la de Artaud. Una obra que, según Foucault, *debería plantear al pensamiento del siglo XX, si éste le prestara atención, la más urgente de las preguntas, y la que menos permite al investigador escapar del vértigo, en esta obra que no ha dejado de proclamar que nuestra cultura había perdido su medio trágico desde el día en que rechazó lejos de sí a la gran locura solar del mundo, los desgarramientos en que se consume sin cesar la “vida y muerte de Satán el Fuego”*²³. El viaje por la locura o la caída en ella que interroga el pensamiento y la obra de Artaud, Nietzsche y van Gogh, quizás para mostrar su exhuberancia y sus desfiladeros, o para hacerlos callar en su plenitud, me puso en camino de una reflexión sobre el horror a la diferencia que, camuflado en mentalidades, actitudes y prácticas institucionales, está en la raíz de la secular intolerancia frente a las conductas desviadas. ¿Qué sentimiento distinto al horror al vacío provocado por la presencia de la desviación y, en ésta, por la locura como su situación extrema, podría explicar la existencia de procedimientos bárbaros para reprimir las desviaciones? ¿Qué sentimiento distinto al horror a la diferencia conduce al establecimiento de instituciones panópticas donde los desviados son reducidos a la condición de enfermos mentales y de paso se exorciza la amenaza que representan contra la identidad experimentada como homogeneidad colectiva? “...desde el tiempo de la nave de los locos que, según la tradición medieval, vagaba por los ríos y los mares con su carga anormal e indeseable, la ciencia y la civilización no parece que hayan logrado ofrecer sino un ancla más pesada a

²² **Mensaje a los Cristianos**, 1965

²³ Michel Foucault, **Historia de la Locura en la Época Clásica**, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, Tomo I, p. 51,52.

estas islas de exclusión, donde desviación enferma y desviación sana (“culpable” y “responsable”, por lo tanto “delincuencia”) encuentran su colocación. Para el hombre moralmente extraviado: la cárcel; para el hombre enfermo del espíritu: el manicomio; ésta es la gran conquista de la ciencia²⁴ⁿ.

Algo descompuesto en los dispositivos del control social apestaba con un hedor tan viejo como la práctica de confinar seres humanos en reclusorios para separarlos del cuerpo social “sano” ¿Qué extraña perversión predispuso la imaginación social contra la desviación espiritual hasta reducirla a una enfermedad que debía tratarse con la exclusión y el confinamiento? Es a todas luces improbable que los procedimientos diseñados por las ciencias del consenso para meter en cintura mentes reñidas con el principio de realidad dominante, como la reclusión, la lobotomía, los choques eléctricos o el control mediante fármacos, estuviesen inspirados por sentimientos de piedad, compasión o ánimo “curativo.” La investigación al respecto²⁵ indica que las instituciones panópticas y las técnicas psiquiátricas se edificaron en torno a la desviación como instrumentos de poder para ejercer un control que redundara tanto en el desarrollo de una taxonomía de las diversas formas de locura - una “ciencia humana” -, como en el aniquilamiento de los locos. Toda esa parafernalia representa una puesta en escena del principio de realidad dominante para ocultar sus propias fracturas, sus deformaciones, para negar sus perversiones e imponer sus intereses más mezquinos como un orden social y una cultura de cuerpos y mentes dóciles. Este orden declara no tolerar las desviaciones mientras organiza una economía que las clasifica y administra, insertando unas y excluyendo otras en los flujos del cuerpo social a partir de una lógica maniquea al garette de simulacros discursivos.

²⁴ Franco Basaglia et al, **Los Crímenes de la Paz**, Siglo XXI Editores, México, 1977, p. 80

²⁵ Me refiero especialmente a las obras de Michel Foucault **Vigilar y Castigar** y **La Historia de la Locura en la Época Clásica**.

En su carta a los médicos jefes de los hospitales psiquiátricos²⁶ Artaud pone de manifiesto la terrible injusticia cometida contra todos aquellos sometidos a reclusión y a torturas clínicas como castigo por haber franqueado los límites del principio de realidad hegemónico pasando a otros estados de la conciencia. El asunto más revelante de esta carta, que quizás ha permanecido inadvertido por mucho tiempo, es la enunciación, bastante precisa por cierto, de un *derecho al delirio* inherente a la dignidad de la persona humana. La humanidad se encuentra en mora de reconocerlo como derecho humano básico con idéntica naturaleza a la de otros derechos fundamentales protegidos por leyes y constituciones. Su alcance podría expresarse de la siguiente manera:

Todo ser humano tiene derecho al delirio en condiciones que permitan su libre desenvolvimiento sin impedimento ni represión de ninguna clase. Este derecho comprende la libertad absoluta de abrazar la concepción de la realidad que se quiera o mejor se acomode al delirio personal y de realizar todos los actos que de ella se derivan.

Este texto borrador es un buen comienzo. En el camino hacia el reconocimiento del nuevo derecho es previsible encontrar objeciones al sentido, aparentemente ilimitado, que podría inferirse del texto.. A lo cual se responderá que ningún derecho es ilimitado en estricto sentido, pues su límite siempre es fijado por los derechos de los otros. Mi derecho llega hasta donde comienza el derecho ajeno. Lo mismo podría predicarse del reparo que seguramente se hará al *derecho a realizar todos los actos inherentes al libre desenvolvimiento de cualquier concepción de la realidad, por delirante o absurda que parezca*. Se argumentará que mientras la jurisdicción del delirio esté circunscrita a las fronteras de la

²⁶ Porque “se sabe – nunca se sabrá lo suficiente – que los asilos, lejos de ser ‘asilos’, son cárceles horrenas donde los reclusos proveen mano de obra gratuita y cómoda, y donde la brutalidad es norma.[...] El hospicio de alienados, bajo el amparo de la ciencia y de la justicia, es comparable a los cuarteles, a las cárceles, a los penales.”

“No nos referimos aquí a las internaciones arbitrarias, para evitarles la molestia de un fácil desmentido. Afirmamos que gran parte de sus internados – completamente locos según la definición oficial – están también reclusos arbitrariamente. **Y no podemos admitir que se impida el libre desenvolvimiento de un delirio, tan legítimo y lógico como cualquier otra serie de ideas y de actos humanos.** La represión de las reacciones antisociales es tan quimérica como inaceptable en principio. Todos los actos individuales son antisociales. Los locos son las víctimas por excelencia de la dictadura social. Y en nombre de esa individualidad, que es patrimonio del hombre, reclamamos la libertad de esos galeotes de la sensibilidad, ya que no está dentro de las facultades de la ley el condenar a encierro a todos aquellos que piensan y obran.”

“Sin insistir en el carácter verdaderamente genial de las manifestaciones de ciertos locos, en la medida de nuestra actitud para estimarlas, afirmamos la legitimidad absoluta de su concepción de la realidad y de todos los actos que de ella se derivan.”

“Esperamos que mañana por la mañana, a la hora de la visita médica, recuerden esto, cuando traten de conversar sin léxico con esos hombres sobre los cuales – reconózcanlo – solo tienen la superioridad que da la fuerza.

propia fantasía no habrá problemas ni se suscitarán conflictos con quienes adhieren al principio de realidad dominante u otras concepciones de la realidad. Los problemas comenzarán cuando todos los delirantes decidan llevar a cabo sus fantasías. Como quiera que los delirios no pueden reglarse, porque de hacerlo perderían *ipso facto* su condición de tales, no habría lugar para trazar límites entre el derecho al delirio de cada uno con respecto a los derechos de los otros. El mundo sería un completo caos a merced de los locos. Replicaremos que recluyendo a los locos en panópticos, como hasta ahora se hace, el mundo no escapa de la anomia. Por el contrario, todo apunta a un mundo convulsionado, gravemente enfermo; un mundo gobernado por paranoicos que coronan sus actos de barbarie con densos silogismos jurídicos atiborrados de invocaciones a la seguridad de la sociedad civilizada, por la defensa del orden, la democracia y la paz. La crema y nata de la razón jurídica lame la suela de las botas militares. Las guerras de exterminio contra pueblos enteros son seguidas paso a paso por millones de televidentes en todo el planeta como si se tratara de batallas virtuales en el ciberespacio o de una versión televisada de *la guerra de las galaxias*. Los crímenes de la paz se cubren de fama y dinero.

¿Cómo llamar razonable la orgía de insensatez y barbarie que desde las cloacas y alcantarillas urbanas, desde las escorrentías agrícolas y enclaves industriales, vierte toneladas de detritus a los ríos y océanos del planeta? ¿Cómo llamar “normales” las mentes que orquestan diariamente la quema de océanos de hidrocarburos para envenenar la atmósfera con los subproductos de su combustión, precipitando el calentamiento global y por ende el cambio climático? No es acaso una muestra de suprema inconsciencia la destrucción de los bosques tropicales, que representan cincuenta millones de años de evolución ininterrumpida de la biosfera, a la escalofriante tasa de seis acres por minuto? ¿Cómo pueden ser sanos de alma y corazón quienes propician el despilfarro de mil millones de dólares diarios en armamentos y operaciones militares, así como el desperdicio del tiempo de miles de científicos aplicado a investigaciones para mejorar la capacidad destructiva del arsenal bélico? La insanía está en la raíz de las grandes concentraciones de poder político, económico y militar que por nada del mundo dan su brazo a torcer. Ni la muerte de los océanos, ni el avance de los desiertos, ni siquiera el canto del último ruiseñor les hará desistir de sus tinglados jerárquicos, de sus negocios tramposos, de su chatarra tecnológica que inflama nuestros pulmones con dióxido de carbono y rebosa nuestras venas con biocidas.

Si por un momento imaginamos que en ejercicio del derecho al delirio se ha decidido celebrar un *Carnaval de los Locos* para dejarles libres por una semana, permitiéndoles hacer lo que les plazca y brindándoles los medios para llevar a cabo sus fantasías, es posible que muchos locos no quieran abandonar sus celdas muertas de miedo como están de tanta atrocidad; otros quizás decidan que es demasiado tarde para comenzar de nuevo el itinerario de un delirio; un grupo no menos numeroso se sentirá cansado, muy cansado, porque la

enfermedad ha sido un buen refugio para huir del mundo, donde evadir la difícil tarea de mantener la propia identidad contra corrientes disociadoras que vienen y van en todas las direcciones. Los locos de remate vestirán trajes vistosos en singulares combinaciones postmodernas para tomarse un respiro paseando por la ciudad, ofreciendo declaraciones con sustantivos solamente y en contadas ocasiones con adjetivos, en modo alguno con verbos porque el verbo se hace carne que es enemiga del hombre junto al demonio y el mundo; por eso mismo reincidirán en sus juegos, representaciones y artes no verbales gritando locos de fuego, locos de nieve, con sus cabezas empenachadas; algunos olvidarán los trajes que han preparado con tanto celo durante semanas y deambularán desnudos sin pronunciar una sílaba por los parques y las iglesias como estatuas en movimiento; entretanto un loco solitario insistirá en que puede y debe llegar a ser posible convertir cada palabra en un objeto porque ha visto con sus ojos palabras como abejas reales que llegan hasta los oídos más sordos donde terminan su vuelo nupcial copulando con el zángano sobreviviente. A este solitario se unirá otro con un discurso vehemente exhortando a quienes le escuchan a no temer la palabra que es filo como fuego, puntiaguda agua en el abismo, quieta en la sima o cima huella del diablo, caída o erecta en la empuñadura del Verbo, siempre atascada en la boca del muerto. El Carnaval podría culminar con un *desfile general de los locos* que vaya y venga durante varias horas de las universidades al palacio de gobierno, siguiendo por los cuarteles, las prisiones y las iglesias hasta terminar, cuando todos estén exhaustos de dar vueltas, en los mismos manicomios de donde salieron, no sin antes haber quemado en una pira los pasacalles y pancartas del desfile que digan obscenidades como

*El sexo no es obsceno. Obscena es la guerra
Saber es poder descubrir a quien lamerle el culo
Abran las puertas de los manicomios y de las prisiones (bis)
Por una general revolución, una general copulación.
Los locos son ustedes, carceleros*

De antemano se sabe que algunos locos no volverán al manicomio porque estarán muy atareados llevando a cabo sus delirios, atendiendo clases de finanzas en la universidad para hacerse banqueros, corredores de bolsa o prestamistas, rindiéndose sin miramientos a su fijación analosádica, a su devoción por el dinero; o alistándose en las filas del ejército para marchar al compás de voces de guerra y dar rienda suelta a sus impulsos criminales asesinando otros campesinos tan pobres como ellos. No faltarán los locos verborrágicos que se unan a farándulas ambulantes para hacer carrera como presentadores de televisión o fogosos parlamentarios. Todo esto puede ocurrir y también que muchos ciudadanos confundidos se mezclen con los locos, y víctimas del *gran contagio* crean que el mundo se ha poblado nuevamente de héroes dispuestos a sacrificarlo todo por una idea, de gentes tan generosas que se despojan de todos sus haberes para darlos a los pobres, de toda clase de

virtuosos incluyendo aquellos que sienten piedad por el sufrimiento ajeno y se alegran con los triunfos de sus coetáneos porque sofocan la envidia con sus almohadas. Creo que Erasmo dio por ciertos sucesos semejantes en el *Elogio de la Locura*. En cualquier caso puedo anticipar que el *Carnaval de los Locos* ejercerá una influencia benéfica en la ciudad reduciendo durante esa semana los índices de criminalidad, contravenciones, accidentalidad vial y otras desviaciones de orden moral sin relevancia para el derecho positivo (engaños, trapisondas, mentiras, zancadillas, deslealtades.) También habrá beneficios adicionales para los locos, especialmente para los más pobres, quienes aliviarán su penosa situación económica con las regalías de sus derechos de propiedad intelectual, merced al interés de los medios más prestigiosos en difundir por radio, prensa y televisión el *Carnaval de los Locos*.

La antisiquiatría hizo lo suyo, especialmente en Italia, en defensa de los derechos de los enfermos mentales sometidos a vejámenes sistemáticos en los panópticos. El trabajo crítico de Franco Basaglia influyó la promulgación de la Ley 180 de mayo de 1978, conocida como la *Ley Basaglia* que cerró los manicomios en Italia, vetando admisiones en hospitales psiquiátricos posteriores a su promulgación y prohibiendo la construcción de nuevas instalaciones para tal fin.. Esta ley ha pasado a la historia como la norma que reguló el confinamiento forzado en instituciones psiquiátricas, fijando los límites legales de la actividad médica en este campo y prescribiendo las acciones a que tienen derecho los ciudadanos para su defensa²⁷. El objetivo de clausurar los manicomios activos en 1978, previsto por la *Ley Basaglia*, solo se ha cumplido parcialmente, con la consecuente proliferación de mini-manicomios en el territorio. Uno de los últimos establecimientos psiquiátricos en cumplir el mandato de esta ley fue el *Manicomio de San Salvi*, en Firenze, cerrado definitivamente el 10 de diciembre de 1998, un siglo después de su apertura. Por su parte, David Cooper y Ronald Laing también libraron batallas en Inglaterra, desde su propia perspectiva crítica, por la dignidad de los desviados espirituales, dando cuerpo a un movimiento contracultural no solo en el campo de las prácticas psiquiátricas sino de la familia y la educación.

Respecto a la desviación moral o delincuencia, especialmente en ofensas contra el ambiente y los derechos ambientales, solo me queda volver al pensamiento central que ha acompañado mis reflexiones sobre la máquina penal²⁸. En la década de los ochenta el núcleo de mi interés en este campo fue el complejo proceso social que “elige” usos, técnicas y modelos *contranatura* de intervención en la naturaleza y aprovechamiento ecosistémico. El aparato penal busca

²⁷ Con la promulgación en diciembre de ese mismo año de la *Ley 833 sobre Reforma del Sistema Sanitario*, las disposiciones de la Ley 180 fueron subsumidas en los artículos 33, 34, 35 y 64 de la citada ley 833

²⁸ Me refiero especialmente a mis libros **Protección Penal del Medio Ambiente** (1990), **Los Derechos Ambientales. Una Visión desde el Sur** (1994) y **Control Social y Política Criminal del Medio Ambiente** (1998).

individualizar la responsabilidad por ofensas contra el ambiente desconociendo la "elección ética" que hace legítimo el uso de tecnologías y sistemas productivos cuya puesta en marcha infiere graves alteraciones al ambiente, a veces de manera irreversible. Comprendí que el aparato penal estaba atrapado en la *paradoja ética* de una sociedad celosa por castigar conductas inherentes al uso de tecnologías o procedimientos que ella misma propicia.

Los daños causados por el sojuzgamiento de la naturaleza (vg. ecocidios de comunidades vegetales o cuerpos de agua y la erosión genética, para citar solo algunos) han sido culturalmente ajenos al sentimiento de culpa. Lejos de ser reconocidos como "actos culpables", se les ha asimilado al precio pagado por el "desarrollo" o "progreso" humano. Sin fronteras normativas ni límites diferentes a los trazados por las contingencias operativas, el "*hacer todo aquello de lo cual fuere capaz la tecnología*" fue entronizado como paradigma de la cultura. La intervención instrumental de los sistemas naturales prosperó sin controles normativos durante todo el esplendor de la sociedad moderna;

Este absoluto predominio de una razón instrumental condujo a la "elección" de procedimientos de intercambio con la naturaleza ambientalmente hostiles. Que la sociedad moderna haya "preferido" promover el desarrollo de las armas nucleares, los vehículos impulsados mediante la combustión de hidrocarburos, o el uso intensivo de pesticidas, en lugar de impulsar la energía solar, los vehículos no contaminantes o la agricultura orgánica, puede interpretarse como el resultado de una "elección" ética y culturalmente legítima. Las ejecutorias de la razón instrumental no fueron en modo alguno ajenas a los poderes²⁹, cuyo *desideratum* les comprometió en elecciones tecnológicas ecológicamente no compatibles pero políticamente rentables. Más que conocimiento o comprensión de los ricos y complejos sistemas y procesos de la naturaleza, se persiguió su sojuzgamiento, excluyendo el respeto por la alteridad de la biosfera y de otros seres vivientes. En consecuencia, la sociedad moderna floreció a expensas de manipulaciones tecnológicas³⁰ e intervenciones en la oferta ambiental que provocaron alteraciones

²⁹ "Las máquinas se insertan en una organización social con estructuras jerárquicas y desigualdades sociales manifiestas. Esta inserción institucional ha permitido que muchos de sus beneficios potenciales se malgasten en el lucro acumulado de unos pocos, en la carrera armamentista y en fenómenos de contraproductividad social generalizados. Es difícil creer que la técnica nos inclina inexorablemente hacia una suerte de fatalidad destructiva, o de creer que la máquina es más peligrosa que nuestro propio imaginario, ideas o palabras. Por querer demasiado fácilmente volver a la técnica responsable de nuestros males, por buscar demasiado no se sabe qué inocencia o verdad inicial se pasa por alto lo que esta búsqueda nostálgica del absoluto supone (Couchot, 1988, pág. 87)." Alejandro Piscitelli, **CIBERCULTURAS. EN LA ERA DE LAS MAQUINAS INTELIGENTE**, Editorial. Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1995. 284 p.

³⁰ En estas referencias a las tecnologías ambientalmente hostiles no se persigue condenar a la tecnología sino a la "elección" cultural de sus vías. Como bien lo ha dicho Piscitelli "Es difícil creer que la técnica nos inclina inexorablemente hacia una suerte de fatalidad destructiva, o de creer que la máquina es más peligrosa que nuestro propio imaginario, ideas o palabras. Por querer demasiado fácilmente volver a la técnica responsable de nuestros males, por buscar demasiado no se sabe qué inocencia o verdad inicial se

severas, a veces irreversibles, de los elementos naturales (agua, aire, suelos) y de las comunidades bióticas y ecosistemas.

En el curso de estas reflexiones perdí toda confianza en la máquina penal. En una sociedad que prefiere operaciones y tecnologías no-convivenciales y ambientalmente hostiles, o donde no hay consenso en torno a los valores de la ética ambiental, las medidas para inducir consenso y modificar las conductas no deberían inspirarse en prohibiciones o mandatos coercitivos.³¹ Cuando se pretende "erradicar" conductas ambientalmente hostiles pero socialmente aceptadas mediante medidas coercitivas, en lugar de conseguirlo, por el contrario generalmente se estimula un flujo, a veces incontrolable, de ilegalismos. La prohibición no elimina las conductas negativas y en ocasiones ni siquiera las reduce, solo les cambia la ubicación social desterrándoles al espacio de los ilegalismos, allí donde la máquina penal revela su papel más sobresaliente en la cogestión de un "flujo perverso" de conductas desviadas surgidas de la prohibición. Finalmente, respecto a la influencia del confinamiento en el alma de los delincuentes, creo como Basaglia que *"quien atraviesa la puerta de la cárcel, de la penitenciaría, del manicomio, del manicomio criminal, entra en un mundo donde todo actúa prácticamente para destruirlo, aun cuando esté formalmente proyectado para salvarlo"*³².

pasa por alto lo que esta búsqueda nostálgica del absoluto supone (Couchot, 1988, pág. 87)." Alejandro Piscitelli, id.

³¹ Muchas normas suelen promulgarse en la cresta de un oleaje de "inflación legislativa". Carentes de una historia social que les preceda y sin nexos culturales con la comunidad o nación destinatarias, estas "leyes" o "decretos" constituyen testimonios elocuentes del abismo entre el texto de la norma y su implementación (implementation gap).

³² Franco Basaglia et al, obra citada, supra nota 24, p. 85

LA PROHIBICIÓN ES EL CRIMEN

“La cruzada contra las drogas ha tenido y tiene el mismo efecto que la cruzada contra las brujas: exacerbar hasta extremos inauditos un supuesto mal, justificando el sádico exterminio y el expolio de innumerables personas, así como el enriquecimiento de inquisidores corruptos y un próspero mercado negro de lo prohibido, que en el siglo XVI era de ungüentos brujeriles y hoy es de heroína o cocaína.”

Antonio Escohotado

OCASO DE LAS DERECHAS Y CREPÚSCULO DE LAS IZQUIERDAS

Desde mediados de la década de los cincuenta se venía anunciando el fin de la era de la ideología – extendida a todo lo largo del siglo XIX hasta la primera mitad del XX -..Daniel Bell publicó en 1960 *El Fin de las Ideologías*¹ y por esa misma época Raymond Aron redujo a caricatura la oposición entre la izquierda y la derecha francesas diciendo que su ubicación en lados opuestos del parlamento, de donde cada fracción había tomado su denominador ideológico, era la causa de sus diferencias. Sentada o no al lado derecho del parlamento francés, a nuestros ojos la derecha era un nombre para representar los privilegios del viejo régimen, la reacción contra los valores democráticos de la revolución política, la aversión a todo aquello que llevase la impronta del interés colectivo, el desprecio por las minorías y el horror a las diferencias. Legatarias de la barbarie inquisitorial, las fuerzas reaccionarias de derecha llegaron hasta los excesos inexpiables de Auschwitz y, cuarenta años después de la anunciada muerte de las ideologías, persisten en su encono xenofóbico contra los inmigrantes, mantienen ejércitos de mercenarios paramilitares perpetrando genocidios² y orquestan el ecocidio más siniestro destruyendo una extensión de la selva amazónica equivalente a cuatro veces el tamaño de Portugal³.

La verdad es que la devastación de la selva amazónica superviviente en el Brasil es liderada por fuerzas ‘progresistas’ que no cesan en sus propósitos de ‘desarrollar’ la jungla, *“la cual no puede convertirse en un santuario intocable”* según advierte el gobierno brasilero, al que no le basta la destrucción realizada hasta la fecha con autopistas, grandes represas y ampliación de la frontera agropecuaria. En cuanto a destrucción ambiental se refiere, izquierda y derecha han marchado cabeza a cabeza en la carrera de imbecilidad progresista, que por un momento parecía ganar la izquierda cuando tomó la delantera durante su hegemonía en el régimen burocrático de la antigua Unión Soviética y los países de su órbita. Las semejanzas entre capitalismo y los extintos regímenes comunistas son mayores que sus diferencias: Ambos idolatran el crecimiento industrial, la expansión de los medios de producción y la intervención tecnológica sin cortapisas, al tiempo que promueven una mentalidad consumista como el mejor medio de satisfacer las necesidades de la gente. Partiendo de un estrecho racionalismo científico, ambos insisten en que el planeta está ahí para ser conquistado, que lo grande es evidentemente bello, y que lo que no se puede medir no tiene importancia, mientras se apoyan en una centralización y un control y coordinación burocráticos a gran escala⁴.

¹ Raymond Aron, Martin Lipset, Edward Shils y Daniel Bell, entre otros, describieron los cincuenta como una década caracterizada por el fin de las ideologías

² Aludo a los escuadrones de paramilitares financiados por los terratenientes en Colombia.

³ Me refiero al proyecto que en breve será presentado por el gobierno del Brasil para su aprobación al Congreso, en virtud del cual pretende reducir el área de la selva amazónica al 50% del territorio que abarca actualmente, so pretexto de aprovechar el área deforestada para la agricultura y la ganadería.

⁴ J. Porritt, **Seeing Green**, Oxford, Blackwell, 1984.

Tres décadas atrás el pensamiento ecológico era vapuleado con idéntica saña por la izquierda y la derecha. Los zurdos neardenthalenses no podían menos que colmar de anatemas al ideario ambiental⁵, mientras la derecha, habiendo olfateado desde un principio la amenaza que para el *statu quo* entrañaban estas nuevas ideas, no dudo en condenarlas como “terrorismo ecológico” contra la odisea del desarrollo. Este o semejantes estigmas fueron acuñados no solo hace treinta años por ultraderechistas recalcitrantes, industriales contaminadores o políticos corruptos, sino por 264 científicos, incluyendo 52 premios Nobel, en la década pasada, quienes suscribieron el *Llamamiento de Heidelberg* con motivo de la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro en 1992, denunciando a la ecología como “*una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial*”

No es difícil imaginar los aprietos conceptuales que debieron sortear estos científicos para descartar las tragedias provocadas por accidentes ambientales tan graves como los de Three Miles Island (200.000 personas evacuadas), de Seveso, (37.000 personas contaminadas), de Bhopal (2.800 muertos, 20.000 heridos), de Chernobil (300 muertos, 50.000 irradiados), de Guadalajara (200 muertos, 20.000 sin casa); o bien para no tener en cuenta los millones de hectáreas de bosques destruidos, ni la erosión genética, ni las miles de especies perdidas para siempre, ni los océanos de hidrocarburos derramados en los cientos de accidentes marítimos, ni otros océanos quemados que envenenan la atmósfera, nuestra sangre y la tierra entera. Quienes suscribieron el *Llamamiento de Heilderberg* debían ser partícipes de la carismática comunidad científica, distinguida por su universalismo y desinterés ideológico, que describió Daniel Bell en su *Sociedad Postindustrial* (1973), donde finalmente reinarían la información y el conocimiento bajo la creciente influencia de élites formadas en la <nueva tecnología intelectual> para la toma de decisiones. Una sociedad jerárquica, alérgica al colectivismo y a la democracia participativa, dirigida por un Estado centralizado, con la preeminencia de la susodicha comunidad científica. Me temo que esta sociedad exenta de ideología apuntaba a la sociedad de pensamiento único, *el pensamiento cero*, como le llama Saramago, que atraganta por igual a políticos de izquierda y derecha con embuchados de mercadotecnia, mundialización, librecambio sin fronteras, competitividad, privatización e indiferencia ante los impactos ambientales. Este catecismo del pensamiento cero se repite sin cesar en todas las latitudes, por todos los medios, precipitando un nuevo oscurantismo fuera de cuyos dogmas no hay salvación, especialmente económica. Salvación del capitalismo y de las rentas del capital, por supuesto, en detrimento de los millones de excluidos y desempleados de todo el planeta. “*Hasta podría llegarse a considerar, dice Ignacio Ramonet⁶, que los 20 millones de parados europeos, el desastre urbano, la precarización general, los suburbios en llamas, el saqueo ecológico, el retorno de los racismos y la oleada de excluidos son simples espejismos, alucinaciones culpables, fuertemente*

⁵ En el mejor de los casos le llamaban <típica expresión pequeño-burguesa para confundir a las masas>, o bien <estratagema imperialista de la CIA para desviar a las masas de su camino hacia la toma del poder>.

⁶ Ignacio Ramonet, **Un Mundo sin Rumbo**, Editorial Debate, Madrid, 1997, p. 112, 113.

discordantes en el mejor de los mundos que edifica, para nuestras conciencias anestesiadas, el pensamiento único.”

La indiferencia llegó después. Primero vino una gran sopa ecléctica servida a manteles para exorcizar reservas morales y aliviar viejos sentimientos de culpa, que tomaron a diestra y siniestra, con más apetito los comensales de la izquierda, quienes llegando al postre habían expelido sus sueños de cambiar el mundo para soñar de nuevo como es debido en cambiar de carro, de vecindario y de pareja. Los comensales de la derecha, en buena parte anfitriones de la velada, con unas cuantas cucharadas tuvieron para sentirse a gusto y no teniendo nada que expeler pasaron directamente a declarar subsumida toda diferencia, procediendo de plano al nuevo alindamiento de los poderes. Después siguieron los brindis por el futuro de la sociedad única del pensamiento cero que al compás del ‘desarrollo sostenible’ traería mayores beneficios para todos. En esta como en anteriores oportunidades ‘todos’ quería decir ‘todos los comensales’ y en modo alguno el resto. Quedaban por fuera los excluidos de siempre, los millones de desempleados, los otros millones que disfrazan su desempleo con coimas, prostitución y delincuencia callejera, los refugiados de todas las latitudes, los desesperados de todos los continentes que sueñan con sobrevivir lavando pisos y retretes en Europa y Estados Unidos, los otros desesperados que se quedaron porque se hicieron viejos soñando que algún día abandonarían su miseria, también los artistas del hambre y muchos poetas. Estaba claro que este nuevo alindamiento era por sobre todo un asunto de dinero, un negocio para establecer las reglas del mercado global, respecto a cuya ubicuidad no hubo diferencias, como queda dicho. También se dijo que los costos ambientales de la globalización no venían al caso muy a pesar de los sombríos pronósticos del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático y de los estudios no menos alarmantes sobre la impronta ecológica de los grandes centros urbanos. No habiendo lugar en la sociedad única del capitalismo mundial para diferencias ideológicas, las diferencias serían solamente económicas para hacer a los ricos cada vez más ricos y a los pobres cada vez más pobres y numerosos⁷.

Tan pronto declararon agotadas las utopías sociales ante el estruendoso colapso del socialismo burocrático, los comensales del pensamiento cero, que no tenían en mente romper con los esquemas maniqueos, ni menos aun dar paso a medias tintas con los enemigos malos, se dieron a la tarea de rescatar a la moral del caos en que la había postrado el descubrimiento del inconsciente, acontecimiento advertido pero no reprimido a tiempo que derrumbó la frontera impuesta entre las pulsiones ciegas del deseo y la razón, como también la omnipotencia de esta última.. Teniendo a buena parte de los excomunistas como nuevos socios del capitalismo y habiendo coronado el fin de las luchas ideológicas con la conquista de la Plaza Roja de Moscú por Mc Donald y

⁷ Al presentar un balance sobre el panorama económico de América Latina y el Caribe en su libro *Una Década de Luces y Sombras*, la Comisión Económica para América Latina, **CEPAL**, señaló que el número de pobres aumentó en 20 millones durante la década de los noventa, que hoy son 224 millones. Para reducir a la mitad los actuales niveles de pobreza en la región se necesitarían más de 25 años, al ritmo actual de las economías. *El Tiempo*, Bogotá, Colombia, 02-20-01.

CocaCola, estaban abocados a prefigurar en el corto plazo una representación contemporánea del mal para llenar el vacío dejado por la desbandada comunista. Una figura del mal era esencial tanto para devolverle a la moral su firmeza y trascendencia en los asuntos humanos, como para asegurar la buena marcha de la política internacional y de los negocios. La falta de un enemigo malo podía ser fatal para la justicia criminal, las fuerzas especiales de la policía, el FBI, el sistema financiero, la industria de armamentos, los estrategas militares, los predicadores y, en particular, para la industria cinematográfica que habría sucumbido sin un enemigo malo bien definido contra quien dirigir toda la furia de sus héroes de celuloide.

Los primeros malos que recuerdo fueron los indios de Norteamérica, aniquilados por colonos blancos, rubios y apuestos al comando de John Wayne, héroe de los *Westerns* que veíamos cada domingo en matinée. Entonces no sabíamos que esa tramoya peliculera aludía al etnocidio de que habían sido víctimas los pueblos indígenas, despojados a sangre y fuego de sus territorios ancestrales por colonizadores puritanos. De segundos vinieron los japoneses que realmente lucían muy malos, a pesar de ser bajitos y enjutos. Afortunadamente siempre eran vencidos por nuestros héroes rubios bajo las órdenes de Gary Cooper, Burt Lancaster o Robert Mitchum, quienes después comenzaron a enamorarse de lindas japonesitas que todavía siguen esperando su regreso. De todos los malos los alemanes fueron los peores porque también eran blancos, altos, bien armados y estaban aliados con los japoneses. Mi idea de los valores morales sufrió una fuerte sacudida viendo una película - quizás leyendo un libro - sobre *Venusdorf*, el campo de amor donde los nazis más corajudos encontraban el reposo del guerrero en brazos de las más bellas mujeres de la raza aria. Que los malos recibieran semejante gratificación, que la maldad fuese recompensada, resultaba inaceptable para mi inocencia – entonces no había leído a Bernard Shaw ni tampoco *Justine* del Marqués de Sade –. Después vinieron los comunistas, unos malos que ya estaban en la radio antes de llegar al cine, humillados en cada entrega radiofónica por el invencible *Capitán Ojo de Águila*, adalid de la libertad y la democracia no visto sino imaginado por la fiereza de sus acciones y su vozarrón de machote. Los comunistas eran gordos y no parecían tan malos porque en lugar de matar se la pasaban espionando para robarse mapas e inventos militares de la ciencia occidental que siempre recuperaba James Bond, el agente 007 con licencia para matar, de quien recibieron las últimas palizas antes de aparecer en escena Gorbachov compartiendo roles estelares junto a Ronald Reagan.

QUE MALOS TAN BUENOS

A finales de los setenta los malos salieron de las películas para andar sueltos por las calles de mi ciudad, solo que esta vez no lo hicieron a caballo sino en flamantes camperos y ostentosas camionetas, - *narcotoyotas* les llamaba la gente -. Como tantos otros sucesos no percibidos que estaban cambiando nuestras vidas, el narcotráfico venía generando desde tiempo atrás dinámicas económicas y sociales sin precedentes en la historia de nuestra

ciudad, con montones de dinero “sucio” rodando en los negocios, pagando mejor que nunca servicios profesionales e invirtiendo a manos llenas en toda clase de industrias. Era una época de vacas gordas para abogados, arquitectos, artistas, especialmente pintores - porque los capos compraban cuadros por metros -, decoradores, por supuesto, peluqueros, modistas y políticos. A esta lista, incompleta por cierto, de oficios favorecidos, es preciso sumar los incontables puestos de trabajo creados por el narcotráfico para testaferros, sicarios, matones, aviadores, expendedores, “cocineros”, “campaneros” y “lavaperros”⁸, amén de químicos, biólogos y otros investigadores aplicados a la invención de sistemas para camuflar los cargamentos en bananos, madera o flores, despistar a los perros policías y lavar las utilidades. A los cuales se sumaron nuevas plazas en el aparato judicial y nuevos efectivos para la policía, siempre insuficientes, más los expertos en control de lavado de activos y legiones de informantes. Nunca un solo negocio había redituado tanto, ni dado tanto trabajo a tanta gente.

Cada capo era un rey Midas, a quien todos querían conocer para ofrecerle sus servicios, presentarle un proyecto o plantearle algún negocio. Porque, según se decía, los grandes capos eran “muy buenos”, verdaderos “señores” a carta cabal. La bondad de estos tipos malos nunca estuvo en duda, ni siquiera en los peores momentos. Cuando empezaron a presentarse episodios que ponían al desnudo la emergente subcultura de la violencia impuesta por la mafia, verbigracia, el asesinato a plena luz del día del desprevenido conductor que al bajarse de su automóvil para dar o pedir una explicación, había sido acribillado a balazos sin mediar palabra, para “que aprendiera a respetar”, o del temerario que en algún centro nocturno intentó oponer resistencia al requerimiento de ceder su mujer, su hermana o su novia al “patrón que quiere bailar con ella”, la gente nunca atribuyó los crímenes a los grandes capos, sino a segundones o “traquetos”⁹ vulgares. Nunca los señores de Cali – léase Rodríguez Orejuela -, quienes eran “muy buenos y decentes”, porque no perpetraban atentados terroristas, ni pretendían figurar en política, ni menos aún querían usurpar su lugar a los políticos, como lo había hecho Pablo Escobar. Sus métodos eran más eficientes, menos ruidosos. Sin mucha alharaca habían asegurado el control casi absoluto, no solo de la ciudad, sino del país, en particular del país político. Todo el mundo sabía que buena parte de la policía trabajaba para ellos, que sus legiones de abogados manipulaban con destreza al aparato judicial, que controlaban medios de comunicación, que su dinero circulaba en los bancos y cooperativas, algunos de los cuales habían comprado, que lavaban montones de dinero en la industria de la construcción y la inversión en bienes raíces, gracias a ellos en su mejor momento con precios a la par de New York, Paris o Ámsterdam, y, en fin, que los políticos se derretían por contarse entre sus amigos y recibir su apoyo en las campañas electorales. Todos lo sabían y todos lo callaban, aunque en todas partes solo se hablase sobre las hazañas de estos nuevos héroes del capitalismo salvaje. Mi ciudad parecía estar

⁸ Nombres dados en el argot delictivo a quienes tenían a su cargo la preparación de la cocaína, la vigilancia y los trabajos menores, respectivamente.

⁹ Apelativo despectivo para referirse a narcotraficantes sin categoría.

dispuesta a sacrificar el valor social de la confianza debida, la buena fe y el esfuerzo personal por montones de dinero, que, a la postre, los mafiosos y sus áulicos guardaban en sus bolsillos, permitiendo de paso a la corrupción convertirse en estilo de vida y al crimen erigirse en la suprema ley sobre las ruinas de la convivencia cotidiana, vilipendiando la dignidad y el respeto a la vida humana.

Si la justicia se quebranta, como piensa Walzer¹⁰, cuando el poder de una esfera de la actividad humana avasalla otra u otras esferas anulando su autonomía relativa, entonces el ilimitado poder del dinero había postrado a mi ciudad en la más abyecta injusticia. También a mi país. Es cierto que siempre fue improbable, casi iluso, trazar límites al poder del dinero. Quizás nunca los toleró, al menos en la edad moderna, desde que los banqueros Fugger tuvieron bajo su puño a las grandes monarquías europeas. El poder del dinero, semejante aquí y allá, se ejerce en todas partes con mayor o menor violencia, dependiendo de su grado de maduración e imbricación en el tejido social. La diferencia con el poder de los narcotraficantes no estaba solo en el salvajismo de sus batallas por movilidad social para acceder a los privilegios de las clases altas, sino en el cinismo descarnado con que invadieron todas las esferas, dando al traste con las normas del reconocimiento intelectual, el trabajo individual, la responsabilidad cívica y el liderazgo ganado en franca lid, y también, por supuesto, con los patrones tradicionales de clasificación elitista y jerarquizaron social. Desde estrados judiciales, pasando por equipos de fútbol, profesiones liberales y partidos políticos, hasta centros de estudio y universidades¹¹, todos los espacios sociales fueron malogrados por su dinero, sometidos a la lógica monoteísta de su poder, demostrando así, una vez más, que el becerro de oro jamás había abandonado su sitio en el vulnerable corazón humano.

El narcotráfico no estaba mancillando una sociedad de recios principios distinguida por su respeto de la justicia en las esferas del mérito intelectual basado en la voluntad, la inteligencia o la creatividad personales, del liderazgo fundado en atributos, del reconocimiento social por virtudes cívicas. Los narcotraficantes no fueron los primeros en quebrantar las reglas de la justicia usurpando los espacios de otras esferas con el poder de su dinero, ni inauguraron en el país la corrupción, el clientelismo, el tráfico de influencias y las genuflexiones ante el dinero de los poderosos que hicieron ricos y famosos a los más invertebrados. Por el contrario, el tráfico de influencias siempre había sido indispensable para conseguir la atención de cualquier asunto, por grande o insignificante que fuera. Si alguien quería conseguir un empleo, un cupo en una escuela, o una línea telefónica, primero que todo debía tener a mano la recomendación y “palanca” de un político, so pena de

¹⁰ Michael Walzer, **Las Esferas de la Justicia**, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 23.

¹¹ En el curso del famoso proceso 8.000, adelantado por enriquecimiento ilícito y otros delitos conexos en contra de muchos parlamentarios, políticos, alcaldes y gobernadores, entre otros, también fue vinculado al proceso con auto de detención y llamamiento a juicio el rector de una de las universidades tradicionales de Cali, donde colaborando, al parecer, con los grandes capos por más de una década, había establecido un verdadero enclave “intelectual” de la mafia.

exponerse a cínicas dilaciones una y otra vez hasta hacerle comprender que la prestación de servicios públicos no era un asunto de derechos ciudadanos, sino un botín reservado a los políticos de turno para que dispensaran prebendas a discreción. En un terreno abonado por resabios premodernos, el narcotráfico no hizo nada distinto que reforzarlos.

Los colombianos no habíamos experimentado en varias generaciones un proceso semejante de acumulación de riqueza, tan acelerado, tan sanguinario. Teníamos noticia de la violencia - no menos cruenta - que había sacudido al país, especialmente al eje cafetero, cuando los altos precios del café colombiano en los mercados externos contribuyeron a empollar atrocidades contra los campesinos de la región para despojarles de sus tierras. También es cierto que el tejido social estuvo congelado por varias generaciones configurando un país de castas reacio al más leve cambio en las relaciones de poder, con sus canales de movilidad social taponados por la soberbia de los poderosos, tan atrincherados en sus privilegios excluyendo pobres y disidentes. Al darle poder a los de abajo, a personas de la base social, el dinero del narcotráfico destapó abruptamente los canales de la movilidad social, precipitando una revolución social *sui generis*, no fundada en ideologías justicialistas sino exclusivamente en el poder del dinero. Cuando zambos, mulatos y otros pobretones llegaron para quedarse en los barrios más exclusivos haciendo estruendo con mariachis y metrallas, la “gente bien” no tuvo más remedio que tragar grueso y unirse en grupos de oración para rogarle al Señor de los Milagros, en Buga, que les hiciera el milagrito y “sacara toda esa gentuza.” Muchos vieron derrumbarse su fe cuando descubrieron en Buga a sus nuevos vecinos, también pidiéndole al Señor de Los Milagros que les hiciera el milagrote protegiendo de una caída su último embarque. La “gentuza endiosada por el dinero” había sacudido con furia el rígido cuerpo de relaciones sociales congeladas. Nada igual se había visto en Cali desde los años de la fiesta liberal. Con la diferencia de que en ese episodio el pueblo no llegó para quedarse, sino para hacer una revuelta y después largarse.

Con el delito erigido en vía privilegiada para generar riqueza, y por ende, poder social, colgábamos como nunca del relativismo moral, a merced de valores tambaleantes.. La justicia estaba en el limbo, avasallada por la ley del más fuerte que había regresado con nuevos bríos para reinar sobre todo el cuerpo social, sometiendo a su violencia sin límites no solo las mismas operaciones del narcotráfico sino todas las relaciones sociales y, en consecuencia, el tratamiento de conflictos. Cansados de hacer venias a la puerta de los despachos judiciales, quienes demandaban justicia habían decidido abandonar los tribunales, dejándoles a su suerte de coleccionables de la iconografía republicana, abrumados como siempre por enormes pilas de procesos sin resolver. En lugar de prolongar la espera por providencias judiciales que nunca llegaban, optaron por los métodos rápidos y efectivos de la justicia privada para hacer cumplir obligaciones civiles o dirimir conflictos de toda especie, cambiando los servicios de abogados y oficinas de cobranzas por las vías de hecho contra el deudor moroso, a quien se amenazaba con ponerle en manos

de sicarios¹². Es cierto que el narcotráfico no fue el único responsable por la bancarrota de la justicia ordinaria, desprestigiada desde siempre, interpretada por las mayorías analfabetas como un asunto de élites letradas, exiliada en una franja fronteriza donde el Derecho se reconoce como ley, pero también como poder para burlar la ley y hacer prevalecer las injusticias. En el imaginario popular la justicia ha sido durante mucho tiempo un asunto de Dios o de la vindicta personal, no del Derecho. Resabios premodernos habían contagiado nuestros sistemas jurídicos desde los inicios de la vida republicana favoreciendo una representación del Derecho como negocio del poder y sus intermediarios¹³. Con la ley del más fuerte haciendo de las suyas sin rodeos, sin esguinces leguleyos, mostrando con cínica transparencia su poder, la tramoya judicial se vino abajo y con ella también cayeron sus oropeles, su utilería desvencijada, sus tortuosas ritualidades, tan viejas en el oficio de enredar la justicia.

Después llegó la escalada terrorista porque los capos no transigían - Pablo Escobar, especialmente, - con la extradición exigida sin ambages desde Washington, donde estaba en entredicho la capacidad de la justicia colombiana para eliminar judicialmente a los narcotraficantes. La verdad es que los gringos no querían otra cosa que exhibir su poder de tipos buenos cerrando todas las vías de escape para atrapar a los capos - merced a la *extraterritorialidad indisputable de la ley norteamericana* - y darles el golpe de gracia en sus cortes y prisiones. Las atrocidades terroristas sumieron al país en la zozobra y el pánico, cobraron miles de víctimas completamente ajenas a esa guerra y arruinaron la vida a miles de colombianos. El terrorismo retrocedió con la entrega de Pablo Escobar y su detención en la *Catedral* - un búnker financiado y construido por él -, de donde decidió fugarse para seguir huyendo hasta que fue abaleado en una acción combinada de las fuerzas especiales de la policía, la DEA y los "Pepes"¹⁴. Lo que siguió es historia reciente. Al perder las elecciones en 1994 Andrés Pastrana reveló la existencia de unas grabaciones de las cuales podía inferirse que los señores de Cali habían contribuido con exorbitantes sumas a la campaña del presidente Ernesto Samper. Bajo la presión de Washington se inició una investigación que puso en prisión a los directores de la campaña Samper, así como a un buen número de parlamentarios, gobernadores, alcaldes, funcionarios y políticos, haciendo público lo que ya era *vox populi*: la militancia de parlamentarios y funcionarios de alto rango en las filas del narcotráfico. Alegando que "todo se había hecho a sus espaldas", el presidente Samper se salvó, contra toda evidencia en su contra, de ser destituido por el Congreso de la República, gracias a la complicidad y apoyo irrestricto de sus copartidarios.

¹² Usualmente se amenazaba al deudor moroso con "los de la moto", haciendo alusión a los sicarios que perpetraban asesinados movilizándose en motocicletas.

¹³ José M. Borrero Navia, *Derecho Ambiental y Cultura Legal en América Latina*, en *Memorias del Coloquio sobre la Construcción de los Nuevos Derechos Ambientales, Culturales y Colectivos en las Américas*, PNUMA, UNAM, México, 2001.

¹⁴ Perseguidos de Pablo Escobar, "Pepes", se auto-denominaron los enemigos del capo que colaboraron con la policía y la DEA en su captura.

Este episodio de la guerra contra el narcotráfico concluyó felizmente con el triunfo de los tipos buenos y la derrota de los malos: los hermanos Rodríguez terminaron en prisión, Pepe Santacruz y Pacho Herrera asesinados, sus organizaciones desmanteladas y sus testaferros identificados y enjuiciados. Como era de prever los hechos trastocaron la moraleja porque tras la victoria de los buenos aumentó la producción de cocaína y heroína en Colombia, más bosques y ecosistemas frágiles se han devastado para sembrar coca y amapola¹⁵, la cocaína es ahora mejor y más barata que nunca en las calles de New York o Chicago, el negocio del narcotráfico va viento en popa y los colombianos seguimos siendo los apestados del planeta. En aras de esta guerra hemos inmolado a miles de ciudadanos, jueces, periodistas, magistrados, líderes políticos, candidatos presidenciales, ministros, procuradores; arruinado nuestro excepcional patrimonio ambiental con talas y biocidas; y en fin, hemos visto al crimen coronarse de éxito en la política, los negocios, las relaciones sociales y la mentalidad colectiva. A pesar de toda nuestra tragedia, de todo nuestro dolor, continuamos siendo parias, despreciados en las fronteras internacionales y humillados dentro de las nuestras; sufrimos condiciones cada vez más graves de injusticia social, desigualdad de oportunidades, inseguridad, desempleo¹⁶, además de conflictos armados. Dos millones de desplazados por la violencia buscan refugio en campos y ciudades mientras una gran mayoría de nuestros conciudadanos no puede ir más allá de los límites que traza diariamente la confusión y el miedo.

Nuestro drama, aunque excepcionalmente doloroso, no es único en el mundo contemporáneo. Los conflictos armados y las guerras intestinas abruman la vida de las gentes en muchos países. Asaltos, masacres, secuestros masivos, voladuras de puentes u oleoductos y otros abominables actos de violencia son perpetrados cada día por bandas ilegales o cuerpos armados contra inermes ciudadanos, mujeres y niños en otras latitudes de la tierra¹⁷. Hay, sin embargo, un sesgo único en nuestra tragedia: ha sido provocada por la banda de inquisidores que decidió prohibir el consumo de sustancias psicoactivas, secundados por legiones de fanáticos y matones en su cruzada prohibicionista. Es verdad que llevamos siglos siendo lacerados por

¹⁵ En reciente declaración surtida ante el Comité Ambiental del Congreso Colombiano, Juan Mayr, Ministro de Medioambiente, afirmó que una parte significativa de la deforestación en Colombia se debe al narcotráfico: "Desde el inicio del narcotráfico en Colombia, un millón de hectáreas de bosques nativos y selvas vírgenes han sido cortadas. El 30% de estas cortas están directamente relacionadas con los cultivos ilegales." Mayr también reveló que el pasado año, 1.400.000 colombianos se vieron afectados por corrimientos de tierras en zonas en donde la vegetación fue eliminada de raíz por campesinos contratados por los narcotraficantes. www.ayaba.es, marzo 29, 2001.

¹⁶ Colombia no solo presenta la tasa de desempleo más alta de América Latina sino una de las peores del mundo, dijo el Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL. José Antonio Ocampo, al presentar el balance económico y social de los últimos 10 años en la región. "Ningún otro país en el hemisferio alcanza las tasas de desocupación que se presentan en Colombia", sostuvo Ocampo. La tasa de desempleo supera el 20% y las propuestas del gobierno para disminuirla agravan las precarias condiciones de los trabajadores. EL número de desempleados en las siete principales ciudades asciende a 1'461.000. **El Tiempo**, Bogotá, Colombia, febrero 20, 2001.

¹⁷ Me refiero a los conflictos en Argelia, Angola, Senegal, Burundi, Congo-Brazzavile, Liberia, Guinea-Bissau, Rwanda, La República Democrática del Congo (antes Zaire), Sierra Leona, Somalia, Sudán, Líbano, Turquía, México, Perú, Afganistán, India, Sri Lanka, Burma, Cambodia, Las Filipinas, Indonesia, Timor Occidental, Papua Nueva Guinea, Macedonia, Tajikistan, y Chechenia.

atrocidades enraizadas en los odios y resentimientos que engendra la exclusión social. En una misma galería de iniquidades exhibimos las pústulas del bandidaje y la ingobernabilidad que capitanean corruptos e ignaros ungidos con poderes públicos; la ignominia de intolerables islas del privilegio erguidas entre océanos de miseria; la infamia de los atropellos cometidos cada día contra la dignidad humana; el aborrecible servilismo ante los poderosos y los ricos, que a la postre son el mismo maridaje del poder que quita y pone a los corruptos e ignaros de turno; y, en fin, la ingrátida indiferencia para calmar el terror y aliviar un poco la vergüenza. Todo ello es cierto. No es menos cierto que todas estas calamidades han sido exacerbadas por la prohibición vertiendo sus crímenes en los flujos de corrupción, clientelismo, inequidad, exclusión, intolerancia y abuso de poder preexistentes.

La prohibición es el crimen: un cepo que aprieta donde más duele; un bestiario que mata sin compasión a diestra y siniestra, que arrasa bosques y páramos, que marchita todas las flores, inclusive las de la esperanza; un engendro impío que clausura los atajos misteriosos del entendimiento y que pone en la jeta de perros rabiosos colgajos del corazón humano. Este bestiario, este engendro impío ha envilecido al país exuberante, biodiverso por excelencia y multicultural que es Colombia; ha maltrecho nuestras vidas con sevicia. Los cómplices criollos que servilmente lamen el trasero de este engendro han hecho trizas nuestra dignidad nacional. Solo nos resta seguir bregando cada día contra la adversidad para salvar los retazos de dignidad que nos dejaron los serviles, trazando un mapa de tolerancia que nos ayude a alcanzar el sentido de la justicia.

EL DERECHO SOBERANO A DISPONER DE SÍ MISMO

Consumir o no sustancias psicoactivas es una decisión que debe dejarse a la libre elección personal. Todo ser humano es soberano para disponer de sí mismo y de su cuerpo como lo crea más ajustado a la lógica de sus deseos, valores o creencias. Este es el verdadero sentido de la libertad y no propiamente el derecho a votar por un candidato, por cierto, no tan “libremente” como lo proclaman los mentores de la democracia representativa. Aunque a menudo no tengamos en cuenta la connotación jurídica de nuestras decisiones cotidianas, diariamente ejercemos el derecho a disponer libremente de nuestro cuerpo cuando, por ejemplo, comemos alimentos con altos contenidos de grasas saturadas y glucosa o decidimos abstenernos de ellos, cuando hacemos ejercicio físico u optamos por el sedentarismo, cuando bebemos o no licores hasta intoxicarnos los viernes en la noche, cuando fumamos o preferimos no hacerlo. Elegimos algunas de estas opciones muchas veces a sabiendas de los daños¹⁸ que podemos causar a nuestro organismo, induciendo colestericemia, arteriosclerosis, infarto coronario, cirrosis, hipoglucemia, diabetes y otras

¹⁸ En acápites siguientes cito estadísticas sobre el número de muertes causadas directa o indirectamente por el consumo de alcohol y tabaco. Sabemos que el daño provocado por estas sustancias es infinitamente mayor al asociado al consumo de sustancias prohibidas como la marihuana, la cocaína y la heroína..

enfermedades, sin mencionar las disfunciones familiares, laborales o económicas y los altos costos para la salud pública y la sociedad en su conjunto. Sabemos que la ingesta de dietas con exceso de grasas saturadas y glucosa provoca mayores costos sociales que los eventualmente asociados al consumo de marihuana, cocaína o heroína. La ley, sin embargo, no dice nada al respecto porque la sociedad ha decidido asumir esos costos como lo viene haciendo con el alcohol y el tabaco. En algunas culturas operan restricciones religiosas al consumo de ciertos alimentos y en el mundo occidental, donde se pretende persuadir a las personas con información, muchas hacen caso omiso de la misma y prefieren continuar con dietas poco saludables porque, según declaran, “no quieren morir sanos.” No obstante, la ley no les obliga a abandonar las grasas saturadas ni les penaliza por comerlas. No tenemos noticia de iniciativas legislativas al respecto ni de una “guerra contra la grasa” iniciada por el gobierno de Estados Unidos para reducir su alto índice de enfermedades coronarias, quizás él más alto del mundo, inducido por la dieta de sus habitantes.

En el campo de los biocidas (herbicidas, pesticidas, funguicidas) la ley tampoco hace cuanto debiera. Son conocidos los efectos carcinogénicos y mutagénicos de las trazas de biocidas en la salud humana y los estragos que ocasionan a la biodiversidad, contaminando alimentos, aguas y suelos. Lejos de prohibir radicalmente su aplicación, la legislación propicia una política de control blando permitiendo que millones de seres humanos en todo el mundo consuman “libremente” alimentos contaminados con biocidas. La manufactura de estos venenos no está tipificada como delito, sus empresarios no están en la cárcel ni sus laboratorios han sido incendiados para escarmiento público. *Allí donde la ley debiera ser dura, paradójicamente es blanda. O llega tarde, cuando ya no hay remedio ni hace falta. Baudrillard piensa que el Derecho siempre llega tarde*¹⁹. Solo cuando los bienes maravillosos de la vida y la naturaleza han desaparecido o están a punto de extinguirse, el derecho aparece para sancionar su desaparición.

Occidente decidió - contra todo argumento racional - prohibir ciertas sustancias psicoactivas y entregar su control a la máquina penal, a sabiendas de que ésta siempre fracasa en sus propósitos declarados para disuadir a los delincuentes, rehabilitarlos, administrar "justicia" o proteger a los ciudadanos²⁰. Aunque tenga mejor suerte con sus propósitos no declarados para eliminar desviaciones y reprimir disidencias, en cualquier caso sus fracasos mantienen en movimiento a la parafernalia policivo-judicial-carcelaria e inspiran retóricas reformistas de cuando en cuando para alentar el círculo vicioso de más fracasos provocando nuevas reformas. Digamos que la prohibición celebra su fracaso con una orgía de calamidades que dan vida a la máquina penal..

¹⁹ Jean Baudrillard, *La Ilusión del Fin*, Anagrama, Barcelona, 1997, p. 123.

²⁰ Estrados judiciales y tribunales permanecen atiborrados por procesos sin resolver y expedientes envejecidos; las prisiones, que no rehabilitan a los infractores sentenciados ni previenen la comisión de nuevos crímenes, exceden sus límites físicos para albergar una población carcelaria sobreviviente en el hacinamiento y el terror; los organismos policivos se debaten entre la corrupción y la militarización.

Las sustancias psicoactivas siempre estuvieron entre nosotros, como dice Antonio Escohotado, siguen y van a continuar estándolo, porque no se descubrieron *“para hundir al ser humano, esclavizándole y mutilando su dotación orgánica, sino para ayudarlo a sobrellevar desafíos vitales, mejorando su autocontrol y, en definitiva, su libertad y su dignidad personal”*²¹. Algunas de ellas posiblemente favorecen formas de conocimiento no toleradas debido a su incidencia erosiva - no previsible ni sujeta a control – en el principio de realidad hegemónico. No es gratuito que la guerra contra las drogas adopte los procedimientos inquisitoriales de una auténtica “cacería de brujas”, porque quizás hoy como ayer se trata de perseguir conocimientos e interpretaciones reñidos con los paradigmas dominantes. Ayer, para excluir conocimientos herbolarios de las mujeres; hoy, para clausurar caminos inexplorados de la percepción.

Un oscuro engranaje de resentimientos y miedos terminó haciendo de estas sustancias la *configuración contemporánea del mal*. Miedo al placer, pavor sería más preciso, en una sociedad que reprime y dosifica el dolor, para lo cual le asiste una destreza singular, disponiendo a manos llenas de represión, carencias y sueños truncos; que no puede tolerar una invasión de placer autoinducido, tan lejano a los cánones del goce lícito, tan ajeno a las vías indicadas en el mapa oficial de la percepción y el conocimiento. Miedo a perder el control sobre millones de seres humanos que decidieron ejercer su derecho a disponer libremente de su cuerpo, declarando con su gesto que la prohibición de consumir sustancias psicoactivas es otro ardid de la barbarie para mantener confinado al espíritu humano en campos de concentración. ¿Porque, al final de cuentas, dónde está el mal de las sustancias psicoactivas? Que la droga sea la expresión contemporánea del mal, como bien dice Francisco Garrido Peña, le hace mala *“porque es mala, es decir porque así ha sido definida. Su maldad no es ontológica, ni moral (al menos en el sentido en que moralidad implica cierto grado de acuerdo, de diálogo, de alteridad reconocida) sino performativa. Al ser símbolo del mal, éste no le es ni ajeno ni exterior, ni causado ni concedido, ni infectado ni participado; le es de suyo «natural», le es inmanente. No requiere pues demostración, porque la droga es el fundamento de toda demostración del mal.”*

UN BUEN NEGOCIO

El negocio del narcotráfico surgió en Colombia en medio de la vorágine de sus conflictos sociales, con su economía al garete de intolerables desequilibrios en los términos del intercambio comercial, de incontrolables caídas en los precios de sus materias primas de exportación y de una creciente deuda externa. Colombia estaba abocada, como otros países de América Latina, a vender el triple de sus productos para conseguir una suma igual de divisas a la que obtenía por unidad veinte años atrás. La exportación de materias primas no

²¹ Antonio Escohotado, *Sobria Ebriedad*, **El País**, Madrid, España

generaba la plusvalía suficiente para cumplir con urgentes requerimientos de inversión social. El único excedente que se obtenía en el proceso productivo, a la postre usufructuado por los compradores en otros países, provenía de las sumas que ahorraban los productores pagando salarios injustos a los trabajadores colombianos. Ninguno de los productos tradicionales de exportación arrojaba utilidades en el comercio internacional - inclusive bajo esas condiciones de explotación del trabajo asalariado – en grado tal que asegurase una rápida y dinámica acumulación de capital. Excepcionalmente, las sustancias psicoactivas obtenidas de la flora americana, especialmente la cocaína, se convirtieron en los únicos productos en la historia latinoamericana – como alguna vez lo dijo Alan García - con capacidad para generar plusvalía en el comercio internacional, precipitando una vertiginosa acumulación de capital.

La cocaína es un producto tropical prohibido como en su momento lo fueron el café, el tabaco, inclusive los tomates, o el licor en otras latitudes. Un producto que la prohibición convirtió en un negocio millonario. El valor del comercio mundial de las drogas ilícitas se estima entre 200 y 400 mil millones de dólares equivalentes al 8 por ciento del comercio mundial. Los mafiosos operan este rentable negocio ilícito aprovechando, como lo hace cualquier negocio legítimo, la tecnología de punta y las oportunidades que ofrece la nueva economía. Son actores económicos eficientes que reducen costos y asignan recursos con precisión, para mejorar la productividad de los cultivos, hacer control de calidad, aumentar la pureza de las sustancias y reducir la cantidad de insumos químicos, incluyendo técnicas de reciclaje de solventes.

Las ganancias de este negocio son en buena parte para los narcotraficantes, de los cuales puede decirse que tienen todos los vicios del capitalismo pero ninguna de sus virtudes. Aunque su dinero se lava en negocios lícitos, en estricto sentido no existe apropiación social de las utilidades, que controlan exclusivamente los capos ufanándose de su mentalidad capitalista. A este respecto son elocuentes las palabras del extinto Pablo Escobar Gaviria *"que me acusen de ser narcotraficante, vaya y venga, pues estoy acostumbrado a que lo hagan y nada prueben. Pero que pretendan presentarme como socio de la guerrilla, eso si que no lo acepto, pues lesiona mi dignidad personal .. Yo soy un hombre de inversiones y por ello no puedo estar de acuerdo con las guerrillas que luchan contra la propiedad"*²². Los narcotraficantes operan en un imaginario plagado de ambiciones y fantasías de poder que les ubican, ideológicamente al menos, al lado de los grupos dominantes. Los grandes capos y sus segundones adquirieron 2.5 millones de hectáreas de las mejores tierras colombianas, invirtiendo cinco mil quinientos millones de dólares en propiedad raíz²³, solo en la década del ochenta. Convertidos en latifundistas los narcotraficantes se estimaban a sí mismos "pilares" del establecimiento y de su orden social y económico²⁴, porque más que propiedades estaban comprando influencia política y respetabilidad social. Aunque nunca tuvieron

²² *Revista Semana*, 2-7 abril, Bogotá, 1988

²³ *Prensa Colombiana*, No. 68, 11/88

²⁴ *New York Times*, 12/21/80

identidad política, tan pronto se transformaron en terratenientes vieron a los grupos campesinos como enemigos de sus intereses, muchos de los cuales masacraron durante sus operaciones de "limpieza" social en los campos del Magdalena Medio, el Meta, Antioquia y Córdoba. Los terratenientes tradicionales de estas zonas, fastidiados con las actividades de grupos de oposición, dieron una "cálida bienvenida" a los nuevos narcorrancheros celebrando con regocijo sus siniestras operaciones de "limpieza"²⁵.

LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS.

La "ofensiva total contra las drogas" declarada por Richard Nixon en 1971 adquirió las dimensiones de una "guerra" desde la administración Reagan-Bush, con una estrategia concentrada en la erradicación de cultivos en Latinoamérica; en el desmantelamiento de redes y laboratorios; y finalmente, en el aniquilamiento de los traficantes, física o judicialmente. Los gobiernos de Estados Unidos han comprometido inclusive a sus propias fuerzas militares en operaciones policivas²⁶ y conseguido la colaboración del Congreso y la Corte Suprema en una santa cruzada para proteger, según su retórica moralista, a los ciudadanos norteamericanos contra el crimen organizado y el "narcocomunismo".

La fumigación se inició con *paraquat* hacia finales del gobierno Turbay Ayala (1978-1982), generalizándose durante el gobierno Belisario Betancur (1982-1986) mediante la aplicación de *glifosato* para la marihuana y de *garlon-4* para la coca, que continuó en la administración de Virgilio Barco (1986-1990) El presidente Gaviria (1990-1994) reforzó la fumigación de marihuana y coca e inició la destrucción con glifosato de la amapola hasta que el país batió todas las marcas nacionales e internacionales en materia de erradicación química y manual de cultivos ilícitos durante el gobierno de Ernesto Samper (1994-1998), ensayando herbicidas más tóxicos como el *imazapyr* y el *tebuthiuron*. Sólo en 1998, Samper (hasta agosto) y Pastrana (1998-2002) fumigaron 66.083 hectáreas de coca y 2.931 hectáreas de amapola, y destruyeron de modo manual 3.126 hectáreas de coca, 181 hectáreas de amapola y 18 hectáreas de marihuana. El actual gobierno destruyó aproximadamente 90.000 hectáreas de coca entre 1999 y 2000. Finalmente, desde 2000 Washington ha venido presionando para que el gobierno de Colombia autorice una guerra de exterminio biológico con hongos del tipo *fusarium oxysporum* en la erradicación forzada de plantaciones²⁷.

²⁵ *New York Times*, 12/21/88

²⁶ Al testificar en 1988 ante el Congreso de los Estados Unidos el alcalde Koch dijo "quienes dicen defender las libertades civiles han agotado mi paciencia especialmente cuando denuncian presuntas medidas totalitarias." (*New York Times*, 6/10/88). El alcalde afirmó que si la Ley Posse Comitatus de 1878 al prohibir la intervención militar en asuntos penales y policivos con civiles, es un obstáculo para usar las fuerzas militares en la guerra contra las drogas, la Ley debe ser modificada o derogada. "La Ley Posse Comitatus no tiene el rango de garantía constitucional, es solamente una ley", puntualizó el alcalde Kock (*New York Times*, 6/10/88).

²⁷ Sobre el desenlace de estas presiones y los amenazas que persisten, véase Darío González Posso y Adriana Rodríguez Salazar, **COLOMBIA: CRÓNICA DE UN DEBATE NO CONCLUIDO CONTRA**

En cumplimiento del siniestro *Plan Colombia* aviones de los Estados Unidos han estado fumigando recientemente con herbicidas una extensión de más de 55.000 acres de plantaciones de coca, durante las primeras ocho semanas de un plan que pretende reducir a la mitad las operaciones de narcotráfico de cocaína para el año 2005. Las plantaciones de coca fumigadas en Putumayo con el herbicida glifosato desde el 12 de diciembre del 2000 representan una sexta parte de los 334.280 acres oficialmente estimados de Colombia; aunque otras estimaciones llegan hasta los 500.000 acres. Entretanto, los campesinos se lamentan porque la fumigación indiscriminada también acaba con sus cultivos de alimentos, como plátanos, maíz y yuca, amenazando con provocar una situación de hambruna general. Nadie escucha sus quejas, no solo respecto a la destrucción de sus cosechas sino sobre la falta de precios justos y mercados para sus productos²⁸.

Estados Unidos presiona por la aplicación de herbicidas que superen la capacidad de destrucción del glifosato, como el *Imazapyr*, *Hexaxinona* y *Tebuthiuron*, distinguidos por su alta persistencia en zonas de intensa precipitación pluvial. Estos herbicidas se aplican, legal o ilegalmente, contrariando normas técnicas de control que han sido establecidas para minimizar los riesgos contra la salud humana y el ambiente. El glifosato, por ejemplo, se fumiga desde alturas superiores a los diez metros prescritos, en dosis de 13,47 litros por hectárea sobrepasando la dosis mínima fijada de 2,5 litros por hectárea. En esta forma los biocidas alcanzan viviendas de campesinos, cultivos de pancoger – muchos de los cuales se han establecido en el marco de programas de sustitución de plantaciones de coca -, así como fuentes de agua, pastos y semovientes²⁹. Las fumigaciones también se practican sobre bosques andinos ubicados entre los 1.000. y los 4.000 msnm, donde se encuentran bosques de niebla y páramos invaluable, de tiempo atrás afectados por tala asociada a colonización y cultivos de amapola, ecosistemas que podrían padecer aun mayores impactos provocados por una guerra

PROYECTOS DE ARMAS BIOLÓGICAS. En defensa de los derechos humanos y la biodiversidad, 2001, www.mamacoca.com

²⁸ *Por que existe una gran hipocresía en el ámbito internacional. A América Latina se la obliga a sustituir cultivos ilícitos que son altamente rentables, sin darle acceso a los mercados para sus productos legales. El proteccionismo es cada vez mayor en los Estados Unidos y Europa. Los subsidios domésticos de Washington para sus productores agropecuarios han aumentando a \$ 28.000 millones anuales, y en el Viejo Continente han llegado a \$ 150.000 millones anuales.* Declaración del canciller de Argentina Rodríguez Giavarini, a su regreso de una visita oficial a Bolivia. **La Nación**, Exterior, 10-26-00, Buenos Aires.

²⁹ Un caso reciente es la fumigación aérea intensiva contra los cultivos de coca en el departamento de Putumayo. Según la Defensoría del Pueblo, se fumigaron incluso proyectos de Desarrollo Alternativo y de cooperación internacional y hasta cultivos lícitos de comunidades indígenas y campesinas que ya habían firmado “cartas de intención o de compromiso” para la erradicación manual voluntaria. La aspersión del herbicida ‘glifosato’ –señala el informe oficial- aumentó la deforestación del piedemonte amazónico, destruyó cultivos de alimentos y plantas medicinales, afectó estanques piscícolas, incrementó migraciones de animales silvestres, produjo daños sobre los cuerpos de agua, redujo la seguridad alimentaria, incrementó el costo de la vida y produjo desplazamiento forzoso de la población hacia otros departamentos y hacia el Ecuador.

biológica³⁰ contra las plantaciones de amapola. En donde se realizan operaciones conjuntas contra la guerrilla y antinarcóticos hay lugar a desplazamientos de la población civil que conducen a mayores traumatismos sociales, económicos y culturales tanto en las ciudades y zonas pobladas como en el campo donde buscan refugio los desplazados. En consecuencia, los daños a la población civil y los impactos ambientales han aumentado considerablemente.

El *Plan Colombia* acordado en septiembre 1999 entre los presidentes Clinton y Pastrana incrementará el enfrentamiento interno y aumentará las violaciones a los derechos humanos y al derecho humanitario. Las propuestas de este Plan reinciden en la misma estrategia de estrangulamiento económico y prohibicionismo³¹: más endeudamiento, más privatizaciones, más militarización, más lesiones contra el patrimonio ecológico de la mano de más erradicación forzosa de cultivos, más violaciones a los derechos humanos, más injerencia norteamericana, más conflictos en nombre de la paz, la prosperidad y el fortalecimiento del Estado³². Las medidas económicas propuestas se inscriben en el esquema de los ajustes estructurales que desde hace más de una década vienen sumiendo a los países de América Latina en una crisis económica sostenida y un conflicto social permanente. Gran parte de los recursos aprobados por el Congreso Norteamericano se destinarán a endurecer la *guerra contra las drogas* y contra todo aquello que, como la insurgencia guerrillera, Washington decida vincular al narcotráfico, metiendo en un mismo saco las expresiones extremas del conflicto social en Colombia y la actividad delictiva prohijada por la prohibición de las sustancias psicoactivas, haciendo cada vez más difícil la negociación con los grupos alzados en armas y más lejana la paz para los colombianos.

Otros países de América Latina también han sido arruinados por los efectos de la guerra prohibicionista. Bolivia está sumida en una devastadora crisis a consecuencia de las continuas operaciones para erradicar el 90 por ciento de las plantaciones de coca, con intervención directa de los Estados Unidos. Las protestas callejeras de unos 35.000 cocaleros bolivianos, a los que se sumaron otros gremios, han paralizado al país en varias oportunidades. El

³⁰ A este respecto se conoce la existencia del hongo *Pleospora Papaverácea* que con auspicios de Naciones Unidas (UNDCP), se ensaya en Uzbekistán a fin de extender su aplicación a otros sitios del mundo donde se produzca opio.

³¹ El Presidente de la *Comisión de Desarrollo y Cooperación de la Unión Europea*, Joaquim Miranda, ha condenado recientemente este Plan por su "carácter eminentemente militar". Y también "porque no ha sido el fruto de un proceso de concertación; - al contrario ha encontrado una oposición generalizada, dentro y fuera del país -; porque desconoce por completo el fenómeno del paramilitarismo; y por lo tanto porque es el proceso de negociación mismo que está poniendo en peligro. Además porque este plan, centrándose en la eliminación del cultivo y del tráfico de droga, a través de ataques a productores y especialmente por medio de fumigaciones químicas y biológicas, no sólo pone en peligro la rica diversidad biológica colombiana, sino que tenderá a acentuar el drama de los desplazados, que se verán obligados a refugiarse en países vecinos."

³² ODHACO *Oficina Internacional de Derechos Humanos Acción Colombia* Bruselas, febrero 2000

gobierno boliviano admite que han perdido unos \$ 700 millones en los últimos dos años en ingresos de exportaciones de coca³³.

LAS BATALLAS PERDIDAS

En 1987 el investigador S. Wisotsky³⁴ estimaba que 265.000 libras de cocaína eran introducidas anualmente a los Estados Unidos provenientes desde Sur América, augurando un número cada vez mayor de adictos o de personas probando cocaína y un mercado callejero en expansión con mayores cantidades de cocaína, cada vez más pura y más barata. Las previsiones de Wisotsky se cumplieron al pie de la letra. En 1981, el gramo de cocaína costaba 191 dólares con un grado de pureza del 40%, a cambio de 44 dólares y pureza del 70% en 1999. En 1981, el gramo de heroína tenía un costo de 1.200 con pureza del 5%, contra 318 dólares y pureza de 25% en 1999. En 2000 se vendieron en Estados Unidos más drogas, de mejor calidad y a menor precio. El republicano Tom Campbell dice³⁵ que habiendo gastado un cuarto de trillón de dólares desde 1980, la guerra contra las drogas es un fracaso: desde 1980 el número de muertes por sobredosis se incrementó en un 540%, el encarcelamiento por delitos relacionados con la droga aumentó diez veces³⁶, y la heroína de las calles ha cuadruplicado su pureza.

En términos de demanda, en 1980 los norteamericanos consumieron dos veces más cocaína per cápita que la consumida durante la época de mercado y consumo libre de drogas prevaleciente antes de la promulgación del Harrison Narcotics Act³⁷ en 1914 y actualmente hay casi 14 millones de consumidores. La tasa de crecimiento de los consumidores jóvenes de cocaína muestra un aumento alarmante desde 1997. Y el consumo de marihuana entre los jóvenes, que descendió a finales de los 80, se ha incrementado entre 1992-95.

Esta "batalla contra el crimen y la maldad" asociados al narcotráfico no es más que una truculenta caricatura de la película *Reefer Madness*³⁸. En lugar de

³³ **La Nación**, Exterior, Buenos Aires, octubre 26, 2000.

³⁴ Steven Wisotsky, *Introduction: In Search of a Breakthrough in the War on Drugs*, *Nova Law Review*, Vol II, p. 881-890, Spring 1987.

³⁵ Peter Preston, *Prohibition creates the link between drugs and crime*, **Guardian Weekly**, septiembre 14-20, 2000, p. 14.

³⁶ En 1990 el total de arrestos vinculados al consumo, venta, distribución, manufactura de sustancias ilícitas fue de 1.089.500, mientras que en 1996 creció a 1.128.647. En 1990, el total de prisioneros federales encarcelados por delitos relacionados con la droga fue de 53.5%, mientras en 1995 se elevó a 59.9%. Hoy EE.UU. tiene, en comparación con los países más industrializados del mundo, la mayor población de personas encarceladas por conductas asociadas con el consumo, venta, distribución y sustancias psicoactivas prohibidas.

³⁷ Steven Wisotsky, obra citada, supra nota 34.

prevenir o controlar el tráfico de sustancias psicoactivas no-licitas, o reducir las conductas asociadas al itinerario criminal de su cultivo, producción, tráfico y mercadeo, el balance de esta guerra muestra que mientras Colombia ha fumigado su territorio con sustancias nocivas para la salud de su población y su patrimonio ambiental, la demanda sigue en auge en Estados Unidos. No obstante las fabulosas sumas gastadas en controles policivos, paramilitares y judiciales, la producción va en aumento³⁹. Más operaciones de erradicación química serán más de lo mismo: violencia, crímenes, desarraigo cultural, depresión económica, desplazamientos, devastación ecológica, guerras intestinas y corrupción abrumando la vida de los colombianos, mientras las ganancias de las multinacionales del narcotráfico irán a engrosar los bolsos de mafiosos y testaferros, previo lavado, a pesar de todos los controles, en los sistemas financieros de Estados Unidos, El Caribe, Suiza, Brasil y Colombia, entre otros.

La prohibición penalizada de consumir sustancias psicoactivas es una matriz criminogénica de delitos e ilegalismos que en sí misma procrea una cultura criminal en torno al narcotráfico. La prohibición incrementa ené veces los costos económicos, culturales y humanos que eventualmente debería asumir la sociedad por el consumo de las sustancias prohibidas. Mas grave aún. El énfasis en la guerra prohibicionista desvía la atención de la política criminal hacia conductas que podrían ser manejadas con alternativas médicas o socializadoras, más que con penalización, mientras actividades realmente graves contra el patrimonio cultural, económico y ecológico de la sociedad – las violaciones de los derechos humanos, las actividades criminales de corporaciones, los crímenes contra el ambiente y los derechos ambientales – no son objeto de una estrategia coherente de control social.

“Estados Unidos están moralmente obligados a violar la Ley”

En el siglo XVII Bacon sugería a los ingleses que las guerras eran métodos "lucrativos y restaurativos" para asegurar la hegemonía política y la concentración de riqueza. Sin lugar a dudas Bacon estaba en lo cierto. La guerra contra las drogas ha sido un lucrativo instrumento para seguir "justificando" la intervención militar y política de los Estados Unidos en los asuntos internos de América Latina y El Caribe, un hábito inveterado de la política exterior norteamericana. El presidente Wilson envió a "Black Jack" Pershing a perseguir a Pancho Villa en México y a los Marines a bombardear Veracruz. Harding y Coolidge enviaron los Marines a Latinoamérica para

³⁸ *Locura de Marihuana*, una película moralista de los años treinta para intimidar potenciales fumadores de marihuana.

³⁹ La producción se ha duplicado a pesar de los 650.000 galones de glifosato aplicados en Colombia entre 1992 y 1998 porque los cultivadores se han desplazado hacia sitios escondidos, de la Amazonia principalmente, causando mayores daños ambientales con plantaciones e instalaciones de refinamiento. En 1981 Colombia tenía 25.000 hectáreas plantadas de marihuana y coca; 2001, según la CIA, hay 120.000 hectáreas cultivadas, sólo de coca. En 1990 la producción de heroína era insignificante; en 1996 el país ya producía 63 toneladas métricas, y hoy Colombia ha superado a México como principal abastecedor hemisférico de heroína. Mientras en 1998 la producción colombiana de cocaína fue de 435 toneladas métricas, en 1999 alcanzaba las 520 toneladas métricas

"patrullar" y "vigilar" rebeliones. Las fuerzas armadas norteamericanas han entrado y salido continuamente de Haití y República Dominicana.. Los asesinatos de Sandino, Jacobo Arbens y Salvador Allende, para citar solo algunos, ilustran la agenda criminal de Estados Unidos en América Latina.

La "guerra contra las drogas" ha sido un verdadero éxito para los maniobras intervencionistas de los gobiernos estadounidenses. La manipulación hábil del maniqueísmo moral implicado en la lucha contra el "mal" de las sustancias psicoactivas, consiguió el apoyo de la "opinión" norteamericana para la "mano dura" en la estrategia antinarcóticos. Lejos de ser omnipotente, la manipulación encuentra límites trazados por los propios fracasos de la cruzada prohibicionista, por estudios académicos y en las declaraciones de algunos políticos. Una muestra de esos límites es quizás la película *Tráfico* que, a pesar de su ambigüedad e insistencia en los "daños" causados por las sustancias psicoactivas a la juventud norteamericana, describe la crisis de la mentalidad prohibicionista y el fracaso de la "guerra contra las drogas". Haciendo caso omiso de fracasos, críticas académicas y exorbitantes costos sociales, un segmento dominante del público norteamericano sigue favoreciendo la violación de convenios y leyes internacionales cuando de perseguir narcotraficantes se trata. Irving Kriston, co-editor de *The Public Interest* sugería en un artículo publicado por el *Washington Post* (3/28/88) que los Estados Unidos debería seguir la política aplicada por Inglaterra en el siglo XIX a fin de frenar el tráfico de drogas, deteniendo y allanando buques en aguas internacionales de alta mar, e incluso persiguiéndoles y capturándoles en puertos extranjeros. Mr. Kriston recomendaba al gobierno norteamericano emplear fuerzas militares para detener el flujo de drogas hacia Estados Unidos porque en su criterio era imperativo hacer caso omiso de leyes internacionales, ya que los Estados Unidos están "*moralmente obligados a violar la Ley*" con operaciones militares para ganar la "guerra contra las drogas"⁴⁰.

La "guerra contra las drogas" sirvió de excusa al gobierno Reagan-Bush para invadir Panamá, humillar al pueblo panameño y capturar como vulgar narcotraficante al mismo General Noriega que había estado en la nómina de la CIA durante 12 años, recibiendo doscientos mil dólares anuales por su cooperación. Este compadrazgo acabó en 1985 cuando Estados Unidos pretendió usar a Panamá como garrote de su política en Centro América comprometiendo al gobierno de Noriega en acciones militares contra Nicaragua y los Sandinistas. Ante la negativa de Noriega y los militares panameños para participar en actos terroristas contra Nicaragua, la administración Reagan-Bush acusó al general Noriega de narco-actividades dando curso al boicot contra el

⁴⁰ William Bennet, ex secretario de Educación, también sugería que los Estados Unidos deberían desplazar las fuerzas militares para frenar el contrabando de drogas (*Washington Post* 3/28/88). Al discutir sobre el problema de las drogas, la Conferencia de Alcaldes de los Estados Unidos reunida en abril de 1988, aprobó una resolución recomendando al gobierno federal el uso de la fuerza militar para frenar el flujo de narcóticos hacia los Estados Unidos (*Washington Post* 4/27/88).

pueblo panameño⁴¹ que concluyó con la posterior invasión y captura de Noriega.

Los ecocidios provocados al erradicar plantaciones de cultivos ilícitos con herbicidas, propiciaron de paso un mercado sin competencia para la producción doméstica de marihuana: la *National Organization for the Reform of Marijuana Laws* estima que en la década de los ochenta la marihuana era el tercer producto agrícola más importante en los Estados Unidos, con un producto neto aproximado de 14 billones de dólares por año⁴². Si los gobiernos norteamericanos estuvieran realmente comprometidos como proclaman en una batalla contra la producción y tráfico de sustancias no permitidas, deberían haber fumigado con glifosato los cultivos de marihuana en el Mendocino County, como lo han hecho en los invaluable territorios colombianos de la Sierra Nevada, los páramos andinos y la selva amazónica. ¿Por que no han enviado los marines a "erradicar" los cultivos en el Estado de Georgia con la misma violencia de las operaciones realizadas en Bolivia?

Estados Unidos emplazó medidas inquisitoriales en su sistema de justicia penal, tales como pesquisas y allanamientos arbitrarios, pruebas obtenidas ilícitamente por la policía o cuerpos especiales, restricción de derechos civiles, castigos más drásticos incluyendo pena de muerte para ilícitos relacionados con la droga; expansión del sistema carcelario; y mayor participación del sector privado en la justicia penal⁴³. El Congreso de los Estados Unidos restringió las garantías procesales del acusado haciendo de la mera sospecha condición suficiente para justificar interrogatorios, detenciones y autorizó las pesquisas sin previa orden judicial en automóviles y campos abiertos, vulnerando así las garantías consagradas por la Cuarta Enmienda de la Constitución. El gobierno colombiano no se queda atrás coartando libertades fundamentales en su cruzada prohibicionista criolla: ha anunciado que presentará al Congreso de un proyecto para restringir la figura de Habeas Corpus, crear zonas especiales de orden público y dar facultades especiales a las Fuerzas Militares para que realicen allanamientos, detenciones e intercepten teléfonos⁴⁴.

VOCES CONTRA EL PROHIBICIONISMO

Los republicanos Tom Campbell y Gary Johnson, se pronunciaron el año pasado contra el prohibicionismo y la política norteamericana sobre las sustancias psicoactivas⁴⁵. Tom Campbell, quien es partidario de cambiar el

⁴¹ **Global Options Dataline**, *A Panamanian View of the Crisis*, No 3, San Francisco, summer, 1988

⁴² S. Wisotsky, obra citada, supra nota 34.

⁴³ Tony Platt, *US Criminal Justice in the Reagan Era: An Assessment*. Reprint by Global Options, San Francisco, USA, 1988

⁴⁴ En un país que vivió durante medio siglo en condiciones de excepcionalidad jurídica o Estado de Sitio, no constituyen nada nuevo las medidas arbitrarias que vulneran el debido proceso y los derechos fundamentales,

⁴⁵ Peter Preston, *Prohibition creates the link between drugs and crime*, **Guardian Weekly**, September 14-20, 2000, p. 14.

énfasis de la prevención criminal por el tratamiento médico de los adictos, exhortó a sus conciudadanos a examinar la "guerra contra las drogas" por los pasados veinte años y a evaluar sus resultados con base en la disponibilidad de heroína y cocaína, cuyo precio callejero es actualmente cuatro veces más bajo que hace 20 años.

"La prohibición no soluciona ni disminuye los problemas de la drogadicción⁴⁶. No es el consumo de drogas la causa del derrumbe espiritual de Norteamérica, sino la prohibición." 450,000 norteamericanos murieron por enfermedades asociadas al consumo de tabaco en 1999, 150,000 por alcohol y 100,000 por drogas prescritas lícitamente, mientras el número de personas que murió por causa de la marihuana fue mínimo y se registraron cinco mil muertes asociadas con la heroína y la cocaína, muchas de ellas provocadas por las circunstancias delictivas e insalubres que genera la prohibición. El gobierno y sus expertos no dicen una palabra sobre los cuantiosos costos humanos y sociales asociados al consumo de sustancias "lícitas", ni explican por qué su consumo es permitido mientras son prohibidas aquellas que representan costos mínimos para la sociedad. El control al consumo del tabaco podría salvar muchos más seres humanos de agentes carcinogénicos y mayor número de vidas que aquellos eventualmente salvados con la prohibición de la marihuana.

"Legalicemos la marihuana, propone Tom Campbell, y controlemos su consumo con estrategias similares a las empleadas para las drogas permitidas.. "Si usted es un adicto a la heroína, usted necesita una prescripción médica para obtenerla y atención en una clínica para tomarla. La sociedad en su conjunto ganaría cambiando la criminalización por el tratamiento médico. En primer lugar, la heroína formulada costaría diez veces menos que en la calle y de paso eliminaríamos la conducta delictiva de comprarla a los traficantes callejeros; reduciríamos el riesgo de enfermedades como la hepatitis C, el sida, las sobredosis, las jeringas contaminadas; acabaríamos con el proselitismo de los adictos a la heroína induciendo a otros a usarla. Dígame, no sería esto mucho mejor que miles de adictos despertándose cada mañana con una sola idea en sus mentes?"

En Uruguay, un país donde el consumo personal de "sustancias capaces de producir dependencia psíquica o física" está despenalizado, el presidente Jorge Batlle inició una campaña nacional e internacional en favor de la despenalización del comercio de sustancias psicoactivas al tiempo que propone informar más a la gente sobre el tema como estrategia para enfrentar el narcotráfico⁴⁷. "Liberalización y educación", es el lema de Batlle, quien ha recibido apoyo para su campaña de médicos especialistas y del magistrado de la Corte Suprema Gervasio Guillot, sobresaliente figura del derecho y la jurisprudencia uruguaya, quien sobre el tema ha declarado: *"No creo en el*

⁴⁶ En aquellos Estados de Norteamérica donde el consumo de marihuana fue decriminalizado en la década de los 70, no se registraron incrementos perceptibles en el mismo. S. Wisotsky, 1987.

⁴⁷ **La Nación**, Buenos Aires, Exterior, marzo 1º, 2001.

poder mágico de una ley prohibitiva, absolutamente ineficaz para erradicar el mal, porque es como si se quisiera prohibir por ley el cáncer, o el sida; hoy los menores consumen droga abiertamente; valdría la pena un ensayo de despenalización",

A la objeción respecto al daño que puede acarrear la legalización porque la "gente va a tomar libremente drogas", Battle replica con una pregunta "¿Y ahora, no la están tomando libremente prácticamente igual?", añadiendo que en "los países donde persiste la penalización en los últimos 30 años ha crecido el consumo, cada día hay más problemas y más violencia".

"La prohibición de la marihuana es una locura."

Giovanni Veronese, Exministro de Salud de Italia

El premio Nobel italiano Dario Fo elogió el coraje del exministro de salud italiano Giovanni Veronesi por su pronunciamiento contra la prohibición de la marihuana, llamándole ministro de una nueva especie, porque piensa! El premio Nobel señala que la marihuana es una sustancia con efectos menos fuertes y mucho menos nocivos que el alcohol, el cual causa millones de muertes anualmente por daños al organismo y buena parte de los accidentes de tránsito. Por el contrario, la marihuana no causa ninguno, porque, entre otras razones, mientras existe una dosis límite de alcohol que el organismo humano puede tolerar, es decir, una dosis mortal, no existe esa dosis de marihuana, porque antes de que el fumador pueda alcanzar tal umbral estará dormido. Los consumidores de licor pueden ser agresivos y violentos mientras los de marihuana sonríen angelicalmente y no reaccionan ni siquiera cuando los insultan con referencias a una conducta sexual equívoca de sus progenitoras⁴⁸.

VIENTOS A FAVOR

Mientras escribo este texto se han producido movimientos significativos contra la barbarie prohibicionista. De una parte, el Parlamento de Portugal aprobó (06.07.01) la despenalización del consumo de todas las sustancias psicoactivas, sin distinción entre duras y blandas, tipificada como conducta delictiva y castigada con penas de prisión. El proyecto de ley fue aprobado con los votos de socialistas, comunistas y el Bloque de Izquierdas, que consideran la nueva ley como "un avance histórico" por cuanto introduce un viraje radical en el tratamiento de los toxicodependientes, considerados a partir de la nueva legislación como enfermos y no como delincuentes. De otra parte, en Ontario, Canadá, se aprobó una disposición que permite a algunos pacientes cultivar, bajo control médico, poseer y usar marihuana por motivos de salud a partir de julio de 2001. Esta norma, que todavía podría ser apelada, es considerada una medida de compasión hacia enfermos

⁴⁸ Fo se refiere a las bondades curativas de la cannabis e invita a presentar testimonios al respecto en la página de Internet www.alcatraz.it/forum y a visitar la página www.medicalcannabis.it

terminales y personas que sufren enfermedades incurables⁴⁹. Otro hecho no menos importante ha sido el pronunciamiento del *Economist* en el editorial de dos de sus recientes ediciones contra la política prohibicionista de los Estados Unidos, afirmando que frente a sus fracasos no existe alternativa distinta a la legalización.

En efecto, solo existe una salida al alud de criminalidad, conflictos, flujos perversos y costos sociales generados por la prohibición: la normalización del uso de sustancias psicoactivas, empezando por abolir el estigma que pesa sobre ellas como encarnación contemporánea del mal, reconociendo su sentido cultural como caminos no explorados de la percepción y el conocimiento. Es archisabido que una despenalización concertada por todas las naciones, y, en especial, adoptada en EE.UU., bajará drásticamente los precios de las sustancias psicoactivas en los mercados de consumo, eliminará el negocio del narcotráfico, mitigará la violencia y criminalidad relacionadas con su comercio ilícito y permitirá que los adictos sean tratados en centros especializados, en lugar de ser encarcelados. En cuanto a Colombia, buena parte de las estrategias para mitigar el conflicto con los grupos armados y propiciar una refundación duradera del pacto social, debe pasar por un cambio en la postura de sometimiento irrestricto del Estado colombiano al fundamentalismo prohibicionista de los Estados Unidos, por una política que excluya el tratamiento militar de las expresiones de malestar social y por una suspensión de las operaciones ecocidas de fumigación y erradicación forzada de cultivos. Siendo como es la nación más afectada por los costos sociales, culturales y políticos del prohibicionismo, debe poner todas sus apuestas en una nueva política internacional de normalización en el uso de las sustancias psicoactivas sujeta a controles culturales, educativos y clínicos. En una dirección semejante concluyen Bonaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas en un reciente estudio sobre las expresiones de la justicia en Colombia: “...creemos que una solución al problema de la violencia en Colombia, e incluso, de manera más general, al problema del contrato social en Colombia, debe pasar por una solución al problema del narcotráfico y ésta, a su vez, debe pasar por un acuerdo internacional encaminado a la legalización de la droga”⁵⁰.

⁴⁹ Nuevas investigaciones en Maryland, EE.UU., indican también que la marihuana puede utilizarse en el tratamiento de enfermedades del aparato circulatorio y para bajar la presión sanguínea, dado que origina una dilatación de las arterias (de 10% a 20% de los norteamericanos sufren de hipertensión).

⁵⁰ Bonaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas, **Caleidoscopio de las Justicias en Colombia**, Colciencias, Universidad Nacional de Colombia, Siglo del Hombre Editores Tomo II, p. 466, Bogotá, 2001

ANEXO

EJEMPLOS DE POLÍTICAS ALTERNATIVAS

Holanda

En representación del Ministerio de Salud, Bienestar Social y Asuntos Culturales de Holanda, Eddy Engelsman, intervino en una *Conferencia Internacional sobre Drogas* celebrada en Washington⁵¹ (10/22/88), para decir que la política de su país sobre uso o abuso de sustancias psicoactivas era coherente con su historia y su cultura. Holanda es un país circundado por el mar y los holandeses han aprendido a controlar el mar, más no a conquistarlo. Respecto a las sustancias psicoactivas aplican una estrategia semejante de tolerancia y control, a partir de su política de "normalización", término medio entre los extremos de la "guerra contra las drogas" y la legalización. De acuerdo con esta política los problemas inherentes al uso o abuso de estas sustancias no se encuentran bajo jurisdicción de la policía o la justicia penal. Por el contrario, son asuntos del bienestar social de la comunidad. Holanda practica una política de tolerancia hacia el uso personal de sustancias psicoactivas, en tanto que la decisión individual de consumo no ocasione daños a los otros ciudadanos o perturbe sus legítimos derechos. Al permitir la venta libre en restaurantes y cafés de hachís y otros estimulantes, se limita su mercado negro o ilegal..

Efectivamente, en Holanda, donde el consumo está legalizado desde hace 30 años, el número de toxicómanos es inferior a la media europea.. A través de tratamiento médico, la adicción es controlada. El índice de homicidios es de 1.8 por 100.000 habitantes, ninguno de los cuales podría calificarse como relacionado con narcotráfico. Infortunadamente, la política holandesa de "reducción del daño" en materia de sustancias psicoactivas ha sido vulnerada por la globalización prohibicionista extendida a los países de la Unión Europea. Holanda se ha visto obligada a hacer concesiones en su política en razón a lo dispuesto por el artículo 76 del Acuerdo de Schengen que le impone ajustar su legislación interna a aquella de los países más represivos⁵².

⁵¹ *Drug Policy Foundation Notes*, Washington, USA, December, 1988.

⁵² Rodrigo Uprimmy Yepes, *El "Laboratorio" Colombiano: Narcotráfico, Poder y Administración Pública*, en Bonaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas, **Caleidoscopio de las Justicias en Colombia**, TOMO I, p. 411.

Suiza

En un artículo reciente⁵³ Anne Levy describe la política de los suizos respecto a las sustancias psicoactivas. Desechando ideas preconcebidas y buscando mejorar la cooperación entre las distintas partes implicadas, los suizos han adoptado una política basada en cuatro pilares, a saber: *prevención*, a fin de reducir el número de nuevos adictos; *tratamiento*, para mejorar el promedio de rehabilitados; *prevención del riesgo y ayuda de supervivencia*, para disminuir los daños en la salud de los adictos y combatir la exclusión social de los consumidores; y *represión*, protegiendo a la sociedad del crimen organizado inherente al narcotráfico. Su política no hace distinción entre sustancias permitidas y prohibidas, asumiendo que las razones para su consumo son idénticas; persigue fortalecer la confianza de los consumidores en sí mismos alentándoles para que adopten un estilo de vida que no destruya su salud; ofrece servicio médico a los adictos teniendo en cuenta que, en promedio, un tratamiento puede tardar hasta 10 años antes de lograr que el adicto cambie sus hábitos. En este sentido Suiza ofrece un amplio rango de opciones, desde clínicas de rehabilitación y tratamientos médicos hasta prescripción de metadona, así como provisión de vivienda, trabajo y capacitación. También se prescribe heroína a los adictos, sobre la base de que suministrarla sea un método válido de tratamiento, así como una ayuda para su supervivencia. Desde 1994 la heroína es suministrada por prescripción, decisión que sigue siendo reconocida como un elemento vital de la política oficial.

La Organización Mundial de la Salud, en un informe bastante crítico, concluye afirmando que el tratamiento con heroína a la manera suiza puede funcionar. El informe resalta las mejorías obtenidas en la salud de los pacientes, así como el incremento en su reintegración social y el descenso en la actividad delictiva y el consumo de heroína obtenida ilícitamente. El perfil más importante de la política suiza es haber desplazado el consumo de sustancias psicoactivas hacia campos distintos de la penalización, quitándolo de las manos de la policía y del aparato judicial. Es, en casos de adicción, materia de rehabilitación clínica, tratamiento médico y ayuda social.

Colombia

Los participantes en la mesa de trabajo sobre *cultivos Ilícitos y agenda de paz* realizada en el marco del **Segundo Encuentro Nacional de Mesas Ciudadanas para una Agenda de Paz**, celebrado en marzo del 2001 en Bogotá, presentaron una propuesta de *soluciones pacíficas alternativas a la 'guerra a las drogas'*⁵⁴, instando a suspender de inmediato las fumigaciones

⁵³ Anne Levy, *Dealing with Drugs the Swiss Way*, *Le Monde Diplomatique*, January 2001, p. 14.

contra los campesinos, colonos e indígenas *en defensa de los derechos humanos, la integridad de las comunidades y las familias, la salud, la seguridad alimentaria y la protección de los ecosistemas y la biodiversidad*. En este sentido es prioritario *establecer mecanismos ágiles, eficaces e imparciales para la tramitación de demandas de reparación económica por daños* causados a campesinos e indígenas por las 'operaciones antinarcóticos'. En la propuesta se pide descartar cualquier proyecto de investigación o uso de *armas biológicas* para erradicar cultivos de coca, amapola o marihuana, en el marco de una evaluación sobre la 'política antidrogas' auspiciada por los Estados Unidos que está acrecentando peligrosamente los niveles de ingobernabilidad interna, la militarización de la región y la internacionalización del conflicto colombiano. Otra medida recomendada en el documento es considerar a los campesinos cultivadores interlocutores sociales válidos en la búsqueda de soluciones pacíficas, graduales y concertadas, como condición mínima para iniciar un diálogo justo, reconociendo también a los pueblos indígenas los usos tradicionales de la hoja de coca y *levantando la prohibición del cultivo* para usos medicinales, alimenticios e industriales lícitos. En este sentido se deberá impulsar en el Congreso de la República la modificación del Estatuto Nacional de Estupefacientes o Ley 30 de 1986.

Los autores de la propuesta recomiendan aplicar un nuevo concepto de responsabilidad internacional compartida, que repare no solo los efectos negativos que la demanda de drogas tiene sobre los países productores, sino también los que se generan por las políticas punitivas que se imponen para su control. En este sentido, opinan que una práctica justa de la corresponsabilidad no puede consistir en el envío de "ayuda" militar para la "lucha antinarcóticos" en los países de la oferta, ni en recursos exiguos para un 'desarrollo alternativo' entendido como complemento de las acciones de fuerza contra los campesinos, sino en la promoción de soluciones pacíficas y reformas estructurales con los aportes suficientes de los países que consumen, proveen los insumos químicos y/o encubren los capitales producto del narcotráfico.

En uno de sus apartados el documento critica la pretensión de sustituir cultivos declarados 'ilícitos' por cultivos lícitos en ecosistemas frágiles, porque no es una reconversión productiva sostenible. *Allí donde la vocación de los suelos lo permita, en lugar de cultivos sustitutivos es recomendable derivar hacia complejos de actividades en competencia con la economía agrícola de los narcóticos, que sin buscar necesariamente recursos iguales logre la autosuficiencia alimentaria regional y el bienestar de la población. Se propone para ello el mejoramiento de las explotaciones agrícolas y pecuarias*

⁵⁴ Este resumen de propuestas es resultado de un proceso de discusión en diversos eventos realizados en el último año. Entre los días 22, 29 y 30 de marzo de 2001 participaron en esta Mesa representantes de: CINEP, Observatorio de Drogas, Unidad Legislativa Senador Rafael Orduz, Unidad Legislativa Representante Gustavo Petro, ILSA, Centro Debate, INDEPAZ, CEUDES, ANDAS, Corporación Telar de Agua, Crisoles, ICANH, Resguardo Calderas, CIDER, Fundepublico, Conferencia Episcopal, USO, Siempreviva, Red de Cultivos Ilícitos de la Universidad de los Andes, Semilla Mejorana e investigadores independientes. Para ampliar y continuar el debate se propone organizar Mesas regionales y grupos de discusión. El texto completo de la propuesta se encuentra en www.mamacoca.com

mediante prácticas sostenibles como el potrero arborizado, la ganadería estabulada, la silvicultura, la acuicultura, la zootecnia controlada, la agroforestería y otros modelos agrícolas alternativos y biodiversos.

En otro apartado se recomienda estimular una cultura de educación y autorregulación social entre la juventud y tratar la drogodependencia como asunto de salud pública, tal y como sucede con el alcohol y el tabaco. *Los países de la demanda deben tener en cuenta que la despenalización del consumo es una política incompleta si se mantiene la guerra en el polo de la 'oferta'.* Una recomendación muy importante se refiere a la protección de los conocimientos, innovaciones y prácticas tradicionales de los pueblos indígenas, comunidades campesinas y afroamericanas; de conformidad con su derecho consuetudinario y con los instrumentos del derecho internacional, respetando sus derechos territoriales. *Con este fin, es necesaria una moratoria sobre la bioprospección mientras la herencia cultural de los pueblos y comunidades no esté protegida a cabalidad por leyes nacionales e internacionales.*

Entendiendo que el drama colombiano es por sobretodo un conflicto que compromete medidas radicales de justicia social, el documento insta por una ampliación de las oportunidades para los más pobres. *Esto incluye reforma agraria, que en un período no mayor de cinco años democratice la tenencia de la tierra en los suelos de vocación agrícola, y una política de recomposición de la economía campesina que fortalezca la soberanía alimentaria del país, estabilice los procesos de colonización, revierta los flujos migratorios y contribuya a superar el desplazamiento forzado en el país.*

Capítulo 6

IMAGINACIÓN ABOLICIONISTA

No saben mandar ni saben obedecer, o sea, no saben pasar por el mundo sin sembrar el desorden y la inquietud.

Alvaro Mutis, *La Nieve del Almirante*, 1986

LA AGENDA ABOLICIONISTA

Habiendo abucheado la más reciente *mise en scene* de simulacros morales, retomo el hilo de las preguntas que han inspirado estas páginas en el punto donde mi rebelión romántica contra la imbecilidad progresista se hizo militante del pensamiento ecológico. Empecé a recelar del mito progresista antes de iniciar mis reflexiones sobre los signos de la crisis ambiental planetaria o de mis trabajos preliminares en el campo de los derechos ambientales. Otras fuentes de conocimiento habían madurado mi recelo. De una parte estaba mi resistencia a convertir mi vida presente en tiempo de expiación para salvar mi alma *postmortem*, o bien en un fantasma en aras del porvenir que nos redimiría de miserias y vicisitudes con el poder de la ciencia y de la técnica¹. Siendo como somos seres para la muerte no podemos hacer de nuestra condición precedera una condena que anule por anticipado el prodigio de cada día. Es precisamente porque somos percederos que nuestra existencia cobra sentido en todos sus momentos de alegría, dolor y asombro. Si fuésemos inmortales los instantes de nuestra vida caerían vaciados de sentido al océano infinito de la eternidad. *Lo que existe es solo el instante en que vivimos*, decía Bachelard, reafirmando un pensamiento iluminado que se encuentra en las *Reflexiones* de Marco Aurelio:

Aunque los años de tu vida fueren tres mil o diez veces tres mil, recuerda que ninguno pierde otra vida que la vive ahora ni vive otra que la que pierde. El presente es de todos; morir es perder el presente que es un lapso brevísimo. Nadie pierde el pasado ni el porvenir, pues a nadie pueden quitarle lo que no tiene.

Aquí se revela un espíritu humano que ha cesado de buscar utopías rehusando todo destino programado, afirmando el presente contra la tiranía de todo sortilegio futuro, llámese redención, paraíso, progreso o utopía. Hablo del espíritu que abraza el azar y la incertidumbre, siempre al asecho en todos los caminos de la vida, del mundo y del cosmos. El espíritu que ha aprendido a caminar sin brújula, sin mapa, sin calendario de partidas y llegadas, entregado de todo corazón al juego de la vida, sin finalismo, asumiendo con alegría todos los riesgos. Libre al fin de la credulidad ciega y de los necios entusiasmos, el espíritu dice sí al presente venciendo el miedo que empolla todas las promesas de vida eterna, todas las

¹ En sus *Cantos en la Alta Noche*, Stéphane Mallarmé se rebela contra estos nuevos dioses de la modernidad, por su pretensión de desterrar al poeta del tiempo presente:

“El tiempo cambia de signo. Ya no es el ‘aquí y ahora’ concreto donde se consuma la existencia, sino un instrumento que ubica toda plenitud en una edad dorada por venir.”

“El poeta, habitante del tiempo presente, profundo, transversal, es desterrado por esa ola omnipotente. Sus intentos por unirse a ella derivan en habilidades, en técnicas y artificios más o menos brillantes pero de los que misteriosamente huye la Poesía. Todo lleva a sospechar que hay una incompatibilidad de principio entre estos dos modos de existencia.”

ilusiones de salvación, a sabiendas de los muchos días y noches de confusión que le aguardan en laberintos descolgados desde todos los confines del universo.

De otra parte estaban a la vista los descalabros de la razón humana puestos al desnudo por el malestar ambiental que revela con singular dramatismo los extremos de barbarie a que podemos llegar los humanos infestando cielo y tierra, convirtiendo los ríos en vertederos de cloacas y la atmósfera en sumidero de emisiones sulfurosas, nitrosas y carbónicas, a disposición del mejor postor, arrebatando a todos los espacios del planeta su sentido lúdico y su sensualidad para dar paso a enclaves de la imbecilidad progresista². El malestar ambiental es cetro y corona de la barbarie. La lógica que arruina la naturaleza ha contagiado todo el cuerpo social infestando instituciones, utensilios tecnocientíficos, sistemas políticos, prácticas económicas, mentalidades y culturas, propiciando en conjunto intervenciones ruinosas en el ambiente como operaciones regulares de la industria, la agricultura o la tecnología. Esta misma lógica empobrece y maltrata sin piedad a millones de seres humanos en una civilización cuyas instituciones políticas, artefactos culturales, aparato económico, ciencia y tecnología, mentalidades y relaciones sociales están emplazados para perpetuar señoríos y privilegios en un mundo sin justicia. Injusto con la naturaleza y con los seres humanos

En el fragor de dificultades y entusiasmos he militado por más de un cuarto de siglo en el ideario de un pensamiento comprometido con el proyecto de una alianza entre todos los excluidos del contrato social, y de una alianza de los seres humanos con la naturaleza. *Esta alianza de los excluidos, de los seres humanos con la naturaleza, es un gran gesto pacífico a través del cual la subjetividad humana trata de sobreponerse a la catástrofe que ha surgido de la asociación secular del derecho y la violencia, la violencia contra los hombres y la violencia contra la naturaleza*³. Celebrando esperanzas en un profundo cambio cultural he trabajado por la construcción del discurso ambiental como un proyecto de reinvencción estética, política y cultural de la civilización contemporánea y contra las ortodoxias de todas las tendencias; librando batallas por obtener el reconocimiento de la deuda ecológica⁴ con las culturas sojuzgadas y la biosfera; haciendo contribuciones tanto teóricas como judiciales en la defensa de los derechos

² Un listado, incompleto por cierto, de expresiones del malestar ambiental comprende la deposición y lluvia ácidas; la contaminación radioactiva; el agotamiento del ozono estratosférico e incremento del ozono en la troposfera; introducción de sustancias tóxicas en la cadena alimentaria; derrames de petróleo en alta mar; vertimiento de aguas servidas de origen doméstico e industrial sin tratamiento alguno; tráfico de basuras peligrosas; destrucción de ecosistemas; alteración de los patrones de lluvia; contaminación y erosión genéticas; cambio global del clima debido a las emisiones de dióxido de carbono, metano, clorofluocarbonos y otros gases de efecto "invernadero"; deforestación masiva; guerra biológica.

³ Alessandro Baratta, *Ecología, Economía, Democracia y el Pacto Social de la Modernidad*, en **Control Social y Política Criminal en Medio Ambiente**, FIPMA/CELA, 1998, p. 23

⁴ Véase mi libro **La Deuda Ecológica. Testimonio de una Reflexión**, FIPMA/CELA, Cali, Colombia, 1994.

ambientales⁵ y por la justicia ambiental, comprometido en proyectos para propiciar la sostenibilidad urbana, la reconversión ecológica del transporte y la democratización de la movilidad.

En el camino hacia esta nueva alianza naturaleza-cultura-tecnología⁶ era necesario repensar la política, tan envilecida por la abulia de los ciudadanos, tan pintorreteada por los profesionales de la “política”, recreándole en la politización de la vida cotidiana para refundarle en el crisol de los actos de nuestra vida diaria, de todos, incluyendo las relaciones amorosas y, en menor medida, los acontecimientos del foro público. De esta manera sería posible disolver la antinomia sociedad civil - sociedad política desmontando las instituciones vacías de la sociedad política, es decir, del Estado. El espacio de instituciones vacías, extrañamiento o abulia sería colonizado por escenarios sociales sin jerarquías ni burocracias donde recuperar la política para hacerla partícipe de nuestra vida, hasta liberarle de su confinamiento en las trampas y triquiñuelas de los poderes, llámense media, corporaciones, clientelismo, o, en el peor de los casos, espíritu de servidumbre.

Este encuentro con la idea de una *sociedad ecológica* inspirada en la utopía no-represiva del proyecto libertario, fue la ocasión para reactivar anhelos abolicionistas con un pensamiento holístico donde tuviera cabida “*el juego como único modo de trabajo, lo personal como único modo de lo social, la abolición de frenos sexuales como único modo de la sexualidad, el tribalismo como único modo de familia, la sensualidad como único modo de razón*”⁷. A medio camino de pensamiento utópico y poesía puse todas mis apuestas en el proyecto convivencial para abolir las jerarquías y las formas de dominación, recreando espacios sociales libres de la ficción judicial que legitima la delegación del poder soberano de cada cual en un tercero que se abroga el derecho de “representarlo”; desmontando las instituciones del control estatal, tan lejanas y ajenas a las contingencias cotidianas de los ciudadanos, especialmente la militar; cerrando los panópticos de la patologización y el castigo infringidos a los desviados morales y espirituales; y, finalmente, disolviendo los vínculos de dominación que nos subyugan hasta hacer posible nuestra liberación, entendida como negación del trabajo no creativo, el rechazo a toda forma de explotación, competencia violenta, compulsión acumuladora y, por encima de todo, aprendizaje de la convivencia en espacios sociales recreados. A cambio de la trapacería mecanicista de “tomarse el poder” el pensamiento libertario proponía la *disolución del poder*: del poder de una minoría

⁵ El derecho a un ambiente sano, la justicia intergeneracional, la santidad y unicidad de las formas vivientes, el derecho de los pueblos a la autonomía y a la biodiversidad

⁶ “En un mundo hiperfragmentado la triple operación de naturalización (de la cultura); socialización (de la naturaleza) y desconstrucción (de los híbridos natural/culturales) es una obligación, una garantía de retorno del sentido en el preciso momento en que su ausencia nos paraliza.” Alejandro Piscitelli, **CIBERCULTURAS. EN LA ERA DE LAS MAQUINAS INTELIGENTES**, Edit. Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1995, p.

⁷ Murray Bookchin, **Por una Sociedad Ecológica**, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978, p. 25.

privilegiada para sojuzgar a las mayorías excluidas; del poder del Estado sobre las gentes y comunidades; del poder de las ciudades sobre grandes extensiones rurales abrumadas por su “huella ecológica”; del poder de la racionalidad instrumental sobre el pensamiento holístico que juega, sueña y ríe porque tiene estrechos vínculos con la sensibilidad humana. La agenda abolicionista proponía comunidades autogestionarias establecidas de acuerdo al ideal de “*organización espontánea*”: los vínculos personales, las relaciones de trabajo creativo, los grupos de afinidad, los cabildos comunales y vecinales; fundadas en el respeto a la soberanía y dignidad de la persona humana, la responsabilidad ambiental y el ejercicio de la democracia directa “cara a cara” para la toma de decisiones en asuntos de interés colectivo. *Esta agenda apuntaba a cambiar nuestro rumbo hacia una civilización de la diversidad, una ética de la frugalidad y una cultura de baja entropía, reinventando valores, desatando los nudos del espíritu, sorteando la homogeneidad cultural con la fuerza de un planeta de pueblos, aldeas y ciudades diversos.*

Es probable que mi adhesión al proyecto libertario haya sido originalmente estimulada por anhelos utópicos. Sin embargo, tras haber militado durante veinticinco años en este ideario, encuentro que buena parte sigue a la orden del día. Hoy como ayer cuanto menos producción y consumo hagan falta para mantener una vida sana y digna, tanto mejor. En un planeta maltratado por los excesos del derroche y la opulencia solo un estilo de vida frugal puede encauzarnos hacia una cultura de baja entropía que haga justicia a millones de seres humanos excluidos y también a la naturaleza. Esta senda cultural de la frugalidad está roturada por intervenciones radicales para alcanzar la reconversión ecológica, entre otras esferas, de los medios motorizados del transporte, del metabolismo externo o cultural de las ciudades, de las instituciones políticas de segunda ola, especialmente aquellas ancladas en resabios premodernos, de los agrosistemas basados en insumos sintéticos y agrotóxicos, de las islas del privilegio que siempre provocan oleajes de miseria y exclusión, así como del pensamiento que prohíba todas las formas del despilfarro. En una civilización que ha *hecho de la obsolescencia la medida de su dinamismo*⁸, la ética de la frugalidad es un imperativo de supervivencia. De otra parte, no parece tan difícil cambiar nuestro rumbo hacia una civilización de la diversidad. La vida en la tierra es un fenómeno diverso. Teóricamente las culturas humanas deberían conciliarse con un modelo de conducta que asegure vínculos de solidaridad y de comunidad ontológica con el resto de la biosfera, fijando en su alteridad el límite de nuestra relación con los seres humanos y la naturaleza. Un modelo ético fundado en el conocimiento de nuestros estrechos vínculos con la biosfera, que lejos de abrumarnos con una pesada carga moral, nos procure un sentimiento de perplejidad, maravilla e inocente alegría.

⁸ Paolo Soleri, **Arcosanti. Un Laboratorio Urbano**, versión libre del inglés de José M. Borrero

Me resisto a aceptar un destino humano colgado para siempre de instituciones burocráticas y jerárquicas, hincado ante poderes perversos, privado del libre juego de la imaginación en jornadas de gris monotonía, despedazado por guerras inútiles. Es verdad que nada ni nadie puede salvarnos de nuestras miserias aunque las religiones proclamen lo contrario afirmando que es posible lograrlo en cielos metafísicos, o los charlatanes populistas prometan paraísos sociales. Sencillamente no hay paraísos aquí en la tierra, ni tampoco en el cielo. Sin embargo, si estamos perdidos en este universo, como dice Morin, en modo alguno estamos condenados a seguir reeditando para siempre las mismas versiones de la existencia dictadas por el lado oscuro de nuestro espíritu. No podemos continuar rindiendo culto a la imbecilidad progresista hasta desgajar la rama del árbol donde tenemos nuestro nido. Ni reciclar la cacería medieval de brujas en cruzadas prohibicionistas contra algunas sustancias psicoactivas por temor o ignorancia sobre sus efectos en la conciencia.. Tampoco podemos negarnos más y mejores oportunidades para desplegar nuestra imaginación creando nuevos sentidos civilizatorios y nuevas experiencias abiertas, inconclusas. Ni renunciar al optimismo, ni a la alegría, ni al entusiasmo por nuestros sueños. Estamos perdidos pero tenemos vida, tan maravillosa, tan impredecible, tan ajena a nuestros designios; tenemos un cuerpo devoto del placer que ama, danza y se estremece en cada estación de nuestros sentimientos.

Se encuentra a la orden del día un cambio de rumbo hacia nuevos sentidos civilizatorios⁹, por una nueva alianza naturaleza-cultura que nos sobreponga de *la catástrofe provocada por la asociación secular del derecho y la violencia*. Sin embargo, para exorcizar una eventual recaída en utopismos no puedo ocultar que el proyecto libertario del pensamiento ecológico depende casi exclusivamente de la fuerza con que sus valores se encarnen en la voluntad humana alentando conductas convivenciales, justas y ecológicamente sostenibles, inspirando una reinvención ético-estética de nuestra civilización. No habiendo lugar en su agenda para un Estado que haga cumplir las normas con parafernalias punitivas, ni para otras instituciones represoras, todo queda a merced de una conciencia diestra en el manejo de la coexistencia con el lado oscuro del espíritu. Habiendo demostrado la experiencia que no es posible domeñar las pulsiones humanas con exorcismos, ni cilicios ni con las miles de planas que escribimos desde nuestra infancia condenando al demonio, al mundo y la carne, de antemano queda descartada la necia pretensión de controlar las pulsiones con artilugios represivos, sean sutiles o no. Esta necedad tiene su origen en una visión equívoca de la conciencia como instancia autónoma de nuestra psique aplicada a la tarea de imponer el “orden” al caos de los contenidos inconscientes. Desde Freud sabemos que nuestra vida síquica transcurre en un conflicto permanente entre pulsiones, deseos y tendencias, calmado pero nunca resuelto definitivamente mediante complejos mecanismos de desplazamiento de sentido, inhibición, sustitución, represión o

⁹ El concepto sobre “nuevos sentidos civilizatorios” lo escuché por primera vez a Enrique Leff, 1998.

sublimación. *A todo lo que podemos aspirar es a una cierta estabilización de este conflicto, que es la sustancia misma de nuestra vida síquica*¹⁰.

Ninguno de estos mecanismos, operando individualmente o de consuno, podría garantizar el sometimiento del lado oscuro de espíritu a las normas culturales. No podemos olvidar que “... *la racionalidad y la cultura puedan ser utilizadas, como en Auschwitz, por la más brutal irracionalidad. Es por ello que, como escribe Maldonado parafraseando a Adorno, ‘después de la optimización racional del genocidio ya no es posible seguir ‘haciendo cultura’ con la alegría y la ingenuidad de antes: Alle Kultur, Nash*”¹¹. Ni tampoco que ciertos resultados extremos del conocimiento humano como las armas termonucleares o la manipulación genética representan las amenazas más graves para la humanidad y la biosfera, es decir, que expresiones cimeras de la mente han sido puestas al servicio de la barbarie. El lado oscuro del espíritu humano despliega su cola de lagarto mutilando nuestra visión del mundo, aplicando parámetros incapaces de comprender la autonomía, hipercomplejidad, paradojas y otros rasgos básicos de los sistemas complejos¹², insistiendo en modelos lineales sin categorías dinámicas, puntos de vista divergentes y procesamiento paralelo de la información¹³. Infortunadamente esta visión mutilada ha triunfado sobre la tierra derramando la sangre y diseminando el sufrimiento, como dice Morin¹⁴. El lagarto y su cola y el lado oscuro del espíritu derraman la sangre porque quieren perpetuar el sufrimiento y la soberbia en un mundo orgulloso de las visiones que exaltan la figura humana en desiertos de sal y caminos asfaltados.

SOLO VIRTUOSOS

En este escenario el proyecto convivencial quedaría colgando en un desfiladero de la cola del lagarto. Contra toda evidencia pienso que, como en un ditirambo nietzscheano, al filo del abismo aprenderá a convivir con el lado oscuro del espíritu, conociendo más sobre sus emboscadas y sus ardides. Allí, precisamente donde entran en juego las virtudes de los hombres y mujeres que toman caminos sin asfalto para llegar hasta paisajes abigarrados donde coexistan la razón y sus descabros, el espíritu libertario y los apetitos de poder, las astucias de la razón y la cola del lagarto, lo apolíneo y lo dionisiaco, la lucidez implacable de los delirios y el áspero lomo del principio de realidad, santos flagelados que solo pecan de

¹⁰ Xavier Rupert de Ventos, **Moral y Nueva Cultura**, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 20.

¹¹ Id.

¹² M. Piatelli-Palmarini, **Inevitable Illusions. How Mistakes of Reasons Rule Our Minds**, New York, John Wiley & Sons, 1994.

¹³ M.M. Waldrop, **Complexity. The Emerging Science at the Edge of Chaos**, New York, Simon & Schuster, 1992.

¹⁴ Edgar Morin, *El Desafío de la Globalidad*, 1993

pensamiento y *libertinos en ruinas que besan con angustia los senos magullados de una vieja ramera*, genios creadores y miles de plagiarios ungidos de gloria, la poesía que todos quieren descubrir en su corazón y los discursos parlamentarios que nadie escucha, ciudades invadidas por la manigua y bosques olvidados para siempre, inmensos arrecifes de coral erguidos sobre barcos encallados, la moderación y el exceso de moderación, también el justo medio y la audacia que hace valientes a los cobardes. ¿De dónde viene la fuerza de esa ética, de dónde la virtud de quienes le practican? Una ética así debe resultar de una nueva visión del mundo y de nosotros mismos que, en primer lugar, nos redima de milenios de soberbia narcisista poniéndonos a prudente distancia de las alucinaciones que alguna vez nos hicieron sentir centro del universo, biológicamente excepcionales y racionalmente omnipotentes. No podemos olvidar que esta soberbia, tantas veces vencida en los últimos cuatro siglos¹⁵, volvió para quedarse en el lado oscuro del espíritu humano seduciéndole con supercherías tecnocientíficas. Una visión que, en segundo lugar, nos permita comprender la naturaleza de nuestros lazos indisolubles con el destino de la biosfera en un mundo de fenómenos biológicos, psicológicos, sociales y ambientales interconectados. Para alcanzar esta nueva visión debemos salir primero de la crisis de nuestra percepción que se encuentra en la raíz del malestar ambiental¹⁶, disponiéndonos a propiciar una reforma radical de nuestro pensar, un cambio fundamental en nuestros valores y percepciones.

En síntesis, el proyecto libertario para avanzar hacia la nueva alianza solidaria contra la asociación secular del derecho y la violencia, por una civilización de la diversidad y una cultura de baja entropía, presupone el primado de una ética ambiental o biosférica implicada en una nueva visión del mundo que nos redima de nuestra soberbia narcisista y nos disponga para una transmutación de los valores. En las circunstancias actuales de bancarrota moral, ecológica y política, este cambio de valores es un imperativo de supervivencia. Ocurre, sin embargo, que en lugar de una transmutación nietzscheana de los valores más allá del bien y del mal, nos hemos desplomado exactamente en dirección contraria, es decir, como dice Baudrillard, *no más allá, sino más acá del bien y del mal; no más allá, sino más acá de lo verdadero y de lo falso, de lo hermoso y de lo feo... Los límites de lo humano y de lo inhumano efectivamente se están desvaneciendo, pero no hacia lo sobrehumano, sino hacia lo subhumano, hacia una desaparición de las mismísimas características simbólicas de la especie*¹⁷. Los valores han caído en el vacío y la indeterminación, ya no es posible trazar perfiles definidos del bien y del mal, de lo verdadero y lo falso, de lo bello y lo feo, porque sus límites se traslapan unos con otros o pierden sus contornos hasta desfigurarse. Esta indeterminación axiológica no es nada nuevo, porque quizás los valores siempre fueron

¹⁵ Me refiero a las derrotas infringidas por el pensamiento de Copérnico, Darwin y Freud, conocidas como revoluciones Copérmica, Darwiniana y Freudiana.

¹⁶ Fritjof Capra, **THE TURNING POINT**, Flamingo, London, 1983, p. XVIII.

¹⁷ Jean Baudrillard, **LA ILUSION DEL FIN. La Huelga de los Acontecimientos**. Anagrama, Barcelona, 1993, p. 145.

situacionales, perspectivísticos, siempre estuvieron desplazándose de un extremo al otro en un espectro definido por relaciones de poder. Sin embargo, existe más de una diferencia con la situación presente. En el pasado tanto la religión como la metafísica conferían universalidad y justificación al mundo de los valores, especialmente morales. Ahora, cuando diversas concepciones morales concurren coetáneamente al mismo espacio cultural, no podemos estar seguros de una justificación determinada de la moral ni tampoco de una concepción moral determinada¹⁸. Ya no contamos con ninguna concepción moral unitaria a partir de la cual podamos calificar las acciones humanas en un mundo donde, por regla general, resultan favorecidas las conductas instrumentales y manipulativas. Tampoco existe más la sensibilidad para establecer la diferencia entre un comportamiento instrumental y otro que implique el respeto de los seres humanos como *finés en sí mismos*¹⁹. Despojado de creencias religiosas, sin nuevas ilusiones históricas e inmerso en un escenario social, donde ahora más que nunca prevalece una cruda competencia intraespecífica, el individuo contemporáneo solo le apuesta a su proyecto personal, exclusivo y soberano, de realización. En este espacio egotista no tienen cabida los sentimientos de solidaridad necesarios para que las personas respeten un mínimo de valores compartidos, sin los cuales será muy difícil sobrevivir, no solo como individuos sino como especie.

Un buen punto de partida para comprender el alcance de las normas básicas de convivencia es la Regla de Oro: *obra siempre de tal manera que tus actos sean la medida de la conducta ajena para contigo, o, compórtate con los demás de la manera como quieres que ellos se comporten contigo*, que ha inspirado todo tipo de construcciones normativas, desde predicamentos bíblicos hasta principios del derecho internacional consuetudinario como *sit utere tuo ut alienum non laedas* (usa tu propiedad de manera que no causes daño a tu vecino) A pesar de las limitaciones que la crítica filosófica le ha señalado para servir como fundamento de una *moral y justicia objetivas*, puede afirmarse sin duda alguna que la Regla de Oro es “apta para ofrecer un cierto resultado como *máxima moral subjetiva*. Ella exige, a saber, de cada ser humano un juicio sobre cada acción que realiza frente a otros hombres (bajo las mismas circunstancias), en el sentido de responderse si también *desea* que se ejecute por los demás respecto de él; mejor dicho, si una prestación que exige de otro también (bajo las mismas circunstancias) *quiere* realizarla para los otros.²⁰” De la Regla de Oro es posible derivar *normas de hacer* que imponen deberes positivos como ser solidarios y tolerantes; y *normas de no hacer* que imponen deberes negativos como no vulnerar derechos ajenos o no faltar a las promesas. Con esta base mínima de deberes positivos y negativos es más probable concebir la convivencia entre individuos dotados de una actitud

¹⁸ Ernst Tugendhat, **Lecciones de Ética**, Editorial Gedisa, Barcelona, 1997, p. 26.

¹⁹ A. MacIntyre, **After Virtue**, 1981. Citado por Ernst Tugendhat, id.: 203,204, 205.

²⁰ Robert Walter, **Kelsen, la Teoría Pura del Derecho y el Problema de la Justicia**, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1997: 32

moral de respeto mutuo a los derechos y obligaciones recíprocos, en un escenario social fundado en el reconocimiento que cada cual hace del otro como poseedor de idénticos derechos.

Estoy lejos de reeditar el mito del contrato o la idea de una situación original de igualdad que, según Rawls, hace viable la elección imparcial de principios en una sociedad justa. Más que una u otra hipótesis respecto al consenso original en torno a las normas morales básicas, precisamos de una interpretación sobre el proceso de inserción del animal humano en el orden de la cultura, o lo que es lo mismo, de la imposición “cultural” de las reglas originales. Estas no nacen del acuerdo o la intuición, sino que son impuestas por una voluntad semiótica, en una suerte de tiranía del significante como creador de sentido que confiere al lenguaje un poder de norma primordial impuesta al animal humano. Las reglas son “impuestas” culturalmente porque cultura significa regla. Haciéndonos humanos al insertarnos en el orden de la cultura, el lenguaje nos predispone para el reconocimiento del otro que el habla afirma como su condición de existencia *sine qua non*, sellando una victoria sobre la omnipotencia narcisista. El habla conduce al reconocimiento del otro más allá de la esfera lingüística hasta instaurar el sentido de la justicia como soporte de toda moral inspirada en sentimientos de reciprocidad.

Esta interpretación representa una doble ventaja. De una parte nos exime de continuar preguntándonos por la justificación de los principios morales, una pregunta sin mucho sentido, ciertamente. Por la otra, nos permite invalidar la pregunta sobre cuál es la forma más efectiva para asegurar el mantenimiento de las reglas, cuales los mecanismos de control social para hacerlo, que Hobbes absolvió confiriendo al Estado poder exclusivo al respecto, sustituyendo de paso a las normas morales por el derecho penal. La solución hobbesiana es uno de los mayores traspies en la historia del pensamiento occidental, una necedad con pretensiones de filosofía política, un equívoco para ungir de piedad la incursión policiva en nuestra intimidad. El Estado nunca pudo mantener a raya al lado oscuro del espíritu ni menos aun controlar los coletazos del lagarto, porque precisamente su parafernalia es el lado oscuro, la cola del lagarto encarnada en instituciones, aparatos, torceduras, talibanes, Auschwitz, Hitler, Mussolini, Franco, Pinochet, Idi Amin, el Pentágono, Hiroshima, el agente naranja, apartheid, xenofobia. El Estado es un gran lagarto que encrespa su lomo, husmea con su lengua viperina y blande su cola para aplastar los últimos brotes imaginarios contra el principio de realidad dominante y castigar con todo el poder de su violencia legítima, cuyo monopolio detenta, a las parejas que hacen el amor en los parques insistiendo una y otra vez en una general copulación por una general revolución; a los fumadores de hachis y marihuana que predicán mundos más tolerantes; a los hombres y mujeres que no olvidaron la buena costumbre de tomarse las calles para vociferar entre risas y cantos que “otro mundo es posible”. Otros deberes de Estado comprometen a funcionarios más obcecados en la preparación de guerras de exterminio, en el diseño de panópticos a la medida de grandes y pequeñas

ciudades; en el desmantelamiento de bienes públicos; en la fumigación con biocidas de fuentes de agua, ecosistemas prístinos y labrantíos de campesinos; en el entrenamiento de mercenarios diestros en genocidios y mutilación de ancianos, mujeres y niños, tratándose de órdenes superiores; en la lagartijada mayúscula que redacta prosopopeyas jurídicas atribuyendo uso de la razón al bestiaro militar y sentido de responsabilidad a los oligopolios del carbón y del petróleo.

No es un asunto de Estado proteger y hacer respetar las normas que fundan la convivencia. ¿Acaso no constituyen suficiente evidencia para ilustrar la voluntad de verdad que anima esta afirmación todos los horrores perpetrados por razones de Estado, donde se dan cita los bajos fondos del espíritu, las pasiones más mezquinas y los apetitos más voraces? Apostando por aparatos e instituciones de Estado se empeoran las cosas, porque se responde a un mal menor con uno mayor. Entiendo como mal menor las transgresiones a las reglas que, con mayor o menor ocurrencia, se presentan en todas las sociedades. No hay sociedad perfecta, exenta de conflictos o infracciones a sus reglas. El ideal de una sociedad perfecta solo tiene cabida en utopismos ingenuos o en mentalidades fascistas. En sentido menos utópico la meta es conseguir que los valores básicos de la convivencia se encarnen en los hábitos, actitudes y prácticas sociales, a fin de evitar al máximo los conflictos entre conductas y reglas. Una vez abolidas las máquinas represivas y sus sucedáneos sutiles, *ensayaremos una verdadera ecología de nuestros fantasmas, referida a transferencias, traslaciones, reconversiones de su material de expresión*²¹. Otra meta concurrente debe ser alcanzar un umbral de tolerancia de las infracciones y desviaciones asegurando su metamorfosis cultural a través de dinámicas de ajuste o bien merced a experiencias de sublimación. En lugar de buscar *un consenso embrutecedor e infantilizante, cultivaremos el disenso y la producción singular de existencia*, como pide F. Guattari. Un tercer objetivo debe ser la racionalidad de la norma, entendida como la concordancia entre sus propósitos y las condiciones que la norma pretende cambiar o preservar. En ausencia de racionalidad normativa se incrementan las infracciones y los conflictos hasta un grado tal en que la sociedad se precipita en la anomia. Teóricamente se predica una intervención de la máquina penal del Estado como *ultima ratio*, solo en aquellos casos extremos en que las instancias de socialización primaria y secundaria han fallado. Sin embargo, la experiencia de América Latina demuestra que en la práctica se ha contrariado el presupuesto teórico de intervención mínima y excepcional de la máquina penal, haciendo de ella la regla y no la excepción en el manejo de conflictos sociales de todo tipo. El mal mayor se engendra donde las intervenciones de la máquina penal fracasan induciendo un flujo perverso de sucesivas reformas que dan vueltas sin reformar nada concluyendo siempre en el mismo punto muerto. Cambiando para seguir igual se reincide una y otra vez en la misma demanda por más y mejores dispositivos punitivos para atender infracciones cada vez más graves y numerosas.

²¹ Felix Guattari, **Las Tres Ecologías**, 1998.

El mal mayor empieza cuando equívocamente se pretende corregir desviaciones en el tramo final de las conductas, donde los remedios son remiendos a un tejido social maltrecho cuyos valores han caído en el vacío y la indeterminación, o han sido débilmente encarnados en los hábitos, conductas y prácticas sociales.

Podríamos ahorrarnos los altos costos inducidos por las instancias represoras del control social, especialmente de la máquina penal, así como el círculo vicioso fracaso-reforma-fracaso y los flujos perversos de nuevas transgresiones, cada vez más graves y frecuentes. Todo depende de la medida en que avancemos hacia el desmonte y abolición de instancias de la represión sobrante, entretanto damos paso al cambio cultural que estimule un florecimiento de las virtudes personales y cívicas como estrategia para garantizar el respeto de la base mínima de deberes positivos y negativos, o sea, de las normas básicas de convivencia.. Sabemos que las virtudes personales, como la moderación y la valentía, propician el bienestar personal; mientras las virtudes cívicas, como la benevolencia y la justicia, favorecen el bienestar colectivo²². Otras virtudes serán tanto o más importantes para asegurar equilibrio entre el bienestar colectivo y el personal, como la tolerancia o respeto de las diferencias en un mundo donde la diversidad es la regla. Vivimos en sociedades pluralizadas, mas *de facto* que *de iure*, coexistiendo con quienes pertenecen a otras etnias, participan de otras culturas o militan en otras creencias. Las reglas de la convivencia en estas sociedades pluralizadas nos obligan a admitir que los extraños a nosotros también tienen derecho a un espacio, no importa cuan alejados estemos de sus costumbres o creencias. Tampoco importa, como piensa Walzer²³, que nuestras razones para respetar la diferencia no siempre sean las mismas y que indistintamente lo hagamos *desde la resignación, la indiferencia, la aceptación estoica y la curiosidad, hasta el entusiasmo*, porque a la postre el resultado debe ser la *virtud de la tolerancia*. Con ella no intento agotar la lista de las virtudes que deberíamos considerar en una *ética de las virtudes*, sino reconocer que tras privilegiarle queda aun sin resolver la pregunta fundamental del cómo hacernos virtuosos, cómo conseguir una sociedad donde prevalezcan las virtudes personales y cívicas.

Sin cerrar una pregunta que por su naturaleza debe permanecer abierta, por anticipado deberíamos renunciar al proyecto de reformar moralmente a los seres humanos, especialmente desde los cánones de una ética con pretensiones universalistas. Como dice Rawls “la complejidad creciente del mundo moderno no deja ninguna oportunidad a una visión substancial del *bien* o trascendental de lo *justo* que sirva de cimiento para el vínculo social. La única alternativa sería la imposición de una única visión del mundo por parte de una régimen tiránico. En este sentido, la libertad política, desgajada de su ropaje “metafísico”, por la teoría renovada del contrato, aparece como la única salida razonable fuera de la

²² J.L.H. Mackie, **Ethics**. Penguin, 1977; G.H. von Wright, **The Varieties of Goodness**. Londres, 1963. Citados por Ernst Tugendhat, supra nota 17: 73, 225.

²³ Michael Walzer, **Tratado sobre la Tolerancia**, Paidós, Barcelona, 1998: 26

alternativa entre la guerra de todos contra todos y la tiranía. *Fundamentalmente, sólo una justicia procedimental puede asegurar la coexistencia entre visiones rivales del mundo, principalmente las que están centradas en ideas divergentes del bien.*²⁴”

Necesitamos serenidad y valentía para comenzar de nuevo desde el principio, renunciando a buena parte del legado cultural que nos condujo a la encrucijada actual. Una educación para la virtud nos vendría muy bien a todos para acercar a niños, jóvenes y viejos entre sí, sembrando sentimientos de compasión y benevolencia en nuestro espíritu; para darle nuevas alas a nuestra imaginación liberando al conocimiento humano de su confinamiento en la escuela o la universidad, donde no hay lugar para las preguntas fundamentales de nuestra existencia, ni es posible alcanzar la responsabilidad moral que necesitamos para responder a los desafíos contemporáneos. Educarnos en el cultivo de las virtudes es más bien deseducarnos, es decir, desembarazarnos de montones de prejuicios, enconos, creencias y malos hábitos que abruman nuestra mente.

INCERTIDUMBRES Y TRANSICIONES

No sé si a la postre nos quitaremos de encima tanta carga para hacernos ligeros de espíritu y emprender la trasmutación de todos los valores que nos lleve más allá de nosotros mismos, como quería Nietzsche. Muchos proyectos disidentes de reinención cultural de la sociedad han fracasado así como experiencias alternas de vida y hoy la situación luce aun más difícil para idearios disidentes porque la batalla que se libra en todas partes es por la inclusión en el sistema y no precisamente en su contra. Del lado incluido existe numerosa clientela para el oasis acomodaticio que, entre la resignación y el desencanto, ofrece simulacros del *statu quo* político y social sobreviviente. La clientela incluida del *statu quo* está aburrida con lo que tiene aunque prefiere conservarlo haciendo saber a todos, especialmente a los excluidos, que no existe un más allá del Estado ni de la inclusión en la democracia occidental, los partidos políticos, el mercado global y la buena suerte en los negocios. Por su parte los excluidos perdieron la paciencia, que también es una virtud, y a estas alturas trasiegan en pos de la inclusión haciendo cola, con copia en mano de la carta de derechos fundamentales, por un empleo que no llega o por un servicio de salud que nadie presta, en la fila de todos los que esperan un buen negocio en el *statu quo*. Acá unos menos y allá otros más, en uno u otro lado el imaginario es el mismo con los mismos fetiches acosando el deseo de todos: hasta el hartazgo en aquellos que ya los poseen, o hasta el crimen en quienes quieren poseerlos a cualquier precio. ¿Quién quiere las virtudes de la disidencia si a todas luces es mejor estar adentro que afuera?

²⁴ Paul Ricoeur, en referencia al pensamiento de John Rawls (*The Primacy of Right and Ideas of the Good*), **Lo Justo**, Caparrós Editores, Madrid, 1999: 113.

El campo de la disidencia ha dejado de ser la batalla por un techo, un trabajo - mejor si es creativo -, el acceso a los beneficios de la información y el conocimiento, la seguridad social, la participación en las decisiones de interés colectivo y la seguridad jurídica, que se consideran atributos indisputables de una vida digna. Sobre estos atributos no existe controversia alguna: todos estamos incluidos porque cuando decimos persona humana decimos dignidad, y, viceversa. Ninguna persona puede ser excluida de una vida digna y es asunto de justicia garantizarla para todos. Dando por hecho que todas las sociedades optarán, más tarde o más temprano, por la dignidad de la persona humana como su fundamento primero y último, es posible prever que la disidencia enfilará sus baterías contra los poderes que medren en torno a la distribución de estos atributos y contra las instituciones, unas más superfluas que otras, establecidas para administrarlos. Contra todas las supercherías de los medios y la banalidad publicitaria, la disidencia seguirá siendo abolicionista para llegar por los caminos de la virtud más allá del Estado, hacia una civilización de la diversidad y una cultura de baja entropía, exaltando la estética del presente, afirmando el espíritu que abraza con alegría el azar y la incertidumbre. La disidencia seguirá insistiendo en el poder de la imaginación y la virtud para aliviar el sufrimiento esparcido sobre la tierra.

Hace casi dos décadas Fritjof Capra pronosticó²⁵ que esta civilización jerárquica, burocrática e injusta se derrumbaría por el propio peso de sus crímenes contra natura, la rigidez de sus instituciones, la miopía de sus visiones mecanicistas y su absoluta falta de flexibilidad frente al cambio. El exorbitante aumento de la disipación de energía debido a la carga impuesta por actividades improductivas tales como el mantenimiento de tecnologías supercomplejas, la administración de enormes frondas burocráticas, la mediación de conflictos, el control de la criminalidad, entre otras, ha excedido las capacidades productivas llevando esta civilización al colapso²⁶. En esta misma obra Capra anunció el tránsito a una civilización solar basada en el aprovechamiento de una fuente de energía renovable, económicamente eficiente y ambientalmente amigable, o sea, de la energía solar, principal fuente de energía en el planeta durante millones de años. Según Capra la transición a la era solar estaba ocurriendo con la puesta en marcha de nuevas tecnologías ambientalmente sensibles y, en un sentido amplio, con una profunda transformación de la sociedad y la cultura. El viraje del paradigma mecanicista al ecológico se venía dando en la ciencia, en los valores y actitudes individuales y colectivas, así como en los patrones de organización social. El nuevo paradigma ecológico inspiraba una nueva ética planetaria y requería *nuevas formas de organización política* acordes con una comprensión holística de la naturaleza, la cual no podemos “manejar” sino respetar para integrarnos armónicamente en la trama de sus múltiples sistemas, *siguiendo el orden natural para fluir en la corriente del Tao* (Huai Nan Tzu), El pasaje a la

²⁵ Fritjof Capra, **THE TURNING POINT**, Flamingo, London, 1983: 431 y ss.

²⁶ Hazel Henderson, **Creating Alternative Futures**, Putnam, New York, 1978. Citada por Fritjof Capra.

nueva era solar se caracteriza por profundas transiciones que están sacudiendo las bases de nuestro estilo de vida y afectando los sistemas económico, social y político: la primera y quizás más profunda transición corresponde a la lenta e inevitable decadencia del patriarcado; la segunda está asociada a los cambios provocados por el fin de la era de los combustibles fósiles; y la tercera y última se refiere al cambio de paradigma, a la caída de los valores que dominaron el panorama de la cultura occidental desde la Ilustración, a saber: la creencia en el método científico como único sistema válido de conocimiento; la visión del universo como mecanismo compuesto de bloques elementales de materia; la vida en sociedad como lucha competitiva por la existencia; y la confianza en el progreso ilimitado alcanzable a través del crecimiento económico y tecnológico.

Veinte años después de las predicciones de Capra no tenemos a la vista un balance uniforme. De una parte, sigue substancialmente intacto el proyecto de esta civilización para dominar a la naturaleza con su tecnología y someter a los seres humanos con su política. De otra parte, creo que hemos avanzado hacia la comprensión de la continuidad naturaleza-cultura. Hoy está presente en la mente de muchos, una minoría por cierto, la necesidad de avanzar hacia una reinención de nuestra cultura. También hemos recorrido un buen trecho forjando una ética ambiental que reconozca la alteridad de la naturaleza y fije los límites de la responsabilidad humana. Sin embargo, como anotan Goldsmith y Hildyard²⁷, “aunque el movimiento medioambiental ha ido creciendo en fuerza durante los últimos años, de modo que su influencia es hoy mayor que a principios de los años setenta, esto no ha producido el tipo de cambio fundamental que podríamos haber previsto”, el cual se refería *nada menos que a una revolución no violenta que derrumbe la totalidad de nuestra sociedad industrial contaminante, saqueadora y materialista y, en su lugar, cree un nuevo orden económico y social que permita a los seres humanos vivir en armonía con el planeta*²⁸.

Es verdad que no tenemos muchos motivos para sentirnos optimistas. El estado general de la salud planetaria es cada vez más crítico: el desierto esta creciendo²⁹, los arrecifes coralinos están muriendo³⁰, la deforestación de los bosques tropicales

²⁷ Goldsmith y Hildyard, 1986, 343, citado por Andrew Dobson, **Pensamiento Político Verde**, Paidós Ibérica, Barcelona, 1997: 156

²⁸ J. Porritt y D. Winner, **The Coming of the Greens**, Fontana, Londres, 1998: 9. Citado por Andrew Dobson: 30.

²⁹ De acuerdo a una declaración de la FAO rendida el domingo 17 de junio del 2001 con motivo del Día Mundial contra la Desertificación, un 40% de los suelos del planeta exhiben síntomas de desertificación. Mas de cien países padecen la “enfermedad de la tierra”. La Convención Internacional de Lucha contra la Desertificación, que entró en vigor en 1997, ha sido ratificada por 180 países, muy pocos de los cuales se han comprometido realmente con programas y fondos al respecto. **La Nación**, Buenos Aires, junio 16, 2001

³⁰ “La cuarta parte de los arrecifes de coral, que son los bosques tropicales de los mares, están muertos o muriendo; muchas especies de anfibios, que existen desde hace 350 millones de años, se encuentran en peligro de extinción, y los desastres naturales, como las inundaciones y los huracanes, se han incrementado por la influencia negativa de las actividades humanas”, David Rodman, **Worldwatch Institute**, junio 2001.

continúa, la erosión de la biodiversidad va en aumento, los glaciares se derriten, nunca antes durante los pasados 20 millones de años se habían registrado niveles tan altos de dióxido de carbono en la atmósfera terrestre; en fin, los signos del declive ambiental están a granel. Las respuestas del establecimiento al desastre han incluido, entre otras “políticas”, el incremento de la fronda burocrática para administrar asuntos ambientales, el acento cada vez mayor de la retórica oficial en el tema desgastando el discurso ecologista hasta despojarlo de sentido, la avalancha de disposiciones y reglamentos que configuran una inflación legislativa sin precedentes, el enverdecimiento corporativo de los contaminadores y el maquillaje verde del mercado para dar vía libre a la misma orgía de imbecilidad, cuyos agentes no pretenden otra cosa que hacer de la catástrofe ambiental un buen negocio, configurando con su resistencia al cambio uno de los perfiles más dramáticos de la crisis contemporánea. En lugar de ir hasta la raíz de los problemas ambientales y enmendar las causas de la contaminación, las burocracias ambientales prefieren desplegar parafernalias correctivas en el tramo final, donde solo son visibles los efectos. Mientras enclaves industriales, utensilios tecnológicos y mercancías contaminan, otra industria florece a sus expensas, *la industria de la ‘descontaminación’*. *Contaminar para descontaminar* es el itinerario del flujo perverso³¹ que da vida a la nueva contaminación sostenible. En este sentido las palabras de M. Serres describen los alcances de nuestro drama: *podemos frenar los procesos ya iniciados, legislar para consumir menos combustibles fósiles, repoblar en masa los bosques devastados...todas ellas excelentes iniciativas pero que se reducen, en su conjunto, a la figura del navío que navega a veinticinco nudos hacia un obstáculo en el que irremediablemente se estrellará y sobre cuya pasarela el oficial de guardia ordena a la máquina reducir un décimo la velocidad sin cambiar el rumbo*³².

Hay otros signos no menos dramáticos de la encrucijada actual. Estamos instalados de lleno en la crisis consumiendo con pasmosa apatía, merced a la omnipresencia de los mass media, información sobre los peores desastres y calamidades que inmediatamente termina degradada sin conmovernos en profundidad para provocar cambios de actitud. En la nueva Babel purulenta de información solo hay lugar para la indiferencia, el desencanto y la inmensa ola de desinversión que ha despojado al cuerpo social de su sustancia, transformándole en cuerpo exangüe, en organismo abandonado; cuerpo vacío de una civilización

³¹ He insistido por muchos años en este tema. Todas mis publicaciones anteriores hacen alguna referencia al respecto y en **Los Derechos Ambientales. Una Visión desde el Sur** (1994) se encuentra el acápite *Barbarie Tecnológica* que describe con precisión este concepto.

³² M. Serres, **Le Contrat Naturel**, François Bourin, París, 1990, p. 56-57. Hay traducción castellana: **El Contrato Natural**, Ed. Pre-textos, 1991.

cercada por sus propios desfiladeros que medra entre instituciones deshabitadas y valores en desbandada. Celebro buena parte de esta desbandada, festejo el absoluto desprestigio de estas instituciones vacías en las cuales ya nadie cree ni invierte nada. Bien merecido se lo tienen así como la desconfianza de la gente en sus gastadas retóricas, en sus líderes de quita y pon, en sus parafernalias. Sin embargo, mi celebración es más ilusoria que realista. El desprestigio de estas instituciones así como su consecuente abandono podrían interpretarse como signos de una buena salud moral e inclusive como señales de la victoria abolicionista, si la apatía no terminara confundiendo todos los sentimientos disidentes así como la hostilidad contra los valores del establecimiento en un piélago de supersticiones, irracionalismos e indiferencia. Porque la disidencia implica la conducta virtuosa de quien encontrando intolerable el estilo de vida, la política y cultura dominantes, decide asumir los riesgos del estar afuera exponiéndose no solo a las incertidumbres propias de su búsqueda sino a los rigores de la exclusión social, económica y política. De una u otra manera la disidencia intenta reconstruir el diálogo roto por el totalitarismo, sea terrorista o no, de la dominación. En cambio la indiferencia es renuncia sin discurso a los proyectos colectivos, a lo público, a los grandes designios de la humanidad por parte de un individuo que ha dejado de creer en ellos volcando todas sus apuestas sobre sí mismo. *La indiferencia pura designa la apoteosis del individuo en beneficio de una personalización y liberación del espacio privado que lo absorbe todo en su órbita, incluidos los valores trascendentales*, dice Gilles Lipovetsky³³, para quien la deserción generalizada de los proyectos colectivos ha provocado el surgimiento de estrategias narcisistas de supervivencia en las sociedades contemporáneas, ahora convertidas en junglas burocráticas donde reina la manipulación y la *guerra de todos contra todos*.

¿ Que hay de original en esta guerra contemporánea *de todos contra todos* si siempre nos hemos despedazado unos a otros? ¿Si la lucha intraespecífica (lucha de clases, de razas, de religiones, de incluidos versus excluidos) ha predominado en las relaciones sociales? ¿Si buena parte de nuestra presencia en este planeta es una crónica de exterminios mutuos, si somos caníbales, fraticidas?³⁴. Creo que hasta hace poco tiempo las guerras de exterminio siempre fueron beatificadas como santas cruzadas religiosas, políticas o culturales permitiendo al exterminador sentirse en ejercicio de una “buena causa”, a gusto con sus atrocidades perpetradas por la gloria de un icono, de una bandera o de una ficción política, inclusive en los episodios más execrables del nazismo o del Ku Klux Klan sureño. Ahora no hay “justa causa” que valga. El individuo está solo, las máscaras han caído y sus crímenes están desnudos como una obra de arte mostrando una

³³ Gilles Lipovetsky, **La Era del Vacío**, Editorial Anagrama, Barcelona, duodécima edición, enero 2000: 51, 68.

³⁴Quizás Baudrillard tiene razón cuando afirma que la especie humana se reconcilia cada vez menos consigo misma. *Más allá de las violencias que ejerce, hay una violencia propia a la especie humana en general, una violencia de la especie contra sí misma, mediante la cual se trata a sí misma como residuo, como superviviente, desde ahora, de una catástrofe venidera* Jean Baudrillard, **La Ilusión del Fin. La Huelga de los Acontecimientos**. Anagrama, Barcelona, España, 1993: 126

belleza sórdida, exaltando la transparencia del mal en operaciones limpias y eficientes para aniquilar al otro, haciendo del vencido un desperdicio³⁵. Tampoco hay lugar para reproches morales contra el exterminador porque la buena nueva que exorciza todas las culpas siempre estuvo entre nosotros desde que Nietzsche negara cualquier pretensión de justicia a la guerra: *no es una buena causa la que justifica todas las guerras sino una buena guerra la que santifica todas las causas*.

Es cierto que la confusión reina por doquier y que las personas buscan desesperadas una tabla de salvación poniendo sus vidas en manos de predicadores verborrágicos, astrólogos, ocultistas y otros charlatanes. Predominan los irracionalismos en un clima de creciente infelicidad porque la gente no sabe como responder a múltiples dinámicas que disparan volúmenes cada vez mayores de información y modifican las condiciones de trabajo enervando la competencia, estropeando tradiciones culturales y dando al traste con valores. En los últimos treinta años se ha producido más información que en todos los 5.000 precedentes. Cada día, alrededor de 20 millones de palabras de información técnica se imprimen en revistas, libros, informes y medios magnéticos³⁶, cerrando más que abriendo las vías para comprender los signos de los tiempos. Esta información, cada vez más contaminada, no puede ofrecer a la gente el tipo de conocimiento que necesita para saber hacia donde va el mundo y cómo se insertan sus vidas en las direcciones previsibles. Información no es conocimiento. Menos aun cuando crecientes caudales de la primera provocan un efecto bola de nieve que abrumba la mente hasta inhabilitarla para las tareas de reflexión exigidas por el segundo. De otra parte, en las circunstancias presentes tampoco podríamos predecir con certeza cuando y cómo saldremos de la confusión reinante, porque como anota Morin, estamos dejando un universo de simples determinismos para entrar en un mundo de complejidad donde las incertidumbres son bienvenidas. Entretanto, las asechanzas de la confusión pueden ser conjuradas con el poder de nuestra virtud para reflexionar tanto como sea necesario hasta comprender hacia dónde va la marejada de acontecimientos que se agolpa ante nosotros, qué está ocurriendo con nuestra identidad desarmada y vuelta a armar cada día en la urdimbre de anhelos truncos, de bifurcaciones, entre diferencias que se difunden por doquier y en todo momento. O bien hasta que alcancemos un estado espiritual que nos permita asumir sin soberbia nuestro destino como conciencia. ¿Acaso no es suficiente alivio para nuestra desesperanza la certidumbre de esta asombrosa conciencia que trastabillando aquí y metiendo la pata allá consigue acercarnos a los otros seres y a las cosas con la palabra, llamando rosa a la “profunda, ilimitada, íntima” flor que Borges nos reveló como “música, firmamentos, palacios, ríos, ángeles?”.

³⁵ Que bien puede colgar de una ventana del Palazzo de la Signoria, como en la película **Hannibal**, 2001.

³⁶ “Un lector capaz de leer mil palabras por minuto, ocho horas por día, tardaría un mes y medio en leer la producción de una sola jornada; y al final de este período habría acumulado un retraso de cinco años y medio de lectura...” Ignacio Ramonet, **Un Mundo sin Rumbo**, Editorial Debate, Madrid, 1997

También hay signos de esperanza. Durante la segunda mitad del siglo XX hemos pasado de los augurios sobre *el fin de las ideologías* a los del *fin de la historia*, el *fin de la política*, la *caducidad de la lucha de clases* y, en consecuencia, de toda revolución. Estos augurios no se cumplieron o lo hicieron a medias. Desde finales del milenio estamos viendo una verdadera revolución mundial contra las tendencias globales de la dominación. Los poderes han sido confrontados de nuevo con masivas manifestaciones y protestas de hombres y mujeres congregados desde todas las latitudes en Seattle, Porto Alegre, La Haya. Québec, París, Gotemburgo y Génova. Una inmensa ola de solidaridad planetaria está desalojando a la indiferencia y al desencanto. En toda la tierra se libra una misma batalla que aúna vínculos personales y voluntades colectivas comprometidos en acciones para defender los derechos humanos, los niños, la democracia participativa y directa, las minorías culturales, las tribus urbanas, los bosques, los ríos, las mariposas y nuestra vida, tan frágil, tan maravillosa.. La revolución ha regresado para quedarse entre nosotros. La disidencia ocupa de nuevo un espacio sobresaliente en el escenario de nuestro tiempo.

EN LA AGENDA DEL PRINCIPE

Treinta años atrás el proyecto ecologista era un discurso en la lateridad. Si bien la Conferencia de Estocolmo en 1972 había llevado a la mesa de las discusiones internacionales la preocupación por el malestar ambiental, estimulando en varios países la adopción de códigos ambientales (más como efecto del colonialismo intelectual que como resultado de una cultura legal ambiental), la ideología del desarrollo predominaba en todos los ambientes, incluidos los académicos. En el mejor de los casos se decía, como lo hizo el representante del Brasil en esa Conferencia, que la protección ambiental era un lujo para los países ricos.

Varios factores modificaron este escenario. Las ecodemandas del Norte propiciaron la adopción de varios convenios internacionales³⁷, la creciente presión social y política ejercida por grupos y actores de la sociedad civil en demanda de reivindicaciones ambientales y en ejercicio del derecho a un ambiente sano, especialmente en los países del Norte, estimularon la percepción y valoración ambiental: los signos inequívocos del malestar ambiental visibles a lo largo y ancho de la geografía planetaria; la crisis de los metalenguajes políticos y el derrumbe del socialismo burocrático, a la cual sólo sobrevivieron como ideologías disponibles la ecología y los derechos humanos, fueron, entre otras, las dinámicas sociales, culturales y políticas que arrancaron al discurso ecologista de su lateridad para coronarlo de prestigio.

³⁷ Entre otros la CONVENCION DE VIENA, 1985, el PROTOCOLO DE MONTREAL, 1987, la CONVENCION DE BASILEA, 1989, la CONVENCION INTERNACIONAL DEL DERECHO DEL MAR, 1982, la CONVENCION INTERNACIONAL SOBRE CAMBIO CLIMATICO, 1992, la CONVENCION INTERNACIONAL DE CONSERVACION DE LA BIODIVERSIDAD, 1992.

Parodiando una metáfora mecanicista muy popular hace algunos años, podríamos proclamar a los cuatro vientos que “el ambiente se había tomado el poder” convirtiéndose en negocio del Estado, y festejar la cogestión ambiental del Estado con actores de la sociedad civil. En el contexto de esta metáfora el triunfo de la agenda política ecologista habría significado un desafío al poder de las sociedades opulentas para provocar la transición a una nueva civilización. Esto nunca ocurrió porque en lugar de “tomarse el poder” la política verde fue colonizada por el poder en una operación muy lucrativa para los involucrados: los partidos políticos y sus clientelas han *ambientalizado* su esclerosado discurso; sus patrocinadores empresariales y corporativos han enverdecido su imagen como gestores de la nueva contaminación sostenible; el Estado ha descubierto la gallina de los huevos de oro para captar recursos frescos en los centros de financiamiento multilateral, desplegándose en un territorio nuevo donde ejercer una renovada manipulación de la esperanza y la inocencia de las gentes. Al ambiente, en cambio, le ha ido muy mal, inclusive peor que antes. Esta colonización de los discursos disidentes no es ninguna habilidad nueva del capitalismo. Desde hace casi cuatro décadas Herbert Marcuse había descrito en *El Hombre Unidimensional* (1964) los sutiles mecanismos de control social que permiten al capitalismo despojar a las críticas de su resonancia contestataria, integrando todos los ataques en su propia imagen y asimilándoles en su sistema de libertades democráticas. *Esto es precisamente lo que le ha ocurrido, señala Andrew Dobson, a la política medioambiental cuando ha pasado, de estar entre bastidores, al centro del escenario. Ahora se puede hacer esta afirmación perfectamente respetable: que la política verde puede ser parte de una sociedad de servicios opulenta y tecnológica.. Esta es la política verde de filtros de dióxido de carbono en chimeneas industriales, aerosoles sin CFC y tubos de escape de carros provistos de catalizadores*³⁸. A cambio de política verde radical para poner en tela de juicio todos los valores de la dominación, tenemos ambientalismo tecnocrático a la justa medida del establecimiento.

La agenda ecologista también ha sido útil en la estrategia del capitalismo corporativo para colonizar todos los discursos disidentes fabricándose una imagen que encarna, al menos simbólicamente, los valores más revolucionarios. Para vender desodorantes, cervezas o jabones, los agentes publicitarios del capitalismo corporativo le han declarado la guerra a los convencionalismos sociales, a los bastiones del *statu quo*, haciéndoles objeto de afrentas en los anuncios de las marcas más exitosas. Jean-Marie Dru³⁹ señala que el principal objetivo del capitalismo contemporáneo es alinear sus marcas con una visión, la más ambiciosa posible, de la liberación humana. Dru menciona ejemplos de anuncios comerciales en los cuales personas maduras y tradicionales son humilladas por

³⁸ Andrew Dobson, **Pensamiento Político Verde**, Paidós Iberica, Barcelona, 1997: 29, 30.

³⁹ Jean-Marie Dru, **Disruption**, 1996. Citado por Tom Frank, **Perpetual Revolution**, *Le Monde Diplomatique*, May 2001: 13. Suplemento mensual de *The Guardian Weekly*, London

jóvenes amantes del placer, en los cuales, por ejemplo, *la cerveza Guinness es adoptada por jóvenes inconformes como una nueva forma de expresar su individualismo, o un estilo de gerencia jerárquico y pasado de moda es superado por Macintosh*, definida como *“una empresa anti-establishment.”* Con el desplome de la izquierda anticapitalista muchos de sus nichos contestatarios han sido abiertos para la ocupación corporativa, incluyendo la idea de justicia social que viene siendo colonizada con singular destreza por el mundo de los negocios. *Ahora tenemos marcas de la justicia social en lugar de movimientos.* La crítica al capitalismo se ha convertido en la sangre del capitalismo. Benetton ha trabajado para identificar su marca con la lucha contra el racismo, Apple con aquella contra la tecnocracia. Pepsicola posee la rebelión juvenil, Body Shop la compasión, Reebok la inconformidad. Todos los símbolos contestatarios hoy le sirven a la revolución capitalista de internet: la hoz y el martillo son usados para anunciar Self-Trade, un grupo europeo de e-broking; Mao y Marx por el banco francés UUF; Lenin, Zapata y el Che Guevara por el servidor francés de internet Liberty Surf⁴⁰. Las más grandes corporaciones se las han arreglado para presentarse a sí mismas en un discurso crítico, aunque su agenda haya sido completamente ajena al ideario de la revolución, sin compromiso alguno con el cambio cultural de la civilización occidental y el avasallamiento de sus valores. El objetivo central de sus movimientos, especialmente en los noventa, fue una concentración sin precedentes del poder y el dinero para consolidar verdaderas megacorporaciones que hoy ejercen control casi absoluto en la banca, la publicidad, los medios, la industria editorial, los productos agrícolas, las semillas y los medicamentos. La negación simbólica de los valores del establecimiento ha sido un gran negocio para el capitalismo corporativo porque le ha permitido nutrirse de nueva savia engullendo los desafíos de la disidencia mientras expande su poder en todos los territorios, invadiendo cada vez más nichos de la vida cotidiana. Según Frederic Beigbeder *“por primera vez nosotros estamos viviendo en un sistema de dominación contra el cual inclusive la libertad es inútil. El sistema basa todos sus operativos en la libertad. Cualquier crítica, lejos de afectar el sistema, trabaja por el contrario en su beneficio, y cualquier diatriba antipublicitaria solo refuerza la ilusión de tolerancia del sistema. El sistema gana nuestra sumisión con elegancia. Ha alcanzado su objetivo por cuanto la desobediencia se ha convertido en una forma de obediencia”*⁴¹.

Que el discurso ambiental haya sido añadido a la agenda administrativa del Estado no significa que la política verde se haya “tomado el poder.” Primero, porque como he señalado en otros pasajes, los poderes reales de la dominación no se encuentran en las instituciones vacías del Estado donde solo *permanecen los jueces, los policías, los administradores y otros materiales humanos*

⁴⁰ Ignacio Ramonet, **Manufacturing Desire**, *Le Monde Diplomatique*, May 2001: 14. Suplemento mensual de *The Guardian Weekly*, London

⁴¹ Citado por Ignacio Ramonet, Id.

*perecederos abandonados...*⁴². Segundo, porque la presencia del ideario ecologista en la retórica burocrática solo ha conducido a neutralizar su resonancia crítica en operaciones de enverdecimiento corporativo, verbigracia el reciclaje ilimitado⁴³ o el *desarrollo sostenible*, permitiendo al capitalismo corporativo seguir adelante con su orgía de imbecilidad progresista. En el mejor de los casos la metáfora de la “toma del poder” hace alusión a la incidencia del ideario verde en la agenda política de los Estados contemporáneos. En este sentido, el núcleo de la política verde es determinar si es posible hacer el tránsito a una sociedad sostenible y avanzar hacia una civilización convivencial en el marco de las instituciones del Estado contemporáneo. Desde distintas vertientes del pensamiento ecológico⁴⁴ se insiste en la necesidad de forjar *nuevas formas de organización política* porque las preexistentes, lejos de hacerlo viable, oponen tozudas resistencias al cambio. Andrew Dobson advierte⁴⁵ que *las instituciones políticas no son instrumentos neutrales que puedan ser utilizados por cualquier operador para alcanzar, sin más, cualquiera fines políticos*, especialmente aquellos reñidos con la lógica institucional. Las instituciones políticas están de antemano definidas por estrategias y prácticas inherentes a su propia naturaleza jurídico-política que es improbable cambiar dentro de sus límites y reglas de juego. Dobson se refiere al caso de la democracia representativa en los países occidentales, que excluye toda posibilidad de participación de los ciudadanos en la vida política. Su naturaleza excluyente le impide de plano ser usada para fines inclusivos, porque *si fuera inclusiva, en el sentido de ser participativa, entonces sería algo completamente distinto de lo que es*. Es improbable, concluye Dobson, *producir una sociedad descolonizada a través de estructuras que están ya colonizadas; estructuras profunda - quizás irremediabilmente - implicadas en el statu quo que la política verde pretende modificar*⁴⁶.

Lo que está en juego es superar esta civilización avanzando hacia una sociedad convivencial y sostenible, hacia un nuevo estilo de vida inspirado en la frugalidad, la bioética, el pluralismo, la convivialidad y una cultura de baja entropía, valores que no tienen cabida en la agenda de la cultura hegemónica. Sabemos que no es viable conseguirlo en el marco de las instituciones preexistentes, especialmente de las políticas. Los intentos de “utilizarlas” para propiciar cambios exponen al ideario radical a ser colonizado por el establecimiento. La experiencia del Partido Verde

⁴² Humberto Eco, *La Nueva Edad Media*, Alianza Editorial.

⁴³ “La ficción de combinar los actuales niveles de consumo con un <reciclamiento ilimitado> es más característica de la visión tecnocrática que de la ecológica. También el reciclado usa recursos, gasta energía, crea contaminación térmica; a fin de cuentas es simplemente una actividad industrial como todas las demás. Reciclar es a la vez útil y necesario, pero resulta ilusorio imaginar que da respuestas fundamentales.” J. Porritt, *Seeing Green*, Blackwell, Oxford, 1984, p. 183.

⁴⁴ Murray Boockin, Fritjof Capra, Edgar Morin y Andrew Dobson, entre otros autores

⁴⁵ Andrew Dobson, obra citada, supra nota 38: 159.

⁴⁶ Id: 164.

alemán enseña cuán frustrante puede ser la participación del movimiento ecologista en el juego parlamentario. Tras revisar el recorrido del Partido Verde en este campo, Dobson afirma que fue “colonizado por las exigencias y tentaciones de la actividad parlamentaria”, desperdiciando mucho tiempo y energía en discusiones bizantinas para decidir si debía o no celebrar alianzas con otros partidos políticos a fin de conseguir mayor influencia política. Los intentos de los Verdes para institucionalizar estructuras democráticas directas dentro del sistema de la democracia representativa, terminaron debilitando su ideario radical y aproximándoles demasiado, casi asimilándoles, al estilo de los partidos tradicionales⁴⁷. La observación de Petra Kelly al respecto fue lapidaria: “*Si los verdes acaban convirtiéndose en meros socialdemócratas ecológicos, entonces el experimento ha concluido: se habrá convertido en un desecho*”⁴⁸.

El proyecto político del pensamiento ecológico es radical, es decir, va hasta la raíz, como dice Morin, para remover todos los cimientos culturales, políticos, sociales y filosóficos de esta civilización del despilfarro, sojuzgadora y excluyente. En este proyecto radical no hay lugar para medias tintas. Tampoco hay cabida para amagos reformistas de las instituciones dominantes que solo persiguen neutralizar al pensamiento ecológico, rendirlo ante la lógica dominante y ponerlo a bailar en una cuerda floja enredándole en ajustes conciliatorios que nunca van más allá del punto muerto desde donde, lejos de avanzar hacia la reinención política y cultural de la sociedad, se da marcha atrás como el cangrejo remozando al establecimiento con nueva savia discursiva. Insisto otra vez en este punto. No se trata de reformar instituciones sino de *abolirlas de raíz para dar paso a nuevas formas de organización política*. El tiempo de los reformismos ha caducado. No podemos continuar bajo la férula del dogma que, al menos desde Hobbes, impone al Estado como autoridad soberana imprescindible para mediar entre los agentes sociales y evitar que la sociedad se convierta en una verdadera jungla donde los más fuertes hagan de las suyas. ¿Cómo es posible que este dogma persista habiendo sido desmentido tantas veces? Opresión, sojuzgamiento, dominación de grandes mayorías vulnerables es, precisamente, lo que el Estado ha esparcido por la faz de la tierra. Es perentorio zafarnos de este dogma que hizo del Estado fuente privilegiada del derecho y la política, otorgándole el monopolio de la fuerza para torcer el derecho e imponer un orden social de privilegios y exclusiones. El proyecto abolicionista es mucho más saludable que cualquiera otra opción porque de antemano impone un reto a nuestra imaginación política, no tanto para regocijarnos con el espectáculo de instituciones vacías y abandonadas, celebrando por anticipado la fiesta bakunista de la “*destrucción que es una pasión creadora*”, sino para poner a prueba al espíritu humano. Este espíritu que a lo largo de nuestra aventura en la Tierra ha mostrado poder para alcanzar las estrellas,

⁴⁷ T. Poguntke, *Goodbye to Movement Politics*, en **Environmental Politics**, vol. 2, n.3, 1993, p. 395, 396. Citado por Andrew Dobson

⁴⁸ C. Spretnak y F. Capra, **Green Politics**, Paladin, Londres, 1985: 152. Citado por Andrew Dobson.

desafiar los confines del universo, punzar nuestro corazón donde más vibra con música que hasta los sordos escuchan, llevar nuestros sentidos más allá de todo límite con metáforas que unen cielo y tierra, susurran historias de vientos lujuriosos y nos devuelven la inocencia en los atardeceres con muchachas, caracoles y travesías por atajos filosóficos, siempre tan nostálgicos del mismo punto de partida. Este espíritu tan poderoso, tan impredecible, sigue colgado de la cola de un antepasado, lagarto para más señas, cuando de política se trata. Seguimos actuando como bárbaros en asuntos de política, siendo incapaces para crear formas de organización política fundadas en la solidaridad, el respeto mutuo, la justicia, la seguridad de los derechos y la democracia radical. ¿Qué hacer entonces si ya sabemos que en el marco de las instituciones preexistentes no podremos superar estructuras jerárquicas y burocráticas para dar paso a nuevas formas de organización política?.

El modelo de Estado unitario está en crisis. A fin de cuentas nunca pasó de ser una ficción judicial mantenida por la fuerza. Las mayorías pobres de América Latina siempre padecieron al Estado como un poder ajeno y lejano a sus contingencias cotidianas, un andamiaje nugatorio de sus derechos y aspiraciones, tierra arrasada por los privilegios de las oligarquías donde no hubo sitio para la voluntad ciudadana. Esta crisis del ideal hegeliano de un Estado que unifica a una sociedad plural se extiende a sus instituciones más preciadas, a saber, la “representación política”, particularmente la participación a través de partidos políticos, y la “democracia representativa”, un *ejercicio censitario de facto*⁴⁹, como le ha llamado Argullol, para excluir los disensos y desconocer los derechos de las minorías políticas. Sobre la crisis de los partidos políticos, nada mejor para comprender sus alcances que la reflexión de Rudolf Bahro, surtida a raíz de su retiro del Partido Verde alemán: *“Por fin he entendido que un partido es un instrumento contraproducente, que el espacio político dado es una trampa en la que la energía vital desde luego desaparece, donde pasa a estar consagrada a la espiral de la muerte. Este no es un tipo genérico de desesperanza, sino absolutamente concreto. No se refiere al proyecto original, que hoy se llama fundamental, sino al partido. He roto con eso, ya”*⁵⁰. Por su parte, la democracia representativa está totalmente desacreditada, muy pocos creen en sus bondades y la gran mayoría la percibe como una trampa para legitimar un ejercicio del poder mediante el voto popular. De sus pasadas glorias en la revolución burguesa contra los privilegios de la aristocracia, no le queda nada. Fundada en una ficción judicial que legitima la delegación de la soberanía individual de muchos en un puñado de profesionales de la política, la democracia representativa no es más que una estratagema para concentrar poder y denegar la voluntad política de los ciudadanos. Restringida al ejercicio ritual de las elecciones sirve, casi exclusivamente, para manipular a los electores, obstruyendo la participación de

⁴⁹ Rafael Argullol y Eugenio Trias, **El Cansancio de Occidente**, Ediciones Destino, Barcelona, España, 1992, p. 33-34.

⁵⁰ Rudolf Bahro, **Cambio de Sentido**, HOAC, Madrid, 1986: 211

amplias mayorías en los espacios de la política. En síntesis, la democracia representativa condenó a muerte a la democracia como ejercicio pluralista y diverso de las decisiones colectivas. Más grave aún, propició un adormecimiento de las facultades cívicas del ciudadano, postrándolo en la abulia y la acinesia políticas.

Desencantados de los partidos y la política, los electores ejercen su derecho al voto sin esperanzas en los programas de los candidatos, solo para cumplir con un ritual cívico⁵¹. Este desencanto, que ha contagiado todas las expresiones de lo político, en buena parte obedece a la ausencia de apuestas democráticas con las cuales pueda identificarse el ciudadano al participar en el juego agonístico por las hegemonías. No hay apuestas democráticas sencillamente porque tampoco existen discursos ni proyectos partidistas diferenciados. El debate democrático ha cesado y ya no existe más espacio para las confrontaciones discursivas propias de un verdadero «pluralismo agonístico». En su lugar medra el chantaje, la desviación y la indiferencia. *“La astucia emerge como el comportamiento político más adecuado pues fomenta la incredulidad y la indiferencia, el lenguaje del poder se torna restrictivo y de poco contenido, basado en un discurso de argumentación estadística.”* Se privilegian estrategias de manejo de la imagen en los medios masivos para mercadear candidatos con técnicas mediáticas semejantes a las empleadas en la publicidad de jabones, pastas de dientes o papel higiénico. A. Stevenson, varias veces candidato a la presidencia en Estados Unidos, consideró esta práctica como la más lamentable indignidad del proceso democrático. A juicio de Carl Schmitt el sistema parlamentario de las modernas democracias se encuentra en crisis, porque la discusión pública, entendida como interrelación dialéctica de opiniones, ha sido reemplazada por la negociación partidista y el cálculo de interés: los partidos se han convertido en grupos de presión, "que calculan sus intereses recíprocos y sus respectivas oportunidades de ocupar el poder, y en realidad llegan a acuerdos y coaliciones sobre esta base"⁵². También Bobbio, según Chantal Moufle, parece estar de acuerdo con ese juicio, pues critica la concepción clásica de representación y reconoce que ninguna norma constitucional ha sufrido más violaciones que la del veto de mandatos vinculantes.

⁵¹ En su mensaje de clausura del Foro Social Mundial en Porto Alegre, José Saramago dijo: "Todos sabemos que así y todo, por una especie de automatismo verbal y mental que no nos deja ver la cruda desnudez de los hechos, seguimos hablando de la democracia como si se tratase de algo vivo y actuante, cuando de ella nos queda poco más que un conjunto de formas *ritualizadas*, los inocuos pasos y los gestos de una especie de misa laica. Y no nos percatamos, como si para eso no bastase con tener ojos, de que nuestros Gobiernos, esos que para bien o para mal elegimos y de los que somos, por lo tanto, los primeros responsables, se van convirtiendo cada vez más en meros *comisarios políticos* del poder económico, con la misión objetiva de producir las leyes que convengan a ese poder, para después, envueltas en los dulces de la pertinente publicidad oficial y particular, introducir las en el mercado social sin suscitar demasiadas protestas, salvo las de ciertas conocidas minorías eternamente descontentas..."

⁵² Carl Schmitt, **The Crisis of Parliamentary Democracy**, traductor al inglés E. Kennedy, Cambridge, Maas. Y Londres, 1985: 6.

Incluso llega a admitir que no pudo ser de otra manera, y declara: "En el tipo de relación entre grupos de intereses opuestos (representativos de industriales y de trabajadores, respectivamente) y el Parlamento, que en los Estados de Europa se está convirtiendo ya en norma, encontramos la confirmación de la victoria - definitiva, me atrevería a decir- de la representación de intereses sobre la representación política imparcial. Esta relación ha producido un nuevo tipo de sistema social que, correctamente o no, se conoce como *neocorporativismo*"⁵³.

Una gran mayoría de ciudadanos se resiste a participar en los canales que, merced a recientes reformas constitucionales, formalmente han sido previstos para tal fin en las democracias representativas. La idoneidad y transparencia de tales canales son puestas en tela de juicio con sentimientos de escepticismo, desconfianza, desconocimiento o desinterés⁵⁴. El escepticismo de la gente en buena parte se justifica en Estados secularmente divorciados de los intereses y necesidades colectivos. La desconfianza obedece a la idea arraigada en el imaginario colectivo que representa a la "participación" como una trampa⁵⁵. Tanto el desconocimiento como el desinterés se asocian a una precaria cultura política y a la nula o casi nula tradición participativa en la vida ciudadana. Una y otra son actitudes propias de sociedades agobiadas en buena parte de su historia republicana por la corrupción administrativa, el clientelismo, el caciquismo y la falta casi absoluta de seguridad política y jurídica. De otra parte, estos sentimientos de recelo respecto a la "participación" en las democracias representativas se han debido en buena parte a la falta de democracia. La causa de la apatía y acinesia de los ciudadanos no ha sido el exceso, sino la falta de democracia, en ocasiones

⁵³ Norberto Bobbio, **The Future of Democracy**, Cambridge, Polity Press, 1987, p. 30.

⁵⁴ Estos sentimientos se suscitan no solo en el ámbito nacional sino en los foros internacionales como lo prueba una reflexión de Lorenzo Muelas Hurtado, líder indígena colombiano, sobre la conveniencia de participar en las negociaciones del Convenio de Biodiversidad adelantadas en la Quinta Conferencia de las Partes, Nairobi, mayo 2000: "...entonces pienso que habrá llegado la hora de reflexionar sobre para que estar ahí, habrá llegado el momento de analizar si vale la pena continuar participando y dirigiendo nuestros esfuerzos a un escenario donde la lucha por los principios fundamentales ya está excluida y donde solo se nos deja el margen de negociar la vida y los conocimientos, a través de los sistemas de propiedad intelectual occidentales. Y entonces tal vez lleguemos a la conclusión a la que ya han llegado muchos Pueblos: que es mejor dedicar todos nuestros esfuerzos a fortalecer los procesos internos de uso, manejo y control de nuestros recursos y conocimientos en nuestras propias casas, en nuestros propios territorios." Lorenzo Muelas Hurtado, *Los Derechos de los Pueblos Indígenas en el Convenio de Diversidad Biológica*, Revista **Biodiversidad**, 25/26, Octubre 2000, p. 23-27

⁵⁵ Esta certidumbre se expresa en la forma ingeniosa de conjugar el verbo participar:

Yo participo
Tu participas
El participa
Ella participa
Nosotros (as) participamos
Vosotros (as) participáis
Ellos deciden

casi absoluta. En efecto, según Macpherson, "*la democracia se convirtió en puro mecanismo para la elección y legitimación de gobiernos y se redujo a la competencia entre élites. En cuanto a los ciudadanos, se los trata como consumidores de un mercado político. De aquí que no sorprenda en absoluto el bajo nivel de participación en el proceso democrático que se encuentra hoy en muchas sociedades occidentales*"⁵⁶.

Tanto la crisis de las formas políticas preexistentes como el desencanto de los ciudadanos suscitan una serie de preguntas sobre la configuración de sistemas políticos más acordes con la agenda libertaria del pensamiento ecológico. ¿Qué formas de organización política se ajustarán mejor al sentido de la nueva alianza naturaleza-cultura, predisponiéndonos para nuevos sentidos civilizatorios? ¿Cómo debemos consolidar sistemas política y socialmente democráticos? ¿Cómo podremos hacer del político un espacio pleno de participación activa de los ciudadanos? Si debemos hacerle sitio al pluralismo de las culturas, de estilos de vida, de opciones individuales e, inclusive, al pluralismo jurídico, ¿cómo podremos garantizar "una sociedad justa y estable de ciudadanos libres e iguales"⁵⁷ que están profundamente distanciados por sus respectivas visiones religiosas, filosóficas o morales? ¿Cómo proteger al mismo tiempo el pluralismo y un consenso en torno a las reglas básicas para tomar democráticamente las decisiones de interés público?

Quizás el mejor remedio contra el desencanto político sea un sistema que restrinja al máximo la delegación del poder ciudadano mientras multiplica las ocasiones para el ejercicio de la democracia directa "cara a cara.". Sin embargo, no podemos olvidar que en asuntos de política es mejor tener siempre a mano el antídoto contra los excesos de entusiasmo. La revolución democrática ha sido matriz fundamental de la experiencia moderna inspirando la adopción de un código de conducta y unas reglas del juego político que, teóricamente al menos, apuntan hacia el respeto de las diferencias en sociedades pluralistas. A menos que este ideario de convivencia se aplique cada día en todos los espacios de la vida, la cultura y la política, corre el riesgo de añejarse en exceso terminando sus días como un manual de deberes cívicos que nadie recuerda. También será saludable revisarlo de cuando en cuando porque la democracia, inclusive la más sólida, es un sistema frágil que exige cuidados extremos. Como dice Chantal Mouffe, no existe un *umbral de democracia* que, una vez logrado, tenga garantizada para siempre su permanencia. Quizás ésta sea la razón por la cual la democracia es tan próxima a la justicia. Tampoco podemos perder de vista las *paradojas de la democracia* en tanto algunas decisiones de la mayoría no siempre son las más justas. De hecho, los procedimientos democráticos pueden conducir a decisiones

⁵⁶ C. B. Macpherson, **The Life and Times of Liberal Democracy**, Oxford, 1977. Citado por Chantal Mouffe. **El Retorno de lo Político**. Paidós Ibérica, Buenos Aires, 1999, p. 165

⁵⁷ Chantal Mouffe, **El Retorno de lo Político**, Paidós Ibérica, Buenos Aires, 1999, p. 187.

injustas especialmente tratándose de intereses de grupos minoritarios⁵⁸. Para evitar o al menos reducir las paradojas del *efecto mayoría* será necesario propiciar un amplio espectro de tolerancia de las disidencias así como un manejo particular de las diferencias. En principio es saludable reconocer las limitaciones del proyecto democrático sin minimizar por ello los beneficios que puede brindarnos un sistema político que estimule la democracia participativa. Porque a todas luces "*no es racional...renunciar a la participación si es más eficiente producir un bien del que nadie estará excluido, sin tener en cuenta quien lo provea, que consumir compulsivamente un mal público (polución, desempleo, inflación, pobreza, corrupción, desigualdad, autoritarismo, discriminación, incompetencia, explotación, impunidad)*"⁵⁹.

A fin de estimular una *convicción participativa* e inspirar un nuevo espíritu político en la vida ciudadana será necesario liberar a la participación de su confinamiento en lo *político*, entendido casi exclusivamente como espacio para ejercer el derecho al voto y elegir los candidatos a los cargos de gobierno y corporaciones públicas, o vigilar su *performance* y, en última instancia, revocar el mandato. O mejor aún ir al rescate de lo político colonizado por los engranajes de la dominación con triquiñuelas de toda laya, mascaradas mediáticas, manipulación y corruptelas. En primer lugar, lo político va más allá de la competencia por los cargos y dignidades públicos y atraviesa todos los espacios de la vida ciudadana e individual. Por ello Bobbio, reconociendo que el proceso de democratización tiene que trascender la esfera de las relaciones políticas para abarcar todas las relaciones sociales de género, familia, trabajo, vecindario y escuela, entre otras, dice: "Hoy en día, si se necesita un indicador de progreso democrático, no hay que buscarlo en la cantidad de personas que tienen derecho al voto, sino en la cantidad de contextos ajenos a la política en los que se ejerce el derecho de voto. *Una manera lacónica, pero efectiva, de expresar esto mismo es decir que el criterio para juzgar el estado de democratización logrado en un país ya no es establecer "quiénes" votan, sino "donde" pueden votar*"⁶⁰. En segundo lugar, en la sociedad contemporánea proliferan "espacios políticos radicalmente nuevos y diferentes que nos exigen el abandono de la idea de un espacio constitutivo único de lo político",

⁵⁸ Iris Marion Young cita ejemplos de la injusticia ejercida democráticamente: "La rebelión contra los impuestos en los Estados Unidos a menudo se ha logrado a través del referéndum, y la reducción de la recaudación de hacienda producida como resultado ha contribuido a aumentar la explotación y la marginación. Para dar otro ejemplo, si hoy se sometiera a votación directa una propuesta de derechos para las personas gay, en muchas regiones y ciudades de los Estados Unidos una propuesta de este tipo podría ser rechazada. Más aún, se podrían ofrecer numerosas evidencias de que en los últimos cincuenta años en los Estados Unidos las políticas para debilitar la dominación y la opresión generalmente han sido puestas en marcha por orden del poder ejecutivo o por decisión de los tribunales y no por medio de la legislación —y con mayor frecuencia han sido políticas de alcance federal y no local o estatal-. *En alguna medida la justicia social les ha sido impuesta a quienes se resistían a ella.*" Marion Young, **La Justicia y la Política de la Diferencia**, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid, 2000, p. 161.

⁵⁹ Ariel H. Colombo, **Desobediencia Civil y Democracia Directa**, Trama Editorial y Prometeo Libros, Madrid, 1998: 73.

⁶⁰ Norberto Bobbio, obra citada, supra nota 52: 55.

porque además "siempre somos sujetos múltiples y contradictorios, habitantes de una diversidad de comunidades...construidas por una variedad de discursos, y precaria y temporalmente suturadas en la intersección de esas posiciones subjetivas. De aquí la importancia de la crítica posmoderna para desarrollar una filosofía política que haga posible una nueva forma de individualidad verdaderamente plural y democrática"⁶¹.

Una segunda tarea no menos importante debe ser alentar la adhesión a los valores democráticos, creando nuevos espacios donde pueda ejercerse la democracia directa "cara a cara" y ampliando los preexistentes hasta conseguir seguridad en el juego agonístico. Contra las objeciones que suelen hacerse a la democracia directa en razón de la escala de las sociedades modernas y de la complejidad de las decisiones, Ariel H. Colombo argumenta que la democracia directa puede ser, en realidad, menos manipulable que la representativa porque, entre otras ventajas, *"... no precisa el supuesto de que los ciudadanos son honestos, competentes y democráticos; no hay forma de saber si lo son o no si no tienen la oportunidad de participar y, por esa vía, de comprender el punto de vista de los demás, corregir sus opiniones, entender lo que está en el juego, determinar cuál pueden ser su contribución, resistirse a la manipulación... La experiencia de su aplicación, aún con todo lo parcial y defectuosa que es, enseña que la iniciativa popular seguida de consulta popular es un recurso progresista, que moviliza temas evitados por los partidos enriqueciendo la agenda pública con nuevos conflictos, que a mayor educación más interés despierta, que no produce frustración o cansancio aun cuando es empleada con frecuencia, que nadie la rechaza aunque no se utilice... La democracia directa, al aumentar el número de jugadores, coloca límites a las maniobras de falseamiento y ocultación, erosiona la "liquidez" de los partidos que prefieren conservar el poder a ejercerlo; los desestatiza al concederles oportunidades de militancia e implantación que ya no dependerían de costosos aparatos y clientelas... Al movilizar al universo completo de grupos que componen la sociedad, deroga estrategias que aparentan defender las reglas del juego pero sólo porque no ponen nada importante en juego y, al incrementar masivamente el número de jugadores, aislará a unos de otros, obligándolos a interactuar abierta y públicamente"*⁶².

Algunos autores sugieren que la presencia del derecho al ambiente en el escenario de los derechos fundamentales (individuales y colectivos) debe conducir a un cambio radical en el modelo prevaleciente de Estado⁶³. Franceso Lettera⁶⁴

⁶¹ Chantal Mouffe, obra citada, supra nota 56: 42

⁶² Ariel H. Colombo, obra citada, supra nota 58: 120, 122, 124.

⁶³ He tratado este tema en mi trabajo anterior *Derecho Ambiental y Cultura Legal en América Latina*, en **Memorias del Coloquio sobre la Formación de los Nuevos Derechos Colectivos, Sociales y Culturales**, PNUMA, UNAM, México, 2001.

propone un nuevo Estado fundado en el ejercicio de la solidaridad: “La sociedad civil está disponiendo una orientación distinta de los operadores estatales; de esta manera, se están poniendo las premisas para una superación del Estado de Derecho de su forma más evolucionada, que es el Estado social. Se perfila la creación de *un Estado ambiental, portador de otros valores y tendiente a perseguir, a través de una actuación diversa de los deberes de solidaridad económica, el respeto de la igualdad sustancial*”. Respecto al papel que puede cumplir el derecho ambiental en las dinámicas de reinención política y cultural de esta civilización, me temo que será nulo o casi nulo porque la tendencia dominante, al menos hasta el momento, ha sido la colonización de las normas ambientales por el sistema prevaleciente del centralismo jurídico. A la postre todo parece haber concluido, como afirma Garrido Peña⁶⁵, con la adición de nuevos bienes jurídicos, nuevas técnicas periciales, algunos cambios procesales y la tipificación de nuevas conductas delictivas. De otra parte, la agenda del proyecto democrático radical no apunta hacia reforma alguna de la burocracia jerárquica sino hacia su abolición para dar sitio a nuevas formas convivenciales de organización política y gobernabilidad. Sabiendo que la forma Estado no es imprescindible para garantizar la existencia de los derechos, ni menos aún su respeto mediante el Derecho⁶⁶, no existe razón alguna para suponer que sea imperecedera y que estemos obligados a persistir en otra insostenible burocracia Estatal, esta vez remozada por el discurso verde. En su lugar necesitamos sociedades ecológicas a secas, fundadas, como queda dicho, en la solidaridad, la justicia, el respeto mutuo, la seguridad de los derechos y la democracia radical.

CAPUT MORTUM

Desde mis incursiones de adolescente en el pensamiento filosófico estoy convencido de que la dominación es una de las formas esenciales del mal. Abolirla es el bien supremo porque significa desatar los nudos del espíritu que nos someten a distintos dispositivos de sojuzgamiento activados en ideologías, instituciones y poderes sociales.. El abolicionismo es por sobre todo un proyecto moral cuyo núcleo consiste en desactivar estos dispositivos cultivando una ética de las virtudes que nos procure *la serenidad y valentía necesarias para comenzar de nuevo desde el principio, renunciando a buena parte del legado cultural que nos condujo a la encrucijada actual*. Es también un proyecto político para predisponer nuestro espíritu al abandono de los valores, sistemas de organización política y artefactos tecnológicos que han servido a la dominación; y un proyecto cultural

⁶⁴ Francesco LETTERA, *Lo Stato ambientale...*, citado por Vicente Bellver Capella. **Ecología : De las Razones a los Derechos**. Editorial Comares, Granada, España, 1994: 256.

⁶⁵ Francisco Garrido Peña, **La Ecología Política como Política del Tiempo**, editorial Comares, Granada, España, 1996.

⁶⁶ Bruce L. Benson sostiene una tesis semejante en **Justicia sin Estado**, Capítulo I, Unión Editorial, Madrid, 2000.

para avanzar hacia la reinención ética y estética de nuestra mente, de nuestros modelos sociales, de las relaciones naturaleza-cultura, en fin, del estilo de vida dominante en esta civilización.. El abolicionismo es una revolución política, social y cultural sin precedentes en la historia humana para superar los sistemas de producción de bienes materiales y culturales y conmover profundamente nuestro espíritu, nuestra subjetividad y nuestra sensibilidad.

En un mundo donde casi todas las expresiones de la vida individual y colectiva están implicadas de alguna manera con las instituciones y poderes de la dominación, inclusive aquellas contestatarias, parece improbable que pueda prosperar un proyecto abolicionista. Si pudiéramos representarnos en una sola imagen todo el tramado de relaciones en que estamos insertos tendríamos un gran nudo de flujos yendo y viniendo desde nosotros a través de un mosaico de ideologías, instituciones y poderes diseminado en la familia, el trabajo, la ciudad, el conocimiento o la recreación. No existe un solo espacio en nuestras vidas libre de los poderes que han desplegado su influencia hasta los recodos de nuestra intimidad.. Por esta razón cuando reflexiono acerca de las manifestaciones contemporáneas contra los poderes globales me siento complacido con la idea de tener de nuevo a la revolución entre nosotros, como lo escribí en acápites anteriores. En especial cuando pienso en el movimiento planetario que después de malograr la reunión de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, ha seguido aguantando la fiesta de los poderes en otras latitudes, Washington, La Haya, Gottemburgo, entre otras ciudades, y que mientras escribo estas líneas⁶⁷ está preparando un Barco de la Vida para influir las decisiones sobre el Protocolo de Kioto que adoptarán los Estados en Bonn y también organizando manifestaciones en las estrechas calles de Génova donde tiene lugar la reunión de los ocho grandes, G8. Infortunadamente tengo más que sentimientos de complacencia al respecto. Estas expresiones contestatarias dependen ontológicamente de eventos rituales o cumbres donde los poderes se congregan, de los cuales parecen tomar su sentido como “contracumbres” o eventos. De tal suerte que faltando el referente simbólico de los poderes, sin cumbre de los ocho grandes, sin asamblea anual de las instituciones Breton Woods, la movilización contestataria pierde sentido. En este juego maniqueo el polo de atracción sigue siendo el poder, sus rituales y sus símbolos. Puede ocurrir que estas manifestaciones contestatarias estén precisamente reforzando más que erosionando los poderes al depender de su contexto simbólico, con el riesgo de ser asimiladas a un ejercicio agonístico de oposición callejera tolerado por las democracias occidentales⁶⁸. Inclusive es

⁶⁷ 19 de julio de 2001.

⁶⁸ Estas escaramuzas podrían calificarse como piruetas de la *oposición nombrada*. Una prueba de ello es la reciente decisión de ciertas organizaciones ambientalistas norteamericanas - adoptada a raíz de los sucesos del pasado once de septiembre en Nueva York y Washington - de suspender todas sus críticas contra el programa ambiental de la administración Bush (Sierra Club) y cancelar acciones contra los financistas de grandes represas (International Rivers Network). Quizas el ejemplo más elocuente sea la clausura del campo de entrenamiento en Middleburgh, Virginia, donde cientos de activistas serían preparados para participar en manifestaciones con ocasión de la próxima Asamblea del Banco Mundial. El entrenamiento de activistas antiglobalización venía siendo auspiciado por la Ruckus Society y coauspiciado por Institute for Policy Studies,

bastante probable que sean tácitamente institucionalizadas como parte de la agenda de estas cumbres gracias en buena parte a la facilidad con que los medios de transporte contemporáneo permiten la movilización masiva de personas hacia un mismo destino desde distintas latitudes.

Hago conjeturas porque no descubro en estas manifestaciones la impronta del ideario abolicionista que nos conduzca al abandono de los poderes sino, por el contrario, un ejemplo extremo del *lobbying* anglosajón tan prolijo en toda clase de piruetas para influir en las decisiones de los poderes públicos, que lejos de ponerlos en entredicho, les reafirma en cada ejercicio de cabildeo. Si bien no dispongo de una cartografía abolicionista en detalle⁶⁹, creo que cuanto más ajenas sean las acciones de desobediencia civil al contexto simbólico donde tienen lugar los rituales del poder, tanto más a salvo estarán de ser colonizadas por la semiótica de la dominación. Quizás el núcleo de la agenda libertaria dependa en buen grado de nuestra destreza para establecer un territorio simbólico fuera del poder y sus sortilegios donde tengan su hábitat una vida y un pensamiento libres de la dominación. ¿Cómo hacerlo si nuestras vidas transcurren en un tramado de relaciones de poder, entre flujos y reflujos tecnológicos, culturales y políticos que van y vienen del poder? Jean Paul Sartre⁷⁰, quien en sus últimos años se declaró anarquista, pensaba que para construir una *sociedad sin poder* o, en todo caso, sin el poder del Estado, era necesario organizar grupos de personas afines sin vocación jerárquica que intentaran vivir y pensar fuera del poder. En la *sociedad sin poder* propuesta por Sartre no habría lugar para el poder de unos seres humanos sobre otros, ni para sojuzgamiento distinto al ejercido sobre objetos culturales. Afirmando que la anarquía es una vida moral le imprimió a su *sociedad sin poder* el carácter de un proyecto moral fundado en el respeto de los seres humanos como *finés en sí mismos*.

Si la sociedad anarquista es el ideal al que debemos aproximarnos, como también lo pensaba el filósofo Bertrand Russell, so pena de recaer en utopismos a ultranza deberíamos abstenernos de representar al proyecto abolicionista como un estado futuro de sociedad transparente donde los humanos estemos finalmente libres de

Jobs with Justice y Global Exchange. Estas y otras organizaciones gemelas decidieron dar marcha atrás en sus acciones alegando que este no es el momento para tales actividades. Véase: www.counterpunch.org/aftershocks

⁶⁹ Una experiencia real y más próxima fue el régimen colectivista establecido por los anarquistas en Cataluña durante la Guerra Civil Española, infortunadamente destruido por la fuerza bruta, a pesar de que, como afirma Chomsky, *mientras estuvo vigente tuvo un éxito sin precedentes y de haber sido, repito, un testimonio muy inspirador en muchos aspectos sobre la capacidad de la gente trabajadora pobre de organizar y administrar sus asuntos de un modo plenamente acertado sin opresión ni controles externos o superiores*. También la obra de Franck Mintz, *L'Autogestion dans L'Espagne Revolutionnaire*, describe los éxitos de la organización social anarquista de la Revolución Española. Véase *Anarchist Plans for Spain*, **Le Monde Diplomatique**, December 2000, at 14. El pensamiento anarquista ha continuado en la obra de autores contemporáneos como M. Bookchin, Bertrand Russell, J.P. Sartre y Noam Chomsky.

⁷⁰ *Al Habla con J.P. Sartre: Anarquía y Moral*. Entrevista a cargo de R. Fonet, A. Gomez et al, **Concordia**, Revista Española de Filosofía, No. 1, 1982

paradojas, contrasentidos, transgresiones y conflictos. No es para un mañana utópico que queremos una vida y un pensamiento libres. Queremos una sociedad justa aquí y ahora, que podríamos conseguir en tanto logremos escapar de las manipulaciones de los tecnócratas del consenso que quisieran erradicar de nuestra conducta todo rasgo de singularidad disidente para hacernos a la justa medida del orden dominante en el *Mundo Feliz* capitalista. No menos importante será dismantelar el orden dominante de la represión sobrante. Como miembros de la familia viviente nos distinguimos precisamente por ser más creativos cuanto más próximos estamos del borde del caos, donde alcanzamos niveles cada vez más altos de complejidad. *“Así es como funciona al parecer la biosfera. Los seres vivos no están inscritos en un orden rígido; de algún modo, se hallan próximos a esa zona de transición donde las cosas andan más sueltas y la acción es más fluida que en la mecánica clásica. Demasiado orden acaba siempre por paralizar la espontaneidad, aunque a su vez las turbulencias excesivas volatilicen los sistemas. La creatividad opera entre ambos extremos; preferentemente, al borde del caos”*⁷¹. Altas dosis de creatividad nos vendrían como anillo al dedo para recrear las relaciones sociales, reinventar la política y reconstruir la arquitectura de nuestra mente, tan malograda por prejuicios, modelos mecanicistas, temores infundados, reduccionismos simplificadores, azoradoras larvas de nuestros fantasmas y falsos ídolos, como son todos los ídolos. Desafiando nuestra imaginación para los retos impuestos por un escenario social cada vez más complejo, que debe ser al mismo tiempo cada vez más solidario, estaremos reconquistando territorios donde cultivar nuestra singularidad para las pequeñas y grandes cosas de la vida. A la postre la metáfora del abandono abolicionista nos revela que la suerte de los grandes proyectos depende de nuestros actos más sencillos.

Empezamos a vivir y pensar fuera del poder cuando abandonamos el polo simbólico de la dominación poniendo en cuestión las expresiones del poder que descubrimos en nosotros, seduciéndoles hasta reorientarlas hacia experiencias innovadoras de solidaridad; procurando domeñarlas allí donde aparecen, en la arrogancia del vecino, en el autoritarismo de cualquier jefe, en la prepotencia profesoral, o en los alardes de superioridad sexual, racial o profesional. Continuamos en el camino abolicionista cuando distinguimos los señuelos de la dominación sutilmente camuflados en los objetos que en lugar de palabras o pensamientos nos llegan cada día a través de imágenes y mensajes perversos de la televisión y otros medios. Estamos en el territorio abolicionista cuando en lugar de abandonar la ciudad como proponía en mis veinte permanecemos en ella para celebrar la reconquista de las calles con sus muchachos, sus peatones, sus ventorrillos y la vocinglería de sus gentes. En lugar de la ciudad vacía de mi metáfora juvenil tendremos la ciudad plena de vida, animada por redes de diálogo incesante, comunicación y juegos agonísticos. Quizás las esquinas no sean como

⁷¹ José Luis Pinillos, **El Corazón del Laberinto**, Espasa Calpe, Madrid, 1997: 170.

antes lugares privilegiados de encuentro porque de todas maneras estaremos encontrándonos en otros espacios, inclusive en los virtuales⁷², para discutir sobre asuntos de interés colectivo y tomar las decisiones del caso. Estaremos aprendiendo que es posible vivir fuera del poder sin salir de nuestra ciudad, haciendo memoria de nuestros sueños juveniles en el mismo vecindario donde nos hacemos viejos, comprobando que nuestra ciudad se vuelve más dinámica y quizás más libre cuando desmantelamos los aparatos del poder municipal que, so pretexto de administrar nuestras necesidades de aseo, agua, alumbrado, educación, salud, transporte, áreas verdes y recreativas, lo confunden todo y lo pervierten todo hasta agobiarnos con males públicos (*polución, desempleo, inflación, pobreza, corrupción, desigualdad, autoritarismo, discriminación, incompetencia, explotación, impunidad*) de tal manera que puedan perpetuar su poder en nuestras vidas.

La verdad es que no podemos enfrentar la dominación despojados de todo poder. Paradójicamente lo necesitamos para actuar contra él. Sin poder no podríamos conocer las astucias de la dominación, ni desarmar sus trampas, ni desenmascarar sus expresiones más sutiles o develar sus ardides, unos y otros emboscados en redes de relaciones y asuntos de la vida cotidiana, ajenos en apariencia al ejercicio del poder. No podemos renunciar al poder que crece en nosotros cuando ejercemos en libertad nuestra soberanía individual trazando la cartografía de los espacios políticos y sociales donde hemos establecido nuestro hábitat, donde hacemos realidad sueños individuales y colectivos, donde penas y alegrías, el amor y la muerte dan sentido a nuestra vida. Este poder soberano es despliegue de nuestra dignidad para poner límites a toda tiranía, a toda dominación. Sin él estaríamos a merced de los engranajes de poderes esparcidos en todos los ámbitos del cuerpo social, atrapados sin salida en cada actividad de la vida que ha sido colonizada por intervenciones estatales o corporativas a lo largo de hospitales, escuelas, universidades, oficinas públicas, bancos, centros comerciales y muchas otras instituciones.

Foucault pensaba que *el poder circula, se usa y se ejerce a través de una organización que es como una red; y los individuos no solo circulan entre sus hilos, sino que están siempre y simultáneamente sometidos a él a la vez que ejerciéndolo*⁷³. No es posesión exclusiva del dominador, ni se ejerce en una sola dirección porque los subordinados también juegan un papel en la relación de poder. Si los sometidos han deificado con ojos de asombro el aura de los poderosos es, en buena parte, porque no ven los hilos de la dominación en sus propios hábitos, comportamientos inconscientes y sentimientos. La otra parte le cabe a su propia complacencia en los espacios de la dominación, siempre tan a

⁷² El pasado 28 de junio, 2001, el pueblito andaluz de Jun, España, debutó en el futuro de la “democracia activa”, convirtiéndose en el primero de Europa donde los ciudadanos –que sólo son 2037– han participado en las sesiones de su ayuntamiento a través de Internet.. Es previsible que la “teledemocracia” contribuya a hacer realidad la democracia directa.

⁷³ Michel Foucault, **Power/Knowledge**, Pantheon, New York, 1980, p. 98.

gusto con las actitudes, imágenes, estereotipos y carisma de los poderosos, siempre tan aplicados aprendiendo catecismos de subordinación disciplinaria que corean a viva voz mandarinés del consenso. Sin embargo, no importa cuán colonizado se encuentre *el mundo de la vida*⁷⁴ por un arsenal de engranajes sutilmente dispuesto en gestos, juicios, comentarios anodinos o convenciones del discurso cotidiano, ni cuán acomodados se sientan los subordinados a la lógica de la dominación, porque el poder de cada ser humano es tan inalienable como su dignidad, de la cual no puede privarle la mayor humillación ni el acto de barbarie más execrable⁷⁵.

El poder político es la modalidad privilegiada de poder más deseada y disputada, al lado del dinero, en el ámbito de la sociedad moderna. Lo detenta el Estado como operador central con facultades jurídico-políticas de administración pública, regulación y control, atribuidas por los ciudadanos a cambio de la responsabilidad estatal para garantizar la continuidad del pacto social impartiendo justicia distributiva y retributiva, fijando condiciones a la distribución y uso de los bienes sociales, estableciendo sus propias reglas tanto para acceder al mismo poder político como para movilizarlo, dividirlo, controlarlo o conseguir equidad en su ejercicio. Teóricamente en el Estado democrático el poder político debe protegernos contra sus excesos y, en última instancia, contra la tiranía. En la práctica sucede exactamente lo contrario. Como señala Walzer, *el poder del Estado se ve colonizado por la riqueza material, el talento, la sangre o el sexo; y una vez colonizado, rara vez tiene límite... es en sí mismo imperialista, sus agentes son tiranos con plenos derechos: no velan por las esferas de la distribución sino que irrumpen en ellas; no defienden los significados sociales sino que los pisotean*⁷⁶. En la mayoría de las democracias representativas de Occidente los profesionales de la política que fungen como apoderados de los ciudadanos, son en efecto agentes de actores hegemónicos, facciones familiares o grupos de gran poder económico, social y político. Otro de sus mitos fundadores representa al Estado moderno supuestamente situado a prudente distancia de los intereses particulares, por encima de las pugnas interpersonales o grupales surgidas en el curso de la vida en sociedad. Buena parte de las ficciones de filosofía política reeditan desde Locke este mito de imparcialidad para justificar la existencia del Estado moderno, describiéndole como un buen árbitro de diferencias, siempre

⁷⁴ Jürgen Habermas, **Teoría de la Acción Comunicativa**, 2 vols., Taurus, Madrid, 1988-1992: 362-363.

⁷⁵ Detengo aquí el curso de mi reflexión para hacer una plegaria por los cientos de miles de afganos que a esta hora huyen despavoridos buscando refugio en fronteras hostiles donde escapar de los misiles que les apuntan desde los centros de poder de Occidente. Hago votos para que los poderes occidentales calmen su furia contra este pueblo agobiado por dos décadas de agresión soviética y un quinquenio de fundamentalismo talibán, en cuyo territorio no hay nada que bombardear distinto al mismo pueblo afgano, sus humildes viviendas y las ruinas de la guerra; y para que en estas horas de angustia su espíritu se solace con este pensamiento de su dignidad y su soberanía. Ruego también por nosotros colombianos, todos sacrificados, los asesinados por miles en abominables episodios de barbarie y quienes les sobrevivimos muertos de miedo. Que este pensamiento alivie nuestro dolor y colme de esperanzas nuestro corazón.

⁷⁶ Michael Walzer, **Esferas de la Justicia**, Fondo de Cultura Económica, México, 1997: 291.

ajeno a cualquier interés particular, obrando en servicio del interés general que materializa en sus leyes y ejecutorias de gobierno.

El Estado moderno no es un operador imparcial, ni puede garantizar un pacto social justo porque en lugar de velar por el bienestar de la sociedad en su conjunto, privilegia intereses de grupos con gran poder de gestión.⁷⁷ Las reformas introducidas a lo largo del siglo XX pretendiendo ampliar los espacios de participación en los Estados latinoamericanos, no han hecho cosa distinta que confundir con retórica republicana los anhelos democráticos en un continente donde la vida de la gran mayoría de sus habitantes está abruptamente divorciada de las promesas legales. El ciudadano carece de oportunidades para ejercer su poder político, a excepción de la jornada electoral en que legitima con su voto la disputa por la hegemonía en el control del aparato estatal. Inclusive el ejercicio del voto anula en lugar de afirmar su poder si tenemos en cuenta que la jornada electoral es casi siempre un tinglado orquestado por quienes controlan los hilos del poder real. Así, el Estado se perpetúa incumpliendo las promesas de la filosofía política, permitiendo por acción u omisión el quebrantamiento del pacto social; dando la espalda a los ciudadanos sin prestar oído a sus clamores, ni garantizar su seguridad jurídica; disfrazando con leguleyadas su parcialidad a favor de cómplices en las peripecias del enchufismo, el prevaricato, el peculado y otras destrezas no menos notables para hacer cada vez más lejana la posibilidad de una sociedad justa y radicalmente democrática. Sus fracasos, lejos de ponerle al borde de la extinción, por el contrario renuevan sus oportunidades de supervivencia, porque el espacio de las frustraciones ciudadanas es tierra abonada para los mitos de la filosofía política. Buenas dosis de clientelismo y manipulación mediática hacen el resto. Sin embargo, a la larga los mitos se decoloran y las frustraciones procrean resentimientos en el corazón de los excluidos y de los más pobres para quienes la *política espectáculo*, de la cual se habla en la televisión y se escribe en los periódicos, no representa nada en sus vidas. En semejante escenario donde no quedan nichos para ilusiones mediáticas, la apatía ciudadana toma el lugar de los mitos. Una vez extinguida la voluntad política para desafiar la dominación, los ciudadanos dan vida a la forma Estado en un cuerpo social desolado por la pasividad y la indolencia. El paso siguiente es la muerte de la imaginación política que sobreviene reduciendo al absurdo toda iniciativa de control social y organización política distinta a la forma Estado. Como ocurre con la institución penitenciaria que sobrevive fracasando una y otra vez en el cumplimiento de sus propósitos, así también el Estado se perpetúa de fracaso en fracaso. Ambos están lejos de seguir los fines declarados en sus actas fundacionales porque a la postre su verdadera razón de ser no es otra que servir a los engranajes de la dominación.

⁷⁷ Entre otros autores, Iris Marion Young afirma que *la idea del Estado neutral que está por encima de los intereses particulares y los conflictos de la sociedad civil es un mito*. Iris Marion Young, obra citada, supra nota 57: 193.

Trabajando la pregunta sobre cuáles formas de organización política se ajustan mejor al sentido de la nueva alianza naturaleza-cultura, estaríamos estimulando un renacimiento de la imaginación política que tanto necesitamos para prefigurar "una sociedad justa y estable de ciudadanos libres e iguales"⁷⁸, profundamente distanciados por sus respectivas visiones religiosas, filosóficas o morales, y, sin embargo, respetuosos de un código de reglas básicas de convivencia y tolerancia, con mecanismos expeditos para manejar los conflictos y decidir los asuntos de interés colectivo. Entonces la imaginación política renacerá cuando el ejercicio de la política regrese a manos de los ciudadanos por vía de canales accesibles de participación directa y local que les permita ejercer su derecho a decidir sobre su entorno en el mismo sitio donde viven y trabajan. El alma de la sociedad democrática está en sus ámbitos directos y locales, donde los ciudadanos aprenden a cumplir sus responsabilidades cívicas participando en cabildos o asambleas de barrios investidos de autonomía para decidir e implementar las iniciativas adoptadas en su seno. La piedra angular del proyecto de sociedad democrática propuesto por el pensamiento ecológico es *la comunidad autogestionaria fundada en el respeto a la soberanía y dignidad de la persona humana, la responsabilidad ambiental y el ejercicio de la democracia directa "cara a cara" para la toma de decisiones; establecida de acuerdo al ideal de "organización espontánea": los vínculos personales, las relaciones de trabajo creativo, los grupos de afinidad, los cabildos comunales y vecinales*⁷⁹. Este proyecto no pretende reeditar el sueño rousseauiano descrito por Foucault de "una sociedad transparente, visible y legible en cada una de sus partes, el sueño de que ya no existan más zonas de oscuridad, zonas creadas por los privilegios del poder real o la prerrogativa de alguna corporación, zonas de desorden"⁸⁰. Tampoco quiere resucitar el ideal utópico de la comunidad rural que componen personas plenamente identificadas unas con otras, comunicadas con absoluta transparencia a través de una misma visión reinante, ajenas a los avatares de la vida urbana contemporánea. No se trata de reconstruir estadios anteriores de la sociedad ignorando los cambios profundos que han experimentado nuestras vidas desde tiempo atrás, especialmente a partir de la revolución informática, la robótica, la aceleración del transporte y la globalización de las comunicaciones.

El proyecto democrático radical es para nuestro tiempo, para ciudadanos que, como su nombre lo indica, en su gran mayoría viven en ciudades, compartiendo sus vidas con otros seres humanos de distintas etnias y culturas, que practican otros credos, hábitos y rituales, en ocasiones radicalmente extraños unos de otros; donde los vínculos interpersonales suelen ser inestables y los lazos de solidaridad frágiles, especialmente en ambientes urbanos convertidos en los campos de batalla de una guerra sin cuartel que libran millones de excluidos por un techo, un

⁷⁸ Chantal Mouffe, **El Retorno de lo Político**, Obra citada, supra nota 56: 187.

⁷⁹ Este concepto está originalmente expresado en el primer acápite de este capítulo.

⁸⁰ Michel Foucault, **Power/Knowledge**, Panteón, New York, 1980, at 152. Citado por Iris Marion Young, **La Justicia y la Política de la Diferencia**, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid, 2000: 385.

trabajo, un cupo escolar o una cita médica. ¿Quién dice que esta batalla por la dignidad humana obtendrá siquiera una tregua a favor de los excluidos medrando en los pasillos del poder Estatal, cuando todo apunta a salir de ellos para ocupar otros espacios donde se dan cita las fuerzas espirituales que inspiran tolerancia, solidaridad, respeto mutuo, justicia y seguridad de derechos? Quizás para acercarnos a la justicia debamos, como nos pide Derrida, *“ir tan lejos como sea posible, más allá del lugar donde nos encontramos y más allá de las zonas identificables de la moral, de la política o del derecho, más allá de la distinción entre lo nacional y lo internacional, lo público y lo privado.”*⁸¹ Quizás también debamos ir más acá de todo esto, donde comienza la justicia.

La justicia comienza en casa cuando conversamos con los nuestros, a veces entre palabras como cuchillos; sigue cuando incesantemente ensayamos el diálogo, tantas veces imposible, con nuestros vecinos, colegas y conciudadanos; persiste cuando intentamos comunicarnos aunque no podamos decirnos nada porque nuestras identidades fragmentadas y contradictorias nos predisponen al soliloquio, un hábito de quienes creen que hablan solos ignorando que solo se habla con el Otro. Digamos entonces que la justicia se acerca cuando hablamos a solas con Otros que están en nosotros, tan distantes en ocasiones y tan próximos a Otros que no están en nosotros porque viven en latitudes lejanas, hablan lenguas extrañas, obedecen a sultanes gordos, celebran cada amanecer con plegarias a sus dioses, sueñan sueños de colores más oscuros y prefieren rezar que también es como hablar solos con Otro infinitamente más solo. La justicia llega al espíritu de quienes escuchan las palabras de millones de excluidos cuando protestan junto a ellos contra las injusticias en las calles de cualquier ciudad, cuando afirman los derechos de todos a una vida digna, cuando desafían los poderes corporativos y, si es el caso, hacen estallar revoluciones tan fascinantes y bellas como las mujeres y hombres que siguen creyendo en el poder de la justicia para cambiar el rumbo de nuestro mundo.

⁸¹ Jacques Derrida, **Fuerza de Ley. El Fundamento Místico de la Autoridad**, Editorial Tecnos, Madrid, 1997: 65

JUSTICIA A LA JUSTICIA

"Los crímenes atroces que deben ser castigados para que prevalezca el espíritu de la justicia histórica son aquellos que constituyen manifestaciones del mal."

Agnes Heller

Escribí este libro como lo tenía planeado pensando en los sentidos de la justicia. No por ello ha resultado menos desviado del proyecto original sobre justicia ambiental en América Latina. Ese es otro libro que espera en alguna parte de una dimensión donde otra lógica gobierna al discurso del campo ambiental. Sé, sin embargo, que comienza donde termina éste, haciendo justicia a la justicia. Cuando preparaba un ensayo introductorio solazándome con las discusiones en torno a la justicia que ocuparon a la filosofía en la segunda mitad del siglo XX, el ataque al World Trade Center en New York perpetrado por terroristas suicidas el pasado once de septiembre, así como la respuesta militar de la administración Bush contra Afganistán, cambiaron el curso de mis pensamientos. En un instante había abandonado las teorías generales para pasar a la interpretación de un acontecimiento que compromete excepcionalmente a la justicia.

En un primer plano podría imaginar los sentimientos agolpados en el alma de los terroristas antes del ataque, dispuestos a morir en átomos con la misma voluntad suicida que les acompañó a lo largo de sus acciones preparatorias. Renunciando a los prodigios de la existencia, siempre perecedera, el suicida anticipa su fin voluntariamente. No por ello todo suicidio es una renuncia. En algunos casos es un ejercicio de eutanasia voluntaria para evitar los sufrimientos de la enfermedad o el envejecimiento¹. De quien opta por esta vía para cortar de raíz padecimientos intolerables no puede predicarse que cometa un acto autopunitivo o de violencia contra sí mismo, como ocurre con aquellos suicidas a quienes la vida les resulta una carga insoportable por causa de conflictos psicológicos no resueltos, por razones de honor² e inclusive por fanatismo religioso. En este último caso, más de uno estaría tentado a encasillar la conducta de los terroristas en el estereotipo de seguidores fanáticos del Corán, ansiosos de alcanzar un cielo colmado de placeres mundanos en la otra vida por la vía de un ataque suicida contra infieles, refundiendo de paso el acontecimiento en la teoría del conflicto entre civilizaciones hasta reducirlo a episodio de una guerra de religiones. Un acto de guerra sí, bien definido por Bush y Powell, que lejos de iniciarse el once de septiembre, fue continuación de la guerra sostenida desde tiempo atrás en el Medio Oriente, el Golfo y el sur de Asia entre Estados Unidos y sus aliados por el control geopolítico de la región y sus recursos estratégicos, de un parte, y la resistencia de las naciones árabes y pueblos de la región, de la otra. Una guerra imperialista

¹ Paul Lafargue, por ejemplo, autor del *Derecho a la Pereza*, casado con una hija de Carlos Marx, decidió poner fin a su existencia a la edad de setenta años, usando para ello una inyección de ácido cianhídrico, cuando presintió que los achaques de la vejez podrían privarle de los goces de la vida.

² A veces extremo como en el caso del suicidio que colectivamente cometieron los residentes japoneses de Saipán, una de las Islas Marianas, ante la inminente ocupación Norteamericana, tan pronto sus fuerzas militares fueron vencidas en una de las batallas más sangrientas de la Segunda Guerra Mundial. Desde un alto acantilado todos se lanzaron contra las rocas. Se cuenta que los adultos empujaron a los más jóvenes hasta que solo quedaron los más viejos para precipitarse voluntariamente.

instigada por el fervor fanático que en Occidente desata el culto al poder y al dinero. No una guerra de religiones.

Occidente no llama fanáticos a sus guerreros suicidas, menos aun fundamentalistas o criminales, como lo hace con los militantes del Al-Qaeda, los tamiles de Sri Lanka o los seguidores de Hamas en Palestina. No, Occidente les llama héroes. Innumerables historias, leyendas, himnos y cantos cuentan del coraje, arrojo y audacia de esos valientes que sacrificaron voluntariamente sus vidas en combate³. Sin embargo, la conducta de unos y otros no difiere más allá del límite trazado por la ideología dominante en Occidente que exalta como paradigma de heroísmo el suicidio de sus soldados mientras condena el cometido por guerreros de otras latitudes. Unos y otros piensan que solo sus razones son justas aunque la supremacía militar de Occidente siempre termine haciendo añicos cualquier razón. A los ojos de Occidente solo son legítimas las razones de su violencia contra otros pueblos, solo son “heroicos” los actos de los suyos, convertidos, merced a una pirueta retórica, en vandálicos o criminales cuando vienen del otro bando. ¿De qué lado está la justicia? ¿Cuál violencia es justa, si acaso fuere posible predicar justicia de alguna violencia?

Estados Unidos ha bombardeado a Irak por más de una década, matando hombres, mujeres y niños, so pretexto de destruir instalaciones militares o radares, porque la Guerra del Golfo contra Irak jamás terminó, como piensa James Petras. También bombardeó a Sudan sin pretexto creíble, según Noam Chomsky, destruyendo la mitad de sus provisiones farmacéuticas y causando la muerte a un número desconocido de personas. Con su apoyo el régimen israelí ha mantenido una guerra de exterminio contra los palestinos. En nuestra América continúan abiertas las heridas inflingidas por Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX en sus intervenciones terroristas para derrocar los regímenes democráticos de Jacobo Arbens en Guatemala y Salvador Allende en Chile; para sostener guerras de baja intensidad en El Salvador, Honduras y Guatemala (doscientos mil militantes de movimientos de oposición asesinados); para asediar la revolución sandinista en Nicaragua; para invadir impunemente Panamá y Grenada; y, en fin, para organizar y financiar la Operación Cóndor, la Operación Irán-Contras y el siniestro Plan Colombia, entre otras atrocidades. Con nuestro espíritu todavía sobrecogido por la imagen de las Torres Gemelas desplomándose, es oportuno recordar, como lo sugiere la Asociación Americana de Juristas, que Estados Unidos *ha sido el principal promotor e instigador de acciones terroristas en todo el mundo, desde el genocidio (Indonesia, 1965: 500.000 muertos), pasando por la formación de terroristas de Estado en la ex Escuela de las Américas, ahora denominada Instituto de Defensa para la*

³ Un ejemplo se encuentra en la estrofa del himno nacional de Colombia que canta al heroísmo del patriota Antonio Ricaurte, inmolado “en átomos volando”, para impedir que los soldados españoles se tomaran el depósito de municiones del ejército libertador. “*Deber antes que vida con llamas escribió*” dice el último verso de la estrofa que a guisa de moraleja se canta desde finales del siglo XIX, encomiando la inmolación suicida como heroísmo extremo.

Cooperación de la Seguridad Hemisférica, hasta el asesinato de personalidades políticas de distintos países⁴. Incluyendo además los actos terroristas contra Nicaragua, entre ellos el minado del puerto de Corinto (sentencia de la Corte Internacional de Justicia, 27/6/86) financiados con la venta de armas a Irán y con el tráfico de drogas⁵ y los cometidos en Cuba desde hace decenios, que han producido millares de víctimas, muchos de cuyos autores siguen gozando de impunidad bajo la protección del gobierno norteamericano.

Estados Unidos ha impuesto su hegemonía más con la violencia de sus armas y el poder de su dinero que con la influencia de su modelo multicultural de vocación democrática. Su hegemonía capitalista, eufemísticamente llamada globalización, siega miles de vidas diariamente, sume en la desesperanza y la impotencia a millones de seres humanos y propaga las injusticias como una plaga en todas las latitudes del planeta. El mundo unipolar de Estados Unidos y sus aliados no tiene justicia, ni siquiera misericordia, con la gran mayoría de la familia humana condenada a la pobreza absoluta, excluida de todo cuanto significa una vida digna. Tampoco tiene piedad para mil millones de hambrientos que deliran por un mendrugo. Este es el mundo arrogante de los ricos donde doscientas personas ostentan un patrimonio neto superior a los ingresos totales del cuarenta y uno por ciento de la población mundial y doscientas empresas transnacionales controlan la cuarta parte de la actividad económica del planeta. Este es el mundo de la globalización centrípeta donde el número de los más ricos de la tierra se reduce día por día a la mitad mientras se duplica el de los pobres y hambrientos. En este mundo de intolerables injusticias el resentimiento y el encono empollados en el corazón de los excluidos tarde o temprano tendrían que reventar como un gran huevo de rencor contra los baluartes emblemáticos de la opulencia y el poder. En este mundo hay más de una razón para entender por qué se empozaron biliosas manchas de odio en el alma de los terroristas suicidas.

Con toda la compasión debida a las víctimas inocentes de los ataques del once de septiembre, es necesario decir, como lo sugiere Ignacio Ramonet, que Estados Unidos está lejos de ser un Estado "inocente"⁶. A su historial de maniobras violentas e ilegales, guerras, invasiones y conspiraciones en América Latina, África, el Medio Oriente y Asia, debe sumarse su liderazgo y responsabilidad directa en las políticas económicas que han postrado a los países del Sur geopolítico en un insoportable endeudamiento con los centros del poder financiero en el Norte. Toda la retórica de Bush definiendo el ataque terrorista como una

⁴ **Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders, An Interim Report**, Comisión Church del Senado Norteamericano, U.S. Government Printing Office, November 18, 1975.

⁵ *Informe de la Comisión Kerry del Senado Estadounidense*, publicado el 13 de abril de 1989 en **Irán-Contra Affair. Report of the Congressional Committees**, U.S. House of Representatives Select Committee, 100th Congress, 1st Session, Washington 1987.

⁶ Ignacio Ramonet, *An Enemy. At last*, **Le Monde Diplomatique**, October 2001, p. 1

“guerra contra el *American way of life*, producto del resentimiento contra la prosperidad y la paz de Estados Unidos”, parecía olvidar que, de una parte, en Estados Unidos hay 50 millones de pobres y el país ostenta uno de los índices más altos de asesinatos, es decir, que no son tan prósperos y pacíficos como alegan serlo. De otra parte, que su “prosperidad y paz” se han logrado en buena parte a costa del empobrecimiento, miseria, desarraigo de los pueblos del Sur y de la devastación ecológica del planeta. Los gobiernos de Estados Unidos han liderado desde el final de la segunda guerra mundial un imperio infame. Sin embargo, todos sus abominables crímenes, su arrogancia, su impiedad y su soberbia juntos, no justifican la muerte de una sola de las víctimas inocentes inmoladas por los terroristas.

El ataque terrorista del once de septiembre fue *un enorme error, una colosal injusticia y un gran crimen*,⁷ sean quienes fueren los responsables. Un *enorme error* porque la pretensión de causar grave daño al imperio atacando los centros emblemáticos de su poder, a la postre se tradujo en el fortalecimiento de un régimen desprestigiado por la falta de transparencia en la contienda electoral que dió la victoria a Bush, a quien los acontecimientos del once de septiembre le brindaron la mejor excusa para entregarle el poder a la casta militar de exterminadores en licencia desde el final de la guerra fría. Sin comunistas a la vista para combatir y con el fracaso a cuestras de la guerra contra las drogas, la guerra asimétrica contra el terrorismo le cayó de perlas para jugarse una carambola estratégica, ganando la popularidad que jamás habría logrado por otros medios con bravuconadas para inflamar sentimientos patrioteros en el pueblo norteamericano, francamente xenofóbicos, y de paso coronar de prestigio a la guerra de aniquilación total contra los enemigos imaginarios o reales del capitalismo, como única razón de Estado valedera en Occidente. Las favorecidas por esta atrocidad no han sido otras que las fuerzas más reaccionarias, artífices de las mayores atrocidades, siempre dispuestas a aplastar las expresiones de disidencia con descomunal violencia. Como lo vaticinó Noam Chomsky, la estrategia antiterrorista tiene en la mira los derechos civiles y libertades democráticas para socavarles imponiendo controles extremos y confiriendo facultades ilimitadas a policías, agentes de inmigración, del FBI y de otras unidades especializadas. Desde el once de septiembre, los movimientos sociales de protesta que fueron estigmatizados como comunistas durante la segunda mitad del siglo XX, correrán el riesgo de ser asociados al terrorismo. Los augurios de Chomsky no fueron menos ciertos respecto a la violencia contra los palestinos que, so pretexto de liquidar a los terroristas, ha exacerbado el Estado de Israel con beneplácito del gobierno estadounidense.

Un *enorme error* porque la violencia, tan encomiada como agente de cambios y revoluciones a todo lo ancho y largo de la prosa izquierdista, es precisamente la

⁷ Discurso de Fidel Castro, Presidente de la República de Cuba, en la Tribuna Abierta de la Revolución en San Antonio de los Baños, La Habana, el 22 de septiembre del 2001.

vía preferida de los exterminadores para sembrar la muerte y el sufrimiento. Se trata, por supuesto, de un prestigio inactual que no tiene cabida en los designios por nuevos sentidos civilizatorios. El imperio del capitalismo salvaje no será derrumbado con ataques sanguinarios como el perpetrado el once de septiembre, ni merced a los golpes de una hipotética conspiración terrorista extendida por todos los países de la alianza angloamericana⁸. En lugar de métodos violentos algunas acciones de desobediencia civil podrían provocar serios trastornos sin disparar una bala, como las sugeridas por Dario Fo, premio Nobel de literatura, quien nos propone que retiremos nuestros modestos ahorros de los bancos que financian la venta de armas para depositarlos en fondos de inversiones éticas e impedir así que la economía del dolor use nuestro dinero; que no compremos los combustibles Esso, ni los productos de Nestlé, Monsanto o Dupont, entre otras corporaciones multinacionales, ni los zapatos de maquiladoras que explotan el trabajo de niños; que no tomemos Coca Cola, ni comamos en MacDonal'd's. A las acciones sugeridas por Daniel Fo podríamos añadir aquellas propuestas en este libro para que caminemos más y montemos más en bicicleta absteniéndonos de usar y comprar automotores manufacturados por las mismas corporaciones que producen bombas y misiles; para que pongamos en cuarentena indefinida a los alimentos contaminados con biocidas y a los transgénicos, consumiendo solo los producidos orgánicamente. En fin, para que el derecho fundamental a la objeción de conciencia haga del bestiario militar un horror del pasado.

No faltaran los augurios optimistas sobre la influencia que pueda tener la tragedia en el espíritu del pueblo norteamericano, sacudido por primera vez en varias décadas con una violencia que es el pan de cada día en buena parte del Sur geopolítico. Los norteamericanos se han sentido tan cómodos exportando por décadas su violencia al Medio Oriente, a Vietnam, a Irak, Sudan o Colombia, dando siempre por descontado el efecto bumerang de sus desmanes, que es posible prever cambios en sus hábitos y tendencias. Quizás por algún tiempo consuman menos y cancelen viajes de vacaciones, una frugalidad que obedecerá más al embate de la recesión que a los rigores impuestos por el asalto terrorista. Otros acudirán a las agencias matrimoniales, visitarán websites de contactos, buscarán con avidez en las secciones periodísticas de *sexual partners*⁹ para exorcizar su soledad sentida como una condición insoportable ante la idea de la muerte. Los más optimistas insistirán en que el ataque no fue un *enorme error* sino, por el contrario, una operación acertada que marcará, más allá de la tragedia provocada, el principio del fin de la hegemonía norteamericana y de su barbarie neocapitalista. A estos optimistas habrá que recordarles que lo peor ya le había ocurrido a los Estados Unidos, antes del ataque terrorista del once de septiembre,

⁸ Es importante tener en cuenta que los vientos de la recesión económica ya soplaban con fuerza en Estados Unidos antes del ataque terrorista, el cual por supuesto afectó seriamente algunos sectores – el turismo, por ejemplo - acelerando el proceso recesivo.

⁹ *Men looking for Women, Men looking for Men, Women looking for Men, Women looking for Women, and Others*, constituyen la clase de secciones que se encuentran en periódicos como el **City Paper** de Washington.

cuando la Corte Suprema de Justicia dio vía libre a la selección de George W. Bush, *universalmente considerado un tonto*, como presidente. Lo que no consigan los movimientos sociales y las acciones de desobediencia civil para erosionar la hegemonía norteamericana, lo lograrán los desmanes de George W. Bush. Como bien dice Eliot Weinberger, *que en un momento de crisis nacional – cuando el gobierno en verdad importa, pero mengua su poder por doquier – un individuo del que se ríen los niños dirija el país, puede infligir heridas tan graves como las causadas por el mismo atentado*.¹⁰

Una *colosal injusticia* porque las principales víctimas del ataque a las Torres Gemelas fueron conserjes, secretarías, trabajadores de la limpieza, ayudantes de cocina, bomberos, en su gran mayoría inmigrantes, que madrugaban cada día para llegar muy temprano a sus trabajos, todos inocentes de los crímenes cometidos por el gobierno de Estados Unidos que venían encendiendo incontenibles enconos en comunidades islámicas, especialmente por la escalada en las incursiones aéreas contra Irak y por su apoyo a la política del gobierno israelí de ignorar las resoluciones de la ONU sobre Palestina. Una *colosal injusticia* porque el ataque terrorista provocó una represalia tanto o más sanguinaria de la administración Bush y sus aliados europeos contra el pueblo de Afganistán, uno de los más lastimados de la tierra, que tras soportar la ocupación soviética por una década, estaba padeciendo la tiranía de los fundamentalistas Talibanes hacía más de un lustro¹¹. So pretexto de detener a Osama Ben Laden, antiguo socio de Estados Unidos en la lucha contra la ocupación soviética, - otrora “luchador de la libertad” comparado por Ronald Reagan con “los padres fundadores de los Estados Unidos”-, el presidente Bush declaró iniciada, al estilo de un sheriff del viejo oeste, la primera guerra del tercer milenio para capturar “vivo o muerto” al sospechoso número uno.

Durante el siglo XX se traspasaron todos los límites de crueldad con grandes crímenes que conmovieron la sensibilidad humana hasta sus últimas fibras y sacaron de sus goznes al pensamiento solazado hasta entonces con los prodigios de su ingenio. Dando la justa medida de la devoción que nuestra especie tiene por el mal, de su extrema barbarie e limitada capacidad de crueldad, Hiroshima y Auschwitz deberían haber provocado, por sí mismos, la mayor sacudida de la política y la cultura en nuestras sociedades, imponiéndonos la tarea de repensarlas radicalmente hasta ponernos en la vía de su total reinención. Lejos de ello, el gran horror se disipó cuando aún estaba fresca la memoria de las últimas víctimas -con cuanta premura hizo su trabajo la facultad de olvido-. Entonces los centros de poder reforzaron su parafernalia armamentista para dar rienda suelta a sus

¹⁰ Eliot Weinberger, *Diario de Nueva York*, en **El Malpensante**, Bogotá, pags. 83-96

¹¹ Cuando vi por primera vez las imágenes de Afganistán en los noticieros, donde solo aparecían edificaciones ruinosas y calles polvorientas en medio de paisajes semidesérticos, me preguntaba ¿cuál podría ser el blanco de los ultramodernos misiles lanzados por los superpoderosos estrategas de la alianza occidental distinto a la población civil, a los hombres, mujeres y niños afganos?.

perversiones, haciendo de las guerras - simétricas o asimétricas, regulares o irregulares, de alta o baja intensidad – el gran negocio del siglo XX. Hacia el final del siglo el arcano milenarista trajo un envoltorio de esperanzas que todos esculcamos con ansiedad, inclusive los más escépticos, celebrando nuestro entusiasmo por renovadas oportunidades de convivencia y tolerancia. Infortunadamente las esperanzas eran solo caricaturas, confeti, muñecos de felpa.

La nueva guerra asimétrica contra el terrorismo ha hecho del *gran crimen* perpetrado el once de septiembre uno de proporciones inconmensurables. A la atrocidad del ataque terrorista se ha sumado la retaliación de la alianza angloamericana provocando el desarraigo de cientos de miles de afganos y la muerte de un número indeterminado de civiles¹², que quizás nunca sea precisado porque los agentes de la alianza occidental harán cuanto esté a su alcance para enmascararlo. Esta nueva guerra se ha estrenado agudizando un desastre humanitario de consecuencias inimaginables, blandiendo el desprecio de la identidad cultural de una cuarta parte de la humanidad (más de 1,600 millones de personas son musulmanes) como carta de triunfo para clausurar los caminos de la tolerancia y la convivencia respetuosa entre las diversas culturas humanas. La apuesta unánime de las jerarquías políticas, militares y financieras de Occidente en esta barbarie genocida, muestra una vez más su incapacidad para buscar y encontrar una salida duradera a la paz y la libertad, como lo ha señalado el juez Baltasar Garzón, que sólo puede venir de la justicia y del respeto a los derechos humanos, a las normas de convivencia internacional y a la diversidad.

Este *gran crimen* ha ido más allá de la barbarie terrorista y de la violencia contra el pueblo afgano. Una agresión mayor en el orden simbólico fue cometida contra la Justicia cuando con el nombre de “justicia infinita” fue bautizada la operación militar desplegada por la alianza angloamericana. Como quien titula otra insufrible serie policíaca, el jefe de la dictadura mundial que Estados Unidos ejerce sin oposición en Occidente llamó “justicia infinita” a su andanada de exabruptos. Con cuánto desparpajo Bush supo confundir el sentido de justicia con la más execrable forma de venganza, con cuánto patetismo reeditó la paradoja carrolliana sobre la sucesión lógica del debido proceso (delito, juzgamiento, veredicto y condena) invertida en el juicio contra el Sombrero Loco en *Alicia en el País de las Maravillas*, cuando ordenó capturar “vivo o muerto” a Ben Laden, sospechoso – según el mismo gobierno de Bush – de ser el autor intelectual del ataque terrorista. Ignorando con su incitación a la vindicta más de tres mil años de historia de intentos civilizatorios que han culminado con la aceptación universal de las normas del debido proceso, de las garantías debidas a los sujetos procesales y de los derechos de quienes resulten sindicados o acusados de cometer delitos, Bush se ganó un lugar sobresaliente en la historia de la infamia.

¹² Los bombardeos "quirúrgicos" realizados por Estados Unidos durante la guerra del Golfo, como se sabe, costaron la vida a 200.000 civiles.

Si bien la Justicia ha sido manoseada por los intereses más mezquinos y colonizada por los cálculos más perversos¹³, nunca había sido tan mancillada como en esta ocasión en que Bush le colgó el remoquete de “infinita” para nombrar su guerra contra un enemigo difuso que los agentes policivos están “encontrando” en el rostro de cualquier afgano, norteafricano, paquistaní o latinoamericano de los tantos que han emigrado a las ciudades de Estados Unidos y Europa huyendo del desempleo, las persecuciones y la miseria. En este *gran crimen* contra la justicia no menos vapuleado resultó lo infinito, asociado por Bush a la indeterminada sucesión de desmanes, es decir venganza, que desató su gobierno en respuesta al ataque del once de septiembre. Infinitas no podían ser su venganza ni la encrespada violencia que le acompaña, como se lo hicieron saber los sacerdotes islámicos, porque “solo Alá puede dispensar justicia infinita.” Infinito ha sido el dolor de las víctimas, tanto de las inmoladas contra toda justicia en el ataque terrorista como de aquellas que por miles de millones ha dejado el terrorismo de Estado en nombre de la paz, el desarrollo e, inclusive, de la justicia. Infinito es el anhelo de avanzar hasta donde nos sea posible, más allá de los Estados, de sus burocracias y de su parafernalia de guerra, más allá de esclerosadas ritualidades jurídicas, para hacer justicia a la justicia rescatándole de intolerables manoseos y entonces refundarle como el campo por excelencia donde la dignidad humana encuentre su salvaguardia.

La alianza angloamericana ha persistido en este *gran crimen* desatendiendo todos los llamados formulados a la comunidad internacional para *no combatir la violencia con más violencia, buscando la justicia en lugar de la venganza*¹⁴; haciendo gala de su desprecio, como lo hizo Estados Unidos en otras múltiples oportunidades, de las normas que regulan la convivencia internacional. La Asociación Americana de Juristas sostiene que la agresión militar contra Afganistán es ilegítima porque no está autorizada por resolución alguna del Consejo de Seguridad, ni por la Resolución 1373 del 28 de septiembre último. Tampoco es aplicable la invocación hecha por el gobierno de Estados Unidos con el apoyo de varios Gobiernos europeos al derecho de legítima defensa, (artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas), ambiguamente mencionado en las Resoluciones del Consejo de Seguridad del 12 y 28 de septiembre. Según la misma Asociación de Juristas la agresión invocada (el ataque a las Torres gemelas el 11 de septiembre) había cesado cuando se iniciaron las acciones militares contra Afganistán el 7 de octubre, sin relación alguna de inmediatez temporal ni espacial - como debe

¹³ Así también lo piensa Jacques Derrida, **Fuerza de Ley. El Fundamento Místico de la Autoridad**, Editorial Tecnos, Madrid, 1997.

¹⁴ Carta de los premios Nobel de la paz Mairead Corrigan Maguire, Adolfo Pérez Esquivel, Rigoberta Menchú Tum al Secretario General de las Naciones Unidas Kofi Annan, expresando su rechazo a las acciones militares de represalia. Nueva York, 8 de octubre de 2001.

existir para que haya realmente legítima defensa¹⁵ - entre estas últimas y el ataque. Por tales razones, entre otras, la Asociación Americana de Juristas concluye definiendo al ataque militar contra Afganistán como *un caso flagrante de venganza privada, claramente violatorio del derecho internacional y, por su forma de realización, del derecho internacional humanitario contenido en los Convenios de Ginebra de 1949 y en sus Protocolos Adicionales de 1977*¹⁶.

Los acontecimientos del once de septiembre y la vindicta de la alianza angloamericana nos llegaron a quemarropa, como siempre llegan las tragedias provocadas por terremotos, huracanes, deslizamientos y otras catástrofes telúricas. Con esta analogía no pretendo hacer tabula rasa de la diferencia existente entre unos y otros. En modo alguno. Se trata de desastres substancialmente distintos porque los primeros resultan de acciones humanas, obedeciendo por ello a la lógica del deber ser, mientras que los segundos son episodios ciegos de la naturaleza, gobernados por la lógica del ser, que la voluntad humana no puede controlar. Mientras los actos humanos son susceptibles de juicio moral los hechos de la naturaleza, por el contrario, no lo son. En su capacidad o no de responsabilidad moral reside precisamente la diferencia ontológica entre ambos. Una tragedia provocada por actos humanos se confunde con una catástrofe natural cuando la primera es una metáfora de la segunda que asimila la conducta humana a una fuerza ciega, imprevisible y amoral de la naturaleza, bien porque sus autores han ignorado los límites morales de sus actos o bien porque la sociedad no hace el juicio de valor pertinente para imputar responsabilidad a los autores. Es tarea de la cultura mantener vivos los valores morales de manera que la conducta humana observe sus cánones; es tarea de la justicia trazar en cada caso los límites entre actos humanos susceptibles de responsabilidad y hechos naturales o *actos de Dios* no susceptibles de juicio. Cuando valores morales fundamentales como el respeto a la vida se debilitan o quebrantan cayendo en el olvido, la cultura está en grave crisis. Cuando la justicia no hace los juicios de valor que le corresponde hacer y en consecuencia no imputa responsabilidad por los actos humanos, la sociedad entera está en grave crisis. Los acontecimientos suscitados desde el once de septiembre revelan de manera inequívoca la profunda crisis planetaria de las instituciones políticas, la sociedad y la cultura.

El ataque terrorista a las Torres Gemelas llegó con la fuerza ciega de un cataclismo natural segando miles de vidas humanas y causando daños materiales y morales imponderables. El enjuiciamiento de los autores de este crimen de lesa humanidad, exceptuando por razones obvias los autores materiales muertos en el ataque, no siguió el curso del procedimiento establecido para tales casos en las

¹⁵ En el orden internacional la legítima defensa también consiste en tomar las medidas militares necesarias para hacer cesar una agresión en curso, "hasta tanto el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales" (art. 51).

¹⁶ Asociación Americana de Juristas, Washington, Octubre 15, 2001.

normas del derecho, porque en lugar de observarlas el gobierno de Estados Unidos prefirió la vindicta privada. Si los terroristas desconocieron brutalmente todas las normas morales y jurídicas que consagran el respeto a la vida humana como piedra angular de la sociedad y la cultura, Estados Unidos hizo lo propio atacando a Afganistán con toda la fuerza de su utilería militar y despreciando de paso los caminos de la justicia para identificar a los criminales, determinar su responsabilidad y ponderar su castigo. El crimen terrorista no tuvo límite moral ni jurídico alguno como tampoco lo ha tenido la venganza de la alianza angloamericana. Estamos asistiendo con pasmosa pasividad al fracaso de la justicia, que es el fracaso del designio civilizatorio, mientras miramos por televisión los bombardeos contra el devastado Afganistán, el desfile de los convoyes militares y el avance de las tropas que están cercando a Ben Laden, como quien disfruta una película con los actores más taquilleros cómodamente apoltronado una tarde de domingo. Estamos perdiendo la noción de todos los límites, comenzando por aquellos que diferencian al mundo real del virtual, confinados en la anomia bajo el imperio de la fuerza y la violencia a merced de bárbaros dotados con la más devastadora utilería. ¿Qué hacer entonces ante el fracaso del proyecto civilizatorio para hacer justicia y superar el poder de la violencia? ¿Acaso nuestros proyectos para conseguirlo han sido algo más que sueños?

*Ante el derrumbamiento de nuestros designios, cuando todo parece estar perdido, es preferible seguir soñando porque los sueños son metáforas de los sentidos estéticos y políticos que necesitamos para continuar creyendo que otro mundo es posible. Es preferible intentar entender los motivos de la violencia a fin de mitigar los odios que llevan a la gente a matar o morir por causas en ningún caso más valiosas que una sola vida humana, como lo pide Benjamin B. Ferencz, fiscal en el juicio de Nuremberg, quien a los 82 años declara no haber perdido las esperanzas¹⁷. Es cierto que para conseguirlo debemos romper ataduras con un sistema de pensamiento que se encuentra en la raíz de esta crisis. Entonces podremos pensar más con paradojas, metáforas, discontinuidades o disensos y menos con dicotomías, oposiciones binarias o categorías fijas. También es cierto que debemos cultivar las virtudes del corazón para darle abrigo a la misericordia, la paciencia y la tolerancia. Sigamos creyendo que otro mundo es posible con nuevos sentidos civilizatorios para dejar atrás siglos de *guerras sucias y largas*, al poder envilecido con su bestiario militar y *“unos Estados inútiles que todo lo piden y nada dan a cambio, que corrompen todo corazón que se entrega a ellos, (...) y que nada sienten ante la postración, el desamparo y la agonía de millones de seres humanos.”* Sigamos soñando que otro mundo es posible con *“el poder de lo divino que aguarda, en forma de sueños y leyendas, de amistad y de amor, de arte y de memoria, de perplejidad y de gratitud en el corazón humano”*¹⁸.*

¹⁷ 17 septiembre 2001.

¹⁸ William Ospina, **Es Tarde para el Hombre**, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1994, p. 128, 133.